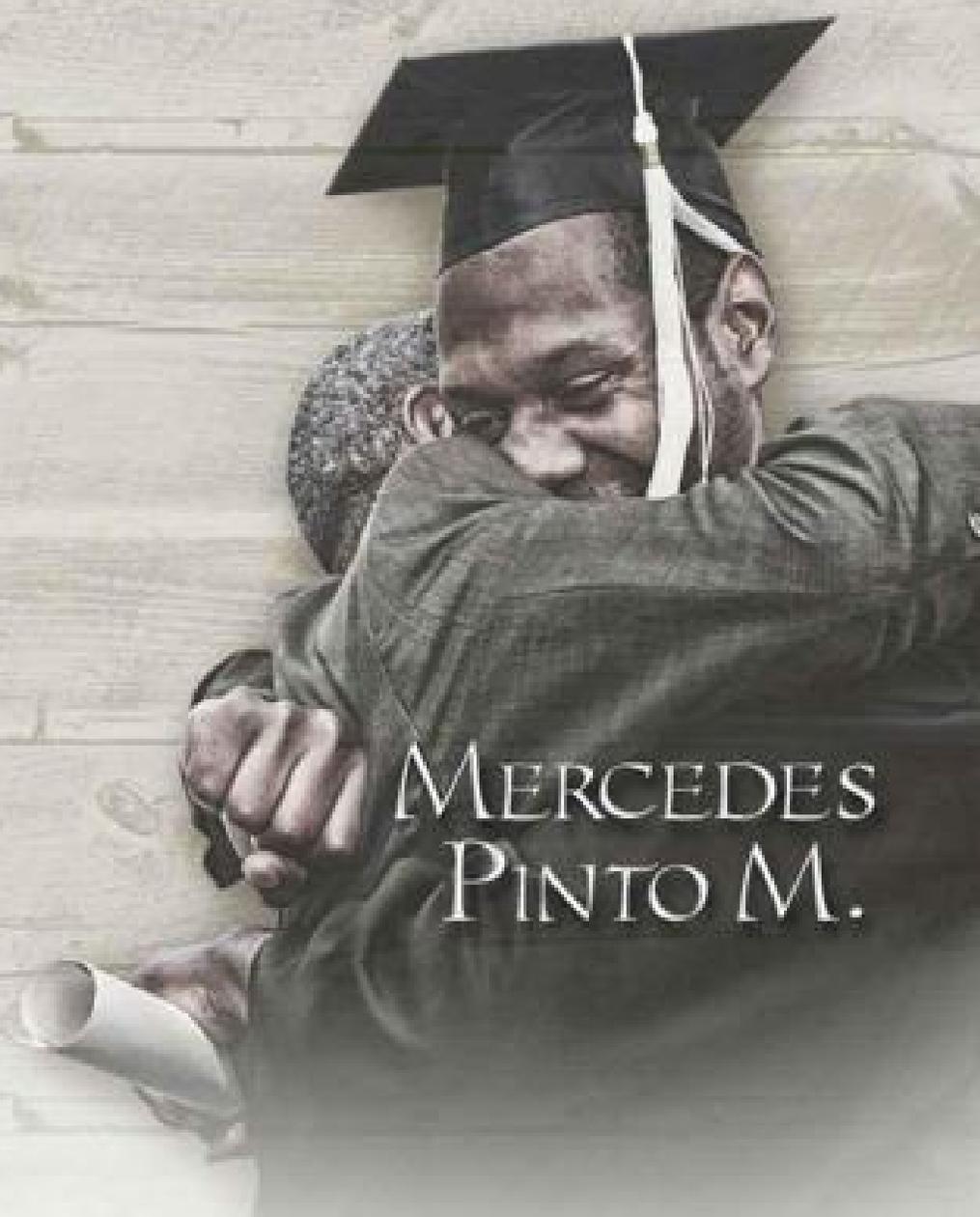




Hijos de Atenea



MERCEDES
PINTO M.

HIJOS DE ATENEA

Mercedes Pinto Maldonado

Título original: Hijos de Atenea

Autor: Mercedes Pinto Maldonado

I Edición – Septiembre de 2014

© de Mercedes Pinto Maldonado

- _ - _ - _ -

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

- _ - _ - _ -

A todos los hijos de Atenea, hombres y mujeres que escogieron el camino del conocimiento y la sabiduría para luchar por la justicia y la libertad.

ÍNDICE

BAHATI

CAPÍTULO I: Mi maestro Papalú

CAPÍTULO II: Invisible

CAPÍTULO III: Traicionado

CAPÍTULO IV: El Malabají

CAPÍTULO V: Diario de a bordo

Diario a bordo del Malabají. 11 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 12 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 13 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 14 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 15 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 16 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 17 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 18 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 19 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 20 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 21 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 22 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 25 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 26 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 27 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 28 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 29 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 30 de abril de 1870

Diario a bordo del Malabají. 1 de mayo de 1870

Diario a bordo del Malabají. 2 de mayo de 1870

Diario a bordo del Malabají. 3 de mayo de 1870

[Diario a bordo del Malabají. 3 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 4 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 6 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 7 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 8 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 9 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 10 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 11 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 12 de mayo de 1870](#)

[Diario a bordo del Malabají. 13 de mayo de 1870](#)

[CAPÍTULO VI: El desembarco](#)

[CAPÍTULO VII: El ingenio](#)

[CAPÍTULO VIII: El escritor del amo](#)

[CAPÍTULO IX: La Gorda Sara](#)

[CAPÍTULO X: Rosendo y Ojosdeagua](#)

[CAPÍTULO XI: Tiempos de cambio y libertad](#)

[CAPÍTULO XII: La Guerra de los Diez Años](#)

[CAPÍTULO XIII: Tres meses de amor](#)

[CAPÍTULO XIV: En el convento](#)

[CAPÍTULO XV: Las despedidas](#)

[CAPÍTULO XVI: La Luisa](#)

[CAPÍTULO XVII: Diario de La Habana](#)

[Diario de La Habana: 22 de noviembre de 1882](#)

[Diario de La Habana: 23 de noviembre de 1882](#)

[Diario de La Habana: 25 de noviembre de 1882](#)

[Diario de La Habana, 27 de noviembre de 1882](#)

[Diario de La Habana: 5 de diciembre de 1882](#)

[CAPÍTULO XVIII: Libre y esclavo](#)

[CAPÍTULO XIX: Noticias](#)

[CAPÍTULO XX: Administrador del ingenio](#)

[CAPÍTULO XXI: El paso de los años](#)

[CAPÍTULO XXII: El maestro Ojosdeagua](#)

[CAPÍTULO XXIII: El último viaje](#)

[Agradecimientos](#)

BAHATI

Me llamo Bahati, y mi nombre significa «suerte». Nací en Angola, cerca de Dondo, por casualidad. En mi tierra casi todos los pueblos son nómadas y nacemos por azar en cualquier lugar de la sabana. Pertenezco a la tribu Khoisan, o San, o Bosquimana, que seguramente te resultará más familiar. Creo que soy el único bosquimano llamado Bahati. Mi madre debió ponerme el nombre de mi padre, como manda la tradición entre los de mi pueblo, pero este tuvo el desacierto de acoger a una segunda mujer bajo su techo cuando yo aún estaba en periodo de gestación y ella, por despecho, decidió bautizarme con el nombre del jefe de una tribu herera que se cruzó con la nuestra cuando sintió el primer dolor del parto.

Lo cierto es que aunque fue ella, mi madre, quien escogiera mi nombre en un arrebato de celos, nunca me llamó Bahati, decía que ningún san que se preciara podía tener un nombre que no necesitara al menos un par de golpes de lengua para pronunciarlo. En mi clan también estaban de acuerdo con esta idea y, como, según decían, era el niño más negro nacido entre ellos, carente del bronce dorado que caracteriza a mi etnia, comenzaron llamándome «niño negro». Discutían sobre mi color, pero el brujo concluyó: «Depende de la luz del sol, bien es negro como un bantú, bien su piel parece la madera cortada del baobab o al atardecer tan oscuro como la noche que se anuncia». No obstante, al principio mi progenitora me llamó solo «niño», como era hijo único... Más tarde, cuando empecé a caminar, decidió que «niño del paso largo» era mucho más descriptivo para nombrarme, porque todos nuestros vecinos decían que nunca hubo en la historia de mi pueblo un bosquimano que con dos años caminara más rápido que su madre. Y este fue el primer golpe de suerte que hizo honor a mi nombre: gracias a mi paso largo pude aprender a leer y escribir. Qué ironía, años después muchos blancos volvieron a llamarme «niño negro» y apodos parecidos.

Esta es mi historia, la de un hombre nacido entre las gentes más parias del planeta y vendido a los esclavistas, que gracias a su suerte y curiosa e impar educación siempre se sintió libre.

CAPÍTULO I: Mi maestro Papalú

Recuerdo con bastante claridad la primera vez que vi al padre Luis. No debía tener más de cuatro años, pero aquel hombre que asomaba su cabeza, tan calva como blanca, a un grueso y negro tronco me impresionó tanto, que aún hoy puedo cerrar los ojos y evocarlo con absoluta fidelidad. Me quedé paralizado. Hasta entonces no había tenido noticia alguna de que un ser humano pudiera ser blanco, y aún menos blanco y negro a la vez. Me di un buen susto. Hasta tal punto que, cuando acercó su nivea mano a mi cabeza, de un salto, me puse a correr y no paré hasta que me quedé sin aire, cosa que hasta el momento creí imposible; esta fue la primera vez en mi vida que me quedé sin aliento mientras corría por la sabana. Extenuado, me senté bajo un árbol y allí pasé horas invocando, a mi manera de niño, el favor de los espíritus de mis antepasados. Hasta que mi madre, enfadada como jamás la vi, me encontró y me llevó hasta el poblado a rastras.

Por entonces ya no me llamaba «niño del paso largo», sino «Pasolargo», a secas. Así que para mi clan yo era «Bahati Pasolargo». De esta manera mi madre y los miembros de mi tribu podían cliquear la lengua al nombrarme, como debía ser tratándose del nombre de un san.

—¿A ti qué te pasa, Pasolargo? Llevamos toda la mañana buscándote —dijo mi madre, sin resuello—. Si vuelves a escaparte te cortaré esas piernas de guepardo enano.

Arrastrado por la mano de mi madre, no paré de llorar hasta que llegué a casa. Me imaginaba sin piernas, como el hombre «negro-blanco», deslizándome bajo un extraño tronco durante toda mi vida, vagando solo por la sabana como un espíritu maligno arrojado del otro mundo.

Al caer la noche mi estómago pidió alimento, pero mi madre se negó a cogerme en su regazo y permitir que un niño tan desobediente se acercara a sus pechos. Hasta entonces me había amamantado, era hijo único y no habían nacido hermanos que usurparan mi privilegiado puesto. Una pesadilla me despertó en la madrugada y me deslicé por el suelo con sigilo hasta meterme en las pieles de mis padres, donde dormían los cuatro: mi padre, mi madre y la segunda esposa de mi padre con su primera hija agarrada al pecho. ¡Cómo la envidié!

Como era costumbre y deber de una mujer san, mi madre, a pesar de la ofensa que supuso para ella compartir a su esposo cuando solo llevaban unos meses de relación, dormía junto a él. Pero solo eso; era una mujer de fuerte carácter y gran voluntad, fría y distante, sí, pero muy autosuficiente y trabajadora. Creo que ya desde tan temprana edad no volvió a yacer con hombre alguno.

Mis tripas, doloridas por el vacío, finalmente me llevaron a sisar unos trozos de carne de la despensa de la tienda vecina, pero ella me sorprendió en plena faena:

—Muy bien, Pasolargo, como veo que tienes edad suficiente para correr y robar, a partir de ahora irás con tu padre de caza y comerás lo que consigas en la sabana, mis pechos están secos para ti —me murmuró al oído mientras algo caliente resbalaba por el interior de mis muslos, de puro susto.

No obstante, cuando a la mañana siguiente vi a los hombres untar el veneno en sus flechas para salir a la caza del antílope, decidí que podría alimentarme de raíces, hormigas y pequeños lagartos mientras crecía lo suficiente. De todas formas, mi tímido intento de participar en el ritual de la caza fue baldío; cada vez que me acercaba, mi padre me daba un puntapié y me instaba a no molestar durante una tarea que requería tanta concentración y cuidado. De manera que sería un

cazador, sí, pero de insectos, mucho menos peligrosos y más accesibles para un niño de cuatro años.

La curiosidad, que siempre ha sido una de mis señas de identidad y culpable de mi destino, me llevó a buscar el asentamiento del hombre blanco que caminaba bajo el tronco negro. Poco más de una hora tardé en encontrarlo, siguiendo el cauce de un río seco.

Estaba sentado bajo un árbol, con la espalda apoyada en su tronco. Con la mano izquierda sostenía lo que a mí me pareció un trozo de madera lleno de finas y blancas hojas, y que miraba con mucha atención, y en la derecha tenía un fruto extraño que de vez en cuando mordía distraídamente. Bajo lo que, después de observarlo con tiempo y detenimiento, ya no me parecía un tronco negro, sino una extraña manera de cubrir el cuerpo poco adecuada para soportar el sol abrasador de Angola, asomaban sus pies, envueltos en una red hecha de tiras de piel.

Me quedé rezagado, escondido tras un arbusto, seguro de que no podría verme. Mientras lo observaba, poco a poco fue desapareciendo mi desconfianza; no parecía agresivo, al contrario, daba la sensación de ser tranquilo y pacífico. Sin levantar la vista del objeto de madera, dejó el fruto sobre su regazo, sacó otro igual de un zurrón que tenía a la derecha y me lo mostró. Comprendí que no estaba tan camuflado entre los matorrales como yo creía; desde luego lo mío no era la caza por más rápidos y largos que fueran mis pasos.

Temeroso, salí de mi escondrijo y avancé hacia él. Me moría por darle un mordisco a la bola rosada que me ofrecía. La cogí de un tirón y le hincé los dientes con frenesí, con los músculos tensos, preparados por si había que salir corriendo. El fruto estaba muy, muy rico.

Él se quedó mirándome con una sonrisa bonachona que terminó por conquistarme. Vencido el miedo, me puse a curiosear; era mi debilidad. Observé con atención sus ropas, sus sandalias, su libro, su rostro... Me di todo el tiempo que necesité y él se dejó hacer. Estaba tan absorto en mi estudio que olvidé el posible peligro que me acechaba. Después me hizo una pregunta, que naturalmente no entendí. La repitió y pensé que seguramente querría saber mi nombre. ¡Todo el mundo preguntaba por mi curioso nombre!, les gustaba cómo lo pronunciaba, y él, por más extraño que fuera su exterior, no podía ser menos. Así que dije: «Bahati, Bahati Pasolargo». Puso su mano blanca sobre mi negro pecho y repitió: «Bahati», «Pasolargo» se le resistió, no tenía la lengua entrenada para pronunciar los sonidos del pueblo san. Luego se llevó la mano al corazón y dijo: «papa Luis», que así lo llamaban los miembros de la tribu con la que vivía. Pero como las dos últimas letras no conseguía pronunciarlas, después de una hora y un ciento de intentos solo conseguí decir «papalú». Coincidimos en que sí, que se llamaba Papalú, y punto. El pobre, agotado, asintió por fin y aceptó el curioso alias, que más tarde adoptaría el resto de sus conocidos en el asentamiento.

A partir de ese día mis visitas a la vivienda de Papalú fueron diarias. Al principio con la desaprobación de mi madre y la consiguiente regañina a mi regreso; pero a los pocos días me siguió y, cuando me vio conversando con el hombre blanco y comprobó el amable trato que me profería, cedió conforme. Era una mujer muy intuitiva y supo que Papalú no podía ser una mala compañía.

La razón por la que cada día, durante años, iba en su busca no podría expresarla con exactitud o, mejor dicho, no me faltaban motivos, aunque ninguno de ellos la explique: por la manzana que casi siempre me regalaba, porque era una excusa para correr siete kilómetros diarios, porque me empeñé en conocer su lengua, porque me hablaba de tierras lejanas, porque me hacía sentir querido e

importante... Qué sé yo. Lo cierto es que no pasaron muchos meses para que mi interés por lo que contaban sus libros se convirtiera en el motivo principal de nuestros encuentros.

La primera palabra que aprendí a escribir fue «manzana», sin saber siquiera que en realidad lo que Papalú había dibujado con un palo sobre la tierra era una cadena de letras combinadas de una forma muy concreta para formar el nombre escrito del fruto que tanto me gustaba. Simplemente observé con atención un buen rato y lo imité con mi palo.

Todo empezó porque un buen día mi maestro se negó a que hurgara en su zurrón para coger la manzana. Había llegado la hora de que la pidiera por su nombre.

—Ah, no, Bahati. Hoy, si quieres la manzana tendrás que pedirla —protestó agarrando la cuerda que cerraba su bolsa.

Yo insistí señalando el morral con enfado. Pero él lo colocó tras su espalda y se puso a leer como si no estuviera; aunque por más que lo intentaba no conseguía concentrarse: yo no paraba de molestar a su alrededor, saltando y tirando piedras a un matorral. Así que cerró su libro, sacó la manzana de la alforja y comenzó la primera lección de toda una enseñanza que me convertiría en un individuo único en mi pueblo y que me brindaría la asombrosa oportunidad de contar mi historia en primera persona y en un perfecto castellano.

—Man-za-na —deletreó.

Hice un intento de arrebatársela, pero la tenía bien agarrada. Comprendí que no tenía escapatoria.

—Ma-ta-na —repetí.

—No, no. Man-za-na.

Me concentré y lo volví a intentar:

—Man-za-na.

Su sonrisa delataba mi victoria. Pero no, cogió una rama seca y deslizó un extremo por el suelo hasta que aparecieron unos garabatos: «Man-za-na». Desconcertado, cogí otra rama e imité lo escrito en la tierra vacía. No debí hacerlo nada mal.

—Muy bien, Bahati, empezamos a entendernos. Esto es una man-za-na, y así se escribe, man-za-na —repetió mientras a cada sílaba daba un golpecito en los símbolos correspondientes, que yo, sin saber el significado, había escrito entre nuestros pies. Repetió la operación no sé cuántas veces hasta que creyó que de alguna manera empezaba a comprender. Después abrió su libro, me lo mostró y, alternativamente, pasó su dedo índice por las palabras que había escritas y por la que yo mismo había grabado en la tierra con el palo.

Y sí, algo de todo aquello comprendí en esa primera clase; al menos entendí que Papalú no se quedaba largo tiempo mirando los dibujos de su libro, que a mí me parecían una multitud de hormigas en hilera, porque tuviera algún extraño problema mental. ¡Qué paciencia la de Papalú!

Debieron pasar al menos un par de semanas hasta que comprendí que los nombres de los objetos no solo se podían pronunciar con sonidos, también se podían escribir, y en muchos idiomas. Días más tarde aprendí que las palabras se formaban combinando símbolos llamados letras.

Me gustó aquel juego, me producía una inexplicable satisfacción comprobar mi propio progreso. Memorice el abecedario en unas horas, tengo una memoria excelente, y a partir de ahí todo fue divertimento: Papalú señalaba un objeto, luego lo pronunciaba y después yo escribía en la tierra.

Imitaba cada una de sus enseñanzas con entusiasmo, y él era feliz, sabía que en la sabana se estaba produciendo un milagro y que algún día daría su fruto. Estaba tan orgulloso de su alumno como de sí mismo.

Los años han borrado de mi memoria muchas escenas, incluso mientras escribo he de remendar con retales de mi imaginación y de la realidad las que ha desgarrado el tiempo, pero la sensación que me dejaron aquellos días de juego y aprendizaje, en los que me probaba a mí mismo y descubría cuán inmensa era mi capacidad, esa sensación la rememoro y revivo con toda fidelidad: era como correr por la sabana y comprobar que cada paso me hacía avanzar. Siempre había algo más esperándome, a mi alcance. Era descubrir cómo una puerta te lleva a otra.

También recuerdo las clases no aprendidas, como las incontables veces que intentó explicarme cómo medían el tiempo en el mundo blanco. Recurrió a todas las artimañas y ejemplos posibles. No, no es que yo fuese incapaz de contar, era una cuestión más profunda y arraigada en mí:

—Ya sabes multiplicar y dividir, Bahati, esto no debería ser un problema para ti. Veamos, ¿una vez más! Atiende bien lo que te digo —dibujó una larga línea sobre la tierra seca—: imagina que esta línea es todo un día y una noche, desde que sale el sol hasta que vuelve a salir. ¿Entiendes?

—Creo que sí —contesté, nada seguro, temiendo lo que vendría después, que ya me había explicado decenas de veces en los días anteriores.

—Bien. Dividamos esta línea en veinticuatro trozos. ¿De acuerdo?

—¿Para qué?

—Eso después, Bahati, ahora concéntrate en lo que te digo —decía mientras dividía la línea dibujando rayitas transversales sobre ella. Luego señaló una porción—. Esto es una hora, ¿comprendes?

—No.

—¡Santo Cielo, asísteme! A ver... igual que podemos partir una manzana en pedazos más pequeños, podemos dividir el tiempo en años, meses, días u horas. Esto nos ayuda a saber cuándo pasaron o pasarán ciertos acontecimientos. Por ejemplo, imagina que tú y yo queremos quedar en un lugar y en un momento del día en concreto, bien, para encontrarnos tendremos que fijar el lugar y el momento, que podría ser a las cinco de la tarde en mi cabaña. ¿Cómo podrías saber tú cuándo son las cinco si no sabes contar el tiempo?

—No podría, pero le pediría que quedáramos al amanecer, o entre el amanecer y el sol alto, o cuando esté el sol alto, o a la caída del...

—Pero eso es muy impreciso, Bahati, yo podría estar horas esperando y perdería mi tiempo... Para eso se inventó el reloj.

—Las tribus de África no tenemos reloj, pero sí tiempo para perder, todo lo hacemos dependiendo del hambre, la luz, las lunas y las estaciones.

—¡Se acabó! Me rindo, es imposible. No entiendo cómo has sido capaz de entender el movimiento de la tierra y te niegas a comprender algo tan simple. Te diré algo, pequeño cabezota, si alguna vez pisas otros continentes te acordarás de este día —estaba muy enfadado, tanto que lanzó el palo a unas zarzas con genio y se metió en su cabaña.

Creo que por una vez él no me entendió a mí. La cuestión no fue que no asimilara la teoría, sino que no le encontraba el sentido práctico que Papalú se empeñaba en darle. Hasta ese momento todo lo que me había enseñado lo incorporaba a mis conocimientos con más o menos dificultad porque me desvelaba verdades ocultas, pero aquello de dividir el tiempo en fracciones cada vez más

pequeñas... ¿para qué? Tuve claro que era una invención del hombre blanco, sin sentido, sobre todo si no tenías reloj. ¿Cómo iba yo a quedar a las cinco con Papalú en su cabaña si no tenía reloj? Muchos años después este escollo en mi aprendizaje cobró su importancia.

Hubo situaciones especialmente cómicas, como cuando mi maestro intentaba enseñarme cómo se escribía una determinada acción, como comer, saltar, beber... No fue muy acertado que para su primer intento escogiera el verbo correr; Papalú estaba algo sobrado de peso, tenía cierta edad y ese día apretaba el calor en la sabana.

En menos de un año pudimos entendernos sin problemas; éramos capaces de mantener conversaciones sencillas; teniendo en cuenta que yo era un niño de cinco años y que el idioma español distaba mucho del mío. Escribir frases coherentes me costó mucho más tiempo, pero fue algo que se me dio bastante bien desde el principio. A los siete años leía con aceptable soltura.

A través de los libros Papalú me mostró un mundo lejano y prohibido para cualquier miembro de mi pueblo. Al principio me proporcionaba cuentos sencillos, algunos los escribió él mismo para mí, en los que había niños de la sabana y princesas negras, pensó que me sería más fácil identificarme con personajes más cercanos; pero pronto comprendió que prefería soñar con lo desconocido e inalcanzable. No escatimaba en tiempo ni esfuerzo para la formación de su alumno, estaba tan entusiasmado como yo, convencido de que no había en toda Angola un niño san de siete años capaz de leer en español. Desde luego, no lo había. Tal era su emoción, que recurría a mil artimañas para conseguir libros que se adaptaran a mi edad, llegando a poner en juego incluso su reputación entre la curia, era capaz de abandonar sus tareas evangelizadoras para acercarse al puerto y encargar material de lectura a los comerciantes y marineros.

Una tarde en la que yo leía mis cuentos y él un libro muy grueso, tan concentrado como para no atender a mis constantes incógnitas sobre la historia que tenía en mis manos, le pregunté con curiosidad:

—¿De qué trata tu libro, Papalú?

—De mitología griega —me contestó.

—Ah... —el siguió, pero yo ahora tenía más preguntas.

—¿Y qué es la mitología griega?

—Es la historia sobre los dioses a los que adoraban los griegos hace muchos años, mucho antes de que naciera Nuestro Señor Jesucristo. Ahora estoy leyendo sobre Atenea, la diosa de la lucha y la sabiduría.

—Pero... tú siempre me has dicho que solo hay un Dios verdadero y que todos somos sus hijos.

—Cierto, pero, como te digo, esto pasó mucho antes de que naciera Jesucristo y nos hablara de un único Dios.

—Entonces... ¿en aquel tiempo todos eran hijos de una diosa que se llamaba Atenea?

—Bueno, no todos, solo aquellos que buscaban el verdadero conocimiento y lo ponían al servicio del entendimiento entre los hombres, porque eso es lo que ella representaba para el pueblo de Atenas.

—Me hubiese gustado ser hijo de Atenea.

—Mi pequeño Bahati Pasolargo, tú serás hijo de Atenea muy pronto, porque eres curioso y

estás aprendiendo mucho, y sé que algún día todos tus conocimientos te servirán para luchar por un mundo más justo.

No es de extrañar que mi pueblo pensara que estaba embrujado, poseído por un espíritu maligno, y que el anciano brujo de mi asentamiento en varias ocasiones intentara arrancarme tamaño mal con sus exhortaciones. Yo era un san, y un niño. ¿Qué hacía cada tarde arrastrando mis flechas de juguete por la tierra? ¿Qué extraño hechizo ejercía sobre mi pequeño ser el objeto que miraba por horas con tanta atención?

Las madres prohibieron a sus hijos acercarse a mí hasta que el brujo consiguiera que el espíritu maligno me abandonara y muchos dejaron de hablarme. Pero nunca me importó lo suficiente como para renunciar al fantástico mundo que encerraban los libros del hombre blanco. Para ser tan pequeño, tenía el carácter tan perfilado como mi madre. Tampoco ella se dejó amedrentar por sus vecinos y familiares. Menuda era mi madre.

En todos los lugares y épocas han existido mujeres adelantadas a su tiempo, en Angola, en pleno siglo XIX, sin discusión alguna mi madre fue una de ellas. No sé si defendía mi curiosa afición a leer por convencimiento o por mera rebeldía, creo que más bien por lo segundo, no soportaba las imposiciones, pensaba por sí misma, las normas y leyes las dictaba ella.

Hasta tal punto mi madre estaba convencida de que debía apoyarme que se negó a alejarse del asentamiento de Papalú cuando nuestra familia decidió levantar el campamento. Como nómada, mi pueblo nunca echaba raíces en la tierra. Pero nosotros nos quedamos, mi madre decidió unirse a la tribu seminómada donde vivía mi maestro. Él, entusiasmado con su decisión, le prometió que se ocuparía de que no nos faltara el alimento, a pesar de no tener un cabeza de familia que nos protegiera. Y así fue.

Cinco años y nueve meses me costó hablar, leer y escribir el español aceptablemente, que en un par de años perfeccioné con la ayuda del padre Mateo y los libros, además de tener un buen nivel de cultura general. Debía estar a punto de cumplir los diez años cuando un día se marchó, sin más. Allí nos dejó, a mi madre y a mí, con una tribu cuyos vecinos eran mayoritariamente namas, que nos había acogido hacía tres veranos y que sintió la partida del misionero tanto como nosotros.

Antes de marcharse, Papalú me llevó a su cabaña y me dijo:

—Me tengo que marchar, Bahati.

—¿Vas al puerto a por libros?

—No, no voy a por libros, esta vez me subiré a uno de esos barcos que cruzan océanos y me marcharé para siempre. Sabes que este día tenía que llegar, que estaba aquí solo por un tiempo, te lo he dicho muchas veces.

—Pero... no puede marcharse, yo... tengo tanto que aprender todavía... —El corazón desbordó mis ojos. Papalú era el padre de todos, el mío, mi maestro y mi protector, la llave que abría el mundo del conocimiento.

—Ciertamente, te queda mucho por aprender todavía, pero no será conmigo... Hoy te daré la última lección: te enseñaré a despedirte. Una lección que te será muy útil el resto de tu vida. Así que yergue tu cuerpo, sécate esas lágrimas y deja que asome a tus ojos el gran hombre san que eres. Has de saber que nada en este mundo es para siempre más que el amor que dejamos tras marcharnos y creo que el mío está contigo desde aquel día que te escondiste entre los arbustos para observarme.

Obedecí, enderecé mi espalda y enjuagué mis lágrimas, pero no pude controlar un pequeño temblor en el labio inferior mientras lo veía recoger sus pertenencias.

En su viejo zurrón apenas cabían la única muda de ropa que tenía y algunos objetos que le habían regalado los miembros del asentamiento donde había vivido casi seis años. En pocos minutos estaba preparado para su viaje.

—No puedo llevarme todo esto —dijo mirando a su alrededor—, es increíble la cantidad de libros que he acumulado durante estos años —balbuceó, evitando que nuestras miradas se encontraran—. Son tuyos, todo lo que hay aquí es para ti, en mi nuevo destino tendré tantos que no viviré para leerlos. Dejaré una nota para el nuevo sacerdote que ocupará mi puesto, quiero que sepa quién eres y por qué te dejo todo esto. ¿Qué tal si la escribes tú mismo? Venga, siéntate, vamos a escribirle una carta al padre Mateo.

Arrancó cuidadosamente una hoja de la libreta donde hacía mis deberes, sacó del bolsillo de su sotana el trocito que quedaba del último lápiz que me había regalado, que prefería guardar él después de que yo hubiese perdido al menos una docena, me lo puso en la mano, todavía evitando que nuestros ojos tropezaran, y comenzó a dictarme:

—Estimado padre Mateo, dos puntos... ¡Venga, escribe! No tenemos mucho tiempo —ordenó ante mi pasividad, ahora sí, posando su sufrida mirada sobre la mía.

Apreté el lápiz entre mis sudorosos dedos y posé la punta sobre el papel, dispuesto. Él estaba de pie, a mi lado, con la cabeza sobre la mía. Una lágrima robó la virginidad al papel antes de comenzar, y no era mía.

—Vamos, Bahati —continuó, con la voz ahogada—, escribámosle a tu próximo maestro. ¿Listo? —apenas asentí.

—Estimado Padre Mateo. Dos puntos. Le dejo esta nota para hacerle saber que todos los libros y material de escritura que ha encontrado en la cabaña donde se encuentra son propiedad de Bahati Pasolargo, un muchacho que en breve se presentará ante usted. Coma. Si no lo ha hecho ya. Punto y seguido. Comprobará que. Coma. Gracias a su esfuerzo y perseverancia. Coma. Maneja nuestro idioma casi a la perfección. Abre paréntesis. Él mismo ha escrito esta carta mientras yo le dicto. Cierra paréntesis. Punto y seguido. Aprovecho para pedirle que tenga a bien continuar mi labor también en este menester de instruir a Bahati Pasolargo. Coma. Naturalmente. Coma. Si lo considera oportuno. Punto y aparte. Le deseo una provechosa estancia en estas tierras en compañía de Nuestro Señor —paró un momento de dictarme para hacerme una aclaración importante—: Bahati, te he dicho en varias ocasiones que siempre que nos referimos al Santísimo los pronombres, artículos y sustantivos han de ir en mayúscula.

—Lo siento —dije con un hilo de voz, conteniendo el llanto.

—Bien, terminemos. Íbamos por Nuestro Señor...

—Necesito un borrador —tenía que rectificar.

Hurgó en uno de sus bolsillos y sacó un pedacito de goma.

—Toma, borra con este resto, te he dejado dos buenos trozos en la caja que hay sobre los libros, entre los lápices —borré, rectificué y prosiguió—: Nuestro Señor. Punto y aparte. Atentamente. Dos puntos. A ver, déjame que firme la nota.

Antes de marcharse, me cogió de los hombros y mirándome fijamente se despidió con estas palabras:

—Desde que te conocí no he dejado de reflexionar... Los milagros existen, mi pequeño gran

Bahati. Nadie hubiese apostado porque en una tierra tan hostil para la sabiduría una semilla pudiera dar lugar a un árbol tan fuerte y hermoso como tú. No puedo imaginar siquiera qué frutos hubiese dado en tierra fértil. Serás un gran hombre. Ruego a Dios cada día para que te abra paso en este injusto mundo. Adiós, Bahati Pasolargo, te recordaré el resto de mis días como el mayor regalo que me ha otorgado el Altísimo.

No digerí aquel mal trago hasta pasado el tiempo; no podía aceptar tan doloroso desarraigo. Cuando eres un niño piensas que todo es para siempre, incluso tú mismo te crees eterno, y así vives. Los verbos solo tienen una conjugación: el presente; un presente eterno.

Es cierto, ese último día mi maestro me enseñó a despedirme, una enseñanza que entrañaba otras muchas: que nada es para siempre, que lo que más se valora suele formar parte del recuerdo, que ningún ser humano es el mismo al día siguiente y que atrapar el tiempo es una empresa tan inútil como imposible, sin reloj y con él.

Me abrazó largo rato mientras yo me agarraba a su panza con todas mis ganas y, cuando consiguió desprenderse de mis brazos, se marchó.

Lloré a placer hasta el anochecer, rodeado de sus libros.

CAPÍTULO II: Invisible

La partida de Papalú me hizo despertar, me obligó a tomar conciencia de la necesidad de sobrevivir, de que no solo de conocimiento vive el hombre. Quedé huérfano, perdido. Durante casi seis años había rondado a su alrededor la mayor parte del día. Apenas me importó que mi pueblo me ignorara; tenía el favor de mi madre, a mi maestro, a mis libros y unas piernas rápidas para correr por la sabana, además de estar bien alimentado sin ningún esfuerzo: Papalú compartía conmigo y con mi madre cada día los manjares que le llegaban de tierras lejanas, de vez en cuando hasta me ofrecía un traguito de su rico vino, además de contar con las semillas que recogía mi progenitora, con las que hacía ricas tortas y gachas.

Aquellos años cobran un especial relieve entre mis recuerdos cuando visito el pretérito, fueron el eje del resto de mi vida. Papalú me abrió las puertas del conocimiento, me dio la oportunidad de soñar con otras tierras y otros pueblos. Decía que conocer te enseña a respetar y que respetar es una forma de amar. Me contaba que la ignorancia construía muros y que el saber los derribaba; que comprender era ejercitarse en la duda, poner en cuestión los dogmas establecidos por hombres que se aprovechan de la incultura de otros. «Eres un chico curioso e inteligente —me decía a veces—, sabrás sacar partido a tantas horas de estudio». En parte, llevaba razón.

Para el padre Mateo fui un encargo molesto. Tenía muy claro su misión en aquellas tierras olvidadas: evangelizar. Imponer la doctrina cristiana a toda costa, y hacerlo a la manera que él entendía. Era un sacerdote católico ortodoxo, con una forma de catequizar tan burda y obtusa que solo le llevaba a la frustración y la desaprobación de la tribu. Su empeño en hacer comprender a mi asentamiento cuán pecadoras eran nuestras vidas lo marginó desde el principio. Todo le escandalizaba, especialmente nuestra manera de entender y vivir el sexo. ¡De dónde había salido aquel ser tan ilustrado y necio a la vez! Su comportamiento resultaba ridículo. Verlo gesticular ante las mujeres intentando convencerlas, en un idioma que no conocían, de que debían tapar su cuerpo era motivo de burla en todo el poblado. Llegó a fabricar una especie de capas, cortando a trozos algunas de sus sotanas y haciéndoles un boquete. Perseguía a las muchachas para que introdujeran la cabeza por el agujero y así tapar sus vergüenzas, con la intención de, según él, liberarlas de la eterna condena del infierno.

Hubo una ocasión en la que traspasó los límites: cansado de escuchar los gemidos provocados por los juegos sexuales de una pareja que yacía en una choza no muy lejana a su cabaña, y harto de pedirles que pararan desde el exterior, entró en la tienda como un energúmeno, vociferando maldiciones, e intentó separarlos con un palo como si de animales se tratara. Enseguida apareció un numeroso grupo de hombres, alarmados ante tan agresivo comportamiento. Iban armados con lanzas, dispuestos a matar a semejante mala bestia.

Lo dejaron vivir por orden del jefe, porque había pactado no sé qué acuerdo con los hombres blancos. Lo tomaron por loco y pasó a ser casi tan invisible como yo. Aun así, no cesó en su empeño de evangelizar a su extraña manera. Algunas mañanas se levantaba obsesionado con que el poblado memorizara los Diez Mandamientos y me hacía pasearme entre las chozas enumerándolos en voz alta

durante horas, como si pudieran entender algo de lo que les gritaba, además de que rechazaban de plano todo lo que tuviera que ver con el padre Mateo o conmigo. Lo que él no alcanzaba a comprender era que en realidad tales mandamientos eran básicamente nuestras leyes ancestrales. Le expliqué en varias ocasiones que nosotros ya cumplíamos los Diez Mandamientos, incluso el sexto, pero entonces encolerizaba y me decía que yo era el mayor de los pecadores y cosas parecidas.

En repetidas ocasiones intentó que ejerciera de intérprete con los miembros del asentamiento, y lo hice, pero varios problemas impedían la auténtica comunicación: por un lado era invisible para el clan que me había adoptado, sin olvidar que la mayoría ni siquiera entendía mi lengua san o el hecho de que a él lo consideraban un perturbado. Sé que aunque no quisieran me escuchaban, los mensajes que traducía del padre Mateo en realidad llegaban a sus oídos y luego algún san del asentamiento se los transcribía a la lengua bantú a escondidas, con lo cual afianzaban su convencimiento: el nuevo hombre blanco encargado de evangelizarlos tenía serios problemas mentales. De alguna manera, los tenía. No dudo de su debida instrucción en el seminario y me consta que conocía las Sagradas Escrituras al dedillo, pero le faltaba lo principal: después de tanto estudio y formación religiosa no había comprendido que para enseñar primero tenía que amar. Él pensaba que nuestra tribu no merecía ser amada hasta que no fuera adoctrinada y mi pueblo, después de haberlo acogido como a un hermano por recomendación de Papalú, le estaba exigiendo afecto y comprensión, tal vez después podrían entender sus palabras, pero primero tendría que abrir su corazón y su mente, como lo hizo su antecesor.

Su empeño en adoctrinarme no tenía límites:

—Veamos, Bahati, por dónde lo dejamos ayer...

—Estábamos con los continentes...

—No me lées, pequeño truhan, hablábamos de cómo la llegada de Nuestro Señor Jesucristo cambió el destino del hombre y el avance que ha supuesto para los países que han abrazado sus enseñanzas. No hay más que ver esta tierra, dejada de la mano de Dios...

Entonces yo intentaba llevarlo a mi terreno pidiéndole que me mostrara esos lugares en el mapa y, mientras él seguía con su estéril discurso, memorizaba nombres de países, capitales, mares, ríos... mi mente intentaba encajar lo pequeño que era mi pueblo comparado con un mundo tan inmenso, mientras él seguía y seguía sin tregua.

Gracias a Dios, al Dios de blancos y negros, algo que me inquietaba especialmente cuando se marchó Papalú siguió igual con el cambio de maestro: mi alimentación. Tal vez porque era el único del poblado que aceptaba los regalos del padre Mateo. Por aquel entonces él y yo éramos los más parias de la tribu más paria en la tierra más paria del planeta. Bueno, él todavía más que yo, ni siquiera le hablaba mi madre, a pesar de que la consideraba una santa comparada con las mujeres de aquel pueblo pecador, solo por el hecho de ser fiel a su primer y único esposo. El pobre, por más que se lo expliqué, no alcanzaba a comprender que entre los sans la fidelidad conyugal no era un valor añadido al honor. De hecho, en sus primeros días entre nosotros varias mujeres casadas se ofrecieron, con el consentimiento de sus esposos, para... digamos hacerle la vida más placentera. Cuando él comprendió lo que le ofrecían creyó morir del pasmo. Creo que si hubiese sabido que en realidad mi madre no tenía relación con hombre alguno desde antes de mi nacimiento la hubiera propuesto para su beatificación. Estoy convencido de que su obsesión por hacernos castos era

producto de algún hecho que lo traumatizó. No, no es que viniera a Dondo a evangelizar, su misión principal era privarnos de toda relación sexual, una tarea imposible en un pueblo tan libre.

Mi estrecha relación con los libros y el largo tiempo que les dedicaba me convirtió en un muchacho invisible para mi pueblo. Lo cual no hizo más que beneficiar aún más mi formación cultural. Nada me perturbaba, la vida del asentamiento transcurría a mi alrededor como una lejana visión. Lo cierto es que pasaba la mayor parte del día merodeando la que fue cabaña de Papalú, de manera que pasaba poco tiempo con mis vecinos, sin embargo, cuando estaba en el poblado todos evitaban acercarse a mí, como si temieran contagiarse de mi extraño mal. Algunos me observaban escondidos, yo oía sus risas y burlas desde el árbol que me daba sombra durante la lectura. El brujo había dado instrucciones al jefe: quedaba prohibido a todos los miembros del asentamiento acercarse a mi persona. Puso mucho hincapié en que evitaran mi mirada. Según el hechicero, en mis ojos estaba todo el mal y emanaban una enfermedad que se transmitía.

Si mi madre se me acercaba tenía que espantar a los acólitos del brujo con un palo y un buen puñado de improperios, porque acudían enseguida a amonestarla por su comportamiento desobediente; no debía mirarme a los ojos. Acabó casi invisible, pero no por orden del brujo o del jefe, se entendía que una madre debía proteger a su hijo y, aunque no con agrado, le dirigían la palabra para lo necesario, fue ella la que dejó de hablarles a causa del comportamiento que tenían hacia mí, que le parecía totalmente absurdo e injusto. En verdad, la mente de mi madre parecía pertenecer a otra época y lugar. El hecho de que también ella terminara aislada reafirmó la teoría del viejo curandero de que se estaba contagiando de mi mal porque se acercaba demasiado cuando me hablaba y no evitaba mi mirada.

En el poblado apenas quedaban miembros de mi familia, éramos un grupo extraño, mal organizado y poco cohesionado. De los namas que lo formaron en un principio quedaban pocos. Unos porque su condición nómada lo exigía y otros muchos porque fueron apresados por el hombre blanco para llevarlos a sus absurdas guerras o para utilizarlos como esclavos en sus colonias y minas.

Aquel lugar, debido a la proximidad del río Cuanza, era el paso de numerosos pueblos, motivo de asentamiento y punto de encuentro.

Los rumores de que cerca de Dondo había un extraño muchacho que corría como un guepardo y que pasaba horas mirando un trozo de madera debieron llegar muy lejos, porque algunas tribus nómadas alteraban sus rutas solo para acercarse a conocerme. Esto me daba la oportunidad de interactuar con otros seres humanos aparte de mi madre; ellos no tenían que obedecer la orden de ignorarme.

Que el hombre blanco hubiese elegido aquel lugar como una de sus pequeñas sedes evangelizadoras en Angola fue lo que propició que finalmente mi madre, dos viejas gemelas cuyos úteros nunca dieron frutos, un puñado de lisiados, algunos ancianos, el viejo brujo, el misionero loco y yo nos convirtiéramos en poco tiempo en el único grupo sedentario formado básicamente por bosquimanos y namas. Éramos una veintena de seres abandonados a nuestra suerte, la mayoría por estar enfermos o por ser unos marginados en nuestra tribu original. Gracias a los aprovisionamientos del misionero de turno y sus visitantes, junto a algunas raíces, semillas y animales pequeños, nos alimentábamos sobradamente sin necesidad de la caza mayor. Mi madre y yo, debido a nuestros orígenes sans, estábamos acostumbrados a vivir con lo imprescindible. Nuestro pueblo nunca toma

de la naturaleza más de lo que realmente necesita, además de tener un sentido nulo de la posesión, siempre hemos sido los más libres de África, hemos recorrido sus tierras respetándolas hasta el extremo, conscientes de que nada de lo que hay en ellas nos pertenece. Creo que la palabra generosidad cobra todo su sentido entre nosotros, la solidaridad está tan arraigada entre los sans que el reparto justo de los alimentos es inquebrantable. El padre Mateo me proporcionaba casi a diario frutos, harina, pescado salado y a veces algo de carne que él mismo asaba. A pesar de ser ignorados por el resto del asentamiento, mi madre siempre me obligaba a repartir la comida que me daba el sacerdote. Creo que con el tiempo ya nadie evitaba hablarme por orden del brujo, sino por mera costumbre. Los alimentos que me daba el padre Mateo los dejaba en la explanada central del campamento y me metía en mi choza para que el grupo se acercara a hacer el reparto, no fuera a contagiarles el grave mal espiritual que padecía.

No recuerdo que por aquellos años me sintiera solo a pesar de mi invisibilidad ante la tribu, tenía el apoyo incondicional de mi madre, la compañía del padre Mateo, aunque a veces se me hacía difícilmente soportable, y, sobre todo, los libros, que me daban la oportunidad de «conversar» con todo un universo tan mágico e inmenso que la sabana resultaba insignificante a mis ojos.

A los once años tenía una formación académica más propia del hijo de un noble blanco de la época que, por supuesto, de cualquier nativo del África austral. Sabía contar hasta el infinito, controlaba operaciones matemáticas básicas como sumar, restar, multiplicar y dividir y no tardaría mucho en superar otras más complejas; a veces el padre Mateo tenía momentos de lucidez y se prestaba a ejercer de verdadero maestro. Leía más rápido de lo que corría, con una capacidad de comprensión lectora excelente, y escribía casi a la perfección. También tenía un conocimiento geográfico, cultural e histórico del planeta bastante aceptable. Me había leído todos los libros que me proporcionaron Papalú y el padre Mateo, algunos prácticamente los había memorizado.

La diversidad de conocimientos que adquirí sobre culturas y países lejanos, inexistentes para las tribus africanas, paradójicamente, más que alejarme de mis raíces, me hizo darme cuenta de la genuina sabiduría que encerraba mi pueblo bosquimano, considerado el más ignorante de África. Muy especialmente aprendí que el espíritu humano es como su ADN, idéntico para todos en el noventa y nueve por ciento, y comprendí cómo cada individuo de la especie se aferra a ese cero coma uno por ciento para justificar sus ilusorias diferencias. Por supuesto, por más que el padre Mateo se empeñó en explicármelo, nunca encontré mayor pecado en la poligamia de las mujeres de mi pueblo que en la monogamia de las blancas. Ya tan joven entendí cuánto de nuestra conciencia es fruto de doctrinas y normas impuestas. Ya vislumbraba el significado del amor, de lo esencial de cada acto y pensamiento. Allí, cerca de Dondo, en la tierra más olvidada y hostil, había crecido un hombre con un pensamiento más libre y abierto que la salvaje sabana.

Mi condición «incorpórea» fue fundamental en mi aprendizaje, nadie me molestaba, siquiera se acercaban a menos de diez metros por miedo a que los espíritus malignos que me habían poseído les alcanzaran y terminaran tan «solos» como yo. Esto me dio la oportunidad de observarlos sin recato y mucho tiempo para reflexionar.

No, no era el único ignorado del curioso poblado:

—¡Solo! ¡Me han dejado solo! Es la primera vez que le he dado la misa al viento —cierto, un insoportable viento, aquel día hacía mucho—. No te ofendas, Bahati, pero perteneces al pueblo más

ignorante y salvaje que pisa este santo mundo. ¡Pero si no te hablan porque sabes leer! —gritaba, fuera de sí, recorriendo de un lado a otro el escaso espacio de la cabaña como un león encerrado.

—No, no es por eso. No me hablan porque piensan que los malos espíritus están dentro de mí, no porque me pase el tiempo leyendo y adquiriendo conocimientos. No tienen ni idea de lo que hago ni del motivo que me lleva a estar tantas horas mirando un objeto que para ellos no significa nada. En realidad están convencidos de que yo soy el más ignorante del asentamiento, porque no conozco las plantas o las artes de caza. Y sí, desde ese punto de vista soy un ignorante. Si lo piensa, en este momento al menos usted parece poseído por algún mal —me atreví a decir.

—No me toques las narices, Bahati. A ver, ¿tú por qué no apareces por los oficios y cultivas un poco ese negro corazón en vez de tanto estudiar cosas que te van a llevar directamente al infierno?

Cerré el libro y esperé unos segundos, no muy seguro de si contestarle con sinceridad era lo adecuado.

—Le recuerdo, padre Mateo, que mi presencia en la misa lo privaría de toda posibilidad de ser escuchado, nadie se acerca donde estoy yo. Aunque me parece que ya da igual.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que ahora somos dos los invisibles en el poblado, su mal genio les ha hecho pensar que le he contagiado mi mal y no está en sus cabales.

—Lo que yo te diga, ¡más ignorantes que las piedras! ¿Y tu madre?, ¿por qué no asiste a los oficios?

—Porque no le entiende.

—Eso no es problema, tú puedes traducirle mis palabras.

—Igualmente no le entendería.

—No me toques las narices, Bahati, no me toques las narices.

—Tampoco yo le entiendo en este momento.

—Vete, necesito un rato de oración, a ver si el Santísimo me ilumina en este difícil camino.

Me marché, con el libro, claro. A ver, qué otra cosa podía hacer durante las horas de luz que le quedaban al día y con aquel fuerte viento sino mirar mapas y más mapas y recomponer el mundo en mi cabeza.

Cada conocimiento, cada dato que se sumaba en mi mente, era un tesoro, me sentía un privilegiado, era completamente consciente de que gracias a mi vasta educación mi visión del mundo y del ser humano no podía compararse a la que pudiera tener cualquier miembro de mi asentamiento, como también lo era de que la grandeza de un ser humano estaba más allá del conocimiento. Era una paradoja, sí, pero así lo sentía, y es por eso que cuanto más me aislaban y despreciaban más los respetaba y amaba. Me parecían tan vulnerables... y a la vez tan luchadores a pesar de sus dificultades, de haber sido olvidados por todo hombre, incluso por los que los vieron nacer.

—Vivimos en una bola de tierra y agua, Bahati, así, como esta manzana. Mírala bien —me contó una vez Papalú—. Olvídate de ti, de que estás sentado sobre el suelo. Imagínate caminando por la piel de esta manzana.

—¿Quiere decir que imagine que soy una hormiga paseando por la manzana? —cerré los ojos— Ya.

—Pues ahora piensa que es una manzana gigante y que todos los seres humanos estamos pegados a ella.

—Vale. ¿Y dónde vivimos nosotros?

Cogió su pluma y se dispuso a dibujar sobre la manzana, continentes y océanos aparecieron sobre la esfera como por arte de magia. Yo esperé pacientemente. Después le arrancó el rabo seco a una hoja y lo hincó en la piel del fruto, justo en el lugar de Angola donde nos encontrábamos, que en ese momento estaba en la parte inferior del fruto. Papalú había girado la manzana a posta para que el continente africano quedara en el extremo sur y así hacerme pensar.

—Aquí estamos, en este momento estamos exactamente aquí.

Me quedé un buen rato examinando el palito hincado en la parte inferior de la manzana. Después me puse en pie y caminé en círculo bajo el cielo. Él me observaba, dejando que resolviera mis dudas sin interrupción. Por último me acerqué a mi maestro y, muy circunspecto, volví a sentarme y le dije:

—Lo he pensado y eso no es posible, no se puede vivir con la cabeza hacia abajo.

—Escucha, Bahati, piensa que todo lo que rodea esta manzana es cielo. Todo, ¿entiendes? Todo es cielo. Olvida que tú estás fuera observando la manzana e imagina que lo que estás mirando es la tierra que hay bajo tus pies.

Recuerdo que sentí una gran presión en la cabeza, como si algo fuese a explotar y cambiar el orden de todo lo que me rodeaba. ¡Vivía boca abajo y no me había dado cuenta hasta ahora!

Tuve que retirarme largo rato a pensar bajo un árbol, hasta que lo comprendí. Aunque necesité un par de lecciones más para entender que no nos «caíamos» al cielo gracias a una fuerza llamada gravedad que nos mantenía unidos al planeta y que nadie sabía hasta el momento en qué consistía.

Cuanto más conocimientos adquiría mayor era mi necesidad de aprender. Me maravillaba el universo, pensar que era un espacio infinito, y yo un diminuto punto perdido entre los muchos planetas y estrellas. A partir de entonces las noches se me revelaron llenas de magia. La sabana era probablemente uno de los lugares donde mejor se podía contemplar las maravillas del cielo. Miraba hacia arriba y algo me hablaba. Durante el día era invisible, pero al llegar la noche sentía cómo todo el cosmos me veía, percibía la maravillosa sensación de conectar con algo inmenso y magnánimo. Llegaba a estremecerme de tanta grandeza y belleza.

Si de algo me sirvió conocer al padre Mateo fue para darme cuenta de que, como tantas veces me dijo Papalú, «el hábito no hace al monje». A cierta distancia los dos sacerdotes hubieran podido parecer idénticos gracias a sus sotanas, aunque uno de más envergadura que otro, pero nada que ver; eran la prueba viva de que lo importante está en el interior. Seguramente, las estrellas que contemplaba durante la noche, aparentemente tan iguales, también encerraban insalvables diferencias entre ellas. Así pasaba parte de las largas horas sin sol, en las que no podía leer ni escribir, contemplando el infinito, pensando, reflexionando e imaginando, muchas veces hasta el amanecer y con el fuego ya apagado.

A pesar de que ambos recibieron una formación académica y religiosa muy parecida, evidentemente, sus primeros años debieron desarrollarse en un ambiente bien distinto. Papalú tenía la mente como el inmenso cielo, como su corazón, abierta, sin puertas, y el padre Mateo como su pequeña cabeza. Tal vez no le diera una oportunidad al principio, estaba resentido, para mí era un suplantador, un farsante que se había colado en las ropas de mi maestro para ocupar su lugar. Estaba muy triste y enfadado. Pero mi rabia se tornó comprensión en poco tiempo, aquel hombre me necesitaba a mí más que yo a él, aunque no lo supiera, y eso me provocaba en el fondo la misma

sensación de ternura que Papalú sintió por mí. Creo que de todas las enseñanzas que me regaló mi gran maestro, la más valiosa fue la que no tuvo que mostrarme en los libros, la que aprendí observando cómo amaba todo lo que le rodeaba. Nada le era ajeno ni extraño, encontraba en cada alma la esencia que nos une. Al contrario que el padre Mateo, siempre agarrado a sus diferencias con el resto. Pobre... Suerte que tuvo un antecesor y ya me sabía esa lección.

Si hubiese sido realmente posible, me habría gustado ser invisible al menos durante un tiempo, el suficiente para que el último barco negrero zarpara de la costa angoleña.

CAPÍTULO III: Traicionado

No llegó a dos años el tiempo que el padre Mateo estuvo en el asentamiento. Su salud mental y física comenzó a deteriorarse y sus superiores decidieron rescatarlo antes de que perdiera la cordura. Fue entonces cuando verdaderamente comencé a sentirme solo, ¡y hambriento! Hasta aquel momento había sido ignorado, pero al menos tenía en qué ocupar mis días, pasaba casi todo el tiempo en la cabaña del sacerdote, escuchando sus quejas y peroratas, y, sobre todo, tenía un montón de libros que me hacían compañía. No sé cómo se las ingeniaban los misioneros para conseguir en tan inhóspito y lejano lugar que sus bibliotecas estuvieran siempre bien provistas.

Cuando el padre Mateo se marchó, su vivienda, por orden del jefe, fue ocupada por las dos ancianas gemelas. Solo me quedé con media docena de libros: una biblia, un misal, un libro de ortografía, uno de cálculo, un atlas y otro de cuentos para niños que fue un regalo personal de mi maestro Papalú hacía años. Además de tres libretas, media docena de lápices y un par de gomas de borrar. El padre Mateo pensó que a partir de ese momento a mí me costaría mucho conseguir esos artículos de escritura. Me entregó el material en uno de los pocos momentos de lucidez que por aquel entonces disfrutaba.

El padre Mateo y los libros que se fueron con él me dejaron un extraño vacío, doloroso y frío. Echaba de menos hasta sus regañinas. Esta inesperada ausencia junto a mi incursión en la adolescencia provocaron en mí una rebeldía inusitada. Pasaba el día inquieto, discutía con mi madre a todas horas, nada me satisfacía y me costaba conciliar el sueño. Hasta entonces había sido feliz y de repente me sentí preso en un mundo injusto.

Así fue como, en una noche de insomnio, conocí a un chico de una tribu ovimbundu y a sus amigos que, mientras su pueblo dormía, se dedicaban a robar en los poblados vecinos. Unirme a la pandilla de pillos que rondaban en las noches sabaneras fue mi manera de rebelarme contra un mundo injusto, que me había dejado «huérfano» de repente, que se había llevado todo lo que me había hecho feliz desde que tuviera conciencia. Ser tan diferente entre los míos ahora resultaba una gran desventaja. Siquiera me entendía lo suficiente verbalmente con ese chico bantú que se me apareció mientras miraba el firmamento. Él y sus amigos irrumpían en mi tienda en plena noche, yo daba dos chasquidos de lengua como saludo y aprobación y salía para seguirlos en sus tropelías como un perrillo faldero.

La felicidad de mi infancia quedó atrás. Mi madre se cansó de amonestarme, comprendió que su tiempo de educadora había quedado atrás y, sumida en una profunda tristeza, optó por ignorarme como el resto del poblado. Por aquellos días la maldición que me perseguía ya era una leyenda en la sabana, todas las tribus que transitaban aquellas tierras habían oído hablar del niño poseído por los espíritus malignos y no se planteaban los motivos, simplemente me evitaban e ignoraban como si contagiara la misma muerte.

Nuestro poblado se había convertido en el refugio de los desheredados de todas las tribus que pastoreaban por la zona. Ancianos, lisiados, mujeres estériles, enfermos físicos y mentales, delincuentes, inadaptados... Éramos el vertedero de la sabana, basura, y yo me sentía la peor de sus inmundicias.

Una tarde que me encontraba dormitando bajo la sombra de una vieja acacia una sacudida me arrancó de mi somnolencia. Era Matondo, mi compañero de gamberradas, que muy inquieto me instaba a que lo siguiera. Quería mostrarme algo importante. Obedecí sin pensar.

Por el camino me encontré con el paso lánguido de mi madre, que volvía de recoger los pocos frutos secos y gusanos que quedaban en aquellas tierras expoliadas por, probablemente, la única tribu sedentaria que había a muchos kilómetros a la redonda. Apenas me miró, lo que fue su orgullo y el motivo de su existencia se había convertido en causa de vergüenza. Por entonces se había resignado a vivir entre los marginados como una más, dedicada a cuidar de sus vecinos ancianos y enfermos; era la única mujer joven y saludable del poblado, la única que se había marginado a sí misma para no privarme de mi libertad y educación.

Fue una trampa, una vil traición de quien yo creía que era mi único amigo, o, mejor dicho, necesitaba creer que así era, porque algo me decía que fiarse de un sinvergüenza era de bobos y que antes o después me engañaría; aunque nunca pensé que llegaría a tal extremo: Matondo me había vendido a los esclavistas blancos por una botella de licor, asegurándoles que yo era un muchacho dócil y fuerte, muy valioso para el trabajo. También les mintió a ellos, puede que fuera algo dócil, pero de ninguna manera tenía una complexión fuerte.

Habíamos andado unos kilómetros cuando nos salieron al paso dos hombres a caballo y armados. La noche lucía una gran luna que permitía ver con cierta claridad, y el amanecer estaba a punto de iniciar un nuevo día. No tuve tiempo de reaccionar. Al principio pensé que querían hacer algún tipo de trato con nosotros. Había oído que pagaban con objetos y alcohol a los nativos que les ayudaban a capturar esclavos para sus yacimientos o para venderlos a otros comerciantes que luego los llevaban a trabajar en las minas o los embarcaban hacia el nuevo mundo del que tanto me habló Papalú. Pero no, el trato era otro.

Entre los tres me ataron las manos con una cuerda que me unía a la montura de uno de los caballos.

—¿Este es el gran hombre que nos prometiste, Matondo? —preguntó a mi compañero de gamberradas el más alto. Matondo lo miraba asustado, intuyendo que no estaba satisfecho con el resultado del trato, que no le parecía mi persona equiparable a una botella de aguardiente—. Este saco de huesos no vale más de un trago. Ándate con cuidado, si vuelves a engañarnos te vuelo tu negro corazón, gañán —concluyó, apuntándolo en el pecho con el cañón de su fusil—. ¡Lárgate! —le dijo, al tiempo que le lanzaba una botella de aguardiente.

Y lo hizo, salió corriendo con la botella en la mano. No necesitó comprender el idioma, su entonación y gesto hablaban por sí solos.

Matondo no me decepcionó, en el fondo hacía tiempo que esperaba su traición. Tampoco lo culpé, por entonces ya comprendía que a amar también se aprende y que a él nadie le había enseñado. Sentí más pena por él que por mí, intuí que su vida sería corta.

Iluso de mí, casi me alegré de haber sido apresado por el hombre blanco, mientras corría sin resuello tras los caballos me permití soñar con la posibilidad de embarcar hacia aquellas tierras lejanas donde los hombres se sentaban a diario en una mesa llena de manjares y vivían rodeados de libros. Deseaba fervientemente que no me llevaran a trabajar en las minas, quería cumplir mi sueño

de conocer el mundo blanco. Estaba convencido de que nada de lo que me pudiera esperar más allá del Atlántico podía ser peor que la desidia que dejaba en la sabana.

Los cuatreros, al ver que mis piernas resistían la marcha, apretaron el paso. Pronto me di cuenta de que no debía esforzarme tanto o terminaría arrastrado literalmente por los caballos. Fingí sentirme incapaz de seguirles y redujeron la velocidad.

No había articulado palabra desde que me apresaron, pero escuchaba con atención las conversaciones que mantenían entre sí los dos comerciantes, entendiéndolos a la perfección. ¡Hablaban en español! Hacía tanto que no escuchaba una palabra en el idioma de mi mundo soñado que no me importaban los insultos e improperios que me dedicaban de vez en cuando durante la caminata.

Ya instalada la mañana, cabalgaban con prudencia, no porque les importara mi sufrimiento, sino por miedo a perder la mercancía. Lo que no podían imaginar aquellos hombres era cuánto podía resistir corriendo y que entendía cada una de sus palabras; tampoco yo podía ni soñar lo útiles que me serían en la tierra que me esperaba estas cualidades.

—Estoy cansado de esta mierda de vida, Sebastián. Necesito volver a España y comerme un cocido, estoy harto de vivir entre salvajes —conseguí escuchar entre el trote de los caballos.

—Pues yo no pienso marcharme de aquí hasta que saque de estos negros lo suficiente para vivir como un rey. ¿Volver sin un real? ¿Para qué?

—¿Lo has mirado bien? Es un muchacho, no debe tener más de doce años —eso es lo que aparentaba, doce años, pero no faltaba mucho para que cumpliera los quince—. ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué derecho tenemos de arrancar a estos... seres humanos, o lo que sean, de sus tierras? El pobre... qué sabrá él lo que le espera. Esto no está bien, Sebastián, no está bien.

—Sí, creo que deberías volver, si ves en este animal salvaje un ser humano es que no estás hecho para este trabajo. Míralo... —detuvo el paso y volvió la vista, instando a su compañero a hacer lo mismo.

Algo debió encontrar en mis ojos Sebastián que lo turbó, porque aquel rudo y despiadado hombre ahogó los descalificativos que tenía preparados en la punta de su lengua para describirme. Su compañero, el tal Gitano, al volver su rostro encontró algo más que una mala bestia. Su mirada se topó con un muchacho al que no le quedaba aliento, solo orgullo, valentía y esperanza. No es que estuviera especialmente cansado de caminar tras los caballos, es que me moría de sed, ellos bebían mientras cabalgaban, pero a mí no me ofrecieron más que improperios desde que me ataron al caballo. Al menos una gota de agua debía haber en mis entrañas; una gota que cayó sobre mis mejillas justo en el momento en que se encontraron nuestras pupilas.

—Vamos a parar un rato o llegará muerto, está a punto de desmayarse —dijo el Gitano.

—Sí, creo que nos vendrá bien un descanso, empiezo a sufrir visiones —apuntó Sebastián, que algo de sensibilidad debía tener bajo su curtida piel.

Todavía tardamos un buen rato hasta encontrar un árbol lo bastante grande como para cobijarnos a los tres, aunque a esas horas de la tarde el sol ya se estaba despidiendo. Por fin decidieron descansar bajo un joven baobab.

No liberaron mis manos de la cuerda que las unía al caballo, que no tenía más de tres metros. A dos palmos del tronco me derrumbé, estaba totalmente deshidratado.

—Agua—dije, antes de caer al suelo.

—¿Has oído eso, Sebastián?

—Sí, lo he oído.

El Gitano se apresuró a acercarme su cantimplora y casi me obligó a beber metiéndola hasta mi garganta, en aquel momento estaba a punto de perder el conocimiento.

—Bebe, muchacho, bebe, eres demasiado joven para morir pasto de las fieras —dijo el Gitano susurrando en mi oído.

Pero Sebastián lo escuchó:

—Si este malnacido supiera lo que le espera escupiría hasta la última gota.

—¡Cállate!, creo que nos entiende.

—Este qué va a entender. Seguro que ha aprendido un par de palabras de algún portugués, agua se dice igual que en español, ¿sabes?

—Es posible, pero... Parece que está reaccionando.

—Más le vale, todavía nos queda una hora hasta el campamento. Dale algo de comer, a ver si resucita de una vez o habremos perdido un día de camino y una botella de aguardiente.

El Gitano partió un trozo de pan de mijo y me lo acercó.

—Sebastián lleva razón, deberías comer algo o no aguantarás.

Cogí el trozo de torta temblando, no de miedo, de debilidad, y susurré:

—Gracias.

—¿Has oído eso, Sebastián? Te digo que entiende y habla nuestro idioma.

—Y yo te digo que esta gente no entiende nada más que el idioma de la supervivencia, el de las bestias. Pero si no hay más que verlo.

El Gitano lo ignoró y me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Tragué el trozo de torta seca y contesté:

—Bahati, Bahati Pasolargo.

—¡Es... es increíble, sabes español!

Sebastián observaba la escena entre perplejo e incrédulo.

—A ver, déjame a mí. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Catorce, casi quince.

—¿Sabes español?

—Sí —contesté con timidez y debilidad, ahora sí, muerto de miedo, no muy seguro de que aquella confesión me beneficiara.

—¿Dónde lo has aprendido?

—Me lo enseñó Papalú, un misionero que vivió casi seis años en la sabana, cerca de mi poblado —le expliqué, en un tono casi inaudible.

—Vaya, vaya, vaya... ¿Y qué más te enseñó el tal Papalú?

—A leer, a escribir, también a sumar...

—Estos misioneros siempre metiendo las narices donde no los llaman... Levántate, nos vamos.

Se incorporó y, antes de subirse al caballo, se dio media vuelta y sentenció:

—Cuídate de que nadie sospeche en el campamento de los comerciantes que sabes hablar nuestro idioma, si el capataz se entera no dudará en coserte la boca. Yo mismo lo haría si no fuera

porque no quiero perder mis ganancias.

El Gitano subió a su caballo sin decir palabra, no salía de su asombro.

Por el resto del camino pude escuchar de qué conversaban:

—Ya ves que no son bestias —le decía el Gitano a Sebastián—. Intenta enseñar a hablar a un león. Son seres humanos como nosotros, con sus propias costumbres y su propia lengua...

—Hmm... a veces una oveja se escapa del rebaño, que este hable nuestro idioma no significa nada. Mi padre tuvo un perro que no le hacía falta ni hablar. Esas cosas pasan, son milagros de la naturaleza, pero ya te digo yo que son lo que son, negros. ¿Es que no has visto cómo se comportan en manada? No tienen ni idea de lo que es el respeto. Pero si se comen vivos hasta los bichos que se arrastran y se ayuntan unos con otros como animales.

En ese momento pensé que tal vez no tenía muy claro el significado de «respeto», porque hubiera jurado que era el tal Sebastián el que no lo conocía. Por otro lado, qué manía la de algunos blancos de valorar la moral de un pueblo dependiendo de su forma de entender la sexualidad.

—Deberíamos soltarlo, podríamos decir que ha muerto por el camino —intervino el Gitano, cuya conciencia no le daba tregua.

—A ti tanto sol te ha secado los sesos. Ya hemos perdido todo un día para tan poca mercancía, si llegamos con las manos vacías el capataz nos echará de la cuadrilla. Además, ¿sabes lo que le pasará si lo dejas aquí en medio de la nada? Y todo porque te ha dado las gracias...

Cuando llegamos al campamento blanco me pusieron grilletes en las manos y los pies y me unieron a una gruesa cadena junto a una veintena de hombres y mujeres. Creo que yo era el más joven de los encadenados, a los niños no se les ataba. Todos eran nama, habían sido apresados el día anterior mientras guiaban el ganado al río. La mayoría dormitaba, unos sentados y otros tumbados sobre el suelo. Era ya noche cerrada y la temperatura había bajado notablemente. Aunque estábamos protegidos por una construcción, una especie de cabaña hecha de troncos y ramas, como una gran choza, sin el fuego cerca y desnudos, el frío de la noche dolía. Dos mujeres intentaban calentarse abrazadas, en la oscuridad el blanco de sus miradas se veía roto por la tristeza. Eran muy jóvenes. En el recinto había cuatro grupos con sus miembros encadenados entre sí. Los niños, aunque libres de cadenas, no se separaban de sus madres, algunos enganchados a sus pechos.

Ninguna de mis dos lenguas servía para comunicarme con ellos, o eso pensé, hasta que alguien reconoció algo suyo en mí y me habló en un bosquimano bastante aceptable:

—¿Eres san? —me preguntó.

—Sí, ¿y tú?

—Soy nama, pero aprendí algo de tu lengua gracias a mi abuela, ella era san. ¿De dónde eres?

—Vengo de un pequeño asentamiento cercano a Dondo, llevamos allí años, somos un grupo...

—¿No serás de la tribu del niño invisible? —preguntó sospechando mi respuesta.

—Sí, yo soy el niño invisible.

—No sabes lo que se cuenta de ti por la sabana angoleña...

—Sí, creo que sí lo sé —lo interrumpí, no me apetecía abordar ese tema en aquel momento—. Me alegra poder hablar con alguien. ¿Sabes qué hacemos aquí?

—Esperar a que amanezca, mañana llegará otra caravana. Después nos quedan días de camino hasta llegar al mar...

—Ya veo que te damos demasiado de comer, León, parece que te sobran fuerzas para hacer ruiditos con la boca. ¡Cállate de una vez o te cortaré tu sucia lengua y la echaré al fuego! —dijo uno de los vigilantes.

León le miró interrogante.

—Si no lo has entendido, pregúntale a tu nuevo amigo. Es un negro muy listo, ¿sabes? Veremos para qué le sirve —interrumpió Sebastián. Después chasqueó la lengua burlándose de nuestro dialecto, como si estuviera llamando la atención de un animal.

León y yo interrumpimos nuestra conversación largo rato, hasta que los vigilantes se alejaron y empezaron a beber alrededor de las llamas.

Disimuladamente, intentando no hacer ruido con las cadenas, nos fuimos acercando. Había una mujer joven y otro hombre entre nosotros, así que nos deslizamos por el suelo y luego por encima de ellos hasta acortar distancias. No pasó mucho tiempo hasta que nuestros vigilantes quedaran dormidos hartos de alcohol frente a su fuego, demasiado alejado para alcanzarnos con su calor.

—¿Entiendes su idioma? —me preguntó León. Nunca supe su verdadero nombre.

—Solo a los que me trajeron hasta aquí y a alguno más, son españoles. Aprendí su lengua con un misionero.

—¿Y sabes lo que dicen?

—Sí, claro, pero no es nada interesante, no te gustaría saberlo. Escuchándolos no he conseguido ninguna información que nos ayude, se pasan el tiempo insultándonos. Solo sé que nos llevan a la costa para vendernos a los comerciantes del puerto y llevarnos en uno de los grandes barcos de los blancos a América.

—¿Ame... ca? —intentó preguntar León con mucha dificultad.

—Sí, es una tierra muy lejana, está a muchos días de aquí navegando en barco. Creo que nos llevan para trabajar sus tierras. Papalú, mi maestro blanco, me contó que en esas tierras, que están más allá del mar, vivían pueblos que fueron exterminados, ahora los blancos son los amos y necesitan esclavos que las trabajen.

—Yo llevo mucho tiempo trabajando en sus minas. Me llaman León porque dicen que soy el rey de las minas de África, el más fuerte. Creo que a mi antiguo amo le han pagado mucho por mí.

León era un hombre de unos veinticinco años, realmente fuerte y saludable. Sus brazos debían ser al menos el doble de gruesos que los míos.

Esta fue la primera de muchas noches de tortura. A pesar del agotamiento no conseguí conciliar el sueño, y creo que tampoco ninguno de los encadenados de mi grupo. Aunque evitábamos quejarnos por temor a ser golpeados por los vigilantes, todos sufríamos algún tipo de dolor. Nuestros tobillos y muñecas sangraban por los grilletes, el movimiento de uno se convertía en la tortura del resto. Tuvimos que dormir sobre nuestros orines, no podíamos apartarnos para hacer nuestras necesidades. La chica que estaba entre León y yo pasó la mayor parte de la noche sollozando. Según me contó el forzado nama, estaba embarazada de cuatro lunas y sentía fuertes dolores de vientre. El chirriar de las cadenas se confundía entre los ronquidos de nuestros verdugos, y el hambre y el frío fueron nuestras pesadillas. Amanecimos somnolientos, húmedos, doloridos, enredados entre piernas, brazos y cadenas y muertos de miedo. Lo que no sabíamos era que lo peor estaba por llegar.

Un trozo de torta y agua fue todo lo que nos dieron antes de emprender el camino. No creo que en la historia se haya pintado un óleo más triste y desolador que el que plasmó el destino en

aquel lugar perdido de Angola. Varios grupos de seres humanos encadenados, en el nuestro dos mujeres y dieciocho hombres asustados, hambrientos y desahuciados de nuestras raíces y afectos, sentados bajo el sol y sobre la dura tierra... cautivos, indefensos. Me pregunto por qué nos vigilaban con tanto celo, por qué no apartaban de nosotros sus resentidas y codiciosas miradas, estaban armados y nosotros inmovilizados y débiles. No hubiésemos podido dar un paso para escapar sin caer al suelo. Además, de haberlo intentado, lo habríamos hecho durante la noche, cuando los dos guardianes de cada turno dormían como troncos.

La caravana llegó bien entrada la mañana, un centenar de africanos a pie, maniatados y enganchados unos a otros por el cuello con travesaños de madera y con las manos atadas, hombres, mujeres y niños, y una docena de hombres a caballo o conduciendo sus carretas, blancos y negros, todos verdugos. Abrigábamos la esperanza de que la situación mejorara durante el día, pero aquel dantesco espectáculo arrasó con ella. Nos iban a transportar donde quiera que fuese en peores condiciones que el ganado, al menos los animales no iban atados. Fue entonces cuando mi conciencia despertó y supe lo que realmente estaba pasando y el calvario que nos esperaba.

Creo que mi mente se defendió obviando las escenas más escabrosas de aquellos días. Apenas recuerdo a la joven que intentaba sin éxito mirar hacia atrás, sin importarle cómo sangraba su cuello en cada intento, ella solo quería comprobar si el bebé que llevaba a sus espaldas estaba muerto o dormido. No, no estaba dormido. O aquel muchacho que introducía sus manos entre la madera y su cuello para salvar la yugular. Sangraba copiosamente, apenas mantenía abiertos sus párpados para seguir el camino y evitar un latigazo. O aquel niño de no más de tres años enganchado a su madre... Me duele tanto recordar todo aquello... Después he visto escenas igual de espantosas y desgarradoras, pero, tal vez porque todavía era un alma cándida y pensaba que en todo hombre habitaba la nobleza, lo que vieron mis ojos en esos días mi mente lo escondió muy hondo.

Nos dieron agua y molienda cruda, nos apremiaban a beber con rapidez, apenas un par de sorbos, y ponían en nuestras manos atadas un puñado de harina que sacaban de un saco. En una hora nos pusieron en marcha a todos, los que estábamos y los que llegaron.

Recuerdo que antes de emprender la marcha el Gitano ordenó desde su caballo:

—Soltad un momento a esa madre y dejad que dé de mamar al niño —no había reparado hasta ese momento en la joven y su bebé.

—No hay tiempo, vamos con retraso, esto no es una excursión. ¡Aquí las órdenes las doy yo! ¡Todo el mundo en marcha! —creo que contestó el jefe de la cuadrilla. Hablaba en portugués, pero pude entender el mensaje.

—Desatadla y subidla a la carreta, que le dé de mamar al niño mientras marchamos. Aquí también mando yo —replicó Sebastián, no sé si tocado en su orgullo como capataz o por compasión.

Desde mi posición no pude ver lo que pasó en aquella carreta, solo sé que no volví a verlos, ni a la madre ni a su bebé. El jefe de los jefes no se andaba con contemplaciones.

Fueron varios días de agonía por la sabana. Las llagas que me provocaron los grilletes tuvieron tiempo de encallecer. No sé cuántos quedaron en el camino ni los que se incorporaron de otras caravanas, solo sé que llegamos al puerto de Luanda unos ciento cincuenta hombres, mujeres y niños africanos y una veintena de cabecillas, y que de haberse prolongado aquella tortura la

proporción se habría invertido. Los cuatreros, como ellos mismos se denominaban, dando por hecho que traficaban con ganado, se reunían por las noches alrededor del fuego y no en pocas ocasiones tuve la oportunidad de escuchar sus conversaciones. De sus bocas supe cuál era nuestro destino y el propósito de aquella barbarie. Hubo momentos en los que hubiese dado un brazo por no entender lo que decían. León me preguntaba constantemente sobre el contenido de sus charlas:

—No podré soportar viajar dentro de una casa sobre el mar, Bahati. Tengo pesadillas, me ahoga solo pensarlo. Soy fuerte y valiente, he soportado situaciones que matarían a muchos hombres, pero solo imaginarme sobre el mar me aterroriza —me comentaba cuando hablábamos sobre el barco que nos esperaba.

—Lo soportarás —le decía convencido—, eres el hombre más sano y valeroso que he conocido y lo conseguirás.

—No es mi cuerpo el que tiene que soportar ese viaje, es mi cabeza. De niño un viejo brujo me contaba historias horribles sobre el mar, cómo su fuerza y bravura es capaz de tragarse pueblos enteros...

—Pues ya ves que no se lo traga todo —le contesté dirigiendo mi mirada al corrillo de ladrones de hombres que rodeaban el fuego.

—No hay nada capaz de tragar la carne podrida, solo los carroñeros. ¿Por qué nos hacen esto, Bahati? ¿Por qué vienen del otro lado del mundo a por nosotros? Deberíamos luchar contra ellos, es mejor perder la vida defendiendo tu tierra que trabajando la del enemigo.

—Tienen armas de fuego y cadenas —dije mostrándole mis manos atadas—, y saben de guerras mucho más que nosotros. El hombre blanco que me enseñó su idioma me contó que sus antepasados han estado siempre luchando unos contra otros. No tenemos nada que hacer, sería una guerra perdida.

—¿Cómo es posible que un hombre blanco te contara sus secretos? En la mina no se acercaban a nosotros si no era con el látigo en la mano.

—No lo sé, pero durante años fue el único que me entendió. Fue mi maestro... fue mi padre —El blanco de mis ojos se tornó rosado al recordar a Papalú. Si me hubiese visto en aquellas circunstancias... Lo echaba de menos más que nunca—. Me contó cómo viven, me habló de sus antepasados, de su Dios, de cómo es nuestro planeta... Pero sobre todo me enseñó algo que en estos momentos me cuesta creer: siempre decía que en el fondo todos sentimos el mundo del mismo modo, que la piel es como la cáscara de los frutos, solo sirve para proteger lo importante. En estos momentos nadie lo diría, parece claro que el color de la piel es lo más importante: la blanca protege al dueño y listo y la negra delata al pobre y tonto.

—Yo creo que estos hombres no pueden ver el mundo como nosotros. Llevo tiempo viviendo entre ellos y he visto y padecido su crueldad. Siempre dicen que los nativos somos como animales... No se puede decir lo mismo de ellos, nunca he visto a un animal torturar o matar a otro por placer ni robarle a la tierra lo que no puede comerse. Sus pieles serán blancas, pero guardan espíritus negros como la noche.

Hicimos un largo silencio, a punto estuve de agarrar el sueño, pero volvió al origen de la conversación:

—No podré soportar ese viaje por mar, Bahati, estoy seguro.

—Deja de decir eso, lo soportaremos juntos.

Cuando llegamos al puerto nos metieron en un recinto con otros muchos capturados de diversas etnias del África austral. Había grupos que llevaban tres días esperando zarpar, hacinados, hambrientos, cansados, tristes, aterrados, flagelados... Un hombre joven yacía en un rincón, acababa de morir, su espalda todavía sangraba. Nosotros éramos la última mercancía, solo quedaba que el encargado de revisar el género diera su visto bueno y todos al mar. No tardó mucho en aparecer y aprobar la mercancía, solo quedaron en tierra una mujer y un niño visiblemente enfermos. No quise pensar en lo que sería de ellos.

Las últimas palabras que me dijo León la noche anterior estaban llenas de contenido, eran una sentencia de muerte firme y más cierta que el amanecer: no, no lo soportó. El Malabají no zarpó con él. Mientras nos exponían en el muelle y nos revisaban y contaban por enésima vez, él tenía los ojos fijos en el barco. Estaba paralizado, el miedo había bloqueado todos sus músculos y sentidos.

Mientras varios hombres quitaban y ponían grilletes con rapidez para reorganizarnos, siguió hablándome:

—Aquel viejo me contó que si alguna vez vemos algo sobre el mar es que está muerto, que todo lo que tiene vida le pertenece y lo esconde bajo sus aguas —fue lo último que me dijo.

Después, antes de que volvieran a ponerle los grilletes, corrió en dirección al capitán, que observaba la actividad del muelle desde cubierta. Pensé que su intención era acabar con la vida del viejo navegante, pero no, de más sabía que era una lucha perdida. No pudieron retenerlo, subió al barco con una fuerza y determinación imparables. Sabía que le dispararían sin dilación, pero antes quería mirar frente a frente al hombre que vociferaba, insultaba y daba órdenes desde la baranda; quería arrojar su ira contra él, decirle con los ojos lo despreciable que era su existencia y maldecirlo para el resto de su vida. Y lo hizo. Antes de que cayera abatido por la ignorancia, la avaricia y el plomo de los blancos, lo agarró del cuello y le habló con toda la rabia y la razón que asisten a los hombres que saben que van a morir injustamente a manos de otros. Mi corazón se petrificó, era un espectáculo demasiado cruel e inexplicable para alguien que todavía era un simple aspirante a hombre.

León era un ser humano único en su raza, me sobrecogió comprobar lo fácil que era borrar de la faz de la tierra a un coloso como él: un hombre leal, generoso y noble, y con un físico envidiable, su musculatura era imponente y perfecta. Nunca he conocido a un ser humano comparable. Un segundo, un solo disparo de las armas de los blancos era capaz de eliminar una obra de la naturaleza sin igual. ¿Cómo iba a sobrevivir yo?

Tomé conciencia del poder de las armas del hombre blanco. Comprendí que de aquella aventura dantesca solo saldría vivo utilizando la cabeza; el cuerpo únicamente me valdría para trabajar al servicio de los colonos y solo podría liberarlo de semejante tiranía usando la inteligencia y todo lo que me había enseñado Papalú.

Uno de los cuatreros se plantó ante los que habíamos sido compañeros de fila de León, apuntando uno a uno con su arma, y, como dando por hecho que lo entendíamos, gritó:

—¿Algún de vosotros quiere hacerle compañía a esa mala bestia?!

Nadie movió un músculo.

—Bien, pues todo el mundo a bordo. ¡¿Estáis sordos?! ¡En marcha todo el mundo! —concluyó, dándonos golpes indiscriminadamente con su fusil, mientras otros dos nos dirigían hacia la entrada a empujones y bramidos.

Hombres, mujeres y niños nos dirigimos al buque conscientes de que nos transportaría a nuestro holocausto, tan desolados como abatidos, tan cansados como tristes. El sonido de las cadenas arrastradas por la escalera y la cubierta del Malabají era la marcha fúnebre más atronadora que pudiera acompañar a un hombre. No habíamos sido informados, pero sabíamos sin lugar a dudas adónde nos dirigíamos: al infierno, a ese infierno del que tanto me habló el padre Mateo y que, según él, era «el lugar donde moraban eternamente los pecadores después de morir», solo que habíamos sido juzgados y sentenciados antes de marcharnos de este mundo y no por un Dios justo y sabio.

CAPÍTULO IV: El Malabají

He visto el rostro de la muerte tantas veces en mi vida que no podría contarlas, conozco su gélida mirada, soy capaz de escuchar sus sigilosos pasos antes de que se plante ante mí, y no en pocas ocasiones la he burlado; pero puedo asegurar que, tal vez porque fuesen mis primeros encuentros o porque mi alma aún poseía la ingenuidad de un niño y ya conocía el valor de un ser humano... no lo sé, de lo que estoy seguro es que como la muerte se cebó en el Malabají no creo que lo hiciera en ningún otro lugar. No por la cantidad de seres que perdieron la vida, no, sino por la cruel e indigna manera en que la perdieron, si es que hay alguna muerte digna. A veces pensaba que sobrevivir a todo aquello era más deshonesto aún. Pensaba que si te tratan como a una bestia salvaje y sobrevives ¿qué ha quedado de lo humano en ti? ¿Acaso no somos en cada momento lo que se ha salvado de nosotros después de soportar toda clase de injusticias? ¿No es más noble morir antes que embrutecerte? Para terminar siendo una bestia solo tienen que tratarte como tal.

Resulta curioso cómo la mente se defiende en situaciones límite; cómo deja a un lado los valores aprendidos para conservar la vida, ni siquiera te preguntas el motivo por el que defiendes tu existencia a toda costa. Realmente hay un instinto común a todos los seres vivos, a todos, y solo por dos razones puede ser vencido: por generosidad o por miedo, como le ocurriera a León. Llegué vivo a mi destino, era joven y egoísta.

Nos marcaron uno a uno con un hierro al rojo vivo, como pude comprobar después que hacían en sus tierras con el ganado. Me dolió, fue el dolor físico más fuerte que había sentido hasta ese momento, pero más dolían las preguntas.

Cuando entré en la bodega ya se encontraba repleta, de hombres, de mujeres, de niños, de sollozos, de llantos, de miedo, de sufrimiento, de lamentos, de orines... Y aún había un centenar detrás de mí. Me sentí incapaz de pasar allí ni un solo día, acostumbrado a correr por la sabana en absoluta libertad, a disfrutar del inmenso cielo, del aire libre, de las estrellas... Por un momento envidié a León, luego, durante la navegación, lo envidié cien veces más. El espacio donde tendríamos que convivir cientos de seres humanos no debía medir siquiera dos metros de altura, dividido a su vez por un entresuelo de madera que convertía todo el recinto en literas. Cada persona disponía de menos de dos metros cuadrados, poco más del volumen de su cuerpo, para una travesía que duraría semanas.

Fueron siete semanas cargadas de las más espantosas vivencias que pueda soportar un ser humano. Al recordar aquellos días me doy cuenta de lo burdamente que medimos el tiempo. Porque... ¿cuánto tiempo necesita un niño para convertirse en un hombre?, ¿años? Pues yo debí pasar muchos en aquel barco. Del Bahati Pasolargo que subió no quedaron a su llegada más que huesos y dolor.

En el Malabají zarparon trescientos cuarenta y cinco esclavos y, pese al esfuerzo y celo que el médico de a bordo puso para que la mercancía llegase a puerto en las mejores condiciones, el hacinamiento, la falta de higiene, los malos tratos y la mala alimentación comenzaron su trabajo en pocos días.

Recuerdo las visitas del doctor como lo más ilusionante del viaje. Encerrados como estuvimos casi toda la travesía en aquel agujero, especialmente durante las tormentas, en muchas

ocasiones era difícil saber en qué momento nos encontrábamos; no siempre nos daban de comer a la misma hora, perdíamos la noción del tiempo. Al no tener conocimiento de cuánto podría durar el viaje, el paso de los días no tenía ningún sentido para nosotros, por momentos se nos antojaba que sería un viaje eterno y otras veces amanecíamos pensando que asistíamos la última mañana en la bodega; para nosotros era imposible saber cuánta distancia habíamos recorrido o cuánta nos quedaba por recorrer. Este hecho aumentaba considerablemente nuestra desesperación. Cuando se abría la escotilla y entraba el médico sabíamos que, con mucha probabilidad, era media mañana. Se hacía un silencio absoluto; era el momento más esperado.

El doctor Robles no era como el resto de los hombres que visitaban la bodega, él hacía todo lo que estaba en su mano por ayudarnos. Pero lo cierto es que poco podía hacer, si acaso certificar las bajas diarias, recomendar constantemente una dieta más sustanciosa a los enfermos y niños e implorar al capitán que nos concediera más tiempo al aire libre. El médico y su joven ayudante se iban haciendo paso entre nosotros con sumo cuidado y respeto. La escasa luz que entraba apenas le permitía encontrarse con la melancolía de nuestros ojos. A su rostro, por más que intentaba mostrar entereza y profesionalidad, asomaba el espanto, la incomprensión, el quebranto que le provocaba aquel espectáculo.

Ya desde el segundo día de navegación nuestro médico manifestó su postura enfrentándose a un vigilante que había entrado en la bodega dando latigazos con una cuerda anudada a cada palmo, indiscriminadamente, convencido de que uno de nosotros había aprovechado la salida a cubierta para robar comida en la cocina. Solo yo podía entender lo que vociferaba.

—¡Sois peores que las ratas, malditos negros! ¡Dais asco! ¡Hablad, malas bestias!, ¿quién ha robado el queso de la cocina? —gritaba sacudiendo con una mano la gruesa cuerda sobre los ocupantes, cuyos nudos dejaban sangrantes verdugones en la piel, mientras en la otra sostenía el trozo de queso arrebatado al ladrón o cogido de la cocina para mostrarlo y que comprendiéramos lo que nos decía—. ¡¿Has sido tú, sabandija?! —dijo señalando a un chico que no tendría más de ocho años.

Enganchó la cuerda a su cuello, entre los chillidos y lamentos de su madre, a la que sujetaba uno de sus compinches, y lo arrastró a la salida, prometiendo el castigo que se merecía. Una chica joven comenzó a gritar como loca intentando alcanzar la escalera, poco después supe que era la verdadera culpable, había ofrecido su cuerpo al ayudante del cocinero a cambio del queso.

No tardó mucho en volver a abrirse la escotilla. Era el médico:

—Que alguien me ayude a bajar al niño —dijo ante las miradas de incomprensión de los esclavos.

—Yo le ayudaré, señor —contesté saliendo de la oscuridad de la multitud.

—¿Sabes español, muchacho? —preguntó visiblemente sorprendido. Pero no había tiempo para esperar la obvia respuesta ni de hacer más preguntas—. Bien, sujétalo con cuidado de la cintura mientras yo lo bajo.

Los ocupantes se hacinaron aún más hacia las paredes para dejar un espacio central donde poder tender al chico. Su madre, de rodillas frente a él, solo acertaba a balancearse y gemir.

—Busca a alguien que vigile la salida —me dijo mientras examinaba la espalda del niño—, si me ven aquí a estas horas auxiliando al chico me echarán por la borda.

Sabía que la mayoría solo podría entender alguno de los dialectos bantúes y yo, a causa de mi

invisibilidad y desinterés, no había conseguido aprender de los vecinos nombres de mi asentamiento el mínimo de palabras como para comunicarme. Pero no tenía opción, les hablé en mi curiosa lengua san:

—Alguien de vosotros debe vigilar fuera y avisar si se acerca algún marinero.

Un hombre de unos veinticinco años se puso en pie y contestó, también en san;

—Yo lo haré.

—¿Eres san? —le pregunté cuando pasó por mi lado.

—Soy san —contestó, casi susurrando, por miedo a que el doctor pensara que estábamos maquinando alguna extraña maniobra.

El médico lo liberó de sus grilletes sin perder tiempo y el joven se escondió bajo la escotilla de inmediato, dejando abierta una pequeña abertura desde donde asomaba los ojos para vigilar la cubierta.

—¡Busca agua y trapos! ¡Rápido, se está desangrando! —me gritó con desesperación —Dios Santo, es solo un niño, solo un niño... —repetía una y otra vez mientras examinaba las brechas de las que manaba la vida. El chico no se movía, no podía respirar.

Miré al hombre que vigilaba la cubierta y le dije en san que pidiera agua y trapos a los ocupantes. Al momento una chica se acercó con un cuenco de agua sucia y un trozo de piel. El doctor se quitó la camisa y comenzó a limpiar con ella las heridas.

—Será un milagro que sobreviva —musitó.

No se dio el milagro. Poco después el doctor, cabizbajo y sin camisa, se abrió paso entre nosotros y los llantos de las mujeres, con su rostro desolado nos daba la noticia. Mientras caminaba supo que al día siguiente tendría que certificar al menos dos bajas. Antes de marcharse se le adelantó la madre del niño. No dio tiempo a retenerla, ni hubo fuerza humana que la sujetara. Al momento las olas del Atlántico jugaban con su cuerpo como si fuese un tronco seco. Era el segundo suicidio que presenciaba en dos días; el segundo de una larga lista. No tardó en llenarse la bodega de vigilantes vociferando todo tipo de insultos. Uno de ellos arrastró al niño sin vida por las escaleras para devolvérselo a su madre.

Nunca hubiera imaginado que el conocimiento de la lengua y la cultura española pudiera ser un arma tan valiosa en aquellas circunstancias. Lo fue por muchos motivos, pero especialmente porque me dio la oportunidad de mantener una estrecha relación con el doctor durante la travesía.

La manera en la que conseguíamos mi compañero san y yo que el cirujano se comunicara con los ocupantes de la bodega era cómica: el doctor Robles me hacía la pregunta que iba dirigida al enfermo a examinar, yo se la trasladaba a mi compañero san y este, en lengua bantú, se la hacía al enfermo, después la respuesta hacía el recorrido inverso. Cuando terminaba su trabajo, que con los medios de que disponía se reducía a explorar y consolar, a veces se quedaba un buen rato a charlar conmigo:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Bahati, Bahati Pasolargo para mi tribu.

—¿Quién te enseñó a hablar un español tan perfecto?

—Papalú, un misionero que estuvo durante años cerca de mi asentamiento. También me enseñó a escribir, y a leer, y matemáticas...

—Tienes suerte, saber español te será de gran ayuda en tu destino. Este buque atracará en

Cuba, si Dios quiere, una colonia española... No imaginas lo que os espera.

—¿Será peor que esto?

Recorrió la mirada por la bodega, despacio, y contestó:

—Eso es imposible, jamás vi tanta miseria y sufrimiento en tan poco espacio. Lo siento mucho, Bahati, no sabes cuánto siento estar al otro lado de todo esto y ser cómplice de vuestros verdugos. Haré todo lo que esté en mi mano por ayudaros, pero... Cuídate, tienes que sobrevivir y contarlo algún día —sus ojos se humedecieron.

—Podría escribirlo, pero... —le enseñé mis manos vacías.

—Veré qué puedo hacer, creo que traje material de escritura suficiente para dos.

El médico del Malabají y el cocinero fueron los únicos hombres que dieron muestras de piedad en aquella travesía, especialmente el doctor Robles. Ejercía por auténtica vocación. Aunque en el barco no se le exigía más que a un veterinario rural, hacía todo lo que podía por defendernos y por aliviar nuestros sufrimientos físicos y mentales. Día a día se manifestaba en su rostro el deterioro, sobre todo emocional. Se sentía impotente, partícipe de aquella barbarie. Por más que intentaba paliar nuestro sufrimiento no conseguía más que apuntar enfermedades y bajas en su libreta. A pesar de todo, estoy seguro de que si hubiese podido escapar del barco no lo habría hecho; se sentía tan culpable que hubiera dado la vida por nosotros.

A los pocos días el joven ayudante del médico cayó enfermo, lo que me convirtió en el único apoyo del cirujano durante sus visitas, cada vez más frecuentes y largas. El resto del viaje fui el encargado de apuntar en su libreta los datos que requería su trabajo en aquel barco. A cambio él me proporcionaba algunos alimentos de estraperlo para paliar un poco mi paupérrima alimentación, además de material para escribir, lo que ya me conseguía antes de que mi ayuda le fuera tan valiosa. Sé que en muchas ocasiones me daba parte de sus raciones, aunque me contaba que el cocinero sisaba de la despensa cuanto podía con la humana idea de entregarlo al doctor. Hasta que uno de sus pinches lo traicionó, lo pilló dándole al doctor un trozo de bacalao y fue con el cuento al capitán. Con todo, siguió ayudando lo que pudo. Creo que el cocinero conservó el puesto porque no tenía sustituto.

El doctor Robles era un hombre pequeño, delgado, con algo de chepa y caminar cansino. Debía contar con unos 35 años, aunque aparentaba algunos más. Tenía el pelo de un gris tan homogéneo y espeso que parecía estar bajo la peluca de un disfraz. Lástima que no tuviera muchos motivos para ser feliz, porque lo mejor que ofrecía su físico era una blanquísima y franca sonrisa, capaz de iluminar hasta aquella cutre y mísera bodega. La verdad, no sonrió mucho durante la travesía. Su voz resultaba profunda y algo ronca, más propia del rudo capitán de aquel buque, y su corazón el más noble y atormentado de todos los pasajeros.

Me consiguió papel, tintero y una pluma que tuve que aprender a manejar. Papalú solo pudo proporcionarme lápices en mis años de aprendizaje, él tenía una pluma, pero la tinta era muy valiosa y escasa en la sabana y la guardaba para escribir sus cartas. Dominada la técnica, o casi, comencé mi «Diario de a bordo». Día a día escribía todo lo que acontecía a mi alrededor con la mayor fidelidad de la que era capaz. Cada noche, cuando la absoluta oscuridad no me dejaba continuar, guardaba mi tesoro bajo la espalda. Sentía verdadero amor por mis escritos, si es que esto es posible, tal vez porque era el único patrimonio que tenía, y lo único que me motivaba para seguir adelante. Parece

increíble cómo de unas vidas tan míseras y limitadas hubiera tanto que contar.

A partir del décimo día, siempre que las circunstancias me lo permitían, escribí mis vivencias en el Malabají. Vivía obsesionado con dejar constancia del pedazo de historia que me había tocado en suerte vivir. Cuando me faltaba el papel o la tinta sentía como si se me acabara la misma vida y acosaba al doctor Robles para que me consiguiera el material, incluso llegaba a mentirle diciéndole que se me había terminado para tener reservas; estaba seguro: el día que no pudiese escribir empezaría mi muerte.

CAPÍTULO V: Diario de a bordo

Diario a bordo del Malabají. 11 de abril de 1870

El día ha amanecido como los nueve anteriores que llevamos en el Malabají. Vinieron a por nosotros recién salido el sol para llevarnos a cubierta. Cada día, si el tiempo lo permite, nos suben para lavarnos con agua de mar, a calderadas. Al marcharnos uno de los marineros la ha emprendido a golpes con un hombre porque no obedecía las órdenes de levantarse de su litera para salir. No tardó mucho en darse cuenta de que era inútil, tendrían que sacarlo entre dos marineros y notificar la baja al doctor y al capitán. No debía tener más de veinte años y parecía fuerte. El doctor me ha comentado que es una muerte inexplicable, que parecía un joven sano y que el día anterior estaba perfectamente.

Hoy he sentido que el agua del mar estaba especialmente fría, he tiritado como un cachorro recién venido al mundo, mis dientes casi se rompen del castaño. Pensé que me había contagiado de algún mal en la bodega, he estado a punto de desvanecerme en cubierta, pero conseguí mantenerme en pie y evitar el látigo. Creo que todos hemos notado que el agua estaba helada, será porque la mañana ha sido la más fresca desde que estamos aquí. Mientras esperábamos a que la cuadrilla limpiara la bodega y vaciaran los cubos de excrementos me he dado cuenta de que mi sensación de pérdida del equilibrio era por causa del estado del mar. He sentido un miedo espantoso a caer por la borda, y a punto he estado en un par de ocasiones, ninguna fiera de la sabana es comparable a la furia de este inmenso monstruo.

Nunca antes de ser capturado había visto el mar. Tampoco me había lavado, en mi pueblo el agua es solo para beber. Es curioso, jamás mi cuerpo había oído tan mal. Una ola casi me arrastra, como una lengua gigante me lamió desde la cintura a los pies y me ha faltado poco para ser tragado por el océano, más negro y bravío que nunca desde que zarpamos. Podrían haberse ahorrado la molestia de lavarnos a cubos. Nunca pensé que agradecería tanto volver a mis dos metros cuadrados de la bodega, en los que ni siquiera puedo ponerme en pie, pero mucho más calientes y seguros. Me ha costado entrar en calor, no hay mantas para todos y necesitábamos coger temperatura. No hemos tardado mucho en recuperarla; somos tantos y estamos tan apiñados...

Después nos han traído la comida, un plato de legumbres y agua dulce. Hoy la ración era muy escasa y estaba fría, he cedido la mía a un joven al que le han arrebatado su plato, seguro de que el doctor podría conseguirme algo de la cocina.

Tengo suerte; será por causa de mi nombre. Todavía no debo parecer un hombre y gozo de la libertad de las mujeres y los niños, no estoy encadenado a otros hombres ni a los maderos de la bodega. Tampoco he dado muestras de rebeldía y no hay motivos para que desconfíen de mí. Además, el doctor no lo permitiría, me requiere a su lado durante sus visitas para comunicarse con los enfermos y necesito movilidad para seguirlo e ir traduciendo y anotar sus indicaciones. Los hombres, que están todo el tiempo encadenados, tienen llagas infectadas en tobillos y muñecas. El médico dedica casi todo el tiempo a limpiar heridas, las desinfecta con alcohol, yo pensaba que solo servía para beber y embriagar. Aquí poco más puede hacer. Hay un chico nama con un tobillo muy hinchado, apenas puede caminar y tiene mucha fiebre, si no mejora... El doctor dice que habría que

amputar la pierna desde la rodilla, pero no se lo permiten, nadie compraría un esclavo lisiado.

Nuestro sanador ha llegado poco después de que la cuadrilla nos diera de comer y se asegurara de que estábamos tranquilos y bien atados. Me ha traído un trozo de pan y algo de pescado seco y salado que he escondido disimuladamente en un rincón de mi habitáculo, junto a mi material de escritura. Debería haberme traído también un poco de agua, tengo mucha sed y ya he terminado con mi ración. Todos respetan mi escondite, piensan que en él guardo los apuntes que me ordena el médico, el único hombre al que consideran de la tripulación. Hoy parece que se encuentra mal, los doctores también enferman, me ha dicho que el vaivén de esta bañera acabará con él, que hacía un día de perros y que necesitaba tumbarse o nos dejaría el desayuno en la bodega. A pesar de todo, nos ha dedicado todo el tiempo necesario. Lo he ayudado a curar heridas y he apuntado todo lo que me iba diciendo en su diario médico. Se fía de mí, tengo muy buena letra, a pesar de que el movimiento del barco me lo pone a veces muy difícil.

San y yo... San tiene nombre, pero todo el mundo lo llama como el doctor, San, porque es incapaz de nombrarlo como verdaderamente se llama. Así que es y será siempre mi amigo San. También a él, por orden del doctor, lo han liberado de los grilletes. Como decía, San y yo acompañamos todo el tiempo al médico durante sus visitas a la bodega, dice que somos una ayuda muy valiosa para él, que hay enfermedades que no podría diagnosticar —esta última palabra me la ha tenido que explicar y deletrear el doctor— sin nuestra colaboración.

Me he dado cuenta de que tengo gran facilidad para aprender idiomas, si sigo traduciendo lo que me dice el doctor a la lengua san y escuchando después cómo se dice en bantú pronto el doctor no necesitará a San; pero me cuidaré de que no se dé cuenta, ayudar al médico es un privilegio en esta travesía, al menos es seguro que los grilletes no te harán llagas.

Hoy ha habido una baja, pero hay dos hombres con fiebre muy alta y una mujer con hemorragias, no sabemos si sobrevivirán a la noche.

Esta tarde no subiremos a cubierta, resulta imposible mantenerse en pie en el barco. En la bodega hay una calma extraña entre los ocupantes, todo el mundo teme por su vida.

Lo dejo por hoy, estoy mareado y cada vez me cuesta más mantener firme la pluma sobre el papel.

Diario a bordo del Malabají. 12 de abril de 1870

No me encuentro bien, estoy más mareado que ayer, el mar no nos ha dado tregua en dos días. Tengo algo de fiebre y unas náuseas espantosas y persistentes, igual que todos los pasajeros de la bodega; aunque la mayoría ha dejado de vomitar, no nos queda ni bilis en el estómago. El hedor aquí es insoportable, el continuo movimiento nos hace retozar sobre nuestros vómitos... Hay dos niños que no paran de llorar desde hace horas.

Uno de los hombres enfermos ha muerto esta mañana, pero aún no se lo han llevado y está suponiendo un calvario para los compañeros unidos a su cadena. Hoy solo ha habido esta baja, o eso creo.

Me encuentro muy mal, mañana intentaré extenderme un poco más.

Durante la noche ha amainado la fuerte tempestad de estos días. Me encuentro bastante mejor, a pesar de que me ha sido difícil conciliar el sueño esta noche. La chica que sufría fuertes hemorragias no ha parado de quejarse y el resto de mujeres han estado atendiéndola. Una de ellas es sanadora y ha pasado horas cantando sus rezos a los espíritus. Al amanecer cesaron las quejas y los cantos, ya no sufre, la arrojaron al mar antes de lavarnos. Cuando el doctor ha llegado para su visita se ha enfadado mucho con uno de los hombres de la cuadrilla que la tiró por la borda. Dice que debieron haberle avisado y, en cualquier caso, que no están autorizados para deshacerse de ningún cadáver hasta que él firme la defunción. Esto ha provocado una gran carcajada en el marinero, según decía, la muerte de un negro no es una defunción —no estoy muy seguro del significado de «defunción»—. «¡Por más que os empeñéis en tratarlos como animales, son seres humanos! ¿Me oyes?» Le ha gritado varias veces el médico. Después ha sido todavía peor. Mientras hacía la revisión de rutina se ha dado cuenta de que otra de las mujeres, que parecía dormida, en realidad estaba muerta junto a su hijo de tres años. Cuando vio cómo arrojaban al mar a su hermana quiso tirarse tras ella, pero la redujeron entre dos marineros y la obligaron a lavarse junto a su pequeño. Según el doctor, el niño pudo morir a manos de su madre, pero ella necesitó ayuda.

El médico se sentó al lado de la mujer muerta y, con el pequeño en las rodillas, me habló para que lo tradujera a San en bosquimano y este lo contara al resto de los ocupantes en bantú:

—¿Quién ha colaborado en esta barbarie? —Todos callaban, no estaban acostumbrados a la cólera del doctor— ¡Contestad! ¡¿Qué os pasa?! ¿No tenéis suficiente castigo en este barco que os dedicáis a quitaros la vida unos a otros? —estaba fuera de sí.

—No hemos sido nosotros —habló al fin uno de los hombres—. Los habéis matado vosotros, tú y tus amigos blancos. Ya no podía soportar el llanto de su hijo hambriento, desde que entró en el barco no tenía leche para darle... Cuando vio a su hermana caer al mar quiso irse con ella, pero también la privaron de la libertad de quitarse la vida. No resistía más el sufrimiento de su hijo, necesitaba ayuda para acabar con tanto dolor.

En aquel momento supe con toda seguridad que en su interior el doctor envidiaba a la mujer que yacía muerta a su lado. De no ser porque sabía que él era el único que podía paliar nuestro sufrimiento, también se hubiese tirado por la borda ese día.

Dejó el niño en los brazos de su madre, con sumo cuidado, como si estuviese dormido, escondió el rostro tras sus manos y lloró largo rato, mientras todos lo observábamos en silencio y comprendíamos que no, él no era como los otros blancos, él no había matado a esa madre y a su hijo. Lo que no podíamos entender era por qué estaba allí. ¿Por qué un hombre tan sabio y humano se había embarcado en tan cruenta aventura? Así estuvo hasta que una niña de unos cuatro años se agarró de su cuello intentando trepar por su espalda. A pesar de muchos de los presentes, la vida se abrió paso, incluso en aquel agujero. «Tienes que vivir, ¿me entiendes? Tienes que vivir, necesito creer que mi paso por vuestras vidas tiene algún sentido. Lo necesito», le dijo emocionado a la chiquilla cogiéndola por los brazos. La niña le sonrió.

La escena nos conmovió, hay mensajes universales, para los que no necesitas conocer el idioma en el que se lanzan. Si alguno tenía algo en contra del médico, ya era pasado. «Bahati, ¿estás escribiendo todo esto?», me preguntó antes de marcharse. «Todo, doctor Robles, pero necesitaré

papel muy pronto», le contesté. «Sí que estás escribiendo, sí», me respondió con una amarga sonrisa y la mirada húmeda.

Esta tarde ha vuelto y, antes de marcharse, se ha acercado a una chica en avanzado estado de embarazo y los dos se han mirado tiernamente durante unos segundos, como si se hablasen con los ojos.

A pesar de las constantes bajas el espacio del que disponemos cada ocupante de la bodega sigue siendo asfixiante, unos centímetros más que el volumen de nuestro cuerpo, pero ahora queda un pequeño pasillo libre por el que corretean los niños, milagrosa y sorprendentemente, sanos.

Han cerrado las escotillas y la noche envuelve ya el buque, no puedo seguir escribiendo.

Hoy ha habido tres bajas.

Diario a bordo del Malabají. 14 de abril de 1870

No sabemos el motivo, pero hoy nos han tenido encerrados todo el día. Acaban de abrir las escotillas, pero pronto caerá la noche. Los ocupantes de la bodega están muy nerviosos, temo que se amotinen.

El doctor nos hizo una visita fugaz esta mañana. Hasta su llegada, ninguna baja; pero durante la jornada han cambiado las cosas, hemos pasado un día de calor espantoso y se nos ha acabado el agua. Seguiré mañana.

El doctor se acaba de marchar. Ha venido con un nuevo ayudante, el capitán le ha comunicado que al anterior se lo ha llevado otro barco a una isla cercana muy enfermo; pero él no se lo cree, me ha dicho que no existen ni el barco ni la isla y que seguramente lo habrán arrojado vivo al mar a media noche mientras dormía. También me ha dicho que el capitán es un mal tipo. «Es un hombre frío, solitario, avaro y resentido, Bahati, solo le importan los beneficios que puedan dejarle la ‘mercancía’, seguro que lo ha tirado al mar para que nos os contagiéis y me ha mentido para que no tome nota de sus malas artes. Es un mal tipo».

El ayudante que ha venido hoy con el médico es más joven aún que el anterior, no sabe escribir y tampoco cómo limpiar una llaga. Ha resultado ser un estorbo, todo el tiempo tapándose la nariz e intentando controlar sus arcadas. No sé de dónde lo han sacado, ni cómo ha sobrevivido aquí estas dos semanas. San no podía evitar reírse y uno de los marineros que andaba por la bodega en ese momento le ha asestado dos fuertes latigazos en la espalda. Puede parecer imposible, pero a veces hasta nos reímos, aunque nos cueste caro.

En la bodega hay muchos hombres jóvenes y pocas mujeres. Estamos sin ropas, desnudos, pegados unos a otros... Los hay todavía con la suficiente salud física y mental como para superar el entorno y copular entre tanta miseria y dolor. Hoy han sido sorprendidos yaciendo dos hombres por un marinero que ha encolerizado por la escena. Ellos no comprendían sus palabras, pero yo sí. Les gritaba: «¡Sois peores que las bestias, os ayuntáis como cerdos mientras vuestros hermanos mueren a dos metros! ¡Las cabras de mi padre tienen más pudor y vergüenza que vosotros! ¡No os merecéis ni el agua que os damos!» Mientras tanto la ha emprendido a latigazos con los dos y asimismo con los de alrededor. Ellos intentaban escapar de sus cadenas sin éxito. Yo no estaba muy lejos y la sangre ha empezado a salpicarme; pude haberme alejado, pero temí que el látigo me persiguiera. Todos estábamos muy asustados ante su ira desatada. Al momento han aparecido media docena de marineros dispuestos a llevarse a los dos hombres a cubierta. He presentido que no volverían, y no me he equivocado. Los alaridos de ira y dolor se han alternado largo rato, supongo que hasta que los azotados han caído medio muertos al suelo.

Mientras vivía el dantesco suceso no podía dejar de pensar en que yo mismo sorprendí hace unos días al mismo marinero que ha castigado con la vida a los dos esclavos con un joven grumete. Era la misma escena, solo que la protagonizaban dos hombres blancos. El doctor me había enviado a por agua a la cocina y los vi de soslayo en la despensa. ¿Será que todos somos bestias sin pudor, blancos y negros? Yo creo que la savia de la vida se abre paso con todas sus fuerzas allí donde esté y que no entiende de color, aunque sea ciega.

Esta tarde he mantenido una larga conversación con el doctor Robles sobre el incidente de hoy. Le he contado que yo había presenciado cómo el mismo marinero que les había quitado la vida a los dos hombres hacía exactamente igual con un joven grumete y le he preguntado dónde estaba la diferencia y por qué ha condenado a muerte a mis dos compañeros por algo que él mismo hace.

—Bahati, con los años, si sales de esta masacre sin sentido, aprenderás que lo que más escandaliza a un ser humano es ver en otro sus propios pecados. Cuanto más conozco a pueblos como el tuyo más dudo de mi propia cultura.

—Perdone, doctor, no lo entiendo.

—Pues es bien fácil: se supone que vuestra cultura es más sencilla, más elemental; que la nuestra es más... ¡es más en todos los sentidos! —exclamó con sarcasmo—. Pero lo cierto es que sois más libres y auténticos que nosotros. La diferencia entre una escena u otra solo está en las conciencias de sus protagonistas y en los ojos que las miran. ¿Sabes?, he observado que todo aquello que no pertenece a tu propia cultura es susceptible de parecerse abominable; pero lo verdaderamente abominable está sucediendo en este barco a manos de los que se escandalizan.

—Creo que empiezo a entenderle.

—Dime, Bahati, tú que has crecido en un poblado africano bajo las enseñanzas de dos sacerdotes misioneros, ¿qué has pensado cuando contemplabas este episodio?

—No lo sé, doctor, las ideas y las imágenes pasan por mi mente como una estampida de elefantes, no logro sacar nada en claro, solo sé que me duele aquí —me llevé la mano al corazón, como hacía Papalú constantemente cuando hablaba de sentimientos.

—Reflexiona sobre ello y escríbelo.

El doctor me ha hecho una pregunta muy difícil, tengo que encontrar la respuesta, la espera.

Ahora me despido, me duelen los ojos.

Hoy ha habido dos bajas.

Diario a bordo del Malabají. 16 de abril de 1870

Ha vuelto el temporal, el barco se mueve como si galopáramos sobre el lomo de un guepardo a la caza. Vuelvo a sentirme muy mareado y con náuseas.

También creo que tengo algún mal en los ojos, me los noto muy hinchados y apenas puedo abrirlos, me duelen, me escuecen y me pican. Escribiré cuando este mejor y amaine un poco el temporal, resulta muy difícil controlar la pluma y el papel en estas condiciones. Aprovecharé para pensar en la pregunta que me hizo ayer el doctor, aunque me encuentro tan mal y la bodega está tan revuelta que es difícil hasta pensar.

El doctor no constató esta mañana ninguna baja.

Diario a bordo del Malabají. 17 de abril de 1870

Ha sido un temporal de un día, y tengo los ojos bastante mejor; el doctor dio órdenes de que me trajeran agua hervida y gasas limpias para lavármelos a cada rato y ha funcionado.

He tenido un largo día para pensar en la pregunta que me hizo el médico y me he dado cuenta de que soy tan diferente de los miembros de mi pueblo como de los blancos, y que es posible que por esta razón sea capaz de comprender tanto a unos como a otros. Creo que todos los seres humanos, blancos, negros o amarillos, pasan la vida luchando por lo mismo: por liberarse de los pensamientos que los encadenan a las doctrinas que no son sino ideas de otros para poder así encontrar la verdad. He llegado a esta conclusión: el instinto es lo que nos iguala a los animales, con la diferencia de que ellos no tienen opción; ellos no eligen entre vivir o morir, o entre obedecer a otros o a su propia conciencia.

Papalú me enseñó que hay que mirar a los demás a través de sus ojos. Al principio me costó mucho comprender sus frases y consejos, pero observándolo sus palabras cobraban vida y todo su sentido. Nunca nos juzgó, se limitó a ser un ejemplo de generosidad, como lo es mi pueblo san. He visto desde que abrí los ojos cómo se relacionaban los miembros de mi tribu, con toda libertad y naturalidad. Es cierto que copulamos como los animales, y he podido comprobar que los blancos también. Aunque... es verdad, los blancos no son tan animales; nunca vi a una cebra matar a otras dos por satisfacer mutuamente sus deseos sexuales. En nuestro pueblo el jefe solo interviene cuando alguien es obligado por otro a mantener una relación que no desea. También me dijo que las religiones deben ser solo un apoyo para el ser humano, no el camino. Me recordaba una y otra vez que amara a mi prójimo como a mí mismo, que todo lo demás era prescindible. Me decía que esa fue la verdadera enseñanza que el hijo de su Dios trajo al mundo y que por eso se sentía profundamente cristiano.

Me alegra haber crecido en plena naturaleza y libertad y de ser capaz de ver a todos los hombres a través de sus ojos, y también me alegra que un día el hombre blanco me enseñara las ciencias de su pueblo para poder estar ahora aquí, contando lo que pienso sobre las relaciones de dos hombres y que otros se lo hagan pagar con la vida.

Todo esto y más le he explicado al doctor esta mañana. Él no ha dicho nada, aunque creo que estaba emocionado. Me ha abrazado largo rato, sin importarle las miradas de los esclavos de la bodega, y se ha marchado, no sin antes visitar de nuevo a la chica que está embarazada, le preocupa que tenga su hijo en estas condiciones.

El doctor y yo nos entendemos muy bien, me entiendo bien con el hombre blanco, puede que sea porque hablo su idioma.

Hoy ha sido un buen día, no ha habido bajas.

Están cerrando las escotillas.

Creo que a partir de ahora voy a tener problemas con los que no contaba. Desde que pisé el barco el jefe de la cuadrilla me ha permitido ciertos privilegios gracias al doctor. Pero hoy han tenido una fuerte discusión en la bodega el médico y el marinero a causa de las licencias que se toma el encargado de custodiarnos sin consultar con el doctor. Nuestro médico se ha quejado al capitán, y el jefe de la nave ha llamado al orden al navegante y le ha dicho que no está dispuesto a consentir que decida por su cuenta quién vive o no en el barco. Según he entendido entre acalorados insultos, al capitán lo único que le importaba es que había echado por la borda dos ejemplares sanos, aunque le parecían igual de salvajes y repugnantes sus prácticas que a cualquier hombre de fe. No sé cuántas veces le ha gritado el doctor que no somos animales. También le ha dicho que en todo caso él no era muy diferente de los esclavos, que sabía de su relación con el joven grumete. Entonces el jefe de la cuadrilla se ha dirigido a mí como loco:

—¿Has sido tú, mala bestia?! —ha gritado mirándome tan de cerca que casi me marea el alcohol de su aliento—. Solo hay una cosa peor que ser negro, y es ser un negro chivato. Tus días de tranquilidad en este barco se han terminado, a partir de ahora serás tratado como lo que eres, uno más de esta mierda de pocilga.

—Atiende bien a lo que te digo —le ha replicado el doctor con el rostro desencajado—, si se te ocurre tocarlo te echaré yo mismo por la borda, será para mí el único placer que me lleve de esta barbarie. Tú límitate a darles de comer y beber y procura que esta bodega esté limpia y en orden —el marinero debía estar impresionado, lo dejaba hablar—. No sé si lo has pensado, pero aquí hay marineros de sobra y médico solo uno. No te conviene obligar a elegir al capitán, tienes todas las de perder. ¡Ni se te ocurra tocarlo! ¿Lo has entendido?

Antes de marcharse el marinero se me ha acercado disimuladamente y me ha dicho al oído que me ande con cuidado, que el «doctorcito» está demasiado ocupado para atenderme y que en el barco es muy fácil tener un accidente. Sé que me va a vigilar de cerca y que buscará cualquier excusa o mentira para azotarme y encadenarme con el resto de los hombres, o algo peor. Tengo que estar muy atento a sus pasos y los de sus hombres.

Esta tarde le he pedido al doctor más material para escribir. Me quedan todavía algo menos de medio tintero y una docena de hojas de papel, las tengo muy contadas, pero le he mentado, sorprendiéndome a mí mismo, esta no es una práctica propia de un san. Me angustia pensar que no pueda escribir durante esta dura travesía, creo que es esta actividad lo que todavía me mantiene esperanzado, además, se lo he prometido al doctor.

A pesar de que durante el último año fui un rebelde entre los miembros de mi asentamiento, nunca mentí a mi madre —al resto no podía siquiera hablarles—, sí que oculté alguna fechoría, pero nunca inventé palabras a conciencia para favorecerme o librarme de represalias. Los bosquimanos no conocemos la mentira, será que no la necesitamos. Si sabes que no te van a juzgar, ¿para qué mentir? Pero es tal el miedo que tengo de quedarme en este barco sin lo único que mantiene mis ganas de vivir, que sería capaz de... no sé. A veces me doy miedo de lo mucho que estoy aprendiendo de los blancos. «¿Otra vez te has quedado sin papel y tinta? —me ha preguntado el doctor muy sorprendido—. Pero si es imposible. Ten cuidado, no sea que te estén quitando el material o se haya extraviado». Todavía no me conoce bien, es más fácil que pierda los dientes que

mi material de escritura. Pero el doctor Robles confía en mí y no se le ocurre pensar que le esté mintiendo. La verdad es que me siento mal, he traicionado su confianza. Me ha dicho que mañana me traerá más, pero que me ande con cuidado que todavía quedan muchos días de navegación y las provisiones se agotan.

Hoy, de puro milagro, tampoco ha habido bajas. Un hombre ha intentado tirarse al mar a la hora del baño, pero lo han retenido a tiempo, por desgracia para él. Le habían quitado los grilletos porque tiene una grave infección en un tobillo y era su oportunidad. Ahora tendrá que sufrir de nuevo el hierro sobre la herida. Es un muchacho, tiene diecisiete años... Me estoy acordando del Dios del padre Mateo y de Papalú, a veces dudo mucho que todos seamos hijos suyos, creo que es un Dios blanco para blancos. Aunque también creo que *Modimo* se ha olvidado de sus hijos sans, igual es que no ha venido con nosotros en este viaje. Veremos qué pasa mañana, hay varios ocupantes muy enfermos, con fiebre alta, vómitos y diarrea. El olor en la bodega es insoportable, incluso para un bosquimano, y hace más calor que estos últimos días. La noche va a ser larga.

Sí, como imaginaba, esta noche pasada ha sido muy larga, interminable, pensé que nunca llegaría la luz del amanecer. La peor de mi vida y la de muchos de los ocupantes de la bodega. Comenzó tranquila, demasiado tranquila teniendo en cuenta las expectativas. Aunque dejaron las escotillas abiertas, no pasaba por la bodega ni la brisa. Es verdad que a la tempestad precede la calma, y al contrario. Pero poco después el barco comenzó a balancearse y algo de viento se coló por las trampillas aliviando un poco el espeso hedor. No tardaron mucho los marineros en cerrarlas. La nave se ha convertido en un juguete para el viento. Es increíble cómo, en el reducido espacio del que disponemos, hemos rodado y saltado, arrastrándonos unos a otros a causa de las cadenas. Los gritos, lamentos y quejidos se escuchaban por encima de los estentóreos truenos.

En mitad de la noche se abrió una de las escotillas, era el doctor. Pero no pudo hacer nada por nosotros, ni siquiera podía mantenerse en pie, y la tormenta se colaba por el agujero como un río. Solo consiguió revolcarse entre la porquería y una espantosa impotencia. Cuando ha comprobado el estado de la mujer embarazada se ha marchado, no sin antes caer varias veces. Volvió cuando la tempestad amainó un poco.

Los niños, las mujeres y yo somos afortunados —si es que hay alguien afortunado en la bodega—, como no estamos encadenados tenemos más libertad de movimientos para sortear los golpes y resguardarnos en los lugares más despejados.

El desastre ha provocado tres bajas y numerosos heridos de importancia. No sabemos cómo, San ha perdido una oreja; él dice que alguien se agarró de ella y no la soltó hasta que se la arrancó. Ha preguntado a todos como un loco, pero nadie tiene su oreja ni recuerda haberla tenido en sus manos. El doctor ha necesitado la ayuda de tres marineros para curar tantas heridas y enderezar y entablillar huesos rotos. He tenido mucho trabajo, había mucho que anotar.

Por un momento el doctor, mientras atendía a San, ha dejado su tarea para hablarme:

—Esto es una locura, Bahati. Tú ya sabes lo que tienes que hacer, así que apunta lo que te parezca conveniente, no puedo perder el tiempo con esta triple traducción.

—De acuerdo —le he contestado, no muy seguro de poder anotar por mi cuenta.

—Intenta descansar... San —se ha parado un momento mientras le decía esto a San, seguro que se ha sentido ridículo al escucharse y por eso se ha detenido para respirar, y es que eso de «descansar» suena cómico en la bodega. Este mensaje no lo he traducido—, estás sangrando mucho —el vendaje que tenía alrededor de la cabeza se estaba empapando.

—Pero... —he intervenido— yo... no sé qué apuntar, no encuentro las palabras para describir lo que les pasa... yo...

—¡Espabila de una vez, Bahati! —me ha gritado.

Me ha dolido su actitud, aunque sé que está desbordado de trabajo y agotado, y sobre todo enfadado, y lo comprendo. Se siente impotente y preso en un barco en el que estamos viviendo todas las injusticias que se puedan imaginar. Cada vez estoy más seguro de que nunca se hubiese embarcado en este buque de no tener una razón muy poderosa; es demasiado sensible, no está preparado para soportar una travesía tan dura.

Después de diecinueve días en este barco estoy acostumbrado a ver y sufrir los peores tratos que se puedan imaginar, pero nada me duele más que un desaire del doctor. Él lo sabe; sabe que es la

única conexión que tengo en este momento con el mundo afectivo. Antes de marcharse ha vuelto sobre sus pasos y me ha dicho que lo sentía. Sé que no hay nadie en este barco con más suerte que yo, debe ser a causa del nombre que me puso mi madre.

En la visita de esta tarde hemos podido conversar un momento, en realidad hoy ha pasado casi todo el día con nosotros.

—Escúchame bien, Bahati, creo que en la bodega hay un brote de disentería. Es una enfermedad muy grave y contagiosa, no te acerques a la zona del fondo, he ubicado allí a los enfermos, y no bebas del agua que os trae la cuadrilla, el viaje se está alargando debido a los temporales y escasea el agua dulce, a saber de dónde la están sacando. Tienes que sobrevivir, ¿lo entiendes? Tienes que sobrevivir y contar todo esto. ¿Estás escribiendo esta barbarie?

—Sí, sí, doctor, lo estoy escribiendo. ¿Quiere verlo?

—Sí, pásame lo que tengas escrito. Es más, deberías darme todo lo que vayas escribiendo, como el capataz se entere de lo que haces tirará tus escritos al mar sin contemplaciones. Tu testimonio está más seguro en mi camarote. Qué manía la de estos bárbaros de tirar todo lo que les estorba al mar.

Me ha costado, he tardado unos segundos en ponerlo en sus manos, sentía como si me desprendiera de un ser muy querido, o como si me cortaran un brazo, pero sí, le he entregado todo lo escrito, en realidad, todo lo que poseo en esta vida.

—Doctor, esto es todo lo que tengo...

—Lo sé, lo sé, por eso está mejor conmigo. Pierde cuidado, lo protegeré con mi vida. Tú sigue escribiendo.

Hoy ha habido tres bajas.

Diario a bordo del Malabají. 20 de abril de 1870

Me encuentro muy débil, y tengo mucha sed, como el día que me capturaron en la sabana y los cuatros me obligaron a caminar todo un día sin beber. Le he dado mi ración de agua a San, le prometí al doctor que solo bebería de la que él me trajera, pero esta mañana no ha podido traerla. Me ha dicho que volvería más tarde, pero se retrasa y no sé si aguantaré.

Después de darle el agua a San me he sentido un traidor. Si el doctor no quiere que beba la que nos trae la cuadrilla para cuidar mi salud, ¿qué pasa con la salud de San? Ha pasado muy mala noche, la herida que le ha provocado la pérdida de la oreja le dolía mucho. Está aquí a mi lado, algo más tranquilo. Después de todo, parece que el agua no le ha sentado tan mal, creo que yo estoy mucho peor que él, será esta horrible sed.

Hoy no ha habido bajas y la mayoría de los heridos resisten.

No puedo seguir, necesito beber agua.

Me encuentro mucho mejor. Ayer por la noche el doctor me trajo agua suficiente y un poco de pescado. Bebí con verdadera desesperación, pero sobró para compartir con San y aliviar mi conciencia. El pescado lo escondí disimuladamente en mi compartimento y me lo comí en cubierta mientras todos bailaban. Le ofrecí a San, pero no quiso, se niega a comer, creo que ya nada le importa, ni siquiera el sufrimiento que nos rodea. No quiere vivir.

Los marineros nos suben a cubierta casi a diario para bailar. Naturalmente, no tienen ninguna intención en que nos divirtamos, su interés es otro. El doctor me ha contado que es una manera de obligarnos a movernos para que nuestros músculos y huesos no enfermen. Dice que para los comerciantes blancos tenemos un gran valor, así como las vacas y cabras para mi pueblo. Pero yo sé que no es cierto, una sola cabra para mi pueblo es mucho más importante que todos nosotros para ellos. Jamás a un nativo africano se le ocurriría hacer bailar al ganado a latigazos para que se muevan, basta con darles espacio y libertad.

Hoy les han dado alcohol, estaban demasiado abatidos moral y físicamente para bailar, a pesar del látigo amenazante, apenas se movían para evitar los latigazos, por eso han decidido compartir su aguardiente con los esclavos. No pueden olvidar los seres queridos que han dejado atrás, ni tanto dolor, tanta humillación, tanta hambre... ¡Cómo duele ver a tus hermanos moverse al son de hombres sin corazón solo por miedo! Es la escena más triste que han contemplado mis ojos. Cuando nos suben a cubierta para danzar siento como si me presionaran el pecho muy fuerte, es porque me encantaría gritarles: ¡No, no bailéis para ellos, no permitáis que os quiten lo único que os queda! Pero ahogo mi grito, por la misma razón que ellos danzan, por miedo a perder la vida y, sobre todo, por miedo al dolor. Yo no estoy obligado, al no estar encadenado me perdonan que no siga el ritmo de la apocalíptica música que sale del acordeón de uno de los marineros; gozo de suficiente libertad.

Es cierto que la bebida hace olvidar tanto dolor. Un buen número de hombres y mujeres se han puesto como locos. Han bailado, reído, llorado, cantado, vomitado, copulado... mientras los marineros despotricaban y se doblaban de las carcajadas, también ebrios de la misma desolación y el mismo alcohol. Me hace daño escribir esto...

A mí todavía me respetan algo, por mor del doctor, que se ha sentado a mi lado para protegerme. El jefe de la cuadrilla que se encarga de nosotros ha intentado azotarme para que danzara, pero el médico lo ha mirado, no sé cómo, y ha decidido que tenía bastante diversión con el resto. Un grumete, alentado por gran parte de los marineros, ha forzado a una de las mujeres, el capitán ha abandonado su timón para disfrutar del espectáculo. Algunas esclavas, al comprobar el sufrimiento de su compañera, se han entregado voluntariamente... Me preguntó por qué falta el agua en el barco y sobra el alcohol.

El doctor y yo no hemos cruzado ni una palabra. No se ha quedado hasta el final del «espectáculo», no lo soportaba, aunque sentía que debía estar allí para protegerme. Cuando me he quedado solo, el contra maestre, que casi no se tenía en pie, se ha dirigido a mí y me ha llevado hasta el «jardín de popa». Allí ha intentado violarme, pero no era capaz ni de mantener el equilibrio sin agarrarse a la barandilla. La algarabía de cubierta y la marea han sido mis cómplices, nadie se ha percatado de lo que pasaba en la popa. Hemos mantenido un pequeño forcejeo, no estoy seguro

pero... creo que en parte se ha caído y en parte lo he tirado. Me he quedado mirando cómo luchaba contra las olas al tiempo que bramaba todos los insultos que conocía y pedía auxilio, pero había demasiado ruido en el barco. Cuando su cabeza ha desaparecido bajo el mar me he marchado, con una extraña sensación de victoria. Después me he acercado disimuladamente a la zona central de cubierta, en la que la «fiesta» continuaba como si nada. Nadie se ha dado cuenta de mi pericia. A estas alturas ya habrán echado de menos al suboficial, pero yo estoy en mi compartimento escribiendo bajo los últimos rayos de luz que se cuelan por la trampilla. La verdad es que me siento algo más seguro en este barco que hace unas horas, todos en esta tarde navegamos más seguros que esta mañana, era un tipo despreciable y cruel, incluso con sus propios compañeros.

Creo que he matado a un hombre por primera vez en mi vida, y espero que por última, y no siento nada, absolutamente nada más allá del alivio. Temo contagiarme del mal de los hombres blancos; tengo miedo de que esta sensación tenga algún parecido a la que ellos viven cuando nos azotan o nos tiran vivos al mar.

Hoy no ha habido bajas, me refiero a la bodega.

Diario a bordo del Malabají. 22 de abril de 1870

El barco se mueve como si estuviera poseído por los malos espíritus de mis antepasados. Pronto cerrarán las escotillas, amenaza lluvia y el agua empieza a colarse en la bodega. A mi alrededor muchos gimen y vomitan. No soporto el ruido de los grilletes y las cadenas que los hombres arrastran por el piso de madera, retumba en mis oídos hasta doler. A veces siento que perderé la cordura antes de llegar a tierra.

Esta mañana, después de ver y curar a los enfermos y pasar un rato con la chica embarazada, el doctor me ha preguntado:

—Fuiste tú, ¿verdad?

No me sentía capaz de confesar mi culpa.

—¿No vas a contarme lo que pasó?

—Se cayó al mar... estaba borracho y cayó por la popa, o tal vez lo tiré, no estoy seguro. Yo solo me defendí...

—¿Has matado a un hombre! ¿Cómo te sientes? —dijo por hecho que lo empujé.

—Era él o yo, hubo un forcejeo y... No me siento culpable, estoy incluso más tranquilo que ayer.

—¿Qué pasó?

—Quiso violarme, pero no pudo. Eso es todo.

—¿Sabes que puedes confiar en mí? ¿Lo sabes? —me miró con agrado—. Es verdad, estamos mucho más tranquilos y seguros que ayer. Ese tipo no merecía vivir... ¿Estás escribiendo todo esto?

—Sí, sí.

—Bien, cuida de que nadie encuentre esos escritos.

—Tengo que marcharme, mañana me pasas lo que tengas, no sea que algún marinero lo encuentre y sepa leer —sonrió, en el barco no sabía leer ni el capitán.

Entra demasiada agua, están cerrando las escotillas.

Hoy he tenido que apuntar una baja, la del contramaestre.

Diario a bordo del Malabají. 25 de abril de 1870

Han sido los tres peores días de mi vida, el barco ha estado a merced de una gran tempestad hora tras hora, sin luz, sin comida y casi sin agua y sin aire. Cientos de hombres y mujeres rodando día y noche por la bodega, en un incesante vaivén, arrastrando muertos, porquería, llantos... Lo vivido solo me ha dejado unas hondas ganas de llorar. No me quedan fuerzas, me siento al límite moral y físicamente. La catástrofe ha dado como resultado catorce bajas y un alta. Quiero decir que han muerto once hombres y tres mujeres y ha nacido un niño. Sí, está vivo. Vino al mundo este amanecer, justo cuando amainaba la tormenta. Cuando los estruendos de los truenos, del crujir de las maderas, del golpear de las olas, de los quejidos y del arrastre de metales parecían diluirse, se escuchó el llanto de un bebé.

Es un milagro que haya sobrevivido. La madre ha muerto, es una de las catorce bajas, la muchacha que con tanto celo ha cuidado el doctor durante la travesía. Me estremece pensar que se la estaban comiendo los tiburones mientras su hijo lloraba buscando su pecho. El médico ha hecho todo lo que ha podido por salvarla, lo único que lo ha separado de ella durante el parto ha sido el fuerte balanceo. Mientras la atendía, agarrándose a las maderas de la litera con una mano e intentando sujetarla con la otra, sangraba copiosamente por la frente, uno de los golpes le ha abierto una profunda brecha. Yo también he intentado ayudar con todas mis fuerzas, pero se me escapaba, resultaba muy complicado inmovilizarla en tal situación. «¡Agárrala bien, Bahati!», me ha gritado desesperado en varias ocasiones. San se ha encargado de mantener la lámpara encendida y quieta, lo último ha sido imposible. Creo que cuando el bebé ha asomado la cabeza la madre ya había perdido la vida.

El doctor ha ordenado que dejen al niño con su tía, la hermana de la joven madre, que está amamantando a su hija de año y medio y tal vez pueda sacar adelante a su sobrino. No creo que lo consiga, está muy débil y apenas tiene leche para su hija. Pero nuestro médico parece especialmente sensible a este increíble nacimiento y muy dispuesto a ayudarla en todo lo que esté en su mano. Los marineros lo toman por loco, si no fuera porque es irremplazable en el barco... Le tienen mucha ojeriza. Me ha encomendado la tarea de cuidar a los tres, quiere que vigile que nadie les robe el agua y la comida; cuando estás débil es fácil que te arrebaten tus raciones. En especial me ha ordenado que esté muy pendiente de que la tía alimente al recién nacido. Está aquejada de melancolía, apenas se ocupa de su propia hija, así que tendré que pasar todo el tiempo entre las mujeres y los niños.

Cuando lo he visto marcharse... no sé, me ha parecido que subía las escaleras el hombre más triste del mundo, a esa chica le tenía un afecto especial.

Un balance curioso el de hoy en la bodega, han muerto catorce esclavos pero solo faltan trece. La vida se abre paso incluso en los lugares más hostiles.

Diario a bordo del Malabají. 26 de abril de 1870

La tía del bebé no quiere vivir, está muy aquejada de melancolía, igual que San. Su propia hija pasa el tiempo con otras mujeres que le procuran la comida y los cuidados mínimos que necesita, es una niña fuerte y vivaracha, ha hecho de la bodega su hogar. Acercó el recién nacido al pecho de su tía a cada instante, pero, aunque se agarra a él con todas sus fuerzas, no consigue el alimento suficiente para sobrevivir, la mujer tiene los pechos secos. Ha pasado toda la noche llorando. Es mi responsabilidad, se lo prometí al doctor. La he obligado a comer el bizcocho y la carne salada que me trajo esta mañana. Algo ha comido y, poco después, también el recién nacido. Su hija ya no tiene suficiente con sus pechos, pero algo alivian el hambre de un bebé tan pequeño. De todas formas, tengo que buscar una alternativa para alimentarlo y sacarlo adelante, su tía parece abandonarse a la muerte. El médico me ha dicho que intentará traerme algo más de comida mañana.

He decidido ponerle un nombre, se llamará «Ojosdeagua», así, todo junto, como «Pasolargo». Apenas ha abierto los ojos, pero parece que son del color del mar donde ha nacido. En este momento lo tengo pegado a mi pecho, amarrado con un trozo de manta. Está dormido, creo que le gusta escuchar mi corazón. Solo espero que los días de navegación que nos quedan sean tranquilos, no sé si podría salvarlo del tropel que se forma en la bodega cuando se agita el mar.

Cada vez tengo más trabajo en este barco: cuidar a San, a Ojosdeagua y a su tía, además de ayudar al doctor y escribir mi diario de a bordo. Y, claro, todo el tiempo vigilando a este bebé. Puede que por eso todavía conserve la salud, porque otros me necesitan y el doctor me protege. Los grumetes de la cuadrilla me respetan, tienen órdenes explícitas de mi protector, y el cocinero también me ayuda en lo que puede, siente simpatía por nuestro médico y le procura los alimentos que consigue sacar de la despensa y parte de sus guisos; creo que también yo le caigo bien. «Esto se está convirtiendo en una jauría de lobos, Bahati, a estas alturas del viaje todo escasea. Ándate listo», me ha dicho esta tarde el doctor mientras me pasaba una botella con agua dulce y un trozo de pan.

Ojosdeagua se está despertando.

Hoy no ha habido bajas, pero hay al menos veinte ocupantes con fiebre alta y vómitos, y también algunos marineros. Veremos mañana.

Diario a bordo del Malabají. 27 de abril de 1870

Han amanecido sin vida tres hombres y el resto de los enfermos con fiebre y vómitos han sido arrojados vivos al mar con los muertos, menos un chico que esta mañana estaba algo mejor.

El doctor me ha contado que los cargamentos de esclavos tienen un seguro que no cubre las enfermedades contraídas en el barco a causa del hacinamiento o la falta de alimentación, pero sí los accidentes, por eso prefieren tirarlos por la borda antes de que mueran en la bodega de alguna enfermedad. Aunque yo apunto en la libreta las causas de las bajas tal y como ocurren, luego falsifican los informes a su antojo y cambian las razones de las muertes para poder cobrar.

Valemos justo el precio que el mercado estipula en cada momento, para los encargados de llevarnos a puerto somos exclusivamente su parte de los beneficios en la transacción, igual que un saco de cereales o un cerdo, y como tal aseguran la mercancía, nadie se plantea siquiera que somos de su misma especie.

Ha habido otra baja más, la tía de Ojosdeagua. Ha sido esta tarde. Pensé que se había quedado dormida, llevaba días que pasaba casi todo el tiempo arrinconada, durmiendo, pero cuando ha venido el doctor me ha dicho que llevaba horas velando el sueño de una muerta. Para mí ha sido una liberación, lo lamento por ella, pero es lo que he sentido, alivio. De todas formas no podía alimentar a un recién nacido ni atender a su hija. Odio pensar de esta manera, pero... Ahora solo tendré que ocuparme del bebé y de San. Esta mañana el doctor Robles ha traído un poco de caldo de gallina para que alimente al bebé. «Y que sea lo que Dios quiera», ha dicho. Creo que estaba a punto de llorar, tiene un empeño especial por sacar adelante a este niño.

He pasado horas mojando mi dedo meñique en la sopa e introduciéndolo en su pequeña boca. Chupa con una fuerza increíble. Por momentos, agotado, se queda dormido, pero en seguida vuelve a buscar mi dedo. Como parecía no saciarse, al final he optado por mojar pequeñísimas migas de pan en la sopa para luego ponérselas en la punta de la lengua, una a una, con paciencia, esperando a que él con su saliva terminara de deshacerlas para poderlas tragar. A cada instante se cansa, se le agita la respiración y entorna los ojos hasta que se duerme. Se echa un pequeño sueño y a la tarea otra vez. Creo que esta forma de alimentarse lo agota, y a mí también, pero sus ganas de sobrevivir no le dejan darse por vencido.

Ojosdeagua me está provocando sensaciones que nunca antes había experimentado. Creo que lo estoy empezando a querer, en solo tres días. Me estremece el solo hecho de pensar que pueda morir. Es tan pequeño y gracioso...

Hoy hemos saldado el día con veinticinco bajas, aunque solo deberían haber sido cuatro.

Diario a bordo del Malabají. 28 de abril de 1870

Ojosdeagua duerme pegado a mi pecho desde hace horas, ha pasado la noche bastante tranquilo; el caldo de gallina y las migas de pan lo satisfacen. También le doy agua hervida que el doctor trae para los dos. Sorprendentemente, todo está en relativa calma en la bodega. Hace un rato que bajamos de la cubierta después del baile. Desde que el contra maestre tuvo aquel desgraciado accidente y se convirtió en la cena de los tiburones, las horas de esparcimiento en el exterior son más soportables.

El mar lleva unos días muy tranquilo y no hace demasiado calor en la bodega, las trampillas permanecen abiertas día y noche.

Hoy me he sorprendido orando al dios de Papalú. Le he pedido tantas cosas..., que no nos falte cada día la sopa, el pan y el agua hervida, que el mar siga tranquilo el resto del viaje, que San recupere las ganas de vivir, que nos resguarde al pequeño y a mí de las enfermedades y del látigo y que el doctor nos proteja hasta que toquemos tierra. Pero sobre todo le he pedido una y otra vez que cuide la vida de Ojosdeagua antes que la mía. Le rezo todo el tiempo, en español, la lengua del hombre blanco que tanto me habló de él. Le rezo para que no me abandone la suerte, como decía mi maestro, hay cosas que solo suceden milagrosamente, y que este bebé salga vivo de la travesía es una de ellas.

Ahora hay tres cosas sin las que no podría vivir en este barco: papel, tinta y el pequeño Ojosdeagua.

Se está despertando, creo que quiere agua, tiene los labios muy secos.

Hoy no ha habido bajas, parece que todo el mundo duerme a mi alrededor, menos este pequeño, que empieza a dar golpes con la cabeza en mi pecho.

Diario a bordo del Malabají. 29 de abril de 1870

Ojosdeagua está enfermo, tengo que cuidarlo.
Hoy no ha habido bajas.

Diario a bordo del Malabají. 30 de abril de 1870

Esta mañana el doctor se ha llevado a Ojosdeagua. Siento como si me hubieran arrancado el corazón, mi pecho ha quedado vacío y con un dolor insoportable. Dice que necesita sus cuidados, que está demasiado débil y que yo tengo que descansar o enfermaré también. He pasado el día asomado a la escotilla, esperando noticias y vigilando por si alguien aparecía en cubierta con el bebé para tirarlo por la borda, vivo o muerto.

Cuando el médico ha aparecido esta tarde sin Ojosdeagua...

—¿Dónde está? —le he preguntado con desesperación.

—Lo he dejado con el cocinero, está bien cuidado —no me ha gustado el gesto de preocupación que ha puesto al contestarme.

—Pero... me necesita. Tengo que verle.

—Atiéndeme, Bahati, está muy enfermo. No se puede hacer nada, solo esperar —me sujetó antes de que pudiera poner un pie en la escalera—. Intenta descansar, aprovecha estos días de calma, no está en tu mano que Ojosdeagua viva o no.

—Doctor, váyase con él, no lo deje solo en la cocina. Yo atenderé y cuidaré a los enfermos —le he dicho muy nervioso, a punto de llorar. No recuerdo la última vez que lloré.

—¡Tranquilízate, Bahati! No podemos hacer nada. Si el alguacil advierte tu comportamiento terminarás encadenado y cerrarán las escotillas. No sé si te has dado cuenta de que tu vida para para el niño es tan importante como la suya, así que guarda la calma y reza todo lo que sepas.

He comprendido que debo controlarme. Pero tengo planes para esta noche.

Hoy tampoco ha habido bajas, el dispensero, animado por el buen clima y que recuperamos el tiempo perdido en la navegación ha ordenado que nos aumenten la dieta y el agua. Parece que las vicisitudes nos han dado una tregua. Pero yo me siento peor que nunca, solo pienso en Ojosdeagua.

Diario a bordo del Malabají. 1 de mayo de 1870

Está amaneciendo, apenas veo lo que escribo. Todos duermen, aún no ha venido el doctor.

Esta noche me he escapado de la bodega. Esperé a que el grumete que vigila la escotilla se durmiera, siempre se duerme, y salí a cubierta. No había luna, casi tropiezo con el vigilante y termino siendo la cena de los tiburones. Conseguí llegar a la cocina, pero no había nadie, o eso creo. He aprovechado para llevarme un trozo de carne de la despensa, es para San. Después me he perdido, no sé dónde duerme el doctor. No he escuchado llorar a Ojosdeagua, solo se oían los ronquidos de los marineros. Pienso en lo peor y quiero morirme, ya no me importa.

Volveré esta tarde.

Es un milagro que esté aquí frente al papel. Esta mañana, después de que nos dieran las gachas y el baño en cubierta me he sentado en la escalera de la escotilla a esperar al doctor. Nunca antes había tardado tanto, o así me lo ha parecido. Entonces he visto al nuevo contraмаestre dirigirse hacia la borda de estribor con un pequeño bulto entre las manos. Como un guepardo enfurecido me he precipitado hacia él y lo he derribado. Al momento me he visto bajo el cielo con la pierna de un marinero sobre el cuello. Después dos grumetes me han agarrado fuertemente y me han puesto en pie frente al contraмаestre. Enseguida ha aparecido el doctor, que me ha librado de mi primer, y seguramente último, salto al mar y de las cadenas, alegando que me necesitaba; pero no ha conseguido evitar que me azotaran. Me duele la espalda, siento que la tengo en carne viva, pero lo que más me duele es seguir sin noticias de Ojosdeagua. Mientras me curaba el doctor yo le preguntaba una y otra vez por el bebé, pero no me dirige la palabra, está muy enfadado por mi comportamiento, bien me advirtió ayer lo que podía pasar. No sé siquiera si está vivo, si lo que el contraмаestre tiró al mar... No quiero ni pensarlo. Por momentos, siento que pierdo las ganas de vivir, no puedo evitar pensar que el silencio del doctor lo decía todo. San está algo mejor, intenta consolarme.

Ha habido una baja.

Diario a bordo del Malabají. 2 de mayo de 1870

Aprovecho el pequeño trozo de papel que me queda para escribir que no ha habido bajas, que San está bastante recuperado, que el tiempo sigue en calma y que sigo sin tener noticias de Ojosdeagua. Le he preguntado al doctor, pero sigue sin hablarme. Ni siquiera le he dicho que me falta material, en realidad tampoco tengo ganas de escribir.

Diario a bordo del Malabají. 3 de mayo de 1870

Ojosdeagua está aquí, pegado a mi pecho, duerme tranquilo. Lo ha superado, la vida lo ha puesto a prueba por segunda vez y ha ganado. Lo trajo el doctor esta mañana. Hay una epidemia entre los marineros y no puede atenderlo. Cuando lo he visto entrar con él en los brazos he vuelto a nacer, he sentido cómo mi corazón saltaba de alegría. Lo protegeré con mi propia vida, le daré el aire que respiro si hace falta para que sobreviva a la travesía. No sé por qué quiero tanto a este pequeño.

—Cúidalo, Bahati, si vuelve a enfermarse no podré sacarlo de nuevo de aquí. Órdenes del capitán: los esclavos con los esclavos —me ha dicho mientras me lo entregaba—. Piensa que la epidemia que aqueja a la tripulación puede ser culpa del recién nacido. Gracias a Dios que ya está mejor, ha faltado poco para...

De repente he sentido un miedo espantoso ante la responsabilidad que me entregaba. Había enfermado conmigo, podía volver a ocurrir.

—Pero...

—Lo harás bien, sigue cuidándolo como hasta ahora, lo demás no está en nuestra mano.

También me ha traído un par de hojas de papel para escribir, ha supuesto que no debía quedarme mucho. Dice que luego me traerá más.

Y aquí está, parece que nada ocurriera a su alrededor. Paso las horas mirándolo, escribiendo y con los oídos amarrados al oleaje, solo quiero que el mar nos ayude y siga tranquilo; todo será más fácil si se mantiene en calma.

Me ha costado convencer a San para que me ate la manta a la espalda para sujetar a Ojosdeagua, dice que tengo las heridas muy abiertas, pero a mí solo me dolería perderlo y el doctor me ha dicho que debo cuidarlo igual que antes. Acabo de darle algo de carne. La mastico muy bien, hasta que se funde con mi saliva, y luego pongo mis labios sobre su boca y dejo que él solo chupe y lama cuanto quiera. Después le he dado agua. Supongo que es una locura darle carne a un niño de días, pero no hay mucho para escoger aquí. Parece feliz, acaba de sonreír.

Todo sigue tranquilo, teniendo en cuenta la gran tribulación que están padeciendo los ocupantes de la bodega, heridas infectadas, tristeza, desolación, hambre...

El doctor ha venido esta tarde a traerme más papel y tinta. «No dejes de escribir, Bahati», me ha dicho antes de marcharse.

Sin bajas.

Diario a bordo del Malabají. 3 de mayo de 1870

Ojosdeagua ha pasado la noche muy inquieto. Me angustia mucho no poder comunicarme con él para entender qué le pasa. Me siento agotado, llevo demasiados días sin dormir ni dos horas seguidas. Noto que el cansancio me está robando incluso la razón: esta mañana hubiese jurado que este pequeño tiene los ojos azules, muy azules, mucho más que el mismo cielo. Sí, le puse Ojosdeagua porque recién nacido parecían eso, de agua, pero el doctor me explicó una y otra vez que eso era normal en los recién nacidos. He pensado que tal vez sea ciego, recuerdo que una anciana de mi poblado fue cambiando el color de sus ojos del negro al azul conforme perdía la vista, se quedó completamente ciega. San dice que eso es imposible, que los ojos de nuestra gente son siempre negros, a no ser que el pequeño esté poseído por algún espíritu maligno. Le he preguntado al doctor y me ha dicho que es muy pequeño, que todo en él está por hacer y que habrá que esperar, insiste en que es normal en los niños tan pequeños, pero yo creo que al médico también le debe extrañar; Ojosdeagua tiene los ojos como él, como algunos de los blancos, nunca conocí a nadie de las tribus africanas de la sabana que no tuviera los ojos como la noche. Me aterra la idea de que sea ciego y nunca pueda escribir y leer, eso sería espantoso, no quiero que viva privado de nada que lo pueda hacer feliz.

San está casi restablecido, creo que pasar tiempo con el bebé le hace bien. Aunque siempre está diciendo que no es más que un problema, sé que su compañía le agrada, le gusta protegerlo y sentirse necesitado. No me acostumbro a la asimetría de su rostro, la oreja que le ha quedado se le ve inmensa. Las dos eran especialmente grandes, supongo que ese fue el motivo por el que perdió una, era un buen sitio donde agarrarse.

Hoy tampoco ha habido bajas, el mar sigue tranquilo y la temperatura soportable. Voy a aprovechar el sueño de Ojosdeagua para dormir, se me cierran los ojos.

Diario a bordo del Malabají. 4 de mayo de 1870

Creo que un grupo de hombres trama algo en la bodega. Me horroriza pensar que pudiera haber un motín en el barco, yo solo quiero llevar sano y salvo a tierra a Ojosdeagua. El doctor dice que parece bastante sano, que, milagrosamente, el alimento que le doy diluido con mi saliva parece sentarle bien. Pero me ha advertido que depende totalmente de mí, que si yo enfermo él también lo hará, porque la salud y la enfermedad están en la saliva. Por eso ahora no quiere que haga la ronda de curas con él. Ha tomado a San como su primer ayudante y él mismo toma nota de todo. Yo apenas me muevo del compartimento que hay bajo las escaleras de la escotilla, más cerca de la salida para que el doctor y el ayudante de cocina me pasen el agua y los alimentos que necesita nuestro protegido. También es más amplio y ventilado, y está más apartado del resto. Los ocupantes me respetan por el momento, aunque no de buena gana.

Hoy Ojosdeagua me ha dado un buen susto, casi se ahoga con un trocito de carne que no he diluido bien con mi saliva. Ha estado una eternidad sin respirar, o eso me ha parecido a mí. He llamado a San a gritos, desesperado, creí que se me iba. Al final una de las mujeres le ha dado un golpe en la espalda, ha escupido lo que le obstruía la garganta y ha vuelto a respirar. Tengo que tener más cuidado y paciencia.

Esta tarde se ha agitado el mar, me ha costado mantener la boca junto a la del bebé para que comiera y en un par de ocasiones casi le hincó mis dientes en sus tiernas encías. Tengo miedo, tengo mucho miedo a que se desate una nueva tempestad.

Hoy no ha habido bajas tampoco, pero el doctor ha tenido que amputar el brazo a la altura del codo a uno de los ocupantes a causa de la grave infección que le han provocado los grilletes.

El barco se mueve cada vez más, voy a tumbarme con Ojosdeagua, empiezo a marearme.

Diario a bordo del Malabají. 6 de mayo de 1870

Estamos vivos, lo hemos conseguido gracias a San. Han sido dos noches y un día espantosos. A medida que el balanceo del barco aumentaba supe que Ojosdeagua corría mucho peligro amarrado a mí pecho, yo mismo no podía mantenerme sujeto a la escalera. Había que protegerlo en un lugar seguro, donde estuviera firme y libre de golpes. Mientras echaba culebras por la boca, como decía Papalú, San se ha puesto manos a la obra. Es un tipo serio y algo déspota, pero muy ingenioso y buen compañero.

—¡Agárrate a las escaleras con todas tus fuerzas! —me ha gritado, cliqueando la lengua con tanta energía que temí se le escapara y se la llevara la fuerte tormenta.

—¿Qué vas a hacer?

—Amarrar a este bebé a un punto fijo o morirá aplastado por ti. Eres un buen padre, pero no lo bastante fuerte.

Aprovechando el corto espacio de tiempo entre la subida y bajada de la popa, hábil y rápidamente, ha desatado la manta de mis espaldas y la ha anudado fuertemente a la parte trasera de las escaleras. Mientras, el niño lloraba como jamás lo he escuchado, tanto que se oía por encima del tropel de la nave. Temí que su llanto cesara de pronto y para siempre de un golpe, ha sido una maniobra muy peligrosa.

Ha sobrevivido gracias a San, bien sujeto y protegido por la escalera no ha recibido ningún golpe; aunque casi muere de hambre y sed, me resultaba imposible acercar mi boca a la suya, solo conseguí que bebiera una gotas de agua, y tuve que desistir, casi le saco uno de sus azules ojos.

El doctor está muy orgulloso de nosotros. Dice que si Ojosdeagua sobrevive nos deberá la vida, y que nosotros le debemos al pequeño que nos haya distraído de las miserias de la bodega. Lo cierto es que estamos tan ocupados intentando sacarlo adelante que apenas nos afecta lo que nos rodea.

Es una suerte que San se haya recuperado, el doctor hoy ha tenido mucho trabajo y yo he pasado el día dando de comer a este insaciable bebé, necesita a mi amigo más que nunca.

Lo estoy mirando y... sí, la luz que entra por la escotilla se refleja en sus ojos, vivos y azules como el mar en un día de sol. Tengo miedo, en la bodega la hija de una bruja curandera está diciéndoles a los ocupantes que el recién nacido está poseído por los malos espíritus y por eso tiene los ojos como los blancos. No me gusta cómo lo mira. Espero que San la mantenga lejos de nosotros; a pesar de ser tan joven, los ocupantes de la bodega lo respetan porque es el ayudante del doctor.

Ha habido una baja durante la tempestad, un milagro teniendo en cuenta lo que hemos vivido en estas largas horas, ha sido el hombre al que el doctor le amputó un brazo, murió anoche desangrado.

Diario a bordo del Malabají. 7 de mayo de 1870

Los hombres que estaban maquinando el motín finalmente se han enfrentado entre ellos esta mañana después de la comida. Ha sido espantoso, había al menos una treintena implicados en plena pelea. Fuera de sí, al tirar de las cadenas han lastimado a otros. Se han golpeado como bestias en celo, no sé de dónde han sacado las fuerzas. La cuadrilla ha tardado en separarlos a pesar de los grilletes y los latigazos. Yo me he escondido con mi pequeño bajo la escalera, muerto de miedo.

De todas las escenas de agonía, muerte y miseria que he visto en el barco, esta me ha parecido la más triste. Me dolía cada golpe que se atizaban con tanta ira. El doctor dice que mi alma es fuerte y mis piernas rápidas, pero que tengo blando el corazón.

La tarde ha sido peor: treinta hombres atados, en cubierta, bramando a cada latigazo.

Hombres contra hombres usando la fuerza que les ha regalado la naturaleza para destruirse unos a otros... ¿por qué? ¿Cómo será Ojosdeagua si consigue convertirse en un hombre? Tres de ellos han acabado en el mar, y no pocos chillan su dolor de espalda por los rincones de la bodega. Hay un par de ellos a los que les va a costar curar las profundas heridas. No les queda piel en el dorso, si acaso algunos colgajos. San los ha estado curando siguiendo las instrucciones del doctor, pero aquí abajo poco más se puede hacer, solo les queda esperar y aguantar el dolor. Un marinero les ha traído un par de garrafas de aguardiente, espero que les haga efecto, se calmen y callen. Yo también debería tomar un trago, todavía me duelen las heridas de los latigazos.

Mañana tengo que hablar con el doctor para que examine los ojos del bebé, tengo tanto miedo a que sea ciego... los tiene cada vez más azules.

Ha habido tres bajas.

Diario a bordo del Malabají. 8 de mayo de 1870

Acabamos de bajar del baile de la tarde. Hoy el mar está tan tranquilo como el cielo. He escuchado al contraamaestre decirle a un grumete que con un poco de suerte en una semana estaremos en tierra. He sentido un vacío en el estómago que dolía. Quiero bajar de este barco, pero temo que me separen de Ojosdeagua. ¿Quién se ocupará de él? ¿Encontrará a alguien que mastique la carne hasta convertirla en una suave pasta y que ponga los labios sobre los suyos hasta que se sacie? ¿Le darán agua hervida mojando un dedo y metiéndoselo en la boca una y otra vez cada hora? ¿Lo protegerán? Sé que no vivirá sin estos cuidados, aun teniéndolos, cada día que amanece en este mundo es un milagro. No pueden separarme de él, es demasiado pronto. Me angustia pensar que tanto esfuerzo solo habrá servido para retrasar su fin.

He hablado con el doctor esta tarde. Sentado en cubierta, mientras todos bailaban, bebían y cantaban embriagados por el alcohol.

—Dicen que llegaremos a tierra en una semana.

—Si el mar ayuda, es muy posible.

—¿Qué pasará después?

—Casi con seguridad, os comprarán unos colonos españoles.

—¿Cómo son los colonos?

—Seres humanos, Bahati. Seres humanos blancos con una ambición sin límites.

—¿Me separarán de Ojosdeagua? —me he atrevido a preguntarle, con la voz rota, mientras acariciaba su cabecita.

—Es posible. Lo siento, Bahati, mi trabajo termina aquí.

—Entiendo... —respiré profundamente antes de volver a preguntar—. ¿Le ha visto los ojos? ¿Cómo va a sobrevivir? Cuando se den cuenta de que es ciego lo matarán.

—¿De dónde te has sacado que es ciego? Vamos a ver esos ojos bajo la luz del día.

Se tomó su tiempo para contestarme, mientras lo examinaba.

—Este pequeño ve perfectamente. Pero sí, llevabas razón, tiene los ojos del color de este cielo, y la piel como el carbón. Nunca he visto nada igual. Sé de un monje que conocí hace un año en Austria a quien le interesaría mucho ver estos ojos.

—Los tiene como usted, doctor. Las mujeres de la bodega dicen que está poseído por los malos espíritus, por eso no se acercan y se niegan a ayudarme.

—Pero tú y yo sabemos que no es así —dijo volviendo a poner al niño en mis brazos—. Ese monje del que te hablo, llamado Gregor Johann Mendel, tiene una explicación para este curioso color de ojos tan azul y diferente entre los miembros de las tribus africanas. Creo que en su familia hay más de un blanco con ojos azules, su padre y alguno de sus abuelos o abuelas. Y aquí se acaba el misterio.

—¿Quiere decir que su padre es blanco? —pregunté muy sorprendido.

—Con toda seguridad, y también alguno de sus abuelos. Como te he dicho, Ojosdeagua es el resultado de un cruce de razas, esto es todo. Pero ve perfectamente y no tengo duda de que con él están los buenos espíritus, los ángeles y todos los dioses de los hombres, blancos y negros. ¿De qué otro modo podría sobrevivir un recién nacido en estas condiciones?

—Tengo miedo a perderlo.

—Venga, es hora de encerrarse —los marinos empezaban a dar órdenes a los esclavos para que bajaran a la bodega—. ¿Estás escribiendo tu diario?

—Sí, sí. Necesito tinta.

—Mañana te la llevaré. No olvides entregarme lo que has escrito estos días. Son unos escritos únicos, no creo que haya habido ningún otro bosquimano que escribiera su viaje en un barco negrero. Tienes que entregármelo todo antes de llegar a La Habana, allí no te dejarán... Venga, vámonos.

No puedo dejar de pensar en el día que desembarquemos, no soporto la idea de separarme de Ojosdeagua, me necesita, y yo a él.

Hoy no ha habido bajas.

Diario a bordo del Malabají. 9 de mayo de 1870

Esta noche Ojosdeagua y yo hemos pasado mucho miedo. Estábamos dormidos profundamente cuando la hija de la hechicera nama y otras dos mujeres nos han despertado con sus cantos. Están convencidas de que sus ojos pertenecen a un espíritu maligno blanco que nos arrastrará a todos a la muerte. San ha intentado explicarles que el niño no está poseído, pero piensan que tanto él como yo ya hemos sido hechizados por su mirada y que somos gargantas al servicio del mal espíritu. Estaban como locas, creo que alguien les ha pasado alcohol. Los marineros se lo proporcionan a cambio de un rato de sexo; lo obtendrían igual sin darles aguardiente, pero prefieren no tener que forzarlas y que se muestren desinhibidas.

El pequeño se ha asustado mucho, tan pequeño, ya reconoce los sonidos peligrosos. Después se han sumado al ritual dos hombres que, aunque encadenados, estaban bastante cerca. He temido por su vida. Al final han terminado copulando entre ellos, de una forma alocada y sin control. Más tarde han bajado dos grumetes, alertados por la algarabía, y se han sumado a la «fiesta». Estaban tan cerca que en varias ocasiones han caído sobre mí. He sentido miedo, sí, y también una desgarradora vergüenza de mi raza y de la blanca. Creo que Papalú dejó en mí una profunda huella, no me divierten estos espectáculos, me hacen sufrir.

Cuando todo ha terminado, he dado de comer a Ojosdeagua y desde entonces está dormido. Me duelen los huesos de mantener durante horas en este pequeño espacio una postura que no le moleste, no quiero sacarlo de la manta, ha pasado una noche espantosa y necesita descansar y olvidar.

El doctor me acaba de traer la tinta y se ha llevado las hojas que he escrito en los últimos días. Espero que las guarde en un lugar seguro, algún día me gustaría que las leyera Ojosdeagua, creo que le gustará saber dónde y cómo nació.

Ha habido una baja, a uno de los hombres que tenía la espalda destrozada a latigazos lo han tirado por la borda, ha amanecido con una fiebre muy alta y la piel muy infectada. Aún estaba vivo, cuando lo han puesto en pie se ha defendido como una fiera a pesar de su estado, quería vivir. De cualquier manera, sufría demasiado, está mejor ahora, seguramente solo le esperaba una larga agonía.

Mis heridas están casi curadas, ya no me molesta la manta que sujeta a Ojosdeagua. Creo que el Dios de Papalú me escucha, me paso las horas rezándole, a veces en voz alta, para que me oiga bien. Al pequeño le gusta oír mis oraciones, se queda dormido enseguida.

Quedan pocos días para llegar a nuestro destino y la inquietud me desborda. Como el mar está en calma y el trabajo del doctor ha sido rutinario, hoy hemos tenido tiempo de charlar sentados en la escalera de subida a la escotilla. También Ojosdeagua ha pasado el día tranquilo, parece que se hubiera adaptado al duro mundo que lo ha visto nacer. Es un niño muy fuerte y sano, y sonrío constantemente mientras tiene su oreja pegada a mi pecho.

—Cuénteme, doctor, ¿qué me espera en Cuba?, ¿qué será de mi vida y de la de Ojosdeagua? —le he preguntado simulando algo de indiferencia.

—Cuando llegemos a tierra, nada más bajar del barco, un médico comprobará tu estado de salud, después un blanco pagará por ti y te llevará a trabajar a las tierras de quien será tu amo, al que tendrás que obedecer si quieres conservar la vida. Con el niño no sé lo que pasará. Puede que lo den a una mujer para que lo críe... No puedo saberlo.

—¿Por qué no lo compra usted? Podría llevárselo de vuelta...

—Lo he pensado, Bahati, pero... Aunque sobreviviera de nuevo a un viaje tan largo y sin tu ayuda... Tengo una familia, en casa me esperan mi esposa y dos hijos, no lo aceptarían. No soportaría ver cada día el trato que le darían, ni siquiera sé si encontraría a alguien que se ocupara de él. Por increíble que parezca, creo que tiene más posibilidades de sobrevivir y encontrar su lugar en Cuba.

—¿Tiene esposa e hijos?

—Sí, Bahati, tengo una familia... Creo que ya es hora de volver a casa y ocupar mi lugar —dijo estas palabras con tal desconsuelo que sentí una profunda pena por él. Supe que no le esperaba la felicidad.

—Tiene suerte de poder volver a casa.

—Tener una familia no siempre significa tener un hogar, Bahati.

Sentí una dolorosa punzada en el pecho y Ojosdeagua se estremeció. Sé que el doctor quería a ese niño tanto como yo y que la despedida era un amargo trago para él.

—¿Cómo puede ser un hombre el amo de otro hombre?

—No puede, cree que puede. Bahati, eres muy joven, pero con el tiempo comprenderás que todos los hombres somos esclavos de nuestros errores, ellos son nuestros verdaderos amos —algo me decía que también él era esclavo, tal vez de una familia que no lo amaba—. La libertad es el premio a la generosidad, la auténtica libertad está en la conciencia. Cuando te veo con ese pequeño... No creo que en este barco haya un hombre más libre que tú.

—Me gustaría estar siempre con Ojosdeagua, ser su hermano mayor toda la vida, pero más me gustaría saber que será un hombre libre y feliz, aunque no lo puedan ver mis ojos.

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Según me enseñó a contar Papalú, este verano cumpliré los quince.

—Espero que vivas cien por el bien de este mundo... Serás un hombre sabio, ya lo eres. Hoy no ha habido bajas.

Diario a bordo del Malabají. 11 de mayo de 1870

Dice el doctor que si todo va bien en tres días estaremos en La Habana, el tiempo está siendo muy favorable para la navegación.

Los ocupantes de la bodega parecen esperanzados. Están entusiasmados con la idea de tocar tierra al fin después de las duras semanas de encierro, hambre, sed y enfermedades. En los últimos días nos han dado más y mejor de comer, tenemos mejor salud y más fuerzas. Dice el doctor que lo hacen para que tengamos buen aspecto a nuestra llegada y paguen bien por cada uno de nosotros.

Lo extraño es que soy yo el que ahora está aquejado de melancolía. Escribo con una mano y con la otra acaricio la cabecita de Ojosdeagua. Está despierto, busca con su lengüecilla mi dedo índice. Me gustan mucho sus ojos, veo en ellos ese hombre generoso y libre del que habla el doctor y la prueba de que el entendimiento entre blancos y negros es posible. Tiene la mirada más bonita y luminosa que he visto nunca.

Hoy hemos estado en cubierta al aire libre varias horas. Todo el mundo parece más agradable y tranquilo ante la expectativa de llegar pronto a tierra. Un marinero ha conseguido una caja de madera para uno de los ocupantes de la bodega —cada vez me cuesta más llamarlos esclavos— y este ha estado tocando como si se tratara de un *djembe* casi toda la tarde, mientras, una vez más, el resto bailaba, cantaba, bebía y... Se han divertido como nunca en esta travesía, creo que por primera vez. Por un momento me pareció que eran felices, pero ha sido una ilusión pasajera, somos hijos de la desgracia y el infortunio desde que el hombre blanco llegara a nuestros pueblos. Estoy pensando..., si Ojosdeagua tiene sangre blanca, tal vez tenga mejor suerte. Lo cierto es que tiene el cuerpo como la noche, aunque no tanto como yo. Lo tengo aquí, piel con piel, y así tan cerca se aprecia la diferencia de color.

Hoy no ha habido bajas.

Diario a bordo del Malabají. 12 de mayo de 1870

A solo dos días del final de esta desventura me encuentro peor que nunca. Mi corazón ya sufre la pérdida que se avecina, siento que me falta el aire, como si mi pecho fuera muy pequeño y no pudiera albergar cada aspiración. Lo cierto es que corre una agradable y húmeda brisa entre las escotillas de la bodega.

El mar lleva tantos días en calma que San le ha hecho una hamaca a Ojosdeagua con la manta. En este momento se balancea colgado detrás de los dos peldaños de la escalera. Le gusta. Tengo que estar pendiente, con un movimiento inesperado del barco podría golpearse.

No me siento con ánimos de escribir, no tengo ganas de nada. En este momento solo pienso en mi pequeño y en que me hubiese gustado no haberlo conocido, así ahora podría estar ilusionado con la llegada, como el resto de los ocupantes de la bodega. Es verdad que él me ha dado la fuerza para aguantar esta travesía, pero ahora me la está arrancando. No quiero bajarme del Malabají, no quiero separarme de él, lo necesito, y creo que también él a mí.

No puedo seguir, mis lágrimas mojan el papel y enturbian mis palabras.

Hoy no ha habido bajas.

Diario a bordo del Malabají. 13 de mayo de 1870

Hay mucho revuelo en el barco, se respira la inminente llegada. A pesar de las bajas, la travesía ha sido un «éxito», según el contramaestre, casi toda la carga llegará a puerto en buen estado, incluidos nosotros... especialmente nosotros, en realidad nosotros somos la única «carga».

Cuando el doctor entra en la bodega lo persigo y lo atosigo a preguntas, me angustia la suerte que le pueda esperar a Ojosdeagua, todavía estoy a tiempo, tal vez pueda hacer algo... Hoy me ha contestado con enfado:

—¡Maldita sea, Bahati! Tienes que ser fuerte pase lo que pase. Hemos hecho... has hecho lo que has podido por este niño, lo demás no está en tu mano. Deja de preguntar por algo que no tiene respuesta y calla a ese mocoso, creo que tiene sed.

—Ya le he dado agua, pero está muy inquieto, intuye la inquietud de los que le rodean, mi tristeza y el tono de mi voz, o eso parece...

—Si no vas a ayudar, ¡quírate de en medio! No haces más que estorbar últimamente.

Me ha dolido profundamente su manera de hablarme y me he retirado a mi compartimento con el bebé, muy desanimado. Pero al marcharse, antes de subir las escaleras de la escotilla, ha apoyado su brazo en uno de los peldaños, ha bajado la cabeza, como escondiéndola en el pecho, y me ha hablado muy bajito, casi sollozando:

—Lo siento mucho, Bahati, no sabes cuánto siento todo esto. Espero que tu pueblo, Ojosdeagua y tú podáis perdonarme algún día. Mañana llegaremos al final de nuestro viaje y recogeré tus últimos testimonios a bordo de este barco. Escribe una bonita despedida, si es que eso es posible.

Pero yo no quiero escribir esta despedida. Estoy llorando, mojando la cabecita de Ojosdeagua. No había llorado de este modo, con tanta desolación, desde aquel día que mi madre me sorprendió robando comida y me oriné encima. Mi madre... ¿qué será de ella?

¿Cómo es posible que con lo que han visto mis ojos estas semanas no se hayan derramado de este modo hasta ahora? Ya me lo decía Papalú: «No hay nada más grande que el amor, Bahati. Nada».

No sé lo que me deparará mi vida en tierra, pero sé que si emprendo solo el nuevo camino una parte de mi corazón quedará encerrada en esta bodega. Y también sé que parte del de Ojosdeagua y el doctor vendrán siempre conmigo.

No he podido despedirme de San, ni él tampoco. No lo haremos, mañana nos separaremos como si no nos hubiésemos conocido nunca, ninguno podría soportar el adiós.

Hoy tampoco ha habido bajas.

CAPÍTULO VI: El desembarco

No dormí nada esa noche, la pasé mirando al pequeño y orando, a todos los dioses, no creo que hubiese uno solo que no me escuchara. En varias ocasiones alguno de los ocupantes me mandó callar.

Al amanecer se oyeron las voces de los marineros, gritaban enloquecidos: «¡Tierra! ¡Tierra a la vista!». Yo quería morirme... hubiese dado mis piernas por seguir en aquel barco, al menos hasta que Ojosdeagua fuese un poquito más grande. Era tan pequeño e indefenso...

Recuerdo que ese día, después de sus gachas de carne y saliva y de beber agua, durmió como nunca antes. O a mí me lo pareció. Pensé que probablemente sería nuestro último día juntos y me hubiese gustado disfrutar de sus ojos cada instante hasta nuestra despedida. Durmió toda la mañana, la pasó ajeno al acontecimiento. Cómo lo envidié.

Antes de que nos subieran a la cubierta y tocáramos tierra, el doctor hizo una última visita a la bodega:

—Te encadenarán con el resto de los hombres antes de bajar del barco, no podrás llevar contigo a Ojosdeagua... Tengo que llevármelo... —hablaba visiblemente emocionado—. Es posible que encuentre un comprador... No sé, tal vez lo quiera algún amo y se lo entregue a una de sus esclavas para que lo crie. Tengo que llevármelo. Venga, Bahati, dámelo, todo acabó, ahora tienes que cuidarte tú.

No podía hablar, sentía como si me hubiese atragantado con mi propia lengua. Sabía que no había otra opción, era la temida hora de la despedida. Lo saqué de la manta, completamente dormido, y se lo puse en los brazos.

Después, haciendo un gran esfuerzo, le hablé:

—Aquí hay comida y agua para varios días. Es muy importante masticar bien la carne antes de dársela, tiene que estar blanda como las gachas. Quien lo alimente debe tener buenos dientes y mucha paciencia, come muy despacio, se queda dormido a cada...

—Lo sé, Bahati.

—Es un niño muy tranquilo, solo necesita comer, beber y escuchar el latir de un corazón...

Me desmoroné. Aunque me esforcé todo lo que pude por aguantar el llanto, mis lágrimas comenzaron a caer en cascadas.

—Lo sé, me lo has dicho mil veces. Estará bien, me ocuparé personalmente de encontrarle a alguien... Creo que con estos ojos lo tendrá fácil —el pequeño levantó los párpados por un momento, pero siguió durmiendo—. Tranquilízate, ya has hecho todo lo que podías. Debes sentirte orgulloso, ha sobrevivido gracias a ti.

—Tengo miedo de que cuando crezca no me perdone que no lo dejara morir...

—No digas tonterías, le irá bien, ya lo verás —no estaba nada convencido de sus palabras.

—No podrá vivir sin mis cuidados...

—Ya, déjalo ya. Tengo que irme, dame tus últimos escritos. Nos veremos luego a la llegada.

—Están dentro de la manta de Ojosdeagua, junto a su comida.

Y se marchó, con la mitad de mi corazón en sus manos y con mi testimonio de la inhumana

travesía de los últimos esclavos que llegaron a tierras americanas.

—¡Aaah...!—El desarraigo me arrancó un grito ahogado, desesperado, ante el asombro de los ocupantes de la bodega.

Fue cierto, ya en cubierta, me esposaron pies y manos y me unieron a una cadena con siete abalorios más. De pronto supe lo que había supuesto para mis compañeros de viaje tantos días atrapados entre grilletes. No sé cómo lo soportaron. Miré por última vez a San y me despedí con la mirada. Él la esquivó rápidamente, no quería desmoronarse.

Es posible que en otras circunstancias, en la amplia y libre sabana, San y yo no hubiésemos sido amigos, no lo sé, pero imagino que un muchacho como él, educado para la caza y la mera supervivencia, como la mayoría de los chicos africanos, nunca hubiese reparado en alguien que pasaba el día haciendo cosas de blancos; pero en el barco fue mi buen amigo y compañero San, mi único amigo. Pensé que me hubiese gustado decirle algún día a Ojosdeagua que hubo un muchacho llamado San que le salvó la vida en el Malabají.

Ya era medio día, la cubierta ardía bajo el sol cubano y nuestros cuerpos agradecieron el último baño a bordo. Después nos untaron grasa, querían que apareciéramos sanos y relucientes ante los comerciantes, que nuestros músculos brillaran bajo la luz de la mañana.

Un escribano revisaba la mercancía y tomaba buena nota en su libreta de actas. Nos contó tres veces, algo no le cuadraba, y yo sabía el qué.

—A ver, grumete —llamó la atención de un marinero que parecía bastante espabilado.

—Sí, señor.

—¿Sabes contar?

—Sí, señor.

—Pues cuenta hasta aquí —ordenó mientras ponía un palo en el centro del numeroso grupo que inundaba la cubierta.

Después de un buen rato bajo el sol abrasador contando una y otra vez, volvió a hablar el notario:

—No salen las cuentas, o ha resucitado un esclavo durante la travesía o alguien no sabe contar —concluyó dirigiéndose al capitán—. Según las actas, subieron al barco trescientos cuarenta y cinco hombres, mujeres y niños en total, restando las cincuenta y seis bajas que constan en los apuntes del doctor deberían quedar doscientos ochenta y nueve. Bien, sobra uno.

Al momento apareció el doctor con Ojosdeagua en los brazos:

—Aquí está el que sobra —se lo mostró al escribano.

—¿Qué es eso?

—Nació durante la travesía, su madre murió en el parto.

—¿Por qué no está con las mujeres? —intervino el contramaestre.

—Lo rechazan, piensan que...

—Está bien, está bien, no tenemos tiempo para esto. Que alguien lo lleve a puerto con el resto de los esclavos, tal vez haya suerte y lo compren —dijo el capitán.

—Lo haré yo mismo, capitán —dijo el doctor dirigiéndose a la máxima autoridad del barco.

—Como quiera. Terminemos cuanto antes, hay mucha faena en el Malabají antes de que termine el día.

En el puerto la subasta estaba a punto de empezar. Colonos y personal de confianza de los amos esperaban ansiosos el cargamento de esclavos, dispuestos a pujar por la mercancía.

Por fin recibimos órdenes de bajar del barco. Aunque estábamos muertos de miedo, no es menos cierto que gran parte de nosotros abrigaba la esperanza de encontrar una mejor vida que la sufrida en el barco, algo que no era muy complicado, nada de lo que pueda vivir un ser humano puede ser peor que aquel viaje en el Malabají. En mi caso, la única esperanza que abrigaba mi corazón es que me devolvieran a casa con Ojosdeagua.

Descendíamos en fila, maniatados y encadenados en pequeños grupos. El capitán y sus secuaces observaban desde cubierta con orgullo, después de todo, la travesía no se había dado mal, cincuenta y seis bajas era algo dentro de lo previsible.

Yo no podía apartar la vista del doctor y del pequeño. Fui el último esclavo que bajó del barco a pie, delante de mi cadena de hombres bajaron las mujeres y los niños y cerrando el desfile el doctor con el pequeño Ojosdeagua en brazos.

Todos en filas en el puerto fuimos sometidos a recuento y revisión de nuevo por otros hombres que nos esperaban. Había una multitud a nuestro alrededor, el desembarco fue todo un acontecimiento en La Habana, el último desembarco de esclavos negros en la historia de la humanidad. Un hombre de mediana edad repasaba la «mercancía» uno a uno, observando con detenimiento nuestros cuerpos y dando órdenes a otro más joven que apuntaba en un libro nuestros nombres, sexo, edad y aparente estado de salud. El escribano iba consultando su libreta y dándole la información. Cuando se plantó ante mí, el notario gritó:

—¡Bahati. Doce años. Del pueblo nama!

—Apunta —dijo el nuevo encargado del recuento a su ayudante—: Juan, nama de doce años.

Recuerdo que me sentí ultrajado en lo más profundo, de todas las humillaciones a las que había sido sometido, que me robaran la identidad me pareció la peor. Y no pude callar:

—Soy del pueblo san —proseguí con la voz entrecortada—: cumpliré los quince años este verano y mi nombre es Bahati, significa suerte.

El hombre tardó un tiempo en reaccionar, lo suficiente como para que uno de los comerciantes que rondaba por el muelle se acercara a nosotros e interviniera:

—¿Sabes español?

—Sí —contesté temblando. Pensé que sería el último día de mi vida. Convencido de una muerte segura, incliné la cabeza hacia adelante buscando el extremo derecho de la fila donde estaba el doctor, que también observaba. Si tenía que morir, quería que lo último que vieran mis ojos fuese lo más agradable de mi corta existencia.

—¿Dónde lo has aprendido? —siguió preguntando el hombre blanco con verdadero interés. En ese momento reparé en que le faltaba el brazo derecho. Bajo la manga de la camisa, si acaso, se atisbaba un muñón que sobresalía del hombro unos treinta centímetros.

—Me lo enseñó un misionero español en Luanda.

—¿Qué más te enseñó?

—A leer, a escribir, geografía... —paré en seco, no estaba seguro de si aquella confesión nada más pisar tierras cubanas me favorecía o me perjudicaba.

No tuve tiempo de reanudar la enumeración de enseñanzas de Papalú, después de pronunciar

la palabra «geografía», el señor sin brazo se encaminó a la cubierta directo al capitán.

El encargado de la mercancía en el puerto ignoró por completo el episodio y siguió con su tarea, el control se estaba alargando demasiado.

No pasó mucho tiempo cuando el capitán, el escribano de a bordo y el hombre manco aparecieron frente a mí en el muelle.

—Soltad al muchacho, ya está vendido —dijo el capitán a los grumetes encargados de la vigilancia.

—Si este hombre quiere comprar algún esclavo tendrá que asistir a la subasta como el resto de los comerciantes y pujar —intervino el alguacil que pasaba revista en tierra.

—Ha pagado el triple de su valor, no creo que haya demasiado problema en que el señor Hidalgo adquiera este enjuto muchacho.

El alguacil se acercó al señor Hidalgo y después de hablar con él no más de dos minutos y de que este le entregara una suma de dinero adicional a la ya entregada al notario y al capitán, la transacción fue un hecho. Yo estaba casi ajeno a lo que ocurría ante mis ojos, solo pensaba en el destino que le esperaba a Ojosdeagua. El doctor me miraba con impotencia y resignación.

—Apunta al lado del nombre de este esclavo que ha sido comprado en el puerto por don Julio Hidalgo Suarez.

Fue entonces cuando el doctor se decidió a intervenir:

—Perdone, señor Hidalgo, soy el médico de a bordo.

—Dígame, doctor.

—Verá, este recién nacido —le mostró a Ojosdeagua— ha sobrevivido gracias a Bahati, el muchacho que acaba de comprar. Su madre murió en el parto y él lo ha cuidado y alimentado durante los diecinueve días de vida que tiene, lo ha salvado de una muerte segura. Será difícil que alguien lo compre y... entre ellos se ha creado un vínculo muy fuerte...

—Capitán —llamó la atención del jefe de la nave el señor Hidalgo—, me quedo también con el recién nacido. Que sus hombres le quiten los grilletos al chico y le den al niño, me los llevo a los dos.

La compra se realizó en cuestión de minutos, mi amo debió pagar muy bien a todos los intermediarios.

Nunca olvidaré la sonrisa del doctor mientras ponía a Ojosdeagua en mis brazos.

—Todo tuyo, Bahati. No sabes cómo os envidio a los dos en este momento. Os deseo lo mejor en esta tierra de lobos —me dijo a modo de despedida, con la mirada húmeda.

Yo también estaba visiblemente conmovido. Como me ocurriera un momento antes al separarme de San para siempre, ni siquiera le dije adiós, creo que mis ojos hablaron por mí.

Cierro los ojos y mi mente dibuja aquel momento con absoluta precisión, cada detalle en su lugar: doscientos ochenta y nueve hombres, mujeres y niños encadenados, expuestos ante decenas de miradas en el puerto, desnudos bajo el sol cubano del mediodía, negros como la noche, todos encadenados y... el último eslabón, el más enclenque y menos valioso, portando un bebé entre sus manos esposadas, feliz, victorioso y esperanzado a pesar de las hostiles circunstancias.

El señor Hidalgo contemplaba la escena entre perturbado y sorprendido. En aquel instante, después de todo lo que había supuesto el cruel desarraigo y la dura travesía, me sentí afortunado; la posibilidad de llevar conmigo a Ojosdeagua a donde quiera que fuese nuestro destino era, como

hubiese dicho Papalú, un milagro. Otro de mis golpes de suerte.

Cuando el capitán le hubo entregado la documentación de la compra al colono, supuestamente en regla y me liberaron de los grilletes, nos pusimos en marcha.

A pocos metros del puerto estaba su carreta, enganchada a dos caballos. Un hombre negro, uno de sus esclavos, llevaba las riendas desde su asiento.

—Sube a la carreta, aún te quedan cuatro horas de viaje hasta llegar a tu destino.

Como me negué a aprender la manera de medir el tiempo de los blancos aquellas cuatro horas eran toda una incógnita para mí. Me acordé de Papalú.

Al subir a la carreta Ojosdeagua se despertó pidiendo su ración de comida y agua. Suerte que llevaba las provisiones entre los pliegues de su manta, en la que ya no estaba mi diario de a bordo. Bajo la luz del día sus ojos me parecieron más azules que nunca. El amo lo miró por un momento y se quedó atónito.

—No puede ser... A ver, descubre bien a esa criatura que le vea esos ojos.

Abrí la manta y se lo mostré, todo desnudito, casi tan negro como yo y con el cielo en la mirada.

—¡Dios bendito! Si no lo veo hubiese apostado el brazo que me queda a que esto es imposible.

Desde el suelo, agarrado con su única mano a la carreta, reflexionó en voz baja:

—Vengo a comprar tela para los vestidos de mi hija y me llevo a casa un muchacho esmirriado y un recién nacido negro con los ojos como este cielo... De hoy no pasa que mi esposa me mate cuando llegue, no llevo de vuelta ni un real ni un metro de tela. Rumbo a casa, José, y que sea lo que Dios quiera.

El viaje en la carreta me recordó los días de tempestad en el Malabají, solo que los vaivenes iban acompañados de golpes secos y eran todavía más imprevisibles. Dar de comer al bebé fue muy complicado. Llevado por la desesperación de no acertar a coger bocado de mis labios se agarró una buena rabieta, que se agravó cuando uno de los baches del camino provocó que mis paletas chocaran con sus encías. El señor Hidalgo ocupaba el lado izquierdo del asiento del conductor y de vez en cuando volvía la cabeza para contemplar la escena, cada vez más perplejo. No parecía molestarle el llanto de Ojosdeagua, que había decidido poner sus pulmones a prueba en ese viaje.

El trayecto resultó más corto de lo que esperaba, había dado por hecho que tendríamos que dormir alguna noche en el camino. A media tarde estábamos frente a una gran construcción. Era una casa enorme, al menos para mí, acostumbrado a las pequeñas chozas de mi poblado y después de haber dormido durante casi dos meses en dos metros cuadrados. Pensé que era un castillo, de esos de los cuentos que Papalú me daba para leer. Una mujer blanca y una niña de unos diez años salieron a nuestro encuentro antes de que la carroza se hubiese parado. Eran las primera mujeres blancas que veía en mi vida; la familia del amo.

CAPÍTULO VII: El ingenio

—¡Padre, padre! ¿Qué me has traído de la ciudad?

—Me temo que no ha habido suerte, princesa. Tal vez la próxima vez —le contestó el amo. «La princesa del castillo, claro», pensé. Después le dio un cariñoso beso en la frente.

La esposa lo miró con desaprobación y él quiso justificarse:

—Lo siento, Rosario, me han surgido unas compras en el puerto... Voy a los barracones a dejar a los esclavos y regreso enseguida.

En ese momento Ojosdeagua comenzó a llorar y la señora se asomó a la caravana.

—¿Qué has traído esta vez? ¿Te has propuesto arruinar la plantación? ¿Cómo pretendes que este ingenio salga adelante si solo compras niños, mujeres y lisiados? No sé qué voy a hacer contigo, Julio Hidalgo —la esposa parecía bastante enfadada—. ¡Dios Santo!, pero si es un recién nacido, no debe tener más de dos o tres semanas.

—Lo sé, Rosario.

—No, Julio Hidalgo, tú no sabes, no te enteras de que si sigues gastando nuestro dinero de este modo...

—Luego hablamos, voy al barracón —la interrumpió y volvió a subir a la carreta.

Por el camino que nos llevó desde el puerto a la casa del señor Hidalgo apenas pude atisbar el paisaje, estaba demasiado ocupado alimentando a Ojosdeagua, pero recuerdo que me impresionó la vegetación, el verde que constantemente nos asaltaba, y muy especialmente me maravillaron un par de magníficas construcciones que me parecieron de otro mundo; de ese mundo fantástico que encerraban los libros. Pero ver la vivienda del amo tan de cerca... Mi mente no podía imaginar siquiera qué podría ocupar el inmenso espacio que contenían sus muros. Me hice la vaga ilusión de que tal vez habría valido la pena sobrevivir al largo viaje.

No tardamos mucho en estar ante los barracones, una edificación mucho más grande que la casa del señor Hidalgo, pero también bastante más pobre. Un frío y ajado portón de madera nos dio acceso al interior. Dos esclavos ya estaban abriéndolo de par en par antes de que se parara la carreta. Al momento apareció un hombre blanco, muy alto y fuerte, con una espesa barba y un sombrero calado hasta las cejas.

—Ramírez, llama al mayoral, hay que alojar a un muchacho. Y busca a Sara, le traigo más trabajo.

—La Gorda ya no está en los barracones, don Julio, se fue a vivir con el Loco al bohío del Bernardo —contestó el hombre de la barba—. Por ahí viene Jacobo.

Jacobo era el mayoral, algo más joven que Ramírez y bastante más bajo y delgado. Se le veía cansado.

—¡Jacobo, don Julio pregunta por ti!

—Usted dirá, don Julio —se dirigió el mayoral al amo de la plantación antes de que se parase ante él.

—Te traigo un muchacho para que lo alojes en el barracón.

—Tendrá que vivir con alguno de los hombres, no quedan barracones vacíos.

—Está bien. Búscales una buena compañía, es muy joven, y dale algo de comer y ropa.

Mañana vendré a por él, quiero que trabaje en mi casa.

—¿Y el niño? —preguntó el mayoral al comprobar que yo bajaba de la carreta con un bebé en los brazos.

—Que lo críe la Gorda Sara. Muchacho, dale el niño a Ramírez, vamos a llevárselo a una nodriza, estará mucho mejor que aquí.

—Pero... señor Hidalgo, Ojosdeagua está acostumbrado a que yo le dé de comer...

—Dame al niño, ya has oído al amo —ordenó el capataz de la barba. El niño dormía en ese momento.

No confiaba en absoluto en aquel tosco hombre, en ese primer momento ya intuí que era un mal tipo. Desde que salí de Luanda había tenido oportunidad de encontrarme ojos cargados de ira y odio como los suyos. Le puse a Ojosdeagua en los brazos con la esperanza de que la tal Gorda Sara estuviese más capacitada para cuidar de un bebé que él: no albergué duda alguna de que Ramírez no estaba capacitado ni para darle agua sin ahogarlo.

Subió al carro con lo que más amaba en este mundo cogido con una sola mano, como si fuese un bulto sin vida.

—Ten cuidado, Ramírez, es una criatura recién nacida —le amonestó el señor Hidalgo mientras mi corazón se desbordaba de desasosiego.

—Perdón, don Julio —le contestó con cierta ironía. Se subió y la carreta se puso en marcha.

Por segunda vez en un solo día sentí que me desgarraban las entrañas. Temí no volver a verlo. ¡Qué sabía yo quién era la Gorda Sara ni dónde vivía! Pensé que podría rechazarlo, como hicieron las mujeres del barco, o, peor aún, tal vez le hiciera vudú... Era tan pequeño y me necesitaba tanto... Aquello de que viviera con un perturbado, ¡el Loco lo llamaban!, y la Gorda me asustó.

Me asignaron un barracón ocupado por un esclavo de unos cuarenta años, al que apodaban «Rosita». Fue capturado siendo muy niño de una tribu bangala. Hacía casi treinta años que trabajaba en las plantaciones de los colonos. Había sido revendido en tres ocasiones y llevaba cuatro años en el ingenio del señor Hidalgo. Hablaba un español muy aceptable y era muy tranquilo y afable. Lo llamaban «Rosita» por sus maneras de mujer, por la forma en que miraba a los hombres y porque nunca se le había conocido compañía femenina a no ser para cotillear y compartir sus quehaceres.

Había algunos hombres y mujeres en el patio central que rodeaban los barracones, arreglando zapatos, tendiendo ropa, cortando madera... Recuerdo que cuando me vieron entrar en el barracón de «Rosita» acompañado del mayoral comenzaron a mofarse, muchos en español, supuse que serían los más veteranos, seguramente hijos de otros esclavos y nacidos en la isla. «Bueno, bueno, si le traen compañía a la Rosita». «Qué contenta se va a poner nuestra niña cuando te vea». «¡Rosita, abre! Ya verás lo que te traen», fueron las frases que se oyeron al plantarnos junto a la puerta de mi nueva vivienda.

—Te traigo compañía, Rosendo —Se llamaba Rosendo, o al menos ese fue el nombre que le puso su primer amo cuando lo inscribió en el contrato de compra-venta— ¿Cómo dices que te llamas? —se dirigió a mí el mayoral.

—Bahati, Bahati Pasolargo.

—Pues eso. Bahati lleva todo el día sin comer. ¿Tienes algo para darle? —habló de nuevo a Rosendo.

—No hay problema, señor, creo que por esta noche hay suficiente para los dos —parecía dispuesto a colaborar, incluso ilusionado con la idea de tener compañía.

—También necesita algo de ropa... —se quedó mirando a mi nuevo compañero y concluyó que en eso no podría ayudarme, Rosendo debía pesar al menos el triple que yo—. Vuelvo más tarde —dijo ya saliendo del barracón.

Nos quedamos mirándonos un tiempo, como estudiándonos, y no tardamos mucho en aceptarnos.

—¿Comprendes el español?

—Sí.

—Siéntate —me señaló una de las dos sillas que había junto a una pequeña tabla sostenida por dos troncos—. ¿De dónde eres?

—De Angola, pertenezco a una tribu san.

—Ya veo que no solo comprendes el idioma del amo, también lo hablas sin problema. Te será muy útil aquí.

—Lo aprendí de niño gracias a un misionero español. ¿Puedes darme algo de comer?

—Perdona, lo había olvidado. Me alegra que estés aquí, ¿sabes?

Se dirigió a un rincón de la habitación y volvió con un trozo de pan, un plátano y un pedazo de pescado salado. Recuerdo que lo devoré todo sin pestañear y que, solo después, sentí un gran pesar, ¿habría comido Ojosdeagua?

—Tranquilo, muchacho, es todo para ti. ¿Desde cuándo no comes?

A punto de ahogarme con una bola de pescado seco y pan, contesté:

—Hoy no he comido, nos trajeron una ración de gachas a la bodega del barco al amanecer, pero... Tuve que darle de comer a mi pequeño... —no pude terminar de explicarme.

El mayoral apareció con una manta, una camisa, un pantalón y unas sandalias.

—Creo que con esto es suficiente por el momento para que mañana te presentes en casa de don Julio decentemente. ¿Has comido? —me preguntó antes de volver a salir.

—Sí.

—¿Sabes dar las gracias?

—Sí.

Con un pie dentro del barracón y otro fuera se quedó mirándome a la espera. Me costó comprender en un principio por qué no se marchaba.

—Gracias, señor —aprendía rápido.

Reconozco que aun manteniendo mi condición de esclavo arrancado a la fuerza de mis raíces, la diferencia entre vivir en la bodega y en el barracón compartido era abismal. Esa noche tendría que dormir en el suelo, como siempre desde que naciera, pero Rosendo me dijo que buscaría la manera de fabricarme un camastro, había espacio para dos. Y así fue, la noche siguiente dormí por primera vez en mi vida sobre una estructura de madera cubierta por un saco de paja seca muy confortable. Jamás había dormido tan cómodo. Pero el primer día apenas descansé, a pesar del agotamiento, no podía dejar de pensar en Ojosdeagua, sentía que el desarraigo era mutuo, estaba convencido de que tampoco él podría dormir. Yo era como su madre, mi corazón era la nana que lo dormía y mis dedos los pechos que lo alimentaban. No, no era como su madre, era su madre, y como tal me preocupaba.

Ya bajo la manta, con el estómago lleno, interrogué a Rosendo:

—¿Dónde vive la Gorda Sara?

—En un bohío, una pequeña vivienda de las que ocupan algunos trabajadores privilegiados del ingenio, al otro lado de la plantación, está muy cerca. ¿La conoces?

—No, no sé quién es, solo sé que el bebé que traje conmigo ahora está con ella. Se llama Ojosdeagua, yo le puse el nombre, porque nació sobre el mar... ¿Sabes?, el azul del agua se quedó en sus ojos. Tuve que cuidarlo durante el viaje, su madre murió y su tía se suicidó —se me hizo un nudo recordando. En ese momento, en suelo firme y más seguro, todo se me antojaba más vivo y cruel.

—Yo también vine en uno de esos barcos con algunos años menos que tú, después de que me secuestraran junto a mi familia en Congo.

—Debieron haberlo cuidado las mujeres de la bodega... —seguí mi narración— pero la hija de una bruja les dijo que sus ojos estaban poseídos por los malos espíritus y lo rechazaron. Tiene solo tres semanas... —no pude seguir.

—Sara es una buena mujer —comprendió mi congoja y quiso consolarme, aunque sus palabras no parecían del todo sinceras—. Desde que hace años muriera su hijo con pocos meses ha criado a muchos niños del ingenio, tiene dos ríos de leche. Los niños la buscan para engancharse a sus pechos. Créeme, no le faltará el alimento, y lo protegerá del Loco.

—¿Crees que el Loco puede hacer daño a bebé?

—Es un hombre extraño, dicen que ha recibido demasiados latigazos y que por eso pierde la razón de vez en cuando, pero yo creo que es culpa del alcohol, bebe cada noche hasta caer al suelo. Suerte que trabajando rinde como tres hombres, de lo contrario ya estaría muerto. No sé lo que le habrá visto Sara.

Pensé que esa sería la última noche de Ojosdeagua. Había sobrevivido nada más nacer a un viaje inmundo, pero siempre estuvo protegido. Sabía los estragos que hacía el alcohol en los hombres y mujeres, perdían la razón, eran capaces de cualquier cosa... A pesar de haber cenado como hacía mucho tiempo, sentí un vacío muy doloroso en el estómago.

—Tengo que ir a la casa de esa mujer —dije saliendo de mi camastro.

—Eso no es posible, muchacho, los barracones normalmente están cerrados y vigilados a estas horas la noche.

—Tengo que ir, Rosendo, Ojosdeagua me necesita.

—Acuéstate, aunque consiguieras salir del barracón no encontrarías tú solo la casa de la Gorda Sara. Tendrás que esperar a mañana. Tranquilízate, Bahati, intenta descansar, mañana, mañana será otro día y lo resolveremos. Quiach... un bebé negro con los ojos azules... y nacido en un barco negrero... Quiach, impresionante —me contestó, no muy convencido de que al día siguiente pudiera visitar el bohío de la Gorda Sara.

La tristeza, la rabia, la inquietud y el miedo fueron las pesadillas que no me dejaron dormir mi primera noche en La Habana. Tuve tiempo de pensar y reflexionar en tantas cosas... Me acordé de mi madre, ella también pensaría en mí cada día, si estaría vivo y dónde, si habría comido... Su angustia debía de ser muy parecida a la mía. Me culpé por no echarla de menos como debería, pero lo cierto es que los lazos que me habían unido a ella, tal vez por su carácter lejano y austero, siempre fueron muy débiles. Su rencorosa alma nunca permitió que me acercara a ella lo suficiente, aunque

me protegió en la distancia; o tal vez su comportamiento se debió a que confiaba en quien de verdad me ayudó a crecer y me dio de comer durante mi más tierna infancia: Papalú. Ella, una mujer resentida pero sabia, lo dejó hacer. Respetó y defendió mi espíritu libre. Seguramente, si hubiese sido más celosa con su único hijo no me habría permitido tener una relación tan estrecha con el hombre blanco y no hubiese aprendido a hablar, leer y escribir su idioma. Quizá por todo ello no la recordaba con el afecto debido, por esa distancia que mantuvo para dejarme espacio. Recordé mi niñez, realmente fue envidiable, a pesar de ser invisible durante largo tiempo para mi pueblo, o quizá también por ello. ¿Qué consejos me hubiese dado Papalú para calmar la ansiedad que no me dejaba dormir esa noche? Probablemente me hubiese dicho que hiciera todo aquello que estuviera en mi mano, que lo demás, lo que es ajeno a nuestra voluntad y empeño, solo me serviría para perder la fe. Pero mi cabeza era una tempestad de imágenes y sentimientos. Yo solo quería que Ojosdeagua estuviera pegado a mi pecho, seguro y con el estómago lleno, y así dormir los dos plácidamente. ¿Por qué me lo impedían?

El amanecer me sorprendió inmerso en mi tragedia mental. Rosendo se levantó, me dio los buenos días y me dijo que iba a por el desayuno, que pronto vendrían a buscarnos para el trabajo.

Me ofreció un buen trozo de pan con manteca de cerdo y me dijo que debería lavarme un poco en la pila que había en el patio.

—No deberías presentarte ante el amo con ese aspecto. Estás sucio, apesta, muchacho —comentó mientras desayunábamos—. ¿No vas a comer nada? —me preguntó al ver que no me decidía a probar bocado.

—No tengo hambre.

—Venga, venga, tonterías, tienes que comer —hice un esfuerzo y di dos mordiscos al pan.

—Fuera hay un pilastrón con agua. Toma —me puso un trozo de algo resbaloso en las manos—, lávate y ponte el pantalón y la camisa. ¡Venga, no hay tiempo!

No pregunté, salí al patio interior del complejo de barracones, busqué con la mirada algo que arrojara luz a mis dudas y resultó más fácil de lo que pensaba: era como en el barco, solo que el agua te la echabas tú, luego te restregabas con el trozo de grasa hasta que se formaba sobre tu piel algo así como la espuma de la saliva, y vuelta a echarte agua hasta que la quitabas. Por entonces me parecía que esta operación era otro de los sinsentidos de los blancos.

No tardó mucho el mayoral en aparecer:

—¡Eh, Bahati! El amo te espera, date prisa —gritó desde su caballo.

—Todavía chorreando de agua y sin vestir, solo con el diminuto trapo que hacía de calzoncillo, el mismo que tapó mis vergüenzas toda la travesía, di unos pasos y me puse frente a su caballo, temblando, el animal me imponía.

—Quítate ese harapo y vístete. Después vete andando hasta la casa del amo, te está esperando. Rosendo te acompañará. Vamos, no hay tiempo que perder.

Rosendo apareció de súbito:

—Vístete de una vez, muchacho —me dijo mostrándome mi ropa—, o probarás el látigo del capataz el primer día.

Al fondo del patio el tal Ramírez azotaba a un hombre con furia.

Pero yo tenía mi mente en otro lugar, solo pensaba en cómo averiguar dónde vivía la Gorda

Sara.

—Tengo que ir a ver a Ojosdeagua —le dije con firmeza a Rosendo mientras me vestía. Era la primera vez que me enfundaba un pantalón y se me resistían los botones, no conseguía encontrarles su función.

—Imposible, su casa está en el lado opuesto a la del amo, no hay tiempo. Tal vez esta tarde. Hablando de Sara, por ahí viene el Loco.

Los hombres y mujeres que vivían en los bohíos se encontraban con el resto en el patio del barracón antes de ir a trabajar a la plantación y a la fábrica. Por supuesto, tenía muy claro que de aquel día no pasaba que fuese a ver dónde y cómo vivía Ojosdeagua. Mucho más después de conocer al Loco.

Sumido en mis pensamientos me sorprendí ante la casa del amo. El señor Hidalgo estaba en la puerta, sentado bajo el porche, fumando un gran cigarro. Al verme, se puso en pie.

—Buenos días. Puedes marcharte, Rosendo.

CAPÍTULO VIII: El escritor del amo

—Te llamabas Bahati, ¿no es así? —preguntó después de mirar los papeles que firmó con el capitán.

—Así es, señor Hidalgo.

—Sube, siéntate, me gustaría conversar contigo de algunos asuntos —me instó a subir las escaleras del porche.

—Se quedó mirándome por un momento y, mientras yo tomaba asiento, habló en voz alta con el puro entre los labios.

—¿De dónde eres?

—De Angola, de un asentamiento cercano a Dondo.

—¿Qué tal el viaje...? —se arrepintió de haberme hecho esa pregunta, pero ya era tarde.

—Largo.

—Ya. ¿Ha venido alguien más de tu familia?, ¿tienes al alguien más en La Habana?

—No, me capturaron solo a mí unos...

—Bueno, empecemos —me interrumpió, en realidad prefería no conocer los detalles.

—¡Jesús!, no debes pesar más de cincuenta kilos. Menudo sinvergüenza está hecho el capitán del Malabají, me cobró el triple de lo que he pagado por mi mejor esclavo.

Desde luego, dentro de mi camisa podrían entrar un par de Bahatis más.

Sobre la mesa que estaba entre nosotros ya había dispuestos papel, tintero y pluma. Me conmoví ante tan magnánimo espectáculo, por un momento me olvidé de Ojosdeagua.

—Veamos, dijiste que sabías leer y escribir en español, vamos a comprobarlo. Coge la pluma y escribe —me temblaban tanto las manos que temí tirar el tintero sobre las hojas de papel, que me miraban tan bellas e impolutas como inquisidoras—: hoy es quince de mayo de mil ochocientos setenta.

Mojé la pluma en el tintero y escribí tal cual escuché: «Hoy es quince de mayo de mil ...».

—No, no, solo quiero que pongas la fecha en el encabezado. Pues nada, acabas de empezar y ya hay un borrón en el papel. Coge otra hoja.

—Lo siento —acerté a decir.

—No importa, muchacho, me alegra comprobar que es verdad, sabes escribir. Bien, vuelve a poner la fecha en la otra hoja, voy por unos escritos.

Salió de casa con una carpeta bajo su único brazo.

—Aquí está. Esta es mi vida desde que llegara a La Habana hace casi veinte años —dijo, eufórico, poniendo con mucha habilidad, para tener solo una mano, la gruesa carpeta sobre la mesa—. Tuve que dejar de escribir este testimonio tan valioso para mí después del accidente —levantó el muñón—, no sabes cuánto me alegra poder continuar. Lo intenté con esta mano, pero soy... era diestro, nunca imaginé hasta qué punto.

Me hablaba con una cercanía impropia de un amo, me miraba con afabilidad, con unos ojos muy parecidos a los de Ojosdeagua, casi tan azules, casi tan claros, casi tan vivos... Me sentía muy cerca de aquel hombre, y no solo por cómo proyectaba el azul de sus ojos sobre los míos. Pensé en la angustia que debería haber sufrido cuando supo que no podría volver a escribir, me resultó muy fácil meterme en su piel blanca.

—Debió ser muy duro —me atreví a dialogar.

—Y sigue siéndolo. Gracias a que aún conservo la vista al menos puedo seguir leyendo. Bueno, vamos a lo nuestro, hay mucho trabajo pendiente... ¿Cómo dices que te llamabas?

—Bahati, Bahati Pasolargo —«Pasolargo» era para mí como mi segundo apellido.

—Te llamaré Pasolargo, tu nombre se me resiste. Empecemos: la mañana del dos de septiembre de mil ochocientos sesenta y ocho...

Así fue cómo supe quién era el amo. Perdió el brazo derecho intentando salvar a uno de sus esclavos, que había quedado atrapado entre las ruedas del molino de azúcar de su fábrica. El esclavo se fue a la tumba con lo que más amaba: su mano derecha, su pasión por la escritura. Entre las líneas que escribía dictadas por el señor Hidalgo, sin quitar ni poner una sola coma que no saliera de su garganta, se vislumbraba un gran hombre; alguien que nunca hubiera querido heredar el ingenio azucarero de su suegro. Recién casado con su única hija, el verdadero amo de todo aquello cayó enfermo. No pudo resistirse a las lágrimas de su joven esposa, a la que amaba más que a su vida, y se embarcó rumbo a La Habana, con el primer hijo en el vientre de su amada. Desde que pisaran la isla todo fueron desgracias. Su primer hijo varón murió al año de fiebres y diarreas y el segundo, también varón, no cumplió la semana de vida. Había perdido la esperanza de tener un heredero que paliara la tristeza del matrimonio, entonces llegó Balbina. Fue cuando las paredes de la gran mansión volvieron a respirar, y las flores del jardín a desparramar sus perfumes por los rincones, y la sonrisa de doña Rosario regresó. Todo pareció cobrar su sentido. Fueron los años más prolíferos del frustrado escritor. Escribió sobre su pasado, sobre el amor, sus sueños, su día a día en la plantación... Apenas se ocupaba de la herencia que años atrás le dejara su suegro. De hecho, había delegado en su fiel mayoral y en Ramírez casi todos los quehaceres, delegables e indelegables. Nunca le interesó hacer dinero, fueron el destino y la suerte los que hicieron fortuna por él. Cuando pareció estar adaptándose a la tierra que durante años se le hacía tan extraña y Madrid ya no era un recuerdo doloroso; cuando su amada Rosario había recuperado la sonrisa gracias a la alegre niña que correteaba por la casa, ocurrió la mayor de sus desgracias desde que muriera su primer hijo.

Creyó perder la cabeza. Escribir había sido su escape, la única manera de ordenar sus ideas y sufrimientos y entenderse a sí mismo; de comprender el sentido de la vida y volver a sus años mozos, rememorarlos. No solo había perdido el brazo derecho, había perdido media vida.

Paseaba por el porche de la mansión heredada entusiasmado. Había recuperado su manera de expresarse. Yo era ahora su mano derecha, su otra media vida. Este fue otro de los golpes de suerte que encerraba mi nombre. Recorría la fachada de la casa de lado a lado una y otra vez mientras me hacía el guardián de sus sentimientos y secretos. Yo debería haber sido una simple herramienta para él, pero me sentía tan identificado con su pasión por la escritura, tan contagiado de su alegría, que me era imposible mantener al margen el corazón. A veces tenía que pedirle que parara un momento, se emocionaba con su relato hasta el punto de olvidar que mi pluma seguía otro ritmo. Disfrutaba tanto como él, no me hubiese importado ser su esclavo toda la vida; siempre me pareció pura magia cómo aparecían las palabras tras mi puño.

Al rato nos interrumpió la señora Rosario, un respiro que agradeció mi mano, su mano, resultaba difícil escribir a la velocidad que él dictaba, no era consciente de que tenía que transmitir sus palabras al papel y mojar cuidadosamente la pluma en el tintero a cada instante. Con todo, me

sorprendí gratamente a mí mismo, era bastante rápido y mi letra completamente legible.

La esposa traía una bandeja con un vaso de zumo de lima para el marido. Hacía una mañana bochornosa.

—Tómame esto, Julio, tienes que tener la lengua como un palo.

—Gracias, Rosario. Déjalo en la mesa, y trae otro vaso para el chico.

—Creo que solo queda un poco para Balbina. Lo siento.

No lo sentía en absoluto, la delató un sutil gesto de desprecio.

—Dáselo al muchacho, luego le diré a Jacobo que te traiga más limas.

Doña Rosario entró en la casa con manifiesto disgusto, la situación no parecía agradaarle en absoluto.

Había sido educada en un sistema de clases muy marcado. Sus padres pusieron mucho interés en aislarla de la servidumbre que la rodeaba, y, aunque siempre tuvo un par de esclavas negras a su servicio personal, una de ellas su mejor y única amiga, cara al exterior se mostraba distante y esquiva con los criados; su corazón estuvo siempre pleiteando con la razón, aunque su actitud era una sinrazón heredada.

Me trajo el refrescante zumo de lima con azúcar de caña y yo toqué el paraíso con el primer trago.

Lo mejor del primer día como escribano del amo fue que por primera vez me di cuenta de que lo que tantas veces me había dicho Papalú era cierto: «La mayor felicidad se experimenta cuando haces feliz a otro». Sentí algo muy parecido a cuando recuperé a mi protegido antes de partir para el ingenio, pero no sé si era más feliz por él o por mí. En aquel momento sí estaba seguro, mi gozo era un reflejo del que sentía el señor Hidalgo. De no ser porque en mi mente se colaba a cada instante la idea de que Ojosdeagua podría estar sufriendo, habría sido una de las mañanas más felices de mi vida.

Desde aquel momento entre el señor Hidalgo y yo se forjó un vínculo capaz de superar nuestras diferencias de raza, cultura y edad. Nuestra pasión por las letras, como todas las auténticas pasiones, estaba por encima de todas esas cuestiones que para la mayoría eran esenciales, y que a nuestros ojos resultaban mundanas.

—Son casi las dos —interrumpió su interesante y emotivo relato el amo—, deberíamos comer algo antes de continuar.

Me quedé callado, expectante. No sabía si debía irme a los barracones, a la plantación, a la fábrica o quedarme allí sentado.

—¡Rosario! —llamó a su esposa desde el mismo umbral de la puerta—. ¿Qué tenemos para almorzar?

Algo debió escuchar él y no yo, porque entró en la casa y al rato salió con una bandeja que portaba un trozo de pan, agua y un plato de carne guisada. La puso sobre la mesa y la arrastró habilidosamente con su única mano, echando a un lado el material con el que estábamos trabajando, después volvió a entrar en casa; parecía sentirse culpable por dejarme allí solo. Y así era, igual que yo me sentía culpable de haber abandonado a Ojosdeagua, como si en la vida todo dependiera de

uno.

Es verdad que casi siempre se puede hacer algo más, luchar hasta el final, pero no es menos cierto que algo en tu interior marca los límites, que hay una delicada y fina línea entre la valentía y la insensatez que muy pocos tienen la sensibilidad de atisbar. No tenía opción, bueno, no tenía una opción mejor, era una situación que requería paciencia e inteligencia, saber aguantar mientras tanto el dolor, un fino e hiriente dolor. Y, por supuesto, también necesitaba que la suerte estuviera de mi lado; la suerte que siempre me había acompañado y que también juega un papel importante en nuestra vida.

Supuse que el contenido de la bandeja era para mí; aunque el amo no me ofreció el almuerzo verbalmente, parecía obvio. Me puse a ello. En toda mi vida, jamás hube probado un guiso más rico, ni en una situación más cómoda y agradable; la tarde era especialmente apacible. Después de todo, ser la propiedad de otro no parecía tan malo. Por el momento, descansaba cada noche en un cómodo colchón, me alimentaba de manjares impensables para mí hasta entonces y hacía lo que más me gustaba: escribir. De no ser por la honda amargura que me provocaba la incertidumbre de no saber qué era en aquel momento de Ojosdeagua, hubiera apostado a que estaba viviendo uno de los mejores días de mi vida. Ciertamente, como decía Papalú, el amor aparece cuando menos te lo esperas, y tiene el poder de convertir el sufrimiento en felicidad y la felicidad en sufrimiento. El amor que sentía por aquel bebé no me permitía disfrutar de todo lo que en aquel momento me estaba regalando la vida; no podía evitar sufrir por amor.

Estaba terminando el exquisito estofado cuando apareció Balbina. Llevaba una muñeca en los brazos, acurrucada con cariño, como si de verdad fuese una criatura, y canturreaba una bonita nana que se confundía con los cantos de los esclavos que llegaban de las plantaciones. No advirtió mi presencia, parecía sumida en su fingida maternidad, tan concentrada que casi cae al bajar las escaleras del porche. No sé por qué, su repentina presencia se me antojó una dulce y delicada aparición. Me pareció tan bonita... No entendí cómo era posible que alguien con raíces tan lejanas a las mías pudiera resultarme tan gratamente especial. No tardó mucho doña Rosario en llamarla instándola a entrar en casa; cuando salió me sorprendió embelesado mirando a su hija y supe que aquella fugaz situación era un mal comienzo en la posible relación que deberíamos mantener durante largo tiempo la esposa del amo y yo. Poco después, la sirvienta, tan gruesa como negra, con un trasero que impresionaba y un pañuelo de cuadros rojos anudado a la cabeza con mucha gracia, salió a retirar los restos de mi almuerzo.

—Muchacho —se dirigió a mí mientras recogía las migas—, tienes suerte de andar por aquí, el amo es un buen hombre, pero ándate con cuidado, la vida en los barracones es otra cosa, hay mucha envidia y necesidad.

—Muchas gracias por el consejo —le respondí.

A punto de darse la vuelta me atreví a preguntar:

—¿Sabe dónde vive la Gorda Sara?

Se volvió un momento para contestarme:

—Sa-ra —puso mucho hincapié en el nombre, como dejando claro que lo de «gorda» sobraba— vive al otro lado de la plantación, en un bohío al límite de las tierras del amo. ¿Qué quieres tú de Sara?

—Deja de preocuparte por el recién nacido —interrumpió el amo saliendo por la puerta de la vivienda—, Sara ha criado a muchos niños de la plantación con éxito. Vamos a dejarlo por hoy. Vete a la fábrica y pídele trabajo al capataz para esta tarde. ¿Sabrás ir solo? Si coges este camino —señaló con su única mano hacia la derecha— llegarás en quince minutos.

Me fui con las ganas de saber qué escondía entre sus paredes aquella casa, el interior me estaba prohibido por aquellos días.

Llegué en cinco minutos, mis piernas, aunque habían estado desentrenadas durante casi dos meses, seguían siendo sorprendentemente rápidas.

En la entrada de la fábrica me encontré a unos hombres apilando sacos en carros y pregunté por el capataz. No tardó mucho en salir. Era el mismo Ramírez; tenía la esperanza de que fuera otro. No me gustó desde el principio, su manera de coger a Ojosdeagua cuando se lo llevó con la Gorda Sara lo decía todo de él.

—¿Qué quieres a estas horas? —me dijo malhumorado.

—Me manda el amo.

—¿Qué has hecho toda la mañana en casa del amo? —me preguntó, subiendo el tono y con agresividad. Su gesto era grotesco.

—Escribir.

—¡Ja, ja, ja...! Lo que hay que oír. Pues, ¡hale!, a cargar sacos. Y espabila, que hay mucha faena pendiente. ¡Ja, ja, ja...! Escribir... Al amo se le está yendo la cabeza. Como si escribiendo funcionara este ingenio. Gracias a que algunos trabajamos, que si no... —y entró en la fábrica llevándose sus desagradables carcajadas.

Al girarse pude ver enganchado en la correa de su pantalón un látigo. La sirvienta de la casa del amo llevaba razón, debía andarme con ojo o lo probaría muy pronto.

Intenté cargar uno de los sacos poniendo toda mi fuerza física y empeño. Debí resultar cómico, el resto de los esclavos, que los cargaban como si estuvieran llenos de paja, no podían evitar las risotadas.

—Este capataz es mala gente, muchacho —dijo uno de los cuatro hombres—, de más sabía que no podrías mover ni un saco. A los muchachos como tú y a las mujeres nunca les da estas tareas.

—¡Deja de estorbar y búscate otro trabajo! —gritó otro dándome un codazo en la espalda.

Al momento apareció de nuevo el tal Ramírez con un escobón:

—Aquí tienes —puso en mis manos el utensilio—, trabajo de niñas para una niña. ¡Ja, ja, ja...! Lo que nos vamos a reír contigo. Tengo que hablar con don Julio, esto parece un colegio en vez de un ingenio. Qué mal se le da comprar mercancía, no lo puedo dejar solo. Si llego a ir ese día al puerto con él no hubieses tenido tanta suerte, no te quepa la más mínima duda.

Cuando ya se había marchado Ramírez pregunté al que parecía el más amable de los esclavos que cargaban sacos qué tenía que hacer, por dónde empezaba. Me dijo que comenzara barriendo la zona del almacén y que ya aparecería el capataz de nuevo para complicarme el trabajo, no se le escapaba el movimiento de un solo esclavo.

Pasé la tarde angustiado. No por la cantidad de azúcar sucia que acumulé a mi alrededor sin saber dónde echarla, sino porque habían pasado todo un día y toda una noche y no sabía nada de Ojosdeagua. «Tengo que encontrar la manera de ir a casa de la Gorda Sara», me repetía constantemente, mientras arrastraba el escobón hacia los montones de azúcar que se acumulaban por

las esquinas. Ramírez apareció en un par de ocasiones antes de terminar mi tarea: «Eso es, muy bien, ya veo que el trabajo de niñas es lo tuyo».

Cuando terminó la jornada y Ramírez dio la orden de recoger para marcharnos, me encontré con Rosendo en la puerta de la fábrica:

—Tengo que ir a casa de la Gorda Sara, dime dónde vive.

—No te la juegues, muchacho, si te ven merodeando fuera de los barracones te meterás en un lío.

—Dime dónde vive, iré de cualquier manera, no pienso dejar a Ojosdeagua con esa pareja sin saber si lo están cuidando —insistí con decisión.

—Tienes que rodear las plantaciones, por la izquierda, adéntrate en la vegetación, pronto encontrarás uno de los bohíos. Ese no es, sigue en línea recta hasta que encuentres el quinto, lo reconocerás porque hay dos marranos dentro de una pequeña cerca en la misma puerta.

—¿Marranos?

—Sí, marranos. Son como hipopótamos de tierra, gordos y con las patas muy cortas, pero más pequeños.

CAPÍTULO IX: La Gorda Sara

Recorrí el camino buscando el bohío de Sara y el Loco muy atento, escudriñando entre el verde de la maleza en busca de los hipopótamos de tierra enanos. Me perdí, o eso creo, yo diría que rodeé la plantación un par de veces; no era tan fácil encontrar los bohíos. Comencé a contarlos y a memorizar su aspecto. En uno de ellos había niños jugando en la puerta. Los marranos no aparecían por ningún lado, algo se me pasaba. Era simple, no todos los bohíos me iban a salir al paso, el de Sara y el Loco estaba medio oculto entre los árboles. Pronto escuché llorar a un bebé.

Me acerqué despacio, con la respiración agitada. La noche se estaba anunciando y a través de una ventana abierta de par en par asomaba la luz de una lámpara. Tuve que pasar entre los cerdos y su porquería para acercarme al lateral de la vivienda; no me atreví a llamar, primero necesitaba algo de información. Espiar sin que me vieran era la mejor manera de saber con certeza cómo vivía mi pequeño en ese bohío. Su llanto anunciaba que no estaba bien.

Lloraba, lloraba como jamás lo había escuchado, y Sara y el Loco... Los gemidos se oían entre el desesperado llanto. Mi pequeño debía estar bajo la ventana por la que yo me asomaba, lo oía muy cerca. Mi corazón se desgarraba con cada uno de sus gritos de angustia.

La ventana estaba a mi altura, solo tenía que dar un salto y lo tendría en mis brazos. No me lo pensé, en un momento Ojosdeagua estaba pegado a mi pecho y de súbito su llanto cesó y comenzó a buscar mi boca. Pero no tenía nada para darle. No recuerdo haberme sentido nunca tan frustrado, tan traidor, tan impotente... Cabeceaba de atrás hacia adelante, dando torpes golpes contra mí, con su lengüecita fuera, como un polluelo, clavando de vez en cuando el azul de sus ojos en el negro de los míos.

—Este maldito niño no ha parado de gritar desde que llegó —Sara apareció ante nosotros de repente, arreglándose los faldones—. Es la primera vez que un varón desprecia mis pechos —se los sacó de la pechera del vestido y los cogió entre sus manos para levantarlos y mostrármelos. Salieron dos caños blancos como disparados. Desde luego, impresionantes, nunca había visto nada igual—. Tiene el demonio dentro, no hay más que mirarlo.

—No, no tiene ningún demonio, solo tiene hambre —acerté a decir después de superada la impresión—. Es que... se ha acostumbrado a comer de mi boca.

—No vivirá, lleva dos días sin comer y sin parar de llorar, si no se calla solo lo matará mi Loco de un golpe.

—¿Tienes algo de carne?

Sara se dirigió hacia la esquina de la habitación, rebuscó en una perola y volvió con un trozo de bacalao. Lo mastiqué todo lo rápido que pude, hasta que eliminé toda la sal y pude desprender con facilidad diminutos pedazos reblandecidos. Ojosdeagua esperaba atento, con la vista fija en el movimiento de mi boca. Pero todavía no, debía trabajarlos más hasta convertirlos en una pasta. Tan pequeño, sabía lo que le esperaba. Hasta tal punto lo sabía, que cuando paré de masticar él solo se acercó a mi boca para succionar. Sara estaba impresionada.

—¡Por mis tetas que si no lo veo no lo creo! Ese niño es raro, te lo digo yo. Pues, ¡hale!, dale, dale bacalao a ver si duerme toda la noche y nos deja descansar. ¡Qué pulmones tiene ese muchacho!

—Ja, ja, ja... Míralos, si parecen una paloma y su pichón —dijo el Loco saliendo de un

compartimento que separaba del resto del bohío una cortina—. Ese cachorro está vivo de milagro —continuó, ajustándose los pantalones. Sí, tenía cara de loco—. Si es que para ser padre primero hay que ser hombre. ¿Dónde está su madre? —Sara y el Loco dieron por hecho que Ojosdeagua era mi hijo.

Paré un momento mi tarea para contestarle, mientras el bebé me chupaba la barbilla don desesperación.

—No es mi hijo, nació en el barco que me trajo a la isla. Su madre murió y las mujeres no quisieron atenderlo, decían que tenía malos espíritus en los ojos.

—Y no me extraña, esos ojos no son normales. Da miedo mirarlo.

Él sí que daba miedo, no sé si porque tenía los ojos demasiado separados y saltones, o porque una horrible cicatriz le cruzaba el rostro desde la sien derecha hasta su labio superior, literalmente partido en dos, pero resultaba siniestro. Era un mestizo de unos cuarenta años, desgarrado pero alto y fuerte. Caminó hacia la mesa en busca del resto de una botella y, antes de empinarla para beber, me preguntó:

—¿Dónde estás viviendo?

—Comparto barracón con Rosendo.

—Pues como Ramírez te eche de menos te va a moler a latigazos —dijo Sara.

—No puedo dejarlo aquí, me necesita, solo yo sé darle de comer y beber. Se ha acostumbrado...

—Vete, yo seguiré dándole de comer, no parece tan difícil.

—Dale agua cuando termine, moja un dedo y después se lo pones en la boca hasta que se sacie. Tienes que tener mucha paciencia, es muy pequeño y suele atragantarse si dejas trozos sin masticar...

—Sí, sí, no te preocupes —dijo quitándome el niño—. Vete de una vez.

Tuve suerte, desde que mi madre me puso Bahati no me ha abandonado ese designio. Cuando llegué a los barracones el portón todavía estaba abierto y Ramírez parecía muy distraído en un rincón del patio con una de las esclavas. No debía tener más de doce años. No se movía, era una estatua, se dejaba hacer, impávida, mirando hacia un lado, esperando a que terminara.

Todavía hoy recuerdo aquella escena con profunda tristeza. Fue entonces cuando comprendí quién era Ramírez. También supe quién era el verdadero amo del ingenio, o al menos de los esclavos. El señor Hidalgo era demasiado sensible para administrar una empresa que desde hacía muchos años tenía sus propias leyes, mucho antes de que él llegara. Lo intentó, cuando llegó al ingenio hizo lo posible por cambiar las cosas, pero se rindió. Luchar contra tantas normas establecidas y enfrentarse constantemente a Ramírez y a su propia esposa fue demasiado para él. Durante el tiempo que pretendió asumir su verdadero papel la hacienda fue un desastre. Los trabajadores y esclavos le pedían favores constantemente. Se corrió la voz de que el nuevo amo era muy “bueno” y a su casa iban y venían los jornaleros incesantemente con sus quejas y peticiones. Por un tiempo, el ingenio, de ser uno de los más productivos de Cuba, paso a no ser siquiera competitivo. Se rindió, él no era capaz de negar nada que no considerara justo a un ser humano, blanco o negro.

Rosendo parecía dormir, pero al entrar me susurro un saludo. Ya en la cama me hice un esquema de lo que sería mi día a día en el ingenio: levantarme, desayunar, lavarme, ir a casa del amo, luego a la fábrica y, antes de volver al barracón, visitar a Ojosdeagua. Parecía fácil, pero lo

cierto es que no lo fue, al menos al día siguiente.

Antes de marcharme a escribir para el señor Hidalgo, tuve una desagradable visita. Al verlo, Rosendo dejó caer el trozo de pan que estaba a punto de meterse en la boca y se levantó. Entró con la mano derecha escondida detrás de la espalda, agarrada a su látigo:

—¿Todavía no te has aprendido las normas, negro canijo? ¡Ponte en pie!

El capataz tenía los ojos ensangrentados, no reaccioné.

—¡En pie, maldita sea!

—Levántate, Bahati —me dijo Rosendo, casi temblado.

No lo estaba desafiando, simplemente no comprendía la situación, todo era aún muy nuevo para mí. Me puse en pie. Comenzó a caminar en círculos a mi alrededor, dando pequeños latigazos contra el suelo, recreándose en el poder que le otorgaba su posición y el miedo que le teníamos a su látigo, ignorante de que en realidad, en mi caso, más que miedo en ese momento sentía perplejidad ante la estupidez humana.

—Así que en solo dos días ya me estás plantando cara... No te equivoques, el amo manda en su casa... o más bien parece que manda —no pudo resistir hacer alusión a que el señor Hidalgo en realidad ni siquiera era dueño de su hogar, no fuera a pensar que en ella me sentiría seguro solo por el hecho de escribir para él—, pero aquí el amo soy yo, puedes imaginar lo que me importa que leas o escribas y lo poco que te servirá en los barracones. Don Julio podrá protegerte unas horas, pero tendrás que volver aquí. Así que ándate con cuidado y no sueltes la lengua donde no te llaman, porque te estaré esperando para ajustar cuentas, no te imaginas lo peligrosa que es la fábrica, hay accidentes a diario. ¿Me entiendes?

—Sí, entiendo —no lo tenía muy claro, ni él tampoco de que lo tuviera, aunque no tardé muchos días en comprender.

—No, me parece que no lo has entendido. Pero yo te lo aclaro: el barracón es mi reino, el amo no es el rey ni en su familia. Quiero decir que mucho cuidado con ir con cuentos a don Julio porque te estaré esperando a la vuelta. ¿Lo entiendes ahora?

—Creo que sí.

—¿Y todavía no te has cagado en los pantalones? Mira la Rosita, si le castañean los dientes. Tranquila, Rosita, hoy no estás en la lista —terminó sus advertencias mirando a Rosendo. Sí, le temblaba la barbilla.

No sabía si la agresiva visita se debía a que sabía de mi escapada de la noche anterior, porque lo había sorprendido abusando de la muchacha a mi vuelta o solo porque quería prevenirme de que debía sujetar mi lengua en casa del amo. Resolví que se estaba curando en salud, si hubiese sabido de mi visita al bohío de la Gorda Sara el látigo no habría tocado solo el suelo.

Nada fue tan fácil como me pareció en un principio. El ingenio en su conjunto era un entramado de mentiras, casi todos tenían algo que esconderle al amo y por tanto su mayoría era objeto de chantaje. Todos tenían miserias escondidas en el baúl.

Esa misma mañana observé una actitud extraña en doña Rosario. Balbina estaba sentada en la escalera del porche peinando a su muñeca cuando apareció el capataz en su carro, traía víveres para

la familia del amo. Ayudado por un esclavo, comenzó a descargar y a meter bultos en la casa. Al pasar al lado de la niña, esta se echó a un lado, como si temiera su cercanía. Pero él, con un saco al hombro, se le acercó y, mientras le acariciaba el pelo con su tosca mano, le dijo a la madre:

—Cómo crece esta niña, se está convirtiendo en una mujercita casi tan guapa como su madre.

Doña Rosario lo miró con desaprobación, tensa. Después mandó a Balbina a su habitación y se metió en casa tras ella y el capataz. Era como si la relación entre la esposa del señor Hidalgo y Ramírez entrañase una complicidad impropia entre señora y empleado. Comprendí que se conocían mucho más de lo que parecía y que a la niña no le gustaba el trato de confianza que existía entre ellos. Empezaba a pensar que el único espíritu noble que habitaba en el ingenio, además de Rosendo, era precisamente el que se suponía más despiadado por su posición de poder ante el resto: el señor Hidalgo.

El ingenio era como un poblado donde no existía la privacidad, todos estábamos vigilados y necesitados; todos precisábamos una moneda de cambio para conseguir nuestros objetivos, incluido yo. Tenía que conservar mi puesto de escribano del amo y, más importante aún para mí, debía conseguir poder vigilar más de cerca a Ojosdeagua. Tal vez el hecho de ser testigo de la relación que había entre doña Rosario y Ramírez me diera la oportunidad de «comprar» privilegios... Aprendía con mucha rapidez los métodos de supervivencia de los blancos.

La verdad es que lo pensé en muchas ocasiones, amenazar a Ramírez, como él hacía conmigo, pero nunca fui capaz de chantajear a ninguno de los dos, ni a él ni a doña Rosario. No sé si porque de todas formas el señor Hidalgo estaba ciego y seguramente no me creería o porque no tenía el entrenamiento necesario. Observar, trabajar y callar siempre fueron mis armas.

Ese día estuvo cargado de emociones. El amo, mientras me dictaba, me hizo partícipe del amor que sentía por su esposa. Comenzó narrando lo que había significado recuperar su día a día sin el brazo derecho y sin la posibilidad de escribir:

«Cuando el dolor pasó, dos meses después, y aprendí a vivir con mi mano fantasma; a darme cuenta que el vaso seguía en la mesa después de que mi cerebro le diera la orden de cogerlo, comenzó mi verdadera tragedia. Pero tenía a mi adorada Rosario, su comprensión, su fuerza y determinación, sus palabras de ánimo a diario... Y a mi hija Balbina regando de risas el jardín, pidiéndome con la mirada que volviera ese padre que la alzaba hasta los cielos antes de estrecharla contra su pecho... con los dos brazos...».

Hasta aquí puedo reproducir literalmente lo que me dictó aquel día, fue lo único que se salvó de...

Era un hombre enamorado, al que torturaba no poder abrazar a su amada esposa como antes y que no soportaba la idea de no volver a escribir una sola palabra. Aunque yo era muy joven aún, no se escapaba a mi comprensión que en la relación del matrimonio uno amaba y el otro era el amado. Intuía que el señor Hidalgo tenía idealizada a su esposa, que no al amor, que siempre es ideal y altruista.

Después de escribir durante siete horas para él, mientras almorzaba en soledad el rico estofado que le había sobrado a la familia el día anterior, pensé en todo lo escrito. Reparé en que, en esencia, el amor es inalterable a pueblos y culturas. Lo que el amo sentía por su esposa era básicamente lo mismo que yo por Ojosdeagua. Que doña Rosario se mereciera o no tal devoción no importaba, lo sustancial era que ese amor importaba al mundo.

Aquel segundo día no pasé por la fábrica, después de comer seguí escribiendo hasta el atardecer y, cuando el amo me despidió, corrí hasta la casa de la Gorda Sara. Nadie hubiera dicho que mis piernas estuvieron casi dos meses anquilosadas, mis pasos eran cada vez más largos y rápidos.

Lo encontré solo, semidormido, emitiendo unos pequeños jipidos a cada instante, agotado de tanto llanto. Todavía me sobrecoge ese recuerdo... Me estremecí de puro dolor por él.

Estaba al otro lado de la ventana. Salté, lo cogí y me lo pegué al pecho con todo el cariño que encontré en mi ser, hubiese dado mi vida por reconfortarlo. Estaba más delgado, encharcado en sus orines a saber desde cuándo. Apenas podía abrir sus ojos de agua, estaba enfermo.

Me dirigí al rincón donde sabía que Sara guardaba los alimentos y encontré una cacerola con algo de carne. Rápidamente comencé a masticar y a darle de comer. Él apenas movía sus secos labios.

Sara no tardó en volver del trabajo:

—Ese niño no saldrá adelante —dijo entrando por la puerta—. Se niega a tomar leche y no para de llorar. Ayer casi lo mata de un golpe el Loco. Tiene que acostumbrarse a estar solo, Ramírez me obliga a ir cada día a la plantación y no puedo llevármelo, se moriría bajo el sol. Le dejé recado a la vieja Tana para que le diera una vuelta —la vieja Tana vivía en el bohío vecino—, pero no creo que ni siquiera se haya asomado a la ventana, está perdiendo la memoria. Esa vieja chocha... Olvídate de esa criatura, muchacho, solo te dará problemas. No te inquietes, mi niño, le daré un entierro digno—intentó consolarme al ver mi expresión de espanto, pero dudo que lo hiciera, era una charlatana sin escrúpulos. En realidad el amo no la conocía —. Vete al barracón y ocúpate de sobrevivir en este infierno...

—¡Nunca! ¿Me oyes bien? Nunca. Antes prefiero morir que abandonarlo. Me lo llevo —dije con determinación, sin entender cómo había sentenciado la muerte de un bebé con aquellos pechos.

Comprendí que solo tenía eso, leche, pero carecía de la sensibilidad de una madre. Por supuesto, estaba seguro de que con ella moriría en pocas horas. Lo que Ojosdeagua necesitaba estaba incapacitada para darlo: el amor, el celo de una madre.

Me fui sin pensarlo por donde había entrado, era la salida más cercana y me urgía marcharme de aquel lugar donde le esperaba la muerte a lo más importante en mi vida. La Gorda Sara no reaccionó, pensó que el niño igualmente moriría y que yo me ganaría una buena tunda de latigazos cuando apareciera con él en los barracones. Caminé sin reflexionar en lo que estaba haciendo. Era una locura, sí, acababa de traspasar ese límite que siempre había visto con claridad entre la valentía y la sensatez, solo por amor. «Las cosas más grandes que ha hecho el hombre son fruto del amor», me decía Papalú. Nunca pensé que lo recordaría tanto a lo largo de mi vida.

CAPÍTULO X: Rosendo y Ojosdeagua

Cuando llegué a los barracones ya era noche cerrada, pero llegué a tiempo. El portón aún estaba abierto y se oía la algarabía propia que formaban los trabajadores en el patio a la hora de cenar. Hacía una noche especialmente cálida, aunque el cielo prometía lluvia en breve. Me quedé rezagado en una esquina, desde donde veía la entrada del patio. Ojosdeagua dormía, estaba exhausto, por fin se había relajado y había dejado de jipar. Algo debía tener mi escuálido pecho que a él lo reconfortaba. Sería mi corazón, que ya lo conocía.

La voz de Ramírez me alertó, estaba gritándole a uno de los esclavos, cada vez con más furia. Tal vez podría pasar desapercibido, era el momento de entrar. Con todo el sigilo que pude, caminé hacia el barracón de Rosendo. Había una fogata en el centro del patio, su luz permitía ver con claridad cómo el capataz azotaba a una mujer. Debía estar borracho, apenas se mantenía en pie y su látigo, sin fuerza, no acertaba a dar en el objetivo. Los esclavos que estaban tras él aguantaban la risa a duras penas.

Entrar fue fácil. Rosendo estaba atrincherado en su habitáculo, encerrado; cuando había algún atisbo de violencia siempre se escondía, muerto de miedo. Empujé la puerta con suavidad y lo encontré en una esquina, en posición fetal, temblando. A pesar de su gran envergadura, con seguridad el hombre más fuerte y alto que había conocido, inspiraba una inmensa ternura, especialmente en aquel momento. Casi desde el primer instante que lo vi supe que viviría con un niño gigante.

—Tranquilo, Rosendo. No tengas miedo, está borracho, no tiene fuerzas ni para mantener su cuerpo. Venga, sal de ahí, mira lo que traigo. Creo... creo que tenemos un problema —le dije mientras me acercaba y le mostraba al bebé.

—Es... es un niño recién nacido... es el pequeño que nació en el barco, Ojosdeagua... —dijo con la ilusión y la sorpresa en el rostro. No pudo esconder la grata emoción que lo embargó al ver al pequeño, de repente el miedo y el temblor lo abandonaron. Era cierto, su alma desprendía la sensibilidad de una mujer.

Lo cogió muy despacio, no fuese que sus rudas y grandes manos lo lastimaran. Tuve la absoluta seguridad de que el niño estaba en el mejor hogar de aquella isla. Desde ese momento estuve convencido de que Rosendo nunca permitiría que a una criatura tan frágil e inocente le hicieran daño.

La imagen del gran gorila negro mirando con tanta ternura a lo que parecía perderse entre sus dedos era de una belleza cegadora.

—¡Qué pequeño es...!

—He tenido que traérmelo del bohío de la Gorda Sara y el Loco, no quiere sus pechos, creo que ha perdido peso y está enfermo. Rosendo, tenemos que cuidarlo aquí...

—Pero... si Ramírez se entera... Además, tendremos que dejarlo solo todo el día. No creo que sobreviva sin nosotros.

—¡No digas eso! ¿Por qué todo el mundo sentencia su muerte? ¡Ha sobrevivido tres semanas en condiciones mucho peores que esta y saldrá adelante! —le grité. Estaba enfadado con la situación y lo pagué con quien menos se lo merecía—. Veré qué puedo hacer. Me lo llevaré mañana a la casa del amo, es un hombre bueno, seguro que me permite estar con él...

—No se trata del amo, Bahati, es el capataz quien manda aquí.

—Nos las apañaremos, Rosendo, tenemos que sacarlo adelante.

—Eso espero —dijo nada convencido.

Ojosdeagua comenzó a despertarse. A medida que levantaba sus párpados los diminutos ojos de Rosendo se abrían más y más, sí, como si estuviese asistiendo a la aparición de algún espíritu de los antepasados de su tribu.

—¡Tiene... tiene los ojos azules!, como el amo y su hija. No, creo que los tiene más azules aún. Nunca se vio un esclavo con estos ojos. ¡Es increíble! Es... es un niño precioso—dijo con dulzura, mientras acariciaba con mucho cuidado sus dedos.

—Sí, ya te lo comenté, por eso lo rechazaron las mujeres de la bodega del barco...

—Son totalmente azules, como el cielo del amanecer —no salía de su asombro, no apartaba la mirada del niño—. Es un bebé precioso. Vaya...

—¿Tienes algo de carne?

—No, solo queda un trozo de pan, pero podemos hacer unas gachas con harina y leche, es lo que pensaba hacer para la cena. Mañana nos darán provisiones. ¡Es increíble! Llevas razón, Bahati, este niño tiene que vivir. Vivirá —Lo acababa de conocer y ya lo quería. Así era mi compañero Rosendo.

Hubo suerte —como he dicho en tantas ocasiones, mi vida, desde que mi madre me pusiera Bahati, ha sido una cadena de golpes de suerte—, esa primera noche nadie nos molestó. Ramírez se marchó al poco dando tumbos y la paz volvió a los barracones. Lo vigilamos por la ventana hasta que se marchó, pidiendo a todos los dioses, blancos y negros, que Ojosdeagua no cogiera una de sus rabetas; el capataz tenía que pasar por nuestra puerta.

Nuestro protegido comió las gachas sin protestar, de mis labios, claro. Como no quedó del todo satisfecho, a media noche volvió a pedir de comer y Rosendo y yo lo atendimos con todo el cariño, como padres entregados, sin importarnos que hubiese interrumpido lo mejor de nuestros sueños. Él era una pequeña luz para nosotros en un mundo tan sombrío como el ingenio.

Después del desayuno y de darle de nuevo su ración a Ojosdeagua y asearlo un poco, me encamine a la casa del amo, con él pegado a mi pecho; había entrado en un profundo sueño y estaba convencido de que no despertaría en horas, ya iba conociéndolo. Antes de salir, Rosendo se lo comió a besos y achuchones. Nunca se conoció a nadie con más necesidad de dar afecto. A veces se ponía muy pesado y tenía que llamarle la atención.

El amo ya me estaba esperando en el porche, con el material de trabajo sobre la mesa:

—¿Qué traes ahí escondido? —la curiosidad hizo que olvidara dar los buenos días.

—Buenos días, señor Hidalgo. Es... es el niño que compró en el puerto. Yo...

—Debería estar en casa de la Gorda Sara. ¿Por qué lo has traído?

—Lo sé, pero... se negaba a comer, no paraba de llorar y tuve miedo de que el Loco... Me lo he llevado al barracón.

—No sobrevivirá sin unos pechos que le den de mamar, es demasiado pequeño. ¿Cómo vas a sacar adelante a una criatura tan indefensa? Eres un muchacho, Pasolargo, y tienes poco que ofrecerle en el ingenio. Veré qué puedo hacer por él, al fin y al cabo es mi responsabilidad. No debí comprarlo...

Le hubiese gritado que no lo diera por muerto antes de dejarme intentarlo, como les grité a

Sara y a Rosendo, pero me contuve, era el amo.

—Déjeme que lo intente, no me lo quite, por favor, señor Hidalgo...

—¿Sabes qué pasará cuando Ramírez se entere? Aunque tengas mi beneplácito, en los barracones no podré protegerlos. Te confieso que he estado a punto de echarlo del ingenio en un par de ocasiones, no me gusta su manera de trabajar, pero esta esposa mía es tan compasiva... El padre de Ramírez trabajó para el suyo durante décadas, es una cuestión de lealtad. Pero ándate con ojo, es un tipo despiadado. Bien, vamos a lo nuestro.

—Gracias, señor Hidalgo.

Tener el apoyo incondicional del amo fue crucial para mí y Ojosdeagua en el ingenio. Sabía que una de las principales amenazas para el pequeño era el capataz y que debía protegerlo de él a toda costa; pero también tenía claro que si el amo estaba de nuestra parte todo sería más fácil. Aunque también intuía que la señora Rosario no era tan compasiva como creía el amo y que no aceptaría la situación con agrado.

Me costó concentrarme, y el señor Hidalgo se dio cuenta. Estaba algo torpe, escribía más lento que los días anteriores. No porque tuviese a Ojosdeagua en el pecho, era porque temía que se despertara y molestara al amo. Solo pensaba en que no abriera los ojos hasta la hora del almuerzo. Me preocupaba que finalmente el amo se arrepintiera de haber sido tan condescendiente y me lo quitara.

No se portó mal, poco antes de que llegara el momento de comer comenzó a dar cabezazos contra mi pecho buscando comida y agua; pero volvió a echar otro sueño. Doña Rosario y su hija salían y entraban de la casa con la vista fija en el bulto que se movía bajo mi camisa. Sé que se morían por ver a mi pequeño, pero la madre prefería mantenerse al margen y la niña tenía órdenes explícitas de no acercarse a mí. A media mañana llegó el mayoral a entregarle un par de cartas al amo y no pudo reprimir una sonrisa al ver la escena.

Ojosdeagua y yo almorzamos un poco de carne de cerdo en su grasa y pan. Los dos disfrutamos a placer de la comida, sobre todo él, yo dediqué demasiado tiempo a alimentarlo y tuve que engullir lo que pude en unos minutos, no quería hacer esperar al señor Hidalgo.

Sé que desde el interior la señora Rosario nos observaba, la cortina de la ventana que había a mi derecha se movía sospechosamente. Debía ser una escena digna de contemplar: un muchacho de quince años, de no más de cincuenta kilos, dando de comer a un bebé recién nacido como si fuera un polluelo, tan negro como quien lo alimentaba, pero con los ojos como el cielo. No, no debía ser fácil de asimilar. Eso sin contar con que yo, un esclavo, era el encargado de escribir las memorias de su esposo y que mientras lo hacía tenía que ahuecar el tronco para que el bebé estuviera cómodo. Sé que se moría por coger a mi cachorrillo con ojos de mar, pero por lo pronto conseguía mantenerse al margen.

Cada vez pasaba más tiempo en casa del señor Hidalgo, ese tercer día me quedé casi hasta el anochecer. El amo tuvo que marcharse, pero me dio instrucciones para que contestara a unas cartas de comerciantes. Me dijo cómo encabezar las misivas, los mensajes en sí y las despedidas. No fue complicado, eran cartas de agradecimiento o de confirmación de la recepción de paquetes en el puerto. Al día siguiente, cuando revisó mi trabajo, solo tuve que reescribir una de ellas, las otras dos las firmó satisfecho.

Mientras escribía las cartas, apareció el capataz en su carro, traía herramientas de labranza para sembrar un pequeño huerto al lado de la mansión, la señora quería cultivar algunas berzas para el consumo doméstico. Venía con uno de los esclavos, que se puso de inmediato a trabajar en el trozo de tierra.

Ramírez se me acercó y, con todo el desprecio que pudo reunir en su pobre espíritu, me habló:

—Ya me ha contado la Gorda Luisa lo que hiciste anoche. No sobrevivirá ni dos días —me temblaban hasta las orejas—. Yo no lo dejaría solo, vivir en estas tierras es duro, muy duro, y un negro tan pequeño... En fin, suerte, negrito —terminó, tocando con su ruda mano la cabeza de Ojosdeagua. Contuve mi furia a duras penas.

Después siguió con su tarea. No faltaron las miradas irónicas a doña Rosario ni las desagradables caricias a Balbina con las que, con toda seguridad, intentaba amedrentar a la niña, supuse que para que el miedo no le permitiera contar algunos hechos a su padre. Mientras descargaba, el pequeño comenzó a llorar y de vez en cuando nos clavaba sus frías pupilas.

Antes de marcharme, la señora Rosario dejó ropa sobre la mesa. «Esto es para el niño —dijo sin mirarnos—. No es cosa mía, es tu amo que no escarmienta. Ten cuidado con Ramírez, te vigila de cerca y se ha dado cuenta de cuánto te importa ese niño». Todo el mundo me sugería que me anduviera con ojo con el capataz, como si yo no hubiese conocido sus malas artes en los pocos días que llevaba en el ingenio. Aunque por lo que había observado sabía que la esposa del señor Hidalgo lo conocía de un modo muy especial.

Cuando llegué al barracón Rosendo nos esperaba ansioso.

—¿Qué tal el día? ¿Cómo está el pequeño Ojosdeagua? ¿Cómo se ha portado? Mira, mira lo que le he preparado para la cena —dijo intentando sacar al bebé de mi camisa con la intención de mostrarle su guiso. Estaba eufórico, realmente feliz de nuestra vuelta—. Quiach... te vas a chupar los dedos, bueno, los labios de Bahati. Quiach... qué rico tiene que estar esto. Dámelo —me insistió para que le ayudara a sacar a Ojosdeagua de mi pecho—, vamos a ponerlo seco —estaba deseando tenerlo en sus brazos. El bebé le sonrió—. ¡Mira, Bahati, me ha sonreído!

—Creo que ya conoce tu voz.

Lo cierto es que, dentro de las peculiares y duras circunstancias, era una situación idílica para Ojosdeagua. No me cabe duda de que ningún niño en la plantación podría tener mejor suerte. Sí, en el barracón un bebé tan pequeño era muy vulnerable, sobre todo con el «lobo» acechando, pero ahora no dependía solo de mí, tenía un aliado, el mejor: Rosendo.

A medida que pasaban los días la relación entre Rosendo y el niño se hacía cada vez más estrecha. Tenían un vínculo especial. Mi compañero nunca soñó siquiera que le darían la oportunidad de ser «madre» y aquella que el destino le ofreció le hizo inmensamente feliz. Algo debía intuir el pequeñajo, le encantaba estar en sus fuertes y grandes brazos. No sé quién necesitaba más a quién. Éramos como una pequeña familia, nos amábamos y nos protegíamos unos a otros y teníamos un hogar.

Pasaron varios días en los que reinó la calma y llegamos a hacernos la vaga ilusión de que vivíamos un sueño dentro del ingenio. Ilusos de nosotros... Sí, era un sueño, un débil sueño dentro de una amenazante realidad. La idílica vida que disfrutábamos al volver cada día de nuestros

quehaceres en los escasos ocho metros cuadrados de nuestro barracón se convirtió en el objetivo de Ramírez. Después de un desagradable desencuentro, no paró de maquinarse hasta que se le ocurrió una de sus macabras ideas.

Todo comenzó una tarde al volver de la casa del amo. Rosendo me esperaba en la puerta del barracón, deseando coger a Ojosdeagua. «Dice la Luisa que te pases por su casa, que le ha hecho la cena al niño. Quiach, qué bien guisa la Luisa», me dijo cogiendo ya al bebé. «Qué bien guisa la Luisa» era una frase con doble sentido que decían constantemente los hombres de los barracones, sobre todo cuando salían de su vivienda. Yo supe su verdadero significado ese mismo día.

La Luisa vivía diez barracones más arriba del nuestro, y no solo cocinaba de maravilla, era la esclava más bonita del ingenio, con diferencia, y la más alegre y generosa con los hombres. Había aprendido a conseguir privilegios y favores en aquel lugar con uno de los dos talentos que tenía, el que le daba mejores resultados. Ramírez la había tomado como concubina y el resto de los hombres del ingenio se cuidaban de esconderse de él cuando yacían con ella. A mí también me gustaba, y mucho, había reparado en su belleza y sensualidad no en pocas ocasiones. Aunque era un escuálido muchacho de quince años que aún daba pocos signos de virilidad, en mi interior ya bullía el futuro hombre. Despertaba excitado cada mañana y, para mi sonrojo, cuando menos me lo esperaba bajo mi pantalón se alzaba la vida sin control.

La puerta estaba abierta, y me colé. Ella me esperaba. Esa noche, con la excusa de que le había preparado la cena a Ojosdeagua, se había propuesto «hacerme un hombre». Siendo todavía tan joven, ya llevaba un par de años dedicándose a este menester en el ingenio.

No me dio tiempo ni a saludarla. Estaba completamente desnuda, de espaldas, apoyada sobre una pequeña mesa que había en un rincón de la estancia. «Ven aquí, pequeño Bahati», escuché. Y fui. No me di cuenta de que dejé la puerta abierta, ni de la presencia de Ramírez, ni ella tampoco. Solo sé que un fuerte latigazo interrumpió el agradable proceso de niño a hombre que estaba aconteciendo en el barracón de la Luisa. El dolor me llegó hasta el último hueso. Me di la vuelta y, mientras un manantial de vida regaba los pantalones del capataz, caí al suelo aturdido. Me agarró de una pierna y, gritando todos los insultos que conocía, me arrastró hasta el patio enfurecido, desnudo, casi sin conciencia. «¡El que vuelva a arrimarse a la Luisa no lo cuenta! ¡¿Lo habéis entendido?!», gritó al vacío, aunque todos lo escuchaban tras las ventanas. Después volvió a entrar en el barracón de la muchacha y cerró la puerta. Pero cuando acabó con ella me hizo una visita.

Rosendo me estaba curando la brecha que me había abierto el latigazo en mi espalda, sin mediar palabra conmigo. Sabía que el episodio de esa noche acabaría con la paz de nuestro hogar.

Abrió la puerta con el desprecio y el sarcasmo anclados en el rostro:

—¿Sabes por qué todavía estás vivo, negro? —Rosendo y yo no parpadeábamos, estábamos tan asustados como expectantes—. Porque don Julio es un blandengue y no quiero problemas con él. Pero me encargaré personalmente de acabar con vuestros días felices. Sois escoria, la peor escoria de la plantación.

Antes de marcharse dejó una pequeña perola de hierro sobre la mesa. «Te has dejado la cena de tu cachorro. Total, para lo que le queda en esta mierda de mundo... a mí qué más me da», dijo cerrando ya la puerta. Me sorprendió que se prestara a hacerle semejante encargo a la Luisa después del incidente, realmente era una mujer muy seductora, o tal vez no sabía qué hacer con la olla.

Durante un tiempo fuimos su objetivo. De todas las crueldades que inventó para hacernos sufrir, como reducirnos la ración de alimentos, hacer trabajar a Rosendo hasta la extenuación, chantajear al resto de los ocupantes de los barracones para que nos marginaran... Nunca olvidaré el día que Ojosdeagua y Rosendo desaparecieron.

Caía agotado cada noche, ser padre tan joven y escribir durante todas las horas de luz suponía un gran esfuerzo. Cuando me acostaba en mi camastro, después de dar el último alimento del día al pequeño, estaba prácticamente muerto. Aprovechaba el poco descanso que me otorgaba el bebé intensamente. Lo único que me hacía despertar durante la noche era su llanto. Y esa noche no lloró, estoy seguro, salió del barracón dormido. Cuando desperté estaba solo. Me asomé al patio, pero nada, ni rastro de ninguno de los dos. Comencé a preguntar entre los esclavos con desesperación y nadie sabía nada o, si alguien tenía algún dato, no estaba dispuesto a decírmelo.

Alarmado, me encaminé a la casa del mayoral; preguntarle a Ramírez era absurdo, de hecho tenía el palpito de que tenía mucho que ver en todo aquello. Jacobo se quedó tan sorprendido como yo. Era cierto que de vez en cuando se fugaba algún esclavo, pero Rosendo no, siempre decía que no tenía a dónde ir, que esperaba morir allí, y menos con el niño, era del todo imposible. Se encaminó a los barracones y preguntó a los trabajadores. Nada, todo el mundo había dormido plácidamente durante la noche y no habían escuchado nada sospechoso, o no se atrevían a delatar al capataz. Tampoco Ramírez le dio explicaciones, a cuyo rostro asomaba un tenue gesto burlón que no se molestó mucho en disimular.

Cuando llegué a la casa del amo le expliqué el extraño suceso y me acompañó de nuevo a los barracones, muy contrariado por la situación. Los esclavos ya se habían marchado a la fábrica y la plantación. Registramos hasta la última vivienda y sus alrededores. Mi desesperación iba en aumento, tanto como mis sospechas hacia el capataz. Y así se lo comuniqué al amo. En un acto de valentía me atreví a señalar a mi verdugo:

—Creo que esto puede ser culpa del capataz, señor.

—No es posible, Ramírez es muy duro con vosotros... —se quedó pensando, realmente «duro» no era la palabra adecuada— lo sé —no, realmente no sabía hasta qué punto lo era—, pero esto es una insensatez a la que no se atrevería, al fin y al cabo a todos los efectos el niño es mío, no creo que osara desafiarme hasta ese punto. Voy a buscarlo a la fábrica, tú quédate aquí por si regresan —se le veía muy preocupado.

Ramírez lo negó todo y los esclavos apoyaron su declaración, todos le temían o le debían algo.

Pensé que los habría matado; que los habría obligado a adentrarse en la vegetación en plena noche y que seguramente su arma acabó con sus vidas, tal vez incluso torturándolos antes. El desasosiego, la impotencia y el dolor se apoderaron de mí. Pasé el día yendo y viniendo de casa del amo al barracón, no podía concentrarme en nada. El señor Hidalgo fue más que comprensivo con mi desesperación y no solo me dio el día libre sino que me apoyó y ayudó en lo que pudo.

En una de las ocasiones, al volver a casa del amo buscando noticias, la criada se acercó a mí y me dijo:

—Ha sido él, ese malnacido sabe dónde están, te lo digo yo que lo conozco desde que era un

niño, a ese hombre le corre el diablo por las venas. Quiera Dios que estén vivos.

—¿Quién? ¿Ramírez?

—Hombre, claro. Menudo pájaro es el capataz. De tal palo tal astilla, su padre mató al mío a latigazos, ha heredado su crueldad.

—¿Sabes dónde los puede tener escondidos?

—Ufff... pues no es grande esta selva... —y se dio la vuelta para entrar en casa, el amo se acercaba.

Fueron los dos días más angustiosos de mi vida. Pero a la segunda noche la Luisa entró en el barracón con noticias:

—Creo que los tiene en las viejas cuadras, seguro que los ha encerrado allí para vengarse. Ese mal hombre es capaz de dejarlos morir...

—¿Dónde están esas cuadras, Luisa? ¡Dímelo!

—Vamos, antes de que nos pille aquí juntos, te acompaño. No nos seguirá, el aguardiente que le he dado después de... Lo he dejado medio muerto.

Caminamos un buen rato entre la oscuridad. Por suerte la Luisa llevaba un pequeño farol, de lo contrario hubiésemos sido los siguientes desaparecidos a la mañana siguiente. No había camino, avanzábamos entre la maleza. Imaginé por qué la Luisa sabía dónde estaban las viejas cuadras: se encontraban bastante cerca de los lindes de la plantación y seguramente Ramírez las utilizaba para aliviar sus apretones viriles con ella, que parecían un mal crónico en los dos.

—¿Quién anda ahí? —se escuchó la voz de Rosendo.

—Soy yo, Rosendo, soy Bahati. Tranquilo, he venido a sacaros.

Estaban encerrados en el establo, un gran madero atrancaba la puerta, desde dentro era completamente imposible abrir.

Entre Luisa y yo conseguimos sacar la tabla y abrir la puerta.

—Bahati... amigo, Bahati... el pequeño... —dijo al ver mi rostro iluminado por el farol.

Me temí lo peor, su manera de hablarme... como dijo «pequeño»...

Nunca olvidaré las lágrimas de Rosendo iluminadas por la lámpara y su expresión de tristeza y sufrimiento.

—He hecho todo lo que he podido, Bahati. Le he dado de beber hasta mi propio orín...

—Dámelo —lo cogí temblando, pensé que ya estaba muerto. Pero no, estaba sumido en un extraño sopor que debía ser la antesala de la muerte, vivo aún—. Venga, vámonos al barracón.

—Nos matará, no podemos volver.

—No lo hará, lo solucionaremos. Venga, Rosendo, salgamos de aquí.

Recorrimos el camino de regreso en absoluto silencio. Yo llevaba a Ojosdeagua pegado a mi pecho, podía sentir el leve calor de su respiración en la piel. Solo pensaba en llegar y buscar la manera de reanimarlo. Tenía casi dos meses y había cogido bastante peso, y era un luchador, tal vez todavía estuviera a tiempo. Rosendo caminaba entre la vegetación torpemente, le costaba mantenerse en pie, la Luisa le daba su apoyo. La muchacha no había abierto la boca desde que llegamos al establo, estaba impresionada, sobrecogida por la escena.

Ya en el barracón me puse manos a la obra:

—Échate en la cama, Rosendo, voy a atender a Ojosdeagua, ahora te busco algo de comer.

—Sí, sí, atiéndelo. Luisa, agua, por favor, dame agua.

No sé cuánta agua bebió Rosendo, e inmediatamente se quedó dormido. Estaba desfallecido, se había mantenido despierto todo el tiempo de encierro. No, no era un cobarde, era el hombre más valiente que he conocido.

Sin perder tiempo me dispuse a reanimar a Ojosdeagua. Lo envolví en una manta y comencé a darle sorbitos de agua de mis labios. Estaba muy frío y su cuerpecito, lacio como un trapo, se dejaba hacer, como si estuviese relleno de broza.

—Venga, pequeño, bebe un poco. Ya estás conmigo, ya estás conmigo. Vamos, solo un poco —le decía una y otra vez viendo que sus labios seguían secos y sin moverse. Pensé que lo perdía, que después de tanto como había luchado por sacarlo adelante Ramírez me lo había arrebatado.

Mis lágrimas comenzaron a brotar, sentí cómo se le iba la vida, y la mía con él. Una gota de amargura cayó directa de mis párpados a sus labios y me pareció que su boquita se movía levemente. Pero podía ser una visión borrosa causada por el agua de mis ojos. Me los sequé con el puño de la camisa y volví a mirarlo, atentamente, queriendo guardar la calma. Y sí, intentaba sacar su seca lengüecilla para beberse mi tristeza. Había esperanza, sí, ¡había esperanza!

Pasé toda la noche dándole sorbitos de agua, creo que su mayor mal era la deshidratación, porque poco a poco, sorbo a sorbo, se fue reanimando. Intenté darle algo de comer, pero se negaba, por el momento solo quería agua. Antes del amanecer entró en calor, incluso hizo un esfuerzo por sonreír, como agradeciéndome que lo devolviera a la vida. Después se quedó dormido, plácidamente. Entró en un sueño mucho más natural del que había salido horas antes. Pensé despertarlo para que comiera algo sólido en varias ocasiones, pero algo me decía que en ese momento lo importante para él era descansar.

A pesar del cansancio y la tensión acumulados durante días, no dormí, estuve toda la noche pendiente de Ojosdeagua, incluso cuando se durmió. Me aterraba la idea de que al abrir los ojos Ramírez se lo hubiese llevado de nuevo, aunque estuviese pegado a mi pecho; estaba tan agotado que temía entrar en un pesado sueño si mis párpados se cerraban.

Tuve tiempo de pensar en muchas cosas, sobre todo en el motivo que me llevaba a proteger a un bebé más que a mi propia vida. Comprendí que el amor es una fuerza inexplicable, no había forma de razonar mi entrega, mi obsesión, lo que sentía al mirar el azul de sus ojos. Imposible luchar contra mi necesidad de protegerlo; en aquel momento el destino me había «impuesto» una tarea: Ojosdeagua era un ser vulnerable y solo con mi apoyo saldría adelante. Que finalmente superáramos aquella misión era una incógnita, pero esta posibilidad pasaba porque yo estuviese dispuesto a darlo todo. Lo cierto es que él me lo ponía fácil, cuando abría los ojos mi corazón se desbordaba. La naturaleza hace bello lo pequeño para estimular nuestro instinto de protección.

Cuando Rosendo despertó, mientras comía como jamás en su vida, me contó toda la historia:

—Lo ha hecho para vengarse de ti y para darte una lección, según decía durante el tiempo que caminamos hacia las cuadras en plena noche —hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto había adelgazado mi compañero en solo dos días.

Bebió agua para deshacer un nudo provocado por el pan y siguió:

—Nos sacó de aquí a medianoche, me apuntó con su escopeta y me obligó a coger a

Ojosdeagua. Tú... Tú ni te moviste, estabas agotado. No pude avisarte, Bahati, tenía el cuello de nuestro niño agarrado con una mano... estaba dispuesto a ahogarlo.

—Lo sé, sé que darías la vida por él.

Le costaba contar lo ocurrido, todavía tenía el miedo en el cuerpo, además de un hambre feroz.

—Lo peor fue cuando llegamos al establo, no sabes cómo lloraba el pequeño, parecía que pidiera ayuda. Ramírez me dijo que solo saldría de allí si lo mataba. Que tenía que elegir entre mi vida o la suya. Estaba convencido de mi cobardía, de que no aguantaría y de que cuando volviera por la mañana le entregaría a Ojosdeagua muerto. ¡Pero prefiero mil veces mi muerte, Bahati! Ya pensaba que finalmente moriríamos los dos cuando apareciste tú. ¿Qué va a pasar cuando vea que hemos vuelto? No ha saciado su venganza. Su intención era quitarte lo que más te importa sin mancharse las manos de sangre para no tener que dar explicaciones al amo y de paso demostrarte que mi amistad no vale más que un trozo de pan. Estaba convencido de que en cuanto me apretara el hambre lo mataría. Pero mi amor es más fuerte, Bahati, mucho más fuerte que el hambre. Ahora que lo pienso, qué hambre he pasado —seguía relatando, las palabras apenas podían tomar forma de lo llena que tenía la boca.

—Voy a casa del señor Hidalgo, volveré en cuanto pueda.

—¡No, no nos dejes solos de nuevo!

—Tranquilo, no tengas miedo, no se atreverá a haceros nada en pleno día, no le conviene tener que dar explicaciones al amo y al mayoral. Ramírez hace las cosas de otro modo. Dale algo de comer cuando despierte. Unas migas de pan mojado en leche le irán bien.

Aunque todavía no era pleno día, encontré a don Julio sentado en el porche, disfrutando del amanecer, ya dispuesto a comenzar la jornada. Reinaba el silencio y mis pisadas lo alertaron.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, señor Hidalgo. Soy Bahati.

—¡Dios Santo, muchacho, qué susto me has dado! ¿Qué haces por aquí tan temprano? ¿Hay alguna noticia?

—Los he encontrado.

—¡Alabado sea el cielo! Me alegro, me alegro mucho, Pasolargo. Pero siéntate, cuéntame cómo ha sido todo.

—Los secuestró el capataz.

—¿Ramírez? —en el ingenio había otro capataz, aunque pasaba todo el tiempo en la plantación, nunca aparecía por los barracones.

—Sí. Se los llevó a media noche apuntando a Rosendo con su arma. Los encerró en una vieja cuadra que hay en los límites de la plantación, sin agua ni comida.

—Pero...¿Cómo ha sido capaz de algo así a mis espaldas?—comprendí que no tenía ni idea de todo lo que Ramírez hacía a sus espaldas.

—Quería vengarse por... Bueno, no sé si sabe que utiliza a las esclavas más jóvenes como concubinas.

—Algo he oído. Yo mismo lo he sorprendido en un par de ocasiones.

—Pues me sorprendió él a mí con La Luisa y... No me siento orgulloso. Lo siento.

Me escuchaba con atención, no muy sorprendido, después de años siendo el amo de todo

aquello y de tratar con Ramírez, por más que hiciera por mantenerse al margen, algo sabía de sus métodos y abusos.

—Sabe cuánto me importa Ojosdeagua y lo mucho que confío en Rosendo. Su idea era mucho más macabra que dejarlos morir en el establo. Quería quitarme al pequeño y demostrarme que Rosendo me traicionaría en cuanto sintiera hambre, ya sabe cuánto le gusta comer. Le dijo que si mataba al niño con sus propias manos, él saldría de allí vivo. Imagino que tendría preparada una buena historia para echarle la culpa de todo a Rosendo. Los he encontrado a punto de morir.

—No sé qué decirte.

—Señor Hidalgo, ¿qué pasará ahora? Si Ramírez se entera que le he contado todo esto y vuelve a vengarse no sobreviviremos.

—Has hecho bien en contármelo... Escucha, Pasolargo, los tiempos están cambiando, cada vez hay más esclavos que consiguen su libertad, la abolición total de la esclavitud es un hecho. Yo... Te compré a ti y al niño solo porque necesitaba a alguien que escribiera por mí. De hecho en la plantación más de la mitad de los trabajadores ya son libres. ¿No te ha dicho Rosendo que es libre?

—No, y nunca lo hubiese sospechado.

—Mi suegro le dio la libertad antes de morir, era casi un muchacho... Se marchó y trabajo para otros colonos y hace cuatro años decidió volver.

—Pues vive como un esclavo.

—Supongo que por eso se la concedió, a él y a algunos más, sabía que siempre le serviría fielmente, fue una cuestión política. Lo intentó, Rosendo se fue, pero... Imagino que a ser libre también se aprende.

—No me ha contado nada, actúa como un esclavo.

—Puede que de alguna manera la libertad sea un estado mental... no lo sé.

—No entiendo por qué se somete a Ramírez, por qué no se marcha, ha estado a punto de morir.

—Porque no tiene a dónde ir, mejor dicho, no sabe a dónde ir, que no es lo mismo. Tiene pavor a salir de la plantación, hay un par de cimarrones que le tienen ganas.

—¿Cimarrones?

—¿Todavía no has oído hablar de ellos? Son esclavos que han escapado de los ingenios buscando la libertad, viven en las montañas, confabulando contra sus antiguos amos. Algunos se acercan a los barracones para hacer tratos con los trabajadores y sacarles información. Prefiero mantenerme al margen de todo esto, no tiene sentido involucrarse en una lucha estéril, como te digo, la esclavitud en Cuba tiene los días contados, somos la única colonia que aún no ha firmado su abolición, pero no queda mucho.

—Todo esto que me cuenta es muy triste. Rosendo es un buen hombre, si viera cómo trata a Ojosdeagua... Sé que daría la vida por él y lo ha demostrado, tal vez porque tenga alma de mujer.

—Pasolargo...—Se quedó pensando.

—Dígame, señor Hidalgo.

—¿Sabes que es muy posible que seas el último esclavo llegado a tierras americanas? Fuiste el último que bajo del último barco negrero que ha llegado a estas costas o a cualquier otra.

—Creo que ser el último no me excluye.

—Ya.

—De todas formas me parece que yo no fui el último esclavo en bajar del barco, fue

Ojosdeagua.

—Eres libre, Pasolargo.

—Lo sé, todos nacemos libres.

—Quiero decir que te concederé la libertad...

—Perdone, señor Hidalgo, pero usted no puede concederme la libertad, nunca le ha pertenecido.

Mis palabras tenían un tinte de arrogancia que no escapó a la perspicacia de don Julio. Lo cierto es que en aquellos días, aunque no volviese a llegar a ninguna costa un barco negrero, un hombre podía comprar o vender a otro con el beneplácito de los pueblos más avanzados del planeta y, de cualquier manera, con papeles de libertad o sin ellos, la mayoría de los trabajadores negros de las plantaciones de La Habana eran esclavos. Quise retarlo, echarle un pulso y ver cómo se defendía ante mi respuesta.

—¿Qué edad tienes?

—Creo que estoy a punto de cumplir los quince años o tal vez los haya cumplido, he perdido la noción del tiempo y el espacio. La verdad es que nunca me preocupó el tiempo, pero ya me advirtió Papalú que en el mundo blanco era importante.

—Me asombra tu capacidad de razonamiento... Puede que lleves razón, todos los seres humanos nacemos libres por derecho, pero no tardamos mucho en llenarnos de miedos y ser esclavos. ¿A qué tienes miedo tú? —En esta ocasión sobraba la palabra «puede», y él lo sabía.

—Al sufrimiento, como todo el mundo. Todos somos esclavos del sufrimiento, incluso Ramírez —pensé que él también lo era, pero no quise hacerle daño.

—Hablando de Ramírez...

El capataz se acercaba a la casa montado a caballo, al verme, su rostro se encendió en ira, pero hizo un gran esfuerzo y se dirigió con cierta amabilidad al dueño de las tierras:

—¡Buenos días, don Julio!—Saludó ya parado, montado en el equino—. Voy al puerto, ¿quiere que le haga algún recado?

—Siéntate con nosotros un momento, Ramírez, quiero decirte algo.

—Perdone, don Julio, pero tengo algo de prisa, hablamos esta tarde, si le parece.

—Siéntate, desayuna con nosotros antes de marcharte.

—Perdóneme, pero tengo por norma no compartir mesa con esclavos, luego se te suben a las barbas y...

—Acabo de concederle la libertad a Bahati, no quebrantarás tus «leyes».

—Tengo prisa.

—¡Si-én-ta-te!

Yo intentaba tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Ramírez se bajó del caballo parsimoniosamente, como retando al amo.

—¡Tara! —llamó a la sirvienta, que apareció de inmediato.

—Dígame, señor Julio.

—Pon el desayuno, seremos tres.

—Enseguida, señor Julio.

Ya sentados los tres a la mesa, mientras esperábamos el desayuno, el señor Hidalgo comenzó la conversación que tenía pendiente con el capataz:

—Voy a ser muy claro contigo, Ramírez. Al igual que Rosendo, Bahati y el niño son libres de hoy en adelante, si se te ocurre volver a tocarlos, serás juzgado y pagarás por ello.

—Yo no los he tocado. Rosit... Rosendo se perdió entre la maleza y se refugió con el niño en las viejas cuadras...

—No sé por qué siempre he tenido la sensación de que no me entiendes. Te lo explicaré de nuevo: Rosendo, Bahati y el niño son libres. Rosendo trabaja en el ingenio por voluntad propia, igual que tú, y Bahati —ya se había aprendido mi nombre y ante los demás me llamaba Bahati— acaba de obtener la libertad, si quiere quedarse y trabajar para mí lo hará por su propia voluntad y recibirá un jornal por sus servicios, igual que tú, de ninguna manera estará obligado a vivir bajo la amenaza de tu látigo. ¿He sido lo suficientemente claro? —esperó unos instantes una contestación que no llegaba—. Da gracias a que eres parte del legado de mi suegro y tienes a Rosario de tu parte, de lo contrario te aseguro que te hubiese despedido el primer día que te conocí. Te aconsejo que no vuelvas a ponerme a prueba, no quiero recordarte a nombre de quién está todo esto.

No probó bocado de los manjares que la sirvienta nos había traído, Ramírez se puso en pie, con toda la rabia que encontró en su ser, miró al señor Hidalgo y antes de marcharse solo dijo:

—Dé usted gracias a don Ramón que me incluyó en la herencia que recibió, de lo contrario ahora no tendría ni dónde sentarse, no tiene usted carácter ni para gobernar su casa.

El señor Hidalgo tardó en recomponerse del exabrupto de Ramírez, y no lo consiguió del todo aquel día, le dolió terriblemente, fue una flecha cargada de veneno. Que no había nacido para administrar una empresa como el ingenio lo tenía muy claro, pero que se atreviera a decirle que no era capaz de gobernar su casa era como la confirmación de que algo se le escapaba. Hacía tiempo que sospechaba de una extraña relación entre su esposa y el capataz, pero Rosario lo negaba todo y su generoso carácter, además del gran amor que sentía por ella, no le permitían desconfiar.

—Bien, puedes marcharte, Pasolargo. Ya no estás obligado a escribir mi historia, puedes ocuparte de la tuya. Mañana te entregaré los documentos necesarios y Ojosdeagua y tú seréis libres.

—Creo que ese documento no puede concederme la libertad que necesito para marcharme, tengo miedo a lo desconocido, no sé dónde podría ir con un niño de semanas. Por el momento, si me lo permite, prefiero trabajar para usted. Si me paga, aprenderé a ahorrar y podré comprar papel y tinta para escribir también mi historia. ¿Podré también comprar tiempo, y libros, y...? ¿Me enseñará a comprar?

—Lo haré, Pasolargo, te enseñaré a usar el dinero, pero no tendrás que comprar libros, podrás leer los que yo tengo. Te aseguro que no vivirás para leerlos todos. Creo que es hora de trabajar...

—Tengo que recoger a Ojosdeagua, Rosendo debe estar a punto de irse a la plantación...

—Ve, vete tranquilo, te esperaré.

No solo fui el penúltimo esclavo que bajó del último barco negrero, creo que también el que menos tiempo lo fui. Siempre tuve mucha suerte, mi vida ha estado tocada por la fortuna desde que nací y me agrada recordar a cada instante que fue gracias a que mi madre me puso Bahati, es una manera de no olvidarla.

CAPÍTULO XI: Tiempos de cambio y libertad

A partir de la desagradable conversación que mantuvieron el señor Hidalgo y Ramírez en mi presencia, la vida en el ingenio comenzó un lento cambio. El sentido de la propiedad de un ser humano sobre otro ya no se entendía como el mero derecho del ganador, del más inteligente y emprendedor; eran muchas las voces que se alzaban en el viejo y el nuevo continente proclamando la igualdad y los derechos de los negros, y este nuevo pensamiento que cambiaba el orden mundial reverberaba hasta en el último lugar del planeta. Aunque la plantación parecía infranqueable, un trozo de tierra encerrado en una isla lejos del continente colonizador. Llegaban ecos de libertad, pero daba la impresión de que el mar fuese una alta muralla que les costara traspasar. En la isla todo ocurría después.

Al día siguiente, don Julio me entregó mi libertad y la de Ojosdeagua firmadas, además de un documento en el que él y yo aparecíamos como tutores del pequeño. Había muchos trabajadores en la plantación que, a pesar de tener la libertad, se resistían a abandonar su condición de esclavos, como Rosendo, y cuando obtuve la mía comprendí por qué: no era solo una cuestión de tener un escrito que lo certificara, el problema estaba en la pedestre mentalidad, blanca y negra, que se había instalado durante siglos en la isla. Tendría que pasar mucho tiempo para que blancos y negros se vieran como iguales. A los que ostentaban el dinero y el poder les estaba costando aceptar la condición libre de sus trabajadores, pero parecía que eran precisamente los antiguos esclavos los que no asumían e incorporaban la libertad a sus vidas. Tal vez porque el camino que tenían ante sus ojos estaba plagado de escollos, porque la desventaja con la raza dominante, social, económica y cultural, era tan abismal que se habían rendido antes de comenzar la lucha.

Por mi parte, siempre me sentí libre, y tengo la convicción de que uno es lo que siente. Quizá porque mi madre puso mucho empeño en ello o por mi bendita suerte, nunca puse al servicio de otros mis actos ni mis pensamientos. Nunca sentí pertenecer más que al universo. Ni siquiera a la sabana, menos aún a hombres tan limitados como yo. Sí, la libertad es un estado mental, como lo es el sentido de posesión, solo que lo segundo es una trampa en la que caen los esclavos de la avaricia.

Aunque seguí siendo el objetivo de su resentimiento hacia el mundo, Ramírez no volvió a confabular contra mí, o al menos no tan abierta y gravemente. Después de todo, era un cobarde. Nunca iniciaba una tropelía sin tener bien cubierta la espalda. Sin el aval que le ofrecía el chantaje no era más que un ser decrepito y ruin, carente de toda influencia. El señor Hidalgo había abierto por fin los ojos y asumió con aparente entereza y resignación los amoríos de su esposa con el capataz. Yo pasaba casi todo el día en la vivienda familiar y fui testigo del frío distanciamiento del matrimonio. Lo que pasara en la alcoba de los esposos lo ignoro, pero no escapó a mis ojos la tristeza que inundó el hogar. No puedo negar mi perplejidad ante la elección de doña Rosario, me resultaba difícil comprender el motivo por el que prefería a un hombre tan cruel y tosco como Ramírez cuando tenía en su propia casa al más sensible, culto y generoso de la plantación; un hombre que renunció a todo por ella.

Lo más doloroso para mí fue vivir día a día cómo se apagaba la alegría de Balbina. Ya no canturreaba por los rincones, ni cogía flores para adornar la casa. En sus ojos se advertía la

melancolía y las comisuras de sus labios cedieron a la gravedad.

No sé qué me seducía de Balbina, tal vez era ese halo que desprenden las criaturas que crecen fuera del mundo, esas que consiguen escapar de todo contagio insano. No creo que fuese en realidad una niña especialmente bella, o sí, no podría decirlo, nuestra diferencia racial hacía muy difícil una interpretación objetiva. En cualquier caso, me sorprendí a mí mismo, enamorándome. No de una manera adulta, por decirlo de algún modo, no, no, por entonces no la deseaba, era algo más inocente y sutil. Era admiración, casi devoción. Sabía lo comprometido que podía ser para ella mi cercanía, por eso evitaba el contacto, la observaba de lejos, como mucho me atrevía a saludarla tímidamente cuando nos tropezábamos. Solo sé que cuando escuchaba sus pasos me daba un vuelco el corazón y que al pasar por su lado un aroma dulce y fresco me nublaba la vista, aunque Rosendo se empeñara en decir que los blancos olían a carne cruda, que les faltaba sol y estaban a medio cocinar.

Una ventosa tarde escuché los jipidos de Balbina entre los silbidos del viento. Se escuchaban al otro lado de la casa. Yo estaba solo, leyendo bajo el porche «Los tres mosqueteros». Don Julio se había marchado al puerto después de almorzar y no volvería hasta el día siguiente. A los pocos segundos supe que era ella. Dudé de si acercarme o no a consolarla, desde que el señor Hidalgo me concediera la libertad, su esposa estaba más esquiva aún conmigo; de alguna manera, me hacía culpable de los recientes problemas con su marido; aunque el matrimonio ya los tenía desde el principio, nunca hasta ahora el señor Hidalgo se había manifestado tan esquivo y déspota hacia ella. Si doña Rosario me sorprendía cerca de su hija mis días en la vivienda del amo se complicarían aún más. Pero no pude resistir la tentación. Solté el libro y la busqué por los alrededores de la casa.

Antes de doblar la esquina pasé por la ventana del dormitorio principal del matrimonio. Lo que escuché no dejaba lugar a dudas: una mujer jadeando y susurrando palabras soeces, y no estaba sola. No tardé mucho en descubrir que tenía compañía masculina, cuando alguien dijo: «Voy a cerrar la ventana, la niña está merodeando fuera», creyendo que mis pisadas eran las de Balbina. Supe que doña Rosario yacía con Ramírez.

Se había cuidado mucho de que yo no lo viera entrar, tenía su caballo atado en la fachada trasera. Pasé sigiloso bajo la ventana y al doblar la siguiente esquina encontré a Balbina echada en la pared, abrazada a su muñeca. Me miró con los ojos anegados y se le escapó un pequeño suspiro.

—Hola, Balbina. ¿Te encuentras bien? Me pareció oírte llorar y...

—Entré en su cuarto a coger mi muñeca y se enfadó, mamá se enfadó mucho —me contestó entre jipidos.

—Bueno, seguro que se le pasa enseguida —le dije acercándome, poco a poco, hasta que me senté a su lado.

¿Era posible que estuviera enamorándome de una niña? Sentí como si a mi negra piel la abandonara todo el sol acumulado durante milenios y en cambio la sabana hirviera en mis tripas. No, no me atraía la mujer que aún estaba por llegar, era la ternura de sus transparentes lágrimas la que me tenía preso, encadenado. No hubiese tocado ni uno solo de sus dorados cabellos, ni rozarme quería, no fuese a tizar su delicada envoltura. Me seducía así, sola, sin el mundo y sin mí.

Había dejado dormido a Ojosdeagua en su sencilla cuna, un viejo barreño de zinc provisto con un saco de lana de oveja, y comenzó a llorar. Me levanté y, antes de que volviera a doblar la esquina, Balbina me habló:

—Bahati...

—Dime, pequeña.

—No me gusta Ramírez.

—A mí tampoco.

Creo que, dentro de las circunstancias, supe sacar provecho a mi libertad y situación. Es cierto que no tenía a dónde ir, pero no lo era menos que difícilmente habría fuera del ingenio un trabajo mejor para mí que el de escribano de don Julio. Por las mañanas escribía sus memorias, sus tristes memorias, lo que irremediamente me convirtió en el guardián de sus penas y secretos; y gran parte de la tarde era mía. Como no estaba especialmente cansado, a mi regreso me sentía con energía suficiente para atender a Ojosdeagua y escribir y leer varias horas. A pesar de las reyertas y los cambios políticos, recuerdo aquellos años con nostalgia, estuvieron llenos de momentos felices.

Por otro lado, el señor Hidalgo pagaba bien, especialmente a mí, que era el que menos trabajaba en la plantación, en realidad pasaba semanas sin pisarla siquiera. Valoraba el trabajo intelectual seguramente como ningún otro colono en Cuba, y más aún el que yo le ofrecía, que estaba a su total servicio. El salario que me daba semanalmente lo ahorraba casi en su totalidad, Rosendo pagaba con gusto los gastos que generaba nuestro protegido, decía que él solo tenía dos necesidades: comer y pagarse un buen entierro. Y yo, más que necesidades, tenía un sueño, pero habría que esperar.

Por entonces, tengo que confesar que ahora tampoco, no era muy consciente del momento histórico cubano que estaba casi protagonizando. Tampoco el amo parecía estar interesado en involucrarse, siquiera pronunciarse, sobre el enfrentamiento que sufría la isla contra sus centenarios colonos españoles. La Guerra de los Diez Años la viví, es incuestionable, pero no supe de su importancia hasta mucho después. Solo sé que la plantación cada vez producía menos, que los esclavos y jornaleros se tornaban día a día más reivindicativos y que muchos se marcharon del ingenio y se alistaron en el ejército. Todo se hundía en nuestro entorno para dar paso al esperado cambio, pero don Julio y yo a lo nuestro, a escribir; él me dictaba su vida y yo escribía la suya por el día y la mía durante la noche. Mientras, Ojosdeagua crecía sano y feliz, ajeno a todo, convencido de que su modelo de vida y familia era lo natural.

La isla estaba enfrascada en la Guerra de los Diez Años, las reyertas y los combates entre militares españoles y rebeldes cubanos se sucedían constantemente de costa a costa. En los barracones, el tema sobre la lucha por la independencia era motivo de reuniones y discusiones constantes en el patio. Los trabajadores comenzaron a perderle el miedo a Ramírez; cada vez le costaba más imponer su particular orden.

Una noche Rosendo me despertó muy sobresaltado:

—¡Bahati, despierta! —Casi caigo de mi camastro del fuerte zarandeo—. Los cimarrones han asaltado el ingenio, están en el patio incitando a los esclavos —él llamaba esclavos a todos los trabajadores— a quemar la casa del amo.

—¿Qué estás diciendo?

Una enorme piedra entró como una flecha por la ventana y cayó a mis pies. Comprendí que Ojosdeagua estaba en grave peligro.

—Coge al niño y llévatelo de aquí, escóndete entre los árboles que rodean la plantación y no regreses hasta que todo haya pasado. ¿A qué esperas? ¡Corre! —Ojosdeagua ya contaba con un año

de edad, se había despertado y estaba entre los dos con el miedo fondeado en sus claros ojos.

Cuando salí de mi barracón el patio estaba en calma, ya se habían organizado. Unos cincuenta hombres, armados y portando grandes antorchas, se encaminaban ya hacia la casa de don Julio incitados por los cimarrones. En aquellos momentos solo pensaba en Balbina. La imaginaba entre llamas... Decidí coger un atajo plagado de matorrales y espinos y me puse a correr. Corrí como jamás en mi vida. Sentía como las zarzas se agarraban a mi piel y a mi escasa ropa, pero nada ni nadie podían pararme en aquel momento. Mis veloces piernas hicieron su trabajo y me dieron la ventaja precisa que me permitió avisar al amo antes de que llegaran los insurrectos. Pero lo primero fue colarme por la ventana en el cuarto de Balbina y sacarla de la casa.

—No te asustes, Balbina. Tengo que sacarte de aquí, ¿de acuerdo? No tengas miedo, no te haré nada...

—Lo sé. Venga, vámonos.

Ni por un segundo dudó de mis intenciones, a pesar de irrumpir en sus sueños a media noche, semidesnudo y ensangrentado.

Con la niña en los brazos recorrí el pasillo que llevaba a la habitación conyugal. Cuando abrí la puerta don Julio ya estaba en pie, tenía el sueño muy ligero. No había nadie más en la habitación.

—Don Julio, están al llegar, dispuestos a prender fuego a su casa con antorchas.

A pesar de mi brevedad y de lo increíble que debió parecerle mi imagen a media noche con su hija en brazos, tampoco dudó de mis palabras ni un solo instante.

—¡Sácala de aquí, Bahati! ¡Rápido! Voy a buscar a Rosario.

Hacía meses que doña Rosario dormía sola, en la habitación más alejada a la que había compartido con su marido desde que se casó. Tenía que ser esa y no otra, necesitaba intimidad y una ventana que comunicara con la zona trasera de la finca. Cuando don Julio irrumpió en la habitación la encontró dormida plácidamente. No estaba sola.

Posiblemente, si Ramírez hubiese estado en su puesto, durmiendo en su casa, a cincuenta metros de los barracones, esa hubiera sido una noche más. Los cimarrones no se habrían atrevido a entrar en el ingenio y maquinarse su tropelía en el patio con los trabajadores teniéndolo tan cerca.

El capataz salió corriendo como un cobarde, como lo que en realidad era. Cuando vio que las antorchas estaban a menos de cien metros, no dudó en avanzar semidesnudo, con los zapatos en la mano, en dirección contraria. Sabía que si lo encontraban sería su primer objetivo. En realidad todos los trabajadores de la plantación tenían más deudas pendientes con el capataz que con el amo.

No recuerdo cómo salimos de allí, solo sé que no tardé mucho en encontrarme entre los árboles de una pequeña loma, con Balbina en los brazos, agarrada a mi cuello. La negrura era espesa cual melaza, las copas de los árboles no dejaban que la media luna se asomase; pero supe que alguien me seguía, porque escuchaba a cierta distancia su respiración agitada y el crujir de las ramas al paso. Era el señor Hidalgo, que avanzaba entre la maleza intentando alcanzar a su hija.

Doña Rosario salió tras su amante, su elección era clara, prefería seguir al hombre que le calentaba la cama antes que a su hija y su esposo. Me pareció una decisión inexplicable, pero horas después supe que su extraño comportamiento encerraba una potente razón.

Tras el dueño de la casa, apareció Tara, la sirvienta, exhausta por el esfuerzo que le había supuesto recorrer el empinado y accidentado camino con tanto peso.

Cuando amaneció pudimos comprobar los daños, pocos para la tragedia que se esperaba.

Doña Rosario había regresado, sola.

Don Julio entró como loco en la casa, directo a su despacho. Salió abatido, con la única mano que tenía envuelta en cenizas.

—¡Lo hemos perdido, Pasolargo! Todo un año de trabajo convertido en cenizas... —me dijo a punto de derrumbarse.

—No importa, señor Hidalgo, volveremos a escribir esas páginas.

—¡Casi perdemos la vida y solo te importan tus estúpidos escritos! ¡Te odio! ¡Te odio! Nunca debí casarme contigo. Mira en lo que has convertido la herencia de mi padre. ¡Cobarde! Siempre fuiste un cobarde...

—¡Basta, Rosario! Intenta controlarte, hazlo por nuestra hija.

Balbina estaba agarrada a la cintura de su padre, dejando claro de parte de quién estaba, apoyándolo y mirando a su madre con todo el desprecio que le permitía su inocente alma.

Pero la cólera de la esposa iba en aumento, estaba fuera de sí:

—¿Nuestra hija...? ¿Todavía no te has dado cuenta? No, Julio Hidalgo, tú no tienes hijos, todo lo que sembraste en mi vientre enfermaba antes o después, no vales ni para eso. Balbina es hija de Ramírez, del hombre que más odias en esta isla. ¡Cómo pude casarme con un ser tan tonto y tan inútil! Piensa por un momento, haz la cuenta. Cuando volviste de Madrid de despedir a tu moribunda madre Balbina ya estaba en mi vientre. Tanto como has aprendido en tus libros y no fuiste capaz de hacer una simple suma.

—¡Cállate! Ten piedad al menos de esta niña.

Sé que en ese momento se había roto por dentro, pero hizo un esfuerzo sobrehumano por su hija, porque lo cierto es que él era su verdadero y único padre.

—¡Y tú, negro sarnoso! Ponte a limpiar todo esto, ya es hora de que hagas algo útil en esta casa.

Y así lo hice, dejando a don Julio sentado en las escaleras del porche con su hija, conteniendo las lágrimas y la rabia.

El señor Hidalgo era de una sensibilidad especial, su esposa no podía disfrutar de la grandeza de su espíritu, su capacidad de amar y, por tanto, de perdón. Ella nunca valoró el amor que le profesaba desde que la conoció, no estaba educada para ello, o eso creo, porque no es posible explicar de otro modo lo ajeno que sentía el rico mundo interior de su esposo. Sé que la hubiese perdonado a cambio de un poco de amor; le habría perdonado incluso el hecho de que le ocultara durante tantos años que la miel clara de los ojos de Balbina no era herencia de su madre, de esa madre que nunca lo quiso como él esperaba, sino de su mayor enemigo. Pero doña Rosario tenía el corazón demasiado atormentado y resentido y jamás le hubiese pedido perdón, tal vez por su educación, o porque en el fondo la culpa la torturaba, o porque en su interior mente y corazón siempre habían vivido enfrentados.

Se casó obligada por su padre y las circunstancias, pero estaba enamorada del capataz, que por aquel entonces era un buen mozo, un tipo con energía y atractivo. Su físico no tenía competencia entre los hombres que había conocido en La Habana, bien que me lo había contado la Luisa, que a su vez se lo contó su madre. Pude deducir todo esto sumando los rumores que me llegaban de la muchacha y Rosendo con los escritos que me dictaba el amo sobre su pasado, no hacía falta ser muy

listo, solo tener la mente un poco más despejada que la de don Julio. Tal vez se enamoró del capataz porque era el modelo más parecido al de su padre, tan déspota, granuja y aparentemente seguro como él. Cuando el dueño del ingenio se dio cuenta de que su hija bebía los vientos por el joven Ramírez la envió a Madrid y le encargó a un hermano que le buscara un buen casamiento. Pero a la vuelta el capataz no respetó su matrimonio y la acosó hasta que fue suya de nuevo. La utilizó, la chantajeó para conseguir el favor del nuevo amo, amenazándola con contarle a don Julio que su princesa nunca fue suya. Por eso doña Rosario consentía sus fechorías y que obligara a todas las esclavas jóvenes a tener relaciones con él. Con el tiempo ya no le importaban tanto sus amenazas como saber que a su lado podría conservar parte de la herencia, porque no tardó mucho en comprender que tarde o temprano su marido lo perdería todo y porque, de todas formas, nunca lo había querido lo suficiente.

En realidad, hubo poco que limpiar. Una única antorcha cumplió en parte su misión. Fue la que entró por la ventana del despacho de don Julio y cayó sobre su mesa, arrasando con el pasado que creíamos ya inmortalizado. Con la ayuda de la criada, saqué el escritorio y la silla al exterior y su dueño terminó de quemarla. Había comenzado el fin de un imperio, y todos los presentes fuimos conscientes de ello.

Me marché a media mañana, ante las tristes miradas de padre e hija, sin saber si volvería al día siguiente, en el bolsillo llevaba la única hoja que pude salvar entre las cenizas de todos los escritos del amo.

Recuerdo las últimas palabras que me dijo antes de emprender el camino hacia los barracones: “Creo que ya no me queda nada por lo que luchar, Pasolargo”. “No diga eso, don Julio, Balbina está a su lado”, le dije.

CAPÍTULO XII: La Guerra de los Diez Años

Sí, fueron tiempos de grandes cambios, para el mundo y para mi estimado colono, que por aquellos días era para mí uno de los padres que nunca tuve, como Papalú y el doctor. Fui un chico con mucha suerte dentro del marco histórico más infortunado; esa suerte que siempre me acompañó y en la que tanto me complazco. Tenía mi propio universo, inabarcable para un muchacho tan joven, un universo tan inmenso que me perdía en él. Mientras Ojosdeagua se convertía en un exótico y precioso niño, yo comenzaba a dar pasos de hombre en todos los sentidos; aunque Rosendo siempre decía que yo era una de esas raras criaturas que se hacen hombres en el vientre de su madre, tal vez porque él todo lo veía con ojos de niño.

Me sentía cada vez más responsable de Ojosdeagua, me había impuesto la dura labor, en las circunstancias que nos rodeaban, de conseguir para él el futuro que hubiese deseado para mí y que cada vez se me antojaba más improbable. Pero no para el pequeño; para él todo era posible.

Don Julio me había dado muchas esperanzas, me dijo que en el estado de Virginia había un educador de origen esclavo que estaba abriendo el mundo intelectual a los negros. Eso es lo que yo soñaba para Ojosdeagua: la verdadera libertad; la que solo surge de la educación y el conocimiento. Pero para conseguirlo tendría que salir de allí.

Pasé unos meses en una situación peculiar e incómoda, nadie me daba trabajo, me pagaban por no hacer prácticamente nada. Escribía algunas cartas para el amo y me convertí en su recadero, él evitaba por todos los medios asomar a la plantación y a la fábrica para no encontrarse con Ramírez y cada vez que necesitaba algo me enviaba a mí. Jacobo también me encomendaba algunos trabajos livianos, como contar sacos en el almacén o averiguar el motivo por el que se había ausentado algún trabajador. Ramírez hacía lo imposible por no toparse conmigo, me obviaba, ahora que el amo sabía que era el padre de Balbina no quería tener problemas a causa de su protegido.

El ingenio se desmoronaba en todos los sentidos, y el conflicto bélico que la isla mantenía con España se preveía largo y cruento. Viví la Guerra de los Diez Años casi como un observador y, sorprendentemente, don Julio también. Supongo que la asumí como parte de la idiosincrasia de la isla; cuando llegué a Cuba en 1870 hacía dos años que había comenzado. Fueron tiempos en los que todo valía, las leyes y normas morales se desvanecieron. Esto les dio la oportunidad a Ramírez y a doña Rosario de airear su relación sin tapujos, y no dudaron en traicionar a don Julio abiertamente. Él estaba abatido, ya nada le producía perplejidad; el día que, gracias a la complicidad de los adúlteros, el ingenio fue absorbido por otro más grande y próspero, no supuso para el señor Hidalgo más que un eslabón más de la larga cadena de tragedias que sufría. Tal vez por Balbina, por el inexplicable amor que sentía hacia su esposa, o porque ya pocas cosas le importaban firmó la cesión y administración de sus bienes sin cambiar el triste rictus que mostraba desde el día del incendio. Lo único que conservó fueron la vivienda, su hija, sus libros y un mísero porcentaje de los beneficios que pudiera generar el gran ingenio al que ahora pertenecía todo. A partir de ese día, Rosendo y yo fuimos sus únicos empleados. La criada Tara se marchó a servir al nuevo colono y el capataz se fue a vivir cerca del gran ingenio que había fagocitado a otros tantos, conservando su puesto y mejor

sueldo. El nuevo amo era mucho más afín que don Julio a sus maneras de gobernar a los trabajadores. Y doña Rosario cada vez pasaba más tiempo en la nueva vivienda del capataz.

Los últimos años de la Guerra y otros tantos, Rosendo, don Julio, Balbina, Ojosdeagua y yo nos convertimos en una familia. Las guerras dan lugar a extrañas adhesiones. La nuestra, desde luego, no tenía parangón.

Los días pasaban entre el desasosiego y el gozo. Teníamos miedo a los rebeldes, al ejército, a los cimarrones, al nuevo amo, a Ramírez... Teníamos miedo a que nos robaran el simpático gozo que los cinco estábamos viviendo en medio del caos, las armas y la desolación. Que durante aquella batalla por los poderes de unos y las libertades de otros un niño nacido en la bodega de un barco negrero, el último barco negrero, sin familia, sin raíces, estuviera creciendo con toda clase de mimos y atenciones y con un maestro entregado, como lo fue don Julio, solo podía ser un milagro.

Rosendo lo alimentaba y mimaba, Balbina lo adoraba como al hermano que nunca tuvo, casi como una madre, y don Julio y yo nos ocupábamos de que su educación fuera lo más vasta posible. En mi vida, desde que mi madre me llamara Bahati, no faltaron los golpes de suerte.

A pesar de que por aquel entonces apenas escribía para el amo, si acaso alguna carta para la familia o algún amago de comenzar de nuevo su biografía, él siguió pagándome el salario como escribiente, parte de los reales que recibía de los beneficios de las tierras cedidas nos los entregaba a Rosendo y a mí. Alguna vez quise renunciar, no me parecía justo.

—Déjelo don Julio, ya está haciendo bastante por Ojosdeagua y por mí, si no fuera por usted... no puedo imaginar qué habría sido de nosotros.

—Guarda estos reales, Pasolargo, cuando todo esto termine los necesitarás. Ojosdeagua tiene que salir de esta isla, tiene que demostrar al mundo que la ignorancia no tiene color ni culturas. Todavía te queda una gran misión que cumplir. Esto no es para ti; sé que sabrás emplearlo en algo grande. Pasolargo, no sé cuánto podré sostener esta situación, si pasara algo... —metió su única mano en el bolsillo y sacó una llave—. Toma, es la llave del armario de mi dormitorio, en el tercer cajón, bajo las sábanas, hay una caja con todo lo que he podido ahorrar hasta ahora sin que Rosario se entere, no permitas que se lo arrebatan a Balbina. ¿Lo harás? —fue una muestra de confianza que me enorgulleció.

—No le quepa duda, don Julio, guardaré esta llave como si fuera la vida de Ojosdeagua.

Y así fue, la llevé colgada a mi cuello con un grueso cordón durante años.

Mientras educábamos y cuidábamos al rey de la casa, Balbina se hacía una mujer. Estar tan cerca de ella cotidianamente, asistir a su transformación, disfrutar de sus silencios y sus tímidas miradas, fueron los mejores regalos que me ha deparado la vida. Mi amor sufrió la misma metamorfosis que su cuerpo. Ya no la veía y sentía como una vulnerable e inocente niña, ahora la encontraba la mujer más bella del mundo, su imagen me acompañaba día y noche, y así me lo hizo saber en una ocasión Rosendo:

—Bahati, despierta.

—¿Qué pasa? —contesté aturdido en el silencio de media noche.

—Deja de gritar su nombre, el amo duerme cerca y te va a escuchar.

Comprendí enseguida que estaba soñando con ella. Como recordando el día que la rescaté del fuego, las llamas la abrasaban y mis pies me impedían salvarla, ya no corrían, los sentía pesados

como el plomo, pegados a la tierra. Sí, estaba gritando su nombre, creí morir con ella.

—Lo siento... Yo... —estaba agitado, con el rostro húmedo.

—¿Qué ocurre, Bahati? ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo la miras? Sabes que la hija del amo está prohibida para los de nuestra raza. Si sigues mirándola con esa cara de tonto a cada momento pondrás en peligro nuestra vida en esta casa y el futuro de Ojosdeagua —sabía que esto era lo que más me dolía—. Si doña Rosario se da cuenta no parará hasta echarnos de aquí, o algo peor.

—A doña Rosario le importa poco su hija, odia tanto a su marido que incluso está permitiendo que viva con tres hombres y un niño. Pero llevas razón, si en una de sus visitas se percatara... No sé lo que me pasa, no puedo controlarme, estoy enamorado de ella.

—¡Quiach! —en aquella ocasión su expresivo «quiach» denotaba una gran preocupación—. Deja de decir tonterías, huele a carne cruda, a carne de gallina joven. Y tan pálida, tan melancólica... Si parece que está enferma. Deberías ir de vez en cuando a la fábrica, hay muchachas preciosas, y negras.

—Yo la encuentro muy hermosa y me encanta su olor. Creo que también ella se ha fijado en mí.

—¡Quiach, quiach, quiach...! No digas salvajadas. ¿Cómo se va a fijar en ti la niña blanca? ¡Quiach, quiach! Deberías salir de vez en cuando con chicos de tu raza y edad, hay muchos en el ingenio, quedan para hablar de sus cosas, se divierten siempre que pueden, te vendría bien conocerlos. Creo que estar encerrado entre estas cuatro paredes llenas de libros te está afectando al cerebro. Venga vamos a dormir, todavía quedan un par de horas para que amanezca. Y sueña en negro, Bahati, en negro, ¡por Dios!, nos jugamos mucho.

No dormí, su imagen y mil pensamientos de los que me avergonzaba una y otra vez no me lo permitieron. Balbina me gustaba hasta límites peligrosos, muy peligrosos. Pensé que ni siquiera don Julio, cuyo afecto por mí y Ojosdeagua estaba fuera de toda duda, aceptaría nuestra relación. Sí, tal vez fuera el hombre blanco con la mente y el corazón más abiertos de toda la isla, pero hasta ese punto... Su niña, su muñeca, lo único que le quedaba en la vida... Parecía que desde que supo que era hija de Ramírez la quisiera y la protegiera más todavía.

Y estaba en lo cierto, su corazón no tenía color, pero en la mente guardaba un resquicio de su cultura ancestral.

Desde el día que Rosendo, Ojosdeagua y yo nos trasladamos a casa de don Julio, mi trabajo fue casi simbólico. La pérdida del manuscrito en el incendio lo desalentó. No le quedaban fuerzas ni moral para comenzar de nuevo. Lo intentó, puedo dar fe de ello.

Por otro lado, convivir con el pequeño y la fascinación que le produjo asistir a su crianza, no le dejaba mucho tiempo libre al antiguo amo, ni concentración. Con todo, algunas tardes, mientras el pequeño seesteaba me decía: “Escribamos un rato, Pasolargo, hoy me apetece”. Pero enseguida se desmoronaba, la traición de Rosario le impedía acordarse de su vida sin estremecerse, la conocía desde los doce años y casi todos los capítulos que recordaba de su pasado llevaban el nombre de Rosario. «Déjalo, Pasolargo, no puedo, ya no recuerdo lo vivido del mismo modo, me resulta demasiado doloroso», me dijo la última vez que volvimos a la tarea. Era lógico, ¿cómo iba a relatarme su amor por Rosario después de saber con toda seguridad que casarse con ella había sido el mayor error de su vida? Creo que solo con pensarlo le sangraba el corazón.

Aquellos inconclusos escritos llenos de amargura terminaron alimentando el fogón, menos el que conservo de esa calurosa y húmeda tarde. Tenía especial interés en que escribiese algo. Le

resultaba más fácil hablarme de un tema que le inquietaba a través del papel y la tinta. Necesitaba poner distancia entre los dos.

Cuba

La Habana, 8 de Julio de 1876

De mi infancia en Madrid, del hogar donde nací y las personas que me educaron conservo muy gratos recuerdos. Era el más pequeño de tres hermanos varones. Mis padres y mis abuelos paternos, que vivían en casa, me adoraban. Mi padre siempre reñía con mi madre porque le parecía que me mimaba demasiado para ser varón. Mis hermanos, en parte llevados por los celos y en parte por la razón, fueron durante años mis mayores enemigos, especialmente Rodrigo, que fue el más perjudicado por mi llegada, el que tuvo que salir de los brazos de mi madre para hacerme hueco. Pero Dora, nuestra fiel ama de cría, la que tenía brazos para todos, siempre nos vigilaba de cerca; me protegió de los golpes y trastadas del pequeño tirano sin descanso. Ella fue mi otra madre, la que me ofreció sus pechos y me cuidó sin quejarse jamás. En mis noches febriles nunca me faltó su compañía, se sentaba en la mecedora que había junto a mi cama hasta el amanecer. Su blanco pañuelo nunca permitió que las lágrimas alcanzaran mi barbilla.

Pero sus manos eran negras como la noche... (Don Julio suspira levemente y hace un pequeño descanso) y mi madre no soportaba que me tocara. Todos sus cuidados y caricias fueron secretos. Lo cierto es que la prefería a ella antes que a mi madre. Los niños no entienden de colores, toman el amor sin más. Pasaba gran parte del día en su alcoba. La recuerdo cálida, ordenada, perfumada y confortable; la recuerdo como a ella, como también recuerdo ese constante miedo a que apareciera mi madre. Cuando dejó de amamantarme me prohibió entrar en su cuarto y andar tras sus faldas. Aquel estar entre dos amores incompatibles entre sí, mi madre y Dora, me hizo enfermar. Mi madre mandó llamar a una vieja tía de mi padre para que me atendiera. Estaba decidida a separarme de Dora. Cada noche, en cuanto la tía Otilia se quedaba dormida en una cama dispuesta a dos metros de la mía, salía de mi cuarto a hurtadillas e iba a buscar a Dora a su alcoba para que me acunara en sus brazos y me susurrara aquellos mágicos cuentos de sus antepasados que tanto me gustaban. Pero una noche no la encontré en su cama. Al día siguiente, a pesar de las órdenes de mi madre de no abandonar la cama hasta que estuviera totalmente restablecido, me levanté y la busqué como loco por toda la casa. Salí a la calle gritando su nombre, hasta que la fuerte mano de mi hermano Rodrigo tapó mi boca. Me miró a los ojos con desprecio y me dijo: «Dora se ha marchado para siempre, la hemos perdido por tu culpa. Deja de llamarla, no volverá jamás. Mamá te avisó mil veces que no anduvieras todo el día tras ella. Antes de anoche la tía Otilia te vio, te echó de menos en tu cama y te encontró en la de ella. Dora decidió marcharse nada más amanecer, se ha ido por tu bien, para que te hagas un hombre de una vez y entiendas que ella es negra y tú blanco».

Me costó meses, pero lo entendí y, a pesar de que sigo convencido de que el amor no tiene color, no es menos cierto que la piel sí lo tiene y es lo que ve la sociedad. Comprendí que ningún hombre puede vivir a espaldas del mundo que le rodea.

Entendí perfectamente el motivo por el que me había llamado a escribir esa página de su biografía, a la que nunca antes había hecho alusión. Sí, sabía de Dora, pero en las ocasiones anteriores que escribí sobre ella don Julio no consideró necesario dejar constancia de que era de

raza negra, aunque sabía lo importante que fue para él en su infancia y así lo escribí en aquel manuscrito que ardió años atrás. Con este pasaje de su niñez don Julio quería explicarme lo que era incapaz de decirme mirándome a los ojos. Me había puesto como ejemplo de valentía y sacrificio a su ama de cría Dora.

Yo sí fui capaz de mirarlo a los ojos y hablarle:

—¿Me está invitando a marcharme, señor Hidalgo?

—Créeme que en estos momentos es lo último que quisiera, pero no podría soportar ver sufrir a Balbina o, peor aún, que su madre la arrancara de mi lado por tu causa. Tienes otra opción, olvídala, asume que vuestra relación es imposible y haz que mi hija lo entienda.

Me dolieron sus palabras, pero no fueron para mí una sorpresa, hacía tiempo que me miraba de otro modo cuando Balbina estaba cerca y su gesto se volvía agrio cuando su princesa se acercaba a nosotros para dar algún recado a su padre o preguntarle algo. No hacía falta ser muy avisado para notar la tensión de aquellos momentos en los que coincidíamos los tres. Aun así, guardaba la esperanza de que finalmente aceptara lo que estaba naciendo entre su hija y yo.

La vida acababa de darme una gran lección: todos tenemos, en mayor o menor medida, una parte de la mente asida a nuestros ancestros, a nuestra educación, nuestra cultura... Nuestro pasado. Difícilmente un solo hombre puede librar la dura batalla de soltar los lastres heredados; han de pasar generaciones, nuestra memoria es una caja de hierro infranqueable.

Con todo, no pensaba ceder:

—No está en nuestra mano derribar montañas más grandes que el mismo cielo, señor Hidalgo, son obras de dioses, del suyo o del mío, qué más da, pero de otros mundos más elevados. Usted podría dedicar su vida a construir un muro entre su hija y yo, y moriría agotado inútilmente. Si el amor pudiese ser controlado por hombres no sería tal. ¿Cree acaso que con su advertencia podrá acabar con sentimientos que han llegado del firmamento? ¿Acaso piensa que es cosa de la voluntad quererse? Aunque muriéramos en este instante nuestro amor ya ha ocurrido. Yo también tengo miedo a hacerla sufrir, a que la gente la desprecie por amarme, pero poco puedo hacer, si acaso callar y aguantar, o marcharme, si usted me lo pide.

Me había escuchado con mucha atención, siquiera había sacado el pañuelo para secar el sudor de su frente, la humedad y el calor eran insufribles aquel día y sudaba copiosamente.

—No quiero que te marches, y menos por el qué dirá un mundo que hace tiempo me dio la espalda, pero sé que si Rosario supiera lo que está surgiendo entre su hija y tú no dudaría en encerrarla de por vida en un convento, como hicieron sus padres con una de sus hermanas. Entiendo que te estoy pidiendo lo que ni yo mismo soy capaz de hacer, pero mi niña... Ella se merece una vida mejor que la mía. Mírame, Pasolargo, mira lo que queda de mí por entregarme a un amor que en el fondo nunca fue ni pudo ser.

—Su tristeza no la ha provocado el amor, ha sido el desamor. Tal vez, si doña Rosario no se hubiera casado con usted por el qué dirán... ¿Eso es lo que quiere para Balbina? ¿Una boda con un hombre al que no respetará ni amará jamás?

Que algo tan hermoso como lo que estaba naciendo entre Balbina y yo pudiera provocar tanto sufrimiento me hizo reflexionar. No podía culpar al señor Hidalgo de tratar de impedir nuestra relación, lo hacía por ella, sé que a él no le hubiese importado, incluso se habría alegrado, también a mí me quería, y me respetaba mucho más que a la mayoría de blancos que había conocido. Lo intenté, intenté ignorar a Balbina con todas mis fuerzas. Ella se dio cuenta y también se alejó todo lo que

pudo de mí durante un tiempo.

CAPÍTULO XIII: Tres meses de amor

Don Julio llevaba razón, ocurrió tal y como lo temió: nuestro intento de alejarnos fue baldío, caímos en la tentación y la vida de todos viró.

Me encontraba leyendo bajo el porche, Ojosdeagua dibujaba a mi lado, muy concentrado en su tarea. Contaba ya casi ocho años, era un niño muy tranquilo y bastante autosuficiente. Sabía que Balbina estaba cerca, a unos metros, a mi espalda, tendía la ropa ayudada por Rosendo, o más bien habría que decir que ayudaba a Rosendo a tender la ropa. Era él quien se ocupaba de las tareas de la casa y ella la que andaba siempre tras él ofreciendo su ayuda.

Al momento apareció Rosendo:

—Voy a la fábrica, he hecho limonada y no hay ni un grano de azúcar, parece mentira, rodeados de cañas. ¿Algún recado para Ramírez? —bromeó.

En la fábrica las cosas habían cambiado poco, el capataz siempre andaba por allí, solo que más viejo, más dócil y más amo que nunca.

—No tardes, te esperamos para comer —Siempre que iba a la fábrica se entretenía charlando con un grupo de mujeres con las que en su día compartimos los barracones, le encantaba hablar con ellas, cotillear un poco sobre los amoríos que acontecían en el ingenio y las últimas noticias, como «una» más.

—Ya lo creo que me esperarás, no sabes ni encender la lumbre.

—Me voy contigo, Rosendo —dijo Ojosdeagua.

—Venga, te llevaré en el viejo carro.

—No tardéis.

Don Julio no volvería hasta bien entrada la tarde, había ido al puerto a comprar avíos para el afeitado y ponerse al día de las noticias de la prensa. La guerra estaba a punto de terminar.

Balbina y yo estaríamos solos en la casa al menos un par de horas. El destino nos tentaba una vez más y una vez más nos armábamos de valor para superar el momento. No conseguía concentrarme en la lectura de “Los papeles póstumos del club Pickwick”, una obra de Dickens traducida al español por Benito Pérez Galdós y que don Julio había conseguido que le enviaran a precio de oro —de los momentos importantes hay detalles que nunca se olvidan—. De todas formas, até mis pupilas al papel, me obligué a no levantar la vista e intenté distraer mi mente, sin ningún éxito. ¡Estábamos solos! Lejos de todos y de todo.

Tras mi libro, la vi acercarse, despacio. Ella todo lo hacía despacio, vivía despacio. Era como si supiera que por mucho que corriera nada estaría a su alcance. Eso me hechizaba. Balbina había aprendido a vivir solo un poco y guardarse para sí todo un mundo. En realidad solo salía de sí misma cuando estaba con Ojosdeagua, lo adoraba. Su edad con respecto a él le permitía ser un poco amiga, un poco madre y un poco hermana. Me hacía feliz verlos juntos y sé que a don Julio también. La afinidad que había entre ellos representaba la prueba de que era posible superar las barreras del racismo, solo había que ignorarlas. Pero, claro, no era un amor peligroso.

Como decía, se me acercó lentamente y esperó a que asomara los ojos sobre el filo superior del libro. Debí parecerle una talla en madera, aunque por dentro bullía. Se paró a diez centímetros de mí, su vestido de pequeñas flores violetas rozaba mis rodillas y desprendía un olor embriagador. No

podía pensar, pero sí sabía que de alguna manera estaba a punto de traicionar a un hombre bueno y en su propia casa.

Cerré el libro y lo dejé sobre la mesa, también despacio, y temblando. Alcé la vista, la miré a los ojos y, después de un breve silencio en el que ya había comenzado la “traición”, ella habló:

—Yo también tengo miedo, Bahati, mucho, pero lo que más me aterra es que un día te marches sin haber conocido tan siquiera un abrazo tuyo —casi susurraba, la emoción le llegaba a la garganta—. Dame la mano.

Se la di. Un torrente de sangre tibia comenzó a circular a través de nuestros dedos entrelazados, blancos y negros. Bajé los ojos para mirarlos y contemplé la imagen de ese primer contacto. Me pareció de una belleza única y de un profundo significado.

—Balbina, ¿estás segura?

—Sí, pero aquí no, ven.

Tiró de mí suavemente hasta el baño. El ventanal estaba abierto y el sol calentaba el agua de una gran tina de cinc. Hizo una pausa para mirarme después de desabrochar cada botón, y después me quitó la camisa. Besó mi pecho cien veces, yo sentía como si una paloma me lo golpeará con sus frágiles alas intentando entrar. Le cogí los hombros y le di la vuelta para desabotonar su vestido. El olor del viejo bálsamo plantado a dos metros se colaba por la ventana y se paraba justo en su espalda, sedosa, bella y blanca como la luz que nos envolvía. Su vestido cayó al suelo y la abracé con ganas, más seguro que nunca de que justo entre mis brazos tenía por fin lo que tanto había anhelado, la felicidad completa.

Antes de que se volviera hubo una primera vez, fugaz, que a mí me avergonzó y a ella le arrancó un leve requiebro. Pero fue solo el comienzo. Terminó de desnudarme y un instante después estábamos sumergidos en el agua bajo el baño de sol, enredados como hilos de seda. Yo crucé al paraíso a través de su piel blanca y ella lo conoció más allá de mi negra corteza.

Los dos conocimos aquel día qué perfecta pareja hacen el amor y el placer. Parecía que ella en otra vida se hubiera instruido en tan hermoso arte, hizo que todo fluyera con una maestría mágica. Yo, que ya había probado el dolor que deja en la espalda un encuentro efímero con la Luisa, comprendí que en realidad aquel día fue mi verdadero debut en el mundo de los placeres.

Lentamente, tal y como todo comenzó, nos vestimos sin dejar de mirarnos.

—Bahati.

—Sí.

—Me gusta mucho cuando sonríes, me gustan tus dientes. Son tan blancos...

—Y a mí tu blanca piel, sabe muy dulce.

—Bahati...

—¿Sí? —esperaba sus palabras con las pupilas mojadas.

—Tú sabes que esto es cosa del cielo.

—Sí, lo sé.

—No tengas miedo a los que caminan por la tierra, nuestro amor es más fuerte y más grande. Ahora vete—Y me despidió con un agrídulce beso en los labios.

Habíamos probado el fruto prohibido y nos supo tan delicioso que ya ningún otro fue suficiente para calmar nuestro joven y hormonado apetito. No tardamos mucho en perder el miedo y escondernos por los rincones para regalarnos una caricia o un beso. Nuestra necesidad se volvió

peligrosa. Llegamos a aprovechar las leves siestas que don Julio echaba después de comer en el porche. Nos conformábamos con unos minutos al día a solas: en la cuadra con el viejo caballo como testigo, en el cobertizo, bajo el abrigo del bálsamo... Ella tuvo que aprender a amar deprisa, a mí me resultó más fácil. Después de esos fugaces momentos, antes de separarnos, ella siempre me pedía una sonrisa, y yo, claro, se la regalaba, intentando que no asomara mi miedo a perderla.

En una ocasión nos sorprendió Rosendo. Cuando llegó la noche me habló sobre el tema:

—¿Sabes que te estás jugando el futuro de Ojosdeagua? —Me impactó el tono tan transcendental con el que me hablaba, impropio de él, que aunque debía pesar más de ciento cincuenta kilos, tenía una mente casi infantil. Hubo de reunir toda la madurez con la que contaba para hablarme en esos términos, como un padre a un hijo— ¿Tienes idea de lo que pasaría si el amo llegara a enterarse de lo que está ocurriendo a sus espaldas, bueno, en su propia cara? Por no hablar de doña Rosario. No quiero ni pensarlo.

—La quiero, Rosendo —Contesté con la cara escondida tras mis manos, sentado en mi cama, mientras él daba pequeños paseos por la habitación. Paró un momento y se sentó frente a mí para volver a hablarme:

—¿La quieres más que a Ojosdeagua? ¿Tanto como para echar por tierra todos los proyectos que tenemos para él? Nos pondrán en la calle a los tres, si se entera de lo vuestro se acabó. ¡Maldita sea, Bahati! ¿Qué te está pasando? ¿Has perdido el juicio?

—No me hagas elegir, es injusto. Los quiero a los dos, ellos y tú sois todo lo que tengo en mi vida.

—Mírame a los ojos —aparté mis manos y le mostré mis ojos enhebrados en agua y sangre—. No puedes tenerlo todo, es más, solo hay dos opciones: olvidarla y que Ojosdeagua siga creciendo educado en un ambiente inalcanzable para cualquier negro o seguir viéndote a escondidas con Balbina y perderlo todo, a ella también. Hagas lo que hagas, la perderás y no volverás a verla jamás.

—Solo imaginármelo... Creo que no podría soportarlo.

—Lo soportarás, la voluntad y el tiempo te concederán el olvido.

—¡Jamás! Olvidarla, jamás.

—No importa, es suficiente con que aprendas a quererla en silencio, que lo que sientes por ella quede para ti.

No tuve que elegir. Tres meses duró nuestro romance. Una mañana, poco antes del amanecer, me despertó un murmullo y el ruido de los guijarros bajo las ruedas de un carro. Me asomé y vi que el vehículo se alejaba tras el alba.

Cuando salí a comprobar qué pasaba, me encontré a Rosendo sentado en la puerta de la casa. Él había escuchado mis pasos y me habló de espaldas, consciente de que estaba tras él.

—Se la han llevado, Bahati —casi me desplomo en el umbral. Me apoyé en el quicio de la puerta y guardé silencio—. Se terminó. No sé cómo se ha podido enterar doña Rosario, tal vez ha sido el mismo amo quien le ha contado lo vuestro... ¡Se la han llevado, Bahati! Te advertí, pero tú no quisiste parar... ni ella tampoco. Creo que no volveremos a verla jamás. ¿Cómo vamos a vivir sin

nuestra niña blanca? —y se echó a llorar como un niño, con una desesperación y tristeza que helaba la sangre. Creo que sus lamentos se escucharon por toda la isla. Él también la quería más que a su vida. Todos la adorábamos.

Aquel día lo recuerdo vacío, ni mi mente ni mi espíritu reaccionaron a mi gran pérdida. Todo se paró en la casa. Rosendo pasó el día en la mecedora del porche vigilando a Ojosdeagua, sin responder a su insistente pregunta: «¿Dónde está Babi, Rosendo?». Ojosdeagua la llamaba Babi. Y a mí me cogió la noche tal como amanecí, en la cama, como un moribundo al que ya nada lo une a la vida. Ni una lágrima, ni un suspiro, nada. Era como si me hubiese quedado hueco. Pero reaccioné en cuanto volví a escuchar el crujir de las ruedas del carro.

La noche ya se había instalado en el ingenio, reinaba el silencio, seguramente, Rosendo se había quedado dormido con el pequeño en su cama. Cada noche lo acompañaba a su cuarto y le contaba vivencias de su niñez en África, mitad recordadas y mitad inventadas, todas relatadas por enésima vez; todas inacabadas a causa del cansancio. Nunca antes me había parecido tan ensordecedor el sonido que producía el movimiento de las ruedas comprimiendo la tierra. Salí de la casa de inmediato, sin pensar en las consecuencias ni en quién pudiera ocupar el carro.

Una tímida luna perfilaba de azul dos figuras sentadas sobre el banco del coche de caballos, don Julio y Ramírez. Por un momento hice hueco en mi tribulación y me permití observar la patética estampa. El señor Hidalgo compartiendo asiento y viaje con el hombre que le había arrebatado toda su vida y lo había humillado más allá de lo que cualquier hombre podría soportar. Debía tener una razón muy poderosa. Aunque, después de todo, los dos eran padres de Balbina.

El caballo de Ramírez estaba en el establo. Cualquier otro día lo habría sabido, pero no había salido de la cama en todo el día. Don Julio se bajó del carro y, mientras el capataz se acercaba a la cuadra para cambiarlo por su caballo y emprender la marcha hacia su vivienda, se paró ante mí y me miró largo rato sin articular palabra.

—¿Dónde se la ha llevado? —pregunté tras el sonido del galope del equino que se alejaba.

—Nunca te perdonaré que me hayasseparado de mi hija—me contestó con los ojos llenos de rencor, como nunca antes lo vi, y entró en casa.

Fueron las únicas palabras que me dirigió en varias semanas. Al pasar por mi lado, me empujó deliberadamente, mostrando una actitud agresiva nueva para mí, con la que me arrancó del letargo, de la muerte en vida que sufrí durante todo el día. De repente era consciente de mi doloroso desarraigo, sentí como si de un golpe de cincel me abrieran en dos el corazón. Al cruzar el zaguán rumbo a mi habitación, el espejo mostró mi cuerpo semidesnudo, más negro que nunca. Un hilo de plata delimitaba mi contorno y algo de blanco debía quedar en los ojos y me miró. No me gustó lo que vi, hasta entonces había tenido un alto concepto de mí mismo, una seguridad inusitada teniendo en cuenta mi raza y mi realidad. Pero en aquel momento sentía que todo mi ego se había marchado con ella en el carro y que no volvería a recuperarlo, ni a ella tampoco.

Siete años duró nuestra idílica y simpar vida familiar. A partir de ese día todo se ensombreció: el cielo, la casa, nuestro carácter... Incluso Ojosdeagua pareció madurar de repente, o simplemente perdió gran parte de su natural alegría. La relación entre nosotros se distanció y enfrió como si una repentina glaciación se hubiese instalado en la finca. Todos parecíamos enfadados con todos. Especialmente don Julio conmigo. No lo culpo, yo mismo no me soportaba. Igual que para la

isla, en mi corazón había concluido una guerra con una humillante derrota.

Aparentemente, en casa cada uno de nosotros continuamos nuestra rutina, pero mucho más solos. Rosendo dedicaba su tiempo a las tareas del hogar y a cuidar a su protegido, que poco a poco lo necesitaba menos. Don Julio se ausentaba cada vez más de casa, llegaba a pasar días en el puerto o en sus inmediaciones, seguramente matando su dolor en las cantinas; volvía con los ojos ensangrentados y oliendo a alcohol y miseria. Cuando estaba en casa y sobrio solo le divertía comprobar cómo avanzaba en sus estudios Ojosdeagua.

—Ojosdeagua, trae tus libretas.

El niño se apresuraba a buscarlas, se hacía la vaga ilusión de que todo volvía a ser como antes. Y así era a ratos.

—A ver esas cuentas —decía mientras pasaba las hojas y el niño lo miraba expectante, deseoso de felicitaciones—. Muy bien... Muy bien... Vaya, vaya con nuestro muchacho —y los dos sonreían, aunque uno bajo la amargura.

Después jugaban un poco a las preguntas. Don Julio se las lanzaba al azar, teniendo en cuenta los conocimientos ya adquiridos en las muchas horas que el niño tenía de formación académica:

—¿Siete por cinco? —preguntaba.

—¡Treinta y cinco ! —contestaba con rapidez y entusiasmo el niño, con la alegría en el océano que había quedado pintado en su mirada desde el día que nació. Era como recuperar por momentos la felicidad que reinaba en la casa antes de que se llevaran a Balbina.

—¿París está en el continente...?

—Europeo —contestaba sonriendo y con seguridad, se divertía.

Todos saboreábamos esos instantes como si fueran pequeños bocados de placidez robados a un pasado que sabíamos no volvería. La candidez de Ojosdeagua era lo único que endulzaba tanta acritud, tanta tristeza.

Él era el único que seguía creciendo por dentro y por fuera, que se dejaba llevar por el paso del tiempo y día a día tomaba sorbos de vida con ilusión, inocente, confiado...

Tanto amor recibido en sus ocho primeros años dio para alimentar su pequeño espíritu otros tantos y más, toda la vida.

Caí en una profunda depresión, para mí el tiempo se paró en el momento más amargo de mi vida. Nada me motivaba, hacía las tareas con el pequeño de la casa por inercia y porque él me buscaba e insistía. Para el niño era un divertimento y una manera de conseguir nuestra atención. Pero yo apenas me concentraba en nada, ni siquiera en la lectura, que rara vez conseguía rescatarme de mi tribulación.

La veía por todas partes, su imagen se me aparecía en todos los rincones de la casa: en la cocina, ayudando a Rosendo, en el salón cosiendo nuestras ropas, en el cuarto de Ojosdeagua escuchando sus historias de niño, junto a los cordeles tendiendo... Y sobre todo en el baño, sumergida en la tina, iluminada por los rayos de sol que se colaban por el ventanal, esperando mis negros e indecentes brazos. La amé desde que la vi, pero nunca tanto como cuando la perdí.

No indagué sobre su paradero, tuve claro desde el principio que nuestra historia sería tan intensa como corta, que aquellos días de completa felicidad encerraban una condena eterna. Tampoco supe quién tomó la determinación de arrancarla de mi vida, ni quién nos traicionó. Durante los tres meses que nos entregamos al amor solo fuimos sorprendidos por Rosendo y yo estaba

convencido de que no nos hubiese delatado jamás; no me molesté ni en preguntarle, seguro de la respuesta. En realidad ya no importaba, igual fue Ramírez que algo sospechó y movió los hilos, o doña Rosario..., dicen que las madres tienen una comunicación invisible con sus hijos, que leen en sus ojos los más recónditos secretos. Como digo, los motivos no me inquietaban, lo único que me importaba era que, allá donde estuviera, ella no estuviese padeciendo como yo; que consiguiese olvidarme y encontrar nuevamente la alegría.

Pensé que finalmente me resignaría a vivir con su ausencia, que aceptaría la pérdida de lo que nunca me perteneció; pero pasaban los meses y la desolación no me abandonaba, era una constante compañía día y noche.

CAPÍTULO XIV: En el convento

El señor Hidalgo no se acostumbró a la soledad, no la soportaba, pasaba prácticamente un día sí y otro no fuera de casa, por el estado en que volvía, seguramente visitando las cantinas de los alrededores del puerto. A veces se marchaba en su fiel caballo Rómulo, desprovisto de carro; atrás quedaron esos tiempos en los que venía cargado de víveres y objetos para la casa y las mujeres de su vida. Gracias a que el animal se sabía el camino, porque a veces su amo venía en tan lamentable estado que hubiese sido incapaz de guiarse a sí mismo. Al menos una vez al mes se ausentaba dos o tres días seguidos y volvía fresco, cansado, pero no bebido. En estas ocasiones se llevaba el carro con algunas provisiones y ropa de abrigo. No era difícil sospechar que iba a encontrarse con su hija y que debía vivir lejos del ingenio.

Hubiera dado mi vida por preguntarle y tener alguna noticia, pasadas las primeras semanas en las que me había dado totalmente por vencido, comencé a abrigar algo parecido a la esperanza, pero no podía jugarme el futuro de mi protegido. Rosendo, Ojosdeagua y yo, milagrosamente, seguíamos allí. En más de una ocasión pensé si no hubiese sido mucho más lógico y fácil para don Julio echarnos a la calle a los tres antes que arrancar a Balbina de su lado. La respuesta a esa incógnita solo la tenían él, su todavía esposa y probablemente Ramírez.

Rosendo y yo cada vez nos comunicábamos menos, después de meses no habíamos sido capaces de romper el hielo y contarnos lo que sentíamos. Llevado por la sospecha de que los viajes periódicos de tres días de don Julio podrían ser para visitar a su hija, me decidí a hablarle.

El bochorno de la tarde obligó a Rosendo a sestar un rato. Cuando entró en nuestra habitación yo preparaba unos ejercicios para Ojosdeagua sobre una pequeña mesa. Entró sin saludar, nuestro mutismo se había hecho costumbre. Se descalzó y se desplomó en la cama, los años empezaban a hacer mella en el gigante.

—Rosendo.

—Hmmm...

—¿Me oyes?

—Claro. Creo que va a llover, deberías ir a buscar a Ojosdeagua, anda por los matorrales buscando bichejos para su colección; parece fascinado por las últimas lecciones de biología que le dio el amo.

—Lo busco en cuanto termine. Rosendo...

—Hmmm... —creo que intuía que la conversación no sería de su agrado.

—¿Tú sabes a dónde va don Julio cuando tarda tres días en regresar?

—No, el amo hace tiempo que apenas me habla, ya lo sabes —contestó mirando al techo, simulando desinterés.

—Pero anda contigo en la cocina, preparando las provisiones antes de salir...

—Y nada más. Le preparo algo de comida y ropa y se marcha.

—¿Crees que va a visitar a Balbina?

—Lo que tú y yo creamos a nadie le importa.

—No puedo vivir así, Rosendo, me siento morir.

—Tú y yo no importamos para el mundo, muérete, pero mientras tanto piensa en lo único que

ha merecido la pena desde que llegaste aquí. Guárdate tu condena, como hago yo, como hace el amo. Muramos en silencio y recemos para que a Ojosdeagua le dé tiempo a hacerse un hombre y con mejor vida que la nuestra. Y da gracias al Altísimo por seguir bajo este techo —Rosendo era muy religioso.

—Creo que voy a buscarla.

Mis últimas palabras lo obligaron a sentarse en la cama para poder mirarme a los ojos.

—Haré como que no te he escuchado, porque si me diera por enterado tendría que contárselo al amo —ya no me regalaba ni un solo «quiach», había demasiada distancia entre nosotros.

—¿Serías capaz de traicionarme?

—¿Serías tú capaz de traicionar de nuevo a Ojosdeagua? Yo no te lo consentiré.

La conversación había terminado, había perdido a mi amigo y compañero Rosendo, ya no estaba de mi parte.

Pasaron semanas, pero no podía quitarme de la cabeza la idea de buscarla, de saber dónde y cómo estaba. De hecho, mi debilidad anímica se vio en algo paliada por una leve ilusión. Comencé a maquinarse cómo alcanzar esa lejana posibilidad. Podría seguir al señor Hidalgo a cierta distancia, mis pasos continuaban siendo largos y rápidos y el carro, por los angostos caminos de la isla, seguro que avanzaría más lentamente que yo. Confiaba en que Rosendo finalmente no me delatara; porque a él sería imposible esconderle mi ausencia.

Días más tarde intuí que al amo haría uno de sus misteriosos viajes y que saldría de madrugada. La noche antes escuché que le decía a Rosendo que despejara el carro, estaba ocupado con comida para los caballos.

Necesitaba descansar, si finalmente partía tras don Julio, me esperaban días agotadores. Después de esperar a que la casa estuviera en silencio y sacar de la cocina algo de queso, unos plátanos y una cantimplora de agua, intenté robarle a la noche algunas horas de sueño, sin éxito. Al principio porque no conseguía parar mi cabeza y después porque sentía la cercanía del alba y temía quedarme dormido en el peor momento. Además, tenía una sensación de vértigo en el estómago por momentos dolorosa, provocada por el miedo a lo desconocido, por una tremenda incertidumbre.

Antes del alba ya escuché el trajín propio de la partida. Calculé muy bien cada sonido: los pasos rápidos y sigilosos de don Julio por el pasillo, los de Rosendo, lentos y pesados, el chirriar de la puerta de la despensa, el murmullo de la escueta charla de los dos hombres en la cocina... Cada vez lo tenía más claro, eran compinches, don Julio confiaba a Rosendo secretos que yo desconocía. Sí, eran cómplices; tendría que andarme con cuidado, mi amigo se había tomado muy en serio lo de poner a Ojosdeagua hecho un hombre bajo aquel techo. Estaba seguro de que no le movía ninguna otra razón, solo pasaría por encima de mí para proteger a su niño.

La casa volvió al silencio de la noche para dar paso al sonido del rodar del carro. En pocos minutos el ruido de los guijarros se perdió en la lejanía. Rosendo entró enseguida en el dormitorio y tardó un minuto en roncar, después de comprobar que yo «dormía plácidamente». Inmediatamente, sigiloso como una serpiente, salí por la ventana; no quería arriesgarme a que el chirriar de las ajadas puertas despertara a mi compañero. Comencé a correr como un guepardo, recordando cuando atravesaba la sabana para ir en busca de Papalú, por la única salida de la plantación que podía recorrer un carro.

No pensaba, no veía, no escuchaba... Daba la impresión de que estuviese firmemente decidido a dejar toda la rabia y tristeza contenidas durante meses en aquel camino. No debió pasar ni

media hora cuando lo alcancé. Me escondía tras el follaje cada vez que temía ser descubierto.

A mediodía don Julio paró en un remanso del camino que debía conocer muy bien. Ambos almorzamos, a treinta metros de distancia, ambos esperanzados e ilusionados ante la expectativa de verla.

Después de comer y de beberse algunos tragos, sesteó un rato en su carreta. No me quedó otra opción que esperar, tumbado entre los matorrales, pensando en ella, en su blanco cuerpo y su tímida sonrisa; pensando en cómo me entregó su amor bajo el agua de la tina; pensando en cómo enganchó su vida a la mía, despacio, segura, saboreando el momento... Y pensando, imaginando y reviviendo lo mejor de mi existencia, me quedé dormido. Me despertó el ruido de la puesta en marcha del vehículo. Aturdido, reanudé el viaje.

Al atardecer, paró ante una gran cancela de hierro flanqueada por altos muros de piedra. Al poco, se abrieron sus hojas como por encantamiento, y entró.

Sentí que mis arterias apenas contenían el torrente de vida que pujaba. Ella estaba al otro lado de aquella muralla y probablemente nunca llegaría a saber que tras sus piedras yo me moría por verla. Me senté, apoyado en el muro que me separaba de la persona que más amaba y necesitaba en este mundo, preso de la impotencia y la desesperación. ¿Era posible que por causa de las leyes y normas hechas por mentes estrechas y manipuladoras mi felicidad y la de Balbina solo pudieran hacerse realidad en nuestra imaginación? ¿Tendría que vivir el resto de mi existencia agarrado a una quimera? ¿Por qué no podíamos amarnos? ¿A quién podía hacer mal nuestro amor? ¿Qué importaban nuestros tonos de piel? Papalú no debió inculcarme aquella idea, que él argumentaba plenamente convencido ante la firme oposición del mundo que le rodeaba, de que todos éramos exactamente iguales ante un solo Dios verdadero y padre de todas las criaturas. Creí a ciegas sus enseñanzas hasta que sentí el miedo a perder lo amado por ser distinto; miedo a que esos hombres tan “hermanos” e hijos de mi propio padre me separaran de la mujer de mi vida solo porque era negro, porque a sus ojos no éramos iguales, por más que mi maestro se empeñara en decirme lo contrario. Y ese miedo no era infundado, era tan real como que estaba allí, separado de mis anhelos por un montón de piedras. Pensé en Ojosdeagua, en qué sentido tenía todo el esfuerzo que Rosendo y yo..., incluso el propio don Julio, estábamos poniendo en su educación. Pensé en qué pasaría cuando saliera al mundo real y comprobara que a nadie le interesaba la sapiencia de un sucio negro. No, no era suficiente que un solo hombre creyera en la igualdad de todos, ese hombre, además, tenía que ser blanco y tener poder, el suficiente como para convencer a otros blancos, incluso a muchos negros que habían terminado sucumbiendo a la idea de que la piel también indica diferencias en el cerebro y el corazón.

Pasé la noche cobijado entre los troncos del pinar, hacía frío, no iba preparado para pernoctar a la intemperie, apenas cabeceé en un par de ocasiones, pensando y soñando en una vida junto a ella.

Al alba, sumido en mis pensamientos, escuché la voz de Balbina, venía del otro lado de la tapia, hablaba con su padre, se estaban despidiendo; aunque no reconocí sus palabras, solo el sonido de su garganta.

Tenía que verla, aunque fuese entre la penumbra y ella nunca lo supiera. Imaginé que abrirían la cancela para dar paso al carro y que esto me daría la oportunidad de atisbar su imagen. Ya me

conformaba con muy poco.

Mi corazón rehilaba escondido entre los árboles del frondoso pinar que miraba de frente a la fortaleza donde moraba mi princesa blanca. Una silueta negra, versión femenina de Papalú, abrió los portones. Tras ella asomó el carro de don Julio y a su lado caminaba Balbina, con una mano alzada, ondeando el adiós para su padre. Yo temblaba como las agujas del pinar, mecidas por una leve brisa.

Hubiese salido corriendo hacia ella, como lo hizo mi corazón, pero la cabeza había anclado mis pies a la tierra como un pedestal de mármol. Turbado por el momento, apenas reparé en que su cuerpo había cambiado. Bajo un vestido blanquísimo, que iluminaba la oscuridad de la noche que se marchaba, su vientre se hacía paso. Balbina estaba embarazada.

CAPÍTULO XV: Las despedidas

El ser humano no sabe lo que es capaz de soportar hasta que el siguiente dolor le parece nuevamente insoportable, y vuelve a soportarlo con el paso de los días, y así una y otra vez. Saber que Balbina esperaba un hijo mío agotó la escasa moral que conservaba. Ese fue el motivo por el que la encerraron en un convento. Probablemente fue su madre la primera que sospechó que Balbina llevaba un hijo en el vientre y por eso no tardó en mover los hilos para arrancarla de mi lado. Ya no tenía sentido echarme de la casa de su esposo, de todas formas, había que ocultar al mundo que la princesa de don Julio Hidalgo estaba en cinta de un negro. Tuvo que ser todo muy rápido para no dar oportunidad a su hija de comunicarse conmigo.

Me di por vencido antes de comenzar la batalla, supe que aquello era una guerra perdida y comencé a abrigar un rencor solapado bajo mi negra piel hacia todo lo que me rodeaba. Por entonces me alimentaba del odio que crecía dentro de mí. Siquiera Ojosdeagua quería estar a mi lado. Dejé de leer, de escribir, ni para don Julio, con el cual ya no cruzaba palabra, ni para mí. Apenas colaboraba en las labores de la casa, era un negro holgazán y resentido que solo vivía de mi propia rabia y de la esperanza, muy vaga, de que algún día me vengaría de todos mis verdugos y alcanzaría al fin una vida idílica con la mujer de mi vida.

Mes a mes, partía tras don Julio confiado en poder ver cómo crecía su vientre y tener alguna información sobre su salud y la de mi futuro hijo. Salía corriendo tras el carro del señor Hidalgo y volvía a casa caminando lentamente, cabizbajo, más triste, deprimido y cansado de todo. No la vi más, no volvió a salir al patio a despedir a su padre. Cuatro meses más tarde don Julio hizo su último viaje al convento. Y ya no regresó. Sabía que Balbina debía estar a punto de dar a luz y con el paso de los días la desesperación me devoraba.

Una tarde, después de meses, me decidí. Don Julio estaba en su despacho, pasaba horas encerrado durante los días de lluvia persistente y aquel domingo el cielo no nos daba tregua. Llamé a la puerta dando dos suaves toques con los nudillos y no obtuve respuesta. A punto estuve de marcharme, pero insistí una vez más, tal vez el sonido de la lluvia le hubiese impedido escuchar los golpes. Abrió la puerta y me dio la espalda, dirigiéndose a su sillón.

—Necesito hablar con usted.

—Habla.

—¿Qué ha pasado con Balbina?

—Todo ha terminado, Bahati —Dejó de llamarme «Pasolargo», denotaba un trato cómplice que ya no me merecía—, Balbina ya no está con nosotros, fue un parto complicado...

Me quedé clavado en el umbral de la puerta. Mi corazón se paró por unos instantes y no acertaba a suspirar. Siquiera caí en la cuenta de lo que entrañaban sus palabras: sabía que lo había seguido, que conocía el estado de Balbina, de no ser así nunca me hubiese revelado que tuvo un parto complicado.

—Eso... no es posible —acerté a decir.

—Sí, sí es posible. A partir del quinto mes dejó de comer y la debilidad la obligó a estar en cama hasta el último día —comprendí que por ese motivo no volvió a salir al patio a despedir a su

padre como aquella única vez, estaba enferma—. Según el doctor...

—¿Sí?

—Su vientre no pudo soportar la mezcla de razas —por aquellos años las madres amedrentaban a sus hijas con esta absurda idea para que no se mezclaran con los esclavos, y algunos médicos y comadronas las apoyaban, aun sabiendo que no tenía sentido—. Te lo advertí, los dos sabíamos que esto podía pasar. Si la hubieses querido de verdad no la habrías tocado y esto no hubiera pasado —estaba visiblemente bebido y desmejorado, era un hombre acabado, pero el alcohol no le impedía razonar y vocalizar con absoluta claridad en esos momentos—. He perdido todo por lo que he luchado en este mundo, únicamente conservo recuerdos plagados de traiciones, despedidas y mentiras, igual que tú. Solo nos queda mantenernos vivos el tiempo suficiente para que lo único inocente que habita en esta casa consiga sus sueños —todavía había algo que le importaba lo suficiente: Ojosdeagua—. Ahora vete y llórala mientras te quede aliento, como lo hizo ella por tu causa.

Ella lloró por mí hasta morir... Sí, ciertamente cuando piensas que ya no podrás resistir más sufrimiento, llega otro mayor y lo soportas.

Tres días estuve en cama, sin apenas moverme a no ser para ir al baño o beber un poco de agua. Quería morirme, pero la muerte no me quería, ni siquiera la muerte.

Al tercer día, ya caída la noche, apareció Rosendo con una bandeja en las manos.

—Te traigo algo de comer y un poco de conversación. Ojosdeagua ya duerme.

—No me apetece ninguna de las dos cosas —apreté el rostro contra la almohada.

—Mírame, Bahati. ¿Recuerdas quién trajo a nuestro niño a esta maldita tierra convencido de que saldría adelante?

—Las cosas han cambiado, Rosendo —le hablé, todavía dándole la espalda.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Es posible que haya algo que te importe más que tú mismo?

—Murió por mi culpa, los dos murieron por mi causa, amigo. No puedo soportarlo. Estoy roto por dentro, no puedo ni quiero recomponerme. ¿No te das cuenta de que estás ante un hombre que agoniza?

Rosendo soltó la bandeja en la mesa, rodeó la cama y dejó la lámpara en el suelo, cerca de mi rostro.

—Mírame, Bahati. Estoy viejo y cansado.

Lo miré. Sí, estaba viejo.

—Yo también estoy cansado.

—¡Deja de pensar en ti! Te estoy diciendo que no podré acompañar a Ojosdeagua en el camino que le queda hasta hacerse un hombre y el amo está perdiendo la cabeza a causa del alcohol, alguien tiene que estar a su lado. Tú quieres morirte, pero el que se muere soy yo, aunque no quiera. Creo que aguanto por él, porque solo me tiene a mí... —se le cayeron dos lágrimas más grandes que sus ojos—. Ayúdame, Bahati, ayúdame a morir en paz sabiendo que dejo a mi muchacho en buenas manos.

Se me partió el alma. Había adelgazado bastante en las últimas semanas, aun así, imponía ver a un gigante tan abatido, tan cansado, soportando el lastre de un pasado tan duro. Hacía tiempo que no le prestaba atención, sumido en mi tribulación, apenas había reparado en su aspecto, en sus

movimientos cada vez más lentos, ya no podía abordar ni la mitad de las tareas de hacía unos meses. También había perdido su gesto de alegre bonachón y sus ¡quiachs! y tenía que apretarse fuertemente una cuerda a modo de cinturón para que no cayeran sus pantalones. Evidentemente, Rosendo estaba muy enfermo y muy solo. Me conmovió su dolor y, por primera vez desde que se marchara Balbina, salí de mis pesares para adentrarme en los de mi prójimo.

Me levanté y me dirigí hacia la mesa dispuesto a comer.

—Acuéstate y descansa. He regresado a la vida y vuelvo a estar a tu lado y al de Ojosdeagua.

Antes de meterse en la cama se dirigió a mí y me abrazó, sin fuerza, pero con todo el agradecimiento que encontró en su gran corazón.

Me encontraba débil, física y emocionalmente, pero había despertado. Comprendí que los días de amargura en los que solo pensaba en mi dolor, debían quedar atrás.

El esfuerzo y la entrega de tantos desde que naciera no podrían ser baldíos por mi causa. Debía recuperar las fuerzas y continuar el duro trabajo que me esperaba.

En un par de jornadas estaba restablecido. Volví a leer, a instruir a Ojosdeagua, a escribir, me ocupé de gran parte del trabajo de la casa y aún saqué tiempo para cuidar a Rosendo.

Dos semanas más tarde, una mañana no fue capaz de levantarse. Dejó de comer, se quejaba de fuertes dolores abdominales. Comenzó a vomitar sangre y finalmente don Julio trajo a un médico amigo que le recetó fuertes calmantes y a nosotros paciencia y resignación; no tardaría mucho en expirar.

El niño no se separaba de su cama, estuvo a su lado hasta el último momento durante sus cuatro semanas de agonía. Apenas salía de nuestra habitación, allí comía, hacía sus deberes y, al caer la noche, se acurrucaba a su lado como un cachorrillo vulnerable junto a su madre. Verdaderamente, el único que nunca le había fallado desde que llegara a la isla siendo un bebé había sido el gigante Rosendo. Él fue para Ojosdeagua esa madre abnegada que siempre está y cuya vida no tiene otro sentido que cuidar a sus hijos. Por su parte, el enfermo hacía lo imposible por no hacer sufrir al muchacho: lo mandaba a por agua cuando sabía que le sobrevénía uno de sus vómitos rojos, ahogaba sus lamentos en la noche para no despertarlo y le contaba cuentos inventados sobre niños valientes y mundos mágicos para que durmiera tranquilo, como había hecho durante años. Alguna vez, cuando Ojosdeagua ya estaba dormido, me pidió que lo llevara a su cama; pero era un imposible, se despertaba de inmediato y se agarraba a él con desesperación. Y abrazado a él estaba el día que amaneció sin vida.

Me desperté despejado, hacía días que no dormía sin sobresaltos, sin que la tos y la respiración agitada de Rosendo me robaran el sueño a cada poco. Me incorporé y todo parecía estar bien. Ojosdeagua dormía plácidamente, de cara a su cuidador, agarrado a su vientre ya vacío con una mano. Y él estaba bocarriba, tenía los ojos cerrados y una etérea mueca de felicidad. Me emocionó la estampa, iluminada por el amanecer que se colaba por la ventana que los enmarcaba. Al acercarme para arroparlos, la mañana estaba fresca y húmeda, comprendí de inmediato que se había ido.

—Ojosdeagua, Ojosdeagua —le susurré al oído—. Venga, vamos a desayunar y a hacer las tareas.

—Hmmm... tengo sueño, déjame dormir un poco más.

—Venga, hijo, levántate.

También él lo supo enseguida.

—Está muy frío, Bahati. Papá Rose está helado. Arrópalo, mira, tócale las manos, parecen de mármol.

—Venga, vamos a buscar a don Julio —le dije, intentando arrancarlo del lecho de muerte.

—Se ha muerto, ¿verdad? Papá Rose se ha ido al cielo y ya no está aquí adentro, ¿verdad?

—Sí, hijo, sí, papá Rose ya se ha marchado y ha dejado de sufrir.

Comenzó a hacer pucheros, su barbilla temblaba y sus claros ojos se nublaron.

—Yo quiero irme con él, don Julio dice que en el cielo se vive mejor que aquí, que allí nadie sufre...

—Venga, no digas tonterías, eres muy joven para irte al cielo. Papá Rose esperará a que te hagas viejo.

—Sí, sé que me esperará... —Y rompió a llorar con desesperación, agarrado con fuerza al cadáver del hombre que le había entregado su vida desde que lo cogiera en sus brazos.

Antes de ir en su busca, don Julio ya estaba contemplando la dolorosa escena:

—Voy a buscar ayuda, démosle el entierro que se merece a este buen hombre.

El médico certificó su muerte y el señor Hidalgo decidió enterrarlo en su escaso pedazo de tierra, junto al gran bálsamo, en cuyo tronco clavó una tabla que decía: “Aquí yace el hombre más bondadoso que haya pisado estas tierras, Rosendo”. Firmó la verdad con su mano izquierda, sin ayuda, fue la única frase que escribió desde que salvara en la fábrica a uno de sus esclavos y en el único árbol que quedó después de que le arrebataran el ingenio, el mismo que vio cómo Balbina y yo engendramos a nuestro hijo en el baño.

Tenía veinticinco años y todo lo hermoso de mi existencia ya había sucedido. Los momentos en los que la felicidad me perteneció habían sido tan intensos como fugaces, y, desde luego, pasado. Asumí mi misión: abrir a Ojosdeagua las puertas que a mí me cerraron. Yo no era el protagonista de mi existencia, mi meta no era conseguir mi propia victoria, sino la de Ojosdeagua. Mi error fue haberme hecho la ilusión por unos meses de que todo giraba en torno a mí. Crasa equivocación, yo solo era un eslabón de la cadena, el broche debía ser mi protegido.

CAPÍTULO XVI: La Luisa

La Guerra Chiquita había concluido y, aunque los enfrentamientos civiles subyacían en la aparente tregua, nuevas brisas llegadas de EE.UU refrescaban el enrarecido ambiente de la isla. Fue entonces cuando vi con claridad que el futuro de Ojosdeagua estaba fuera de La Habana, en tierras norteamericanas, donde la prosperidad y la libertad eran una forma de vida.

A pesar de los conflictos que se sucedían más allá de la vegetación que nos rodeaba, nuestros días transcurrían sin sobresaltos, idénticos entre sí. Sin la ayuda de Rosendo la casa empezó a deteriorarse y nuestra alimentación dejaba mucho que desear. Don Julio estaba prácticamente alcoholizado, pasaba casi todo el tiempo en el puerto; salía fresco y volvía al día siguiente ebrio. En más de una ocasión tuvo que traerlo a casa uno de sus amigos de cantina en su carro. Se me agotaba el tiempo, don Julio no tardaría mucho en perder el control, o incluso la vida, y a mí solo me importaba preparar a Ojosdeagua para enviarlo fuera de aquella isla que se había convertido en nuestra prisión.

Aprendí a vivir con un constante dolor, sordo y profundo; las muertes de Balbina y mi hijo abrieron una honda herida que sangraba lentamente, pero sin descanso. Conviví con mi sufrimiento interior por amor a su pequeño. Comprendí que haber sido desposeído de todo, especialmente de mis sueños, y estar en aquella exuberante y tirana tierra, solo podría tener un sentido: Ojosdeagua. Él era la posibilidad de seguir soñando. Todavía existía una esperanza; aún mi vida tenía una razón.

Recuerdo aquel día que fui al despacho de don Julio a buscar papel para los deberes de Ojosdeagua. Me vi obligado a hurgar en su escritorio... Entre documentos, cartas y papeles de todo tipo, encontré una fotografía de Balbina... Mientras escribo estas letras la tengo aquí a mi lado. Dicen que no era una muchacha muy bella, en cambio yo, cuanto más la miro más hermosa me parece. Debe ser que fui el único hombre que contempló su desnudez bajo el agua y el sol. Los reflejos de su piel húmeda todavía me ciegan. Aproveché para dejar sobre su mesa la llave que don Julio me confió años atrás, cuando los cuatro éramos una familia, la que abría el armario donde estaba el dinero que guardaba para su hija y que hacía mucho no tenía razón de ser. No me pidió la fotografía, tal vez no la echaba de menos, aunque yo creo que me la regaló.

Un día apareció doña Rosario acompañada por la Luisa.

Yo estaba en la cuadra, echándole de comer a uno de los caballos del amo, tan viejo y cansado como él. Olía a muerte. Fue entonces cuando escuché un carro. Me asusté, don Julio había salido esa misma mañana y nunca volvía antes del anochecer.

—Bahati, ha venido doña Rosario, pregunta por ti. —dijo Ojosdeagua a mis espaldas.

Dejé mi tarea y me dirigí a la casa. Allí estaba, acompañada de la voluptuosa y desvergonzada Luisa.

—¿Sabes cuándo volverá Julio? —me preguntó sin saludar, con el odio del mundo en la mirada.

—Esta noche o mañana, es difícil...

—Es igual, vengo a dejaros a la Luisa, vais a enterraros en porquería. Dile que tendrá que pagarle, además de darle de comer —Y Volvió a subirse al carro, pero antes de marcharse no pudo

resistir la tentación de desahogar en parte su ira—:Estás vivo porque tu amo siempre fue un calzonazos y te concedió una libertad que nunca te has merecido, si no te hubiese ahogado yo con mis propias manos.

Los tres nos quedamos un rato parados en el porche, sin saber qué hacer. Ojosdeagua la observó unos minutos con curiosidad y enseguida comprendió que debía dejarnos solos, así que se adentró en la vegetación y siguió con sus juegos de muchacho. Por aquellos días estaba muy atareado construyendo una cabaña a cien metros de la vivienda.

—¿Tenéis algo en la cocina para hacer un guiso? ¿Desde cuándo no comes caliente? Eres todo huesos —me dijo con una sonrisa burlona y a la vez seductora—. Pero antes, ¿qué tal si comprobamos si te has hecho un hombre en estos años? Si supieras lo que se cuenta en la fábrica...

—¿Qué se cuenta?

—Bah, bah, bah... Entremos en casa, luego te cuento.

Y casi a empujones me encontré en el piso del zaguán, con la Luisa montándome a horcajadas, jadeando como loca. Era una mujer muy ardiente y yo un hombre muy necesitado. Fue un desahogo tan fugaz como amargo. Al igual que aquella otra vez, hacía ya doce años, mi cuerpo se vertió por mera necesidad biológica. Quise resistirme, pero prometo que no pude, y mientras ella gozaba mi corazón sangraba por los recuerdos y mis ojos, clavados en el techo, lloraron al gran amor de mi vida, añorando su limpia y delicadapiel, sus sedosos«te quiero», su mirada dulce, su lenta manera de amar, tan distinta a la de la impetuosa Luisa.

—¿Ya? Quédate quieto, esto lo levanto yo en...

—¡Vete! ¡Déjame solo, Luisa! —grité empujándola bruscamente y echándola hacia un lado.

—¡Eh!, ¿qué te pasa a ti, Bahati? Tú tienes todavía en tu negro corazón a la hija del amo. Negro estúpido, ¿cómo puedes preferir la carne de gallina teniendo buena vaca? Esa pena te la quito yo —decía mientras se arreglaba las ropas, después de secarse mis semillas a restregones con las enaguas—. Vaya si te la quito. Voy a ver qué tenéis en la cocina.

Sí, Ojosdeagua y yo nos repusimos en pocas semanas, los dos ganamos en salud y yo, además, di salida a mi energía vital, propia de mis años de juventud; pero mi amargura interior siguió siendo la misma. Mi añoranza por Balbina crecía día a día, con independencia de mi aparente realidad.

Tal vez lo consiguió, tal vez me hizo un hombre. Yacíamos a diario, por todos los rincones. La Luisa era una mujer insaciable y yo un hombre con poco que perder; que se dejaba seducir por mera inercia. Aprendí a separar mis recuerdos sagrados de mi cotidianidad.

Lo cierto es que una parte de mí llegó a querer a la Luisa, incluso a sentir cierta admiración. Era una mestiza criolla con un pasado muy duro. Al igual que ella, su madre había sido el juguete sexual de los hombres de toda la plantación y así había conseguido sobrevivir en unos años en los que esclavo y maltratado eran sinónimos. Había llegado del Congo con doce años. El padre de doña Rosario pagó un alto precio en el puerto por ella. Según la Luisa, su madre fue la esclava más hermosa que pisara la isla. Pronto tuvo conocimiento del poder de su belleza y aprendió a sacar unas monedas diarias por sus favores con el sueño de comprar la libertad y marcharse de allí. Pero a los quince años se quedó embarazada y sus ilusiones se esfumaron. A partir de ese momento ya no soñaba, se vendía al mejor postor a cambio de regalos y tratos de favor para ella y su hija Luisa, probablemente, a juzgar por su piel, hija del padre de doña Rosario o del antiguo capataz. Mientras la Luisa me contaba esta historia no dejaba de pensar en la probabilidad de que me estuviese

acostando con una tía carnal de Balbina; había muchas posibilidades de que la Luisa fuese hermanastra de doña Rosario. Solo de pensarlo me estremecía. Finalmente, la madre murió muy joven de una enfermedad venérea, dejándole a su hija lo único que tenía: una habilidad fuera de lo común para engatusar a los hombres y sacarles buen dinero. La Luisa era una luchadora, muy trabajadora y diligente, era admirable el entusiasmo con el que se enfrentaba a la vida cada día. A veces me abrumaba, me sentía acosado, me metía mano a la menor ocasión, sin importarle demasiado que Ojosdeagua nos viera. Era increíble, no la serenaba ni el paso de los años; tamaña pasión debía ser genética, superior a ella.

Un día tuve que pararle los pies:

—¡Vete a tus tareas, Luisa! ¡Deja de acosarme!

—Negro gallina... ¿Cómo te atreves a despreciar a la única mujer que alegra tu miserable vida? Sois todos iguales, blancos y negros, todos iguales. ¿Sabes por qué estoy aquí? ¿No pensarías que la «señora» Rosario sintió la más mínima piedad por vosotros? La muy bruja no soportaba que Ramírez me buscara más que a ella...

—¡Cállate de una vez, Luisa!

—Desgraciado... —hizo un amago de llanto—. No serás feliz hasta que te olvides de la hija del amo. Se terminó, Bahati, no volverá jamás, y aunque estuviera viva, nunca sería tuya.

—¡No te atrevas a nombrarla con tu sucia boca!

—Piensa en qué hubiera sido de esa blanca mimada si la hubiesen secuestrado y llevado a tu tierra como esclava. Ella no era mejor que yo, solo tuvo una vida mejor que la mía; aunque ya ves cómo acabó...

Era cierto, nunca lo había visto de ese modo, pero al escucharla comprendí y sentí cierta compasión por aquella mujer que, ante todo, era una valiente superviviente.

—Podríamos ser una familia, Bahati. Tú y yo...

—Lo siento, Luisa —le hablé en un tono más calmado y comprensivo—, solo podría causarte dolor —terminé.

Antes de darme la vuelta, la Luisa había comenzado a derramar lágrimas y mi corazón estaba demasiado hermético para poder consolarla. Por aquellos años, el sufrimiento de cualquier ser humano me parecía siempre poca cosa, comparado con mi profunda y crónica tribulación.

Creo que la Luisa terminó por sentir hacia mí algo más que atracción física. Mientras más me alejaba de ella, más amabilidad me mostraba. Al principio visitaba la fábrica dos o tres veces por semana, para conseguir algunas monedas extras y calmar su insaciable fulgor, pero poco a poco dejó de hacerlo, llegó un momento en el que no se separaba de nosotros ni un instante, si acaso para hacer algún recado a don Julio, que desde el primer momento la puso en su lugar: «Haz lo que quieras, pero no te acerques a mí, no pienso desahogar mis instintos en el mismo cuerpo que Ramírez, otra vez no», le dijo harto ya de sus insinuaciones.

Sí, la Luisa llegó a quererme, mucho más de lo que ella era capaz de admitir, y nunca sabré el motivo; pero lo cierto es que abandonó su lasciva vida por un pobre negro incapaz de agradecerle lo más mínimo toda la dedicación que le procuraba.

La llegada de la Luisa fue para mí la oportunidad de dedicar mi tiempo íntegramente a los estudios de Ojosdeagua y a la lectura. Y también retomé mi diario. En este caso, mi diario en La

Habana.

CAPÍTULO XVII: Diario de La Habana

Hoy ha comenzado la zafra, desde hace unos días no paran de llegar jornaleros al ingenio, casi todos venidos de España, desde que se prohibió la compra de esclavos la mayoría de los nuevos trabajadores es blanca. La Luisa está algo revuelta, llevaba meses muy tranquila, apenas salía de casa y las inmediaciones, siempre trabajando, como si mantenerse ocupada la ayudara a olvidar. Sin embargo, desde que don Julio trajera hace dos días a dos jóvenes españoles a casa, uno de ellos un familiar lejano, venido de su amada Madrid, ha perdido la concentración, se le nota atraída por los mozos. Esta mañana se marcharon temprano con don Julio, es posible que pernocten en los barracones o en alguna vivienda de los alrededores y volvamos a la normalidad. Hasta Ojosdeagua está inquieto, desde que llegaron los forasteros pasa el tiempo tras ellos haciéndoles preguntas sobre sus vidas en España y sobre el viaje. Juan, el más joven, no para de darle conversación. Nada tengo contra ellos, incluso los compadezco, creo que no saben los meses de duro trabajo que les esperan, pero leo en sus ojos una constante pregunta: «¿Qué hace un negro como tú viviendo en casa de don Julio como un señor?» No sé, los noto esquivos, creo que el desagrado es recíproco. Tengo un objetivo claro en la vida, este tipo de sorpresas lo desestabilizan.

También estoy inquieto por el matiz que está tomando la relación entre la Luisa y Ojosdeagua. Creo que el chico empieza a mirarla con ojos de adolescente y tengo la sospecha de que hace unos días nos espió mientras yacíamos tras los establos. Me molesta que crezca tan rápido, ya no es tan moldeable y cierta rebeldía asoma a su carácter, hasta ahora dócil y obediente. Tengo que hablar con ella, Ojosdeagua es intocable.

También quiero hablar con don Julio, necesito que me ayude con la documentación de Ojosdeagua, ya no veo lejana la posibilidad de enviarlo a estudiar fuera de la isla. Quiero una vida mejor para él, crece demasiado rápido y temo que eche raíces en el ingenio, que se enamore de alguna muchacha de la fábrica y que se trunquen nuestros planes, algunas tardes se acerca para verlas a la salida del trabajo, sospecho que alguna muchacha lo está seduciendo. No obstante, resulta complicado encontrar al señor Hidalgo en casa y fresco, es presa del alcohol, está perdiendo el juicio y con él los buenos contactos que le quedaban en La Habana. Esto hace más necesario que hable con él lo antes posible, don Julio es el único que tiene las llaves de esa puerta que abrirá un nuevo camino para Ojosdeagua.

Los jornaleros no han vuelto, por fin Ojosdeagua se ha centrado en su trabajo, ha dedicado toda la mañana al estudio. La Luisa, después de hacer sus tareas, no con el empeño y dedicación de siempre, se ha marchado, seguramente a flirtear en la fábrica y la plantación, no ha podido resistirse a la llegada de tantos hombres fuertes y jóvenes al ingenio. No es que me importen sus escarceos, pero temo que nos cause desavenencias con doña Rosario y Ramírez; la trajeron a la casa de don Julio para quitarse un problema.

El amo ha pasado la mañana durmiendo, anoche llegó ebrio otra vez, es ya en él una costumbre. Después del almuerzo Ojosdeagua se ha ido a investigar por los alrededores y nos hemos quedado solos en la mesa.

Don Julio miraba al infinito por la ventana de la cocina mientras fumaba, amenazaba lluvia y hacía demasiado viento para comer en el porche. Estaba bebiéndose un último vaso de vino, había terminado de comer, no de beber. He aprovechado para hablarle, antes de que el alcohol terminara de nublarle el sentido:

—He pensado que ha llegado la hora de mandar fuera de la isla a Ojosdeagua, necesito su ayuda con la documentación.

—Si se va él, tendrás que marcharte tú, ¿no crees? —contestó antes de echar otro trago, sin mover las pupilas de la ventana.

Contaba con esa respuesta, se me hincó en el pecho, pero he seguido como si no lo hubiera escuchado.

—Necesito su consejo, es importante enviarlo a donde tenga más futuro y pueda continuar su formación.

—Deberíamos enviarlo a Alabama, he oído hablar de un tal Booker que está ayudando mucho a los hijos de esclavos en el instituto donde imparte clases, pero me temo que tendrá dificultades con el inglés.

—No lo había pensado... Pero él es un muchacho muy listo y preparado, aprenderá.

—Veré qué puedo hacer. Ahora, vete...

—Debo recoger la cocina, la Luisa tarda.

—Pues entonces me iré yo —cogió su vaso y la botella y se fue a su despacho.

He estado un buen rato sentado, la conversación ha sido breve pero cargada de contenido. Por un lado, ¿cuál será mi destino cuando se marche Ojosdeagua? Y por otro, ¿será el idioma un impedimento para él? Siento como si tuviera un agujero en el pecho, un vacío doloroso; siento la incertidumbre de un futuro inseguro, del drástico cambio que se avecina, unido a una constante y profunda tristeza que no me abandona día y noche.

Pasa el tiempo, la herida que dejó Balbina no deja de supurar y noto que se extiende, que me devora. Anoche soñé con ella, comenzó siendo un agradable sueño en el que el contacto de mi piel con el agua me producía una sensación sublime. Ella también estaba, pero creo que era la misma agua de la bañera. Y en el momento álgido del placer mi cuerpo comenzó a ganar peso y a hundirse. El líquido se tornó turbio, casi negro, y los rayos del sol entraban por la ventana como cuchillos. En ese momento sentí que en el agua ya solo quedaba muerte, ella se había marchado. Justo antes de ahogarme, abrí los ojos. Estaba tan cerca de irme con Balbina y acabar con mi tortura... Pero todavía

no, Ojosdeagua me necesita.

Se escucha el carro de don Julio, parece que se marcha a la ciudad, seguramente ebrio. Ya no le importa viajar de noche y cargado de alcohol, bebe incluso mientras viaja, me preocupa que cualquier día tenga un percance. Él, como yo, también quiere marcharse y abandonar esta vida tormentosa; él, como yo, también está muriendo lentamente a causa de un amor.

Hace meses que no me da un salario, creo que se ha jugado todo lo que le pagaron cuando vendió el ingenio y los ahorros que guardaba tan celosamente para Balbina. Por otro lado, ¿por qué iba a pagarme?, ¿en concepto de qué?, ¿por instruir a un muchacho al que solo le une la compasión? De todas formas, creo que he ahorrado lo suficiente en estos años como para pagar los gastos del viaje de Ojosdeagua y para que sobreviva algún tiempo en Estados Unidos. También guardo el dinero que le dejó Rosendo... Cuánto echo de menos a Rosendo.

Ayer, cuando me disponía a escribir, apareció Ramírez. Traía a la Luisa. La bajó del carro a empujones, tirando de su brazo con ira la puso ante mí.

—¡Aquí la tenéis! ¡Atadla corta u os buscará la ruina! —dijo poseído por la rabia—. ¡La muy puta se ha metido entre las piernas a media plantación y esta tarde doña Rosario la ha encontrado en mi cama! —paró para respirar y dirigirse a ella—. Más te vale no aparecer más por el ingenio o te juro que me encargaré yo mismo de quitarte las ganas.

—¡Estás viejo, Ramírez! Ya no vales para nada. Quién te ha visto y quién te ve... —replicó la Luisa antes de escupir en sus botas.

—Así que estoy viejo... ¡Mírate al espejo! Das pena.

Se subió al carro y se marchó. Me dolió por ella, realmente, los años estaban dejando una profunda huella en su cuerpo y en su mirada. Más allá de su negra, castigada, curtida, deseada y sobada piel subyacía un ser humano tremendamente solo que había librado batallas muy duras, con una capacidad de adaptación sorprendente. Era una sobreviviente en un mundo que le había negado el amor desde el día que vio la luz. En ese momento necesitaba más que nunca el abrazo sincero que había buscado en los brazos de todos los hombres con los que había yacido, pero solo estaba yo. Así que me adelanté unos pasos y le abrí mis brazos. Ella no dudó en cobijarse en ellos y recoger todo el consuelo que necesitaba hasta que recuperó la calma.

—Es un desgraciado y un desagradecido...

—Olvidalo, Luisa.

—Dime, Bahati, ¿has llegado a quererme en algún momento aunque fuese solo un poco?

—Claro que sí, Luisa —le susurraba, casi como tarareando una canción de amor, al oído, mientras le acariciaba el pelo, crespo, despeinado, como paja seca—, siempre te he querido un poco, pero no como te mereces. Nadie te ha querido como te mereces, eres demasiado... escurridiza. No hagas caso a Ramírez, es un hombre sin corazón...

—Lo amo, Bahati, siempre lo he amado... Y también te quiero a ti... Y a... ¿Me entiendes? Quise formar contigo una familia, ser como una esposa fiel... —decía mientras sus lágrimas mojaban mi camisa y los jipidos entrecortaban sus palabras—. ¿Qué hay de malo en querer a varios hombres a la vez? ¿Por qué el amo puede compartir a su esposa con él y Doña Rosario no puede compartir a Ramírez?

—¿Todavía no te has dado cuenta de que eres negra? Muy negra para ser criolla, por cierto. Venga, vamos a cenar algo y a descansar, verás que mañana estarás mucho mejor —le dije retirándola de mi cuerpo, intentando atrapar su mirada.

La Luisa es incorregible, mientras la consolaba apretaba su cadera contra la mía buscando la reacción de mi sexo. Su necesidad de seducción es en ella un instinto poderoso, mucho más que su férrea voluntad, que la tiene. Es capaz de trabajar sin descanso día tras día, en este sentido es tres mujeres en una, por lo menos. Y... pensándolo bien, también alberga en su pecho la pasión de tres mujeres o más. Tal vez la Luisa es mucha mujer para un solo hombre.

Después de cenar me costó conciliar el sueño, mi cabeza se había llenado de dudas a causa del incidente de la Luisa. Sobre todo porque, finalmente, después de la cena, cuando Ojosdeagua se retiró a su cuarto, sucumbí a sus encantos. Pensaba en todo lo que Papalú me había enseñado sobre el

amor y la lealtad. Recuerdo que en más de una ocasión me habló de lo quebradiza que es la relación entre un hombre y una mujer cuando no se afianza con la fidelidad y con la firme voluntad de anteponer el amor a todas las tentaciones de la carne. Sí, creo que reproduzco sus palabras con bastante verosimilitud. Pero Balbina está muerta...

¿Será que no la amé lo bastante? ¿Se puede amar más de una vez en la vida, con diferente intensidad y por diferentes motivos, como lo hace la Luisa? ¿Soy en este momento el mismo hombre que amó a Balbina más que su propia vida? ¿El afecto que le tengo a la Luisa es solo por su generosidad sexual y sus sabrosos guisos? ¿De cuántas formas se puede amar? ¿Me hago todas estas preguntas porque en realidad mi mala conciencia busca una justificación?

Me doy cuenta de que todo ser humano está lleno de miedos, debilidades y añoranzas que conforman su personalidad, su talante ante la vida, y de que, aunque siempre es libre para decidir, no en todas las ocasiones es culpable de no haber optado por el camino más honroso.

La Luisa tenía que vivir con su debilidad, con su tendencia a dejarse calzar por todo varón, y yo tendría que vivir con el miedo a olvidar un amor que ya había perdido. Porque renunciar a lo vivido, olvidar... no puedo, o no sé, o no quiero. Hoy, las dudas me ahogan. Solo sé que necesito mantener vivo su recuerdo, porque lo vivido con ella me confirma que hay un gozo mucho más elevado a lo que alcanzan nuestros ojos. "Tú sabes que esto es cosa del cielo", me dijo aquella vez... Acabo de enviarle una de esas sonrisas que tanto le gustaban a donde quiera que esté.

Sí, se puede amar de incontables maneras, por indefinibles motivos y por tiempo infinito. Y también se puede amar un solo instante. El amor, caprichoso como es, aparece cuando menos te lo esperas, nunca sabes si se quedará para siempre o solo un momento, y es del todo absurdo esconderse, si acaso, acallararlo.

Ayer me decidí a contarle a Ojosdeagua mis planes. Aunque ha crecido escuchando cómo Rosendo, don Julio y yo lo hemos convertido en el protagonista de nuestros sueños, nunca hasta ahora ha tomado plena conciencia de que llegaría el día que habría que poner en marcha nuestro proyecto.

Estuvimos casi toda la mañana estudiando, es increíble la cantidad de conocimientos que ha sido capaz de adquirir sin haber ido nunca a la escuela. Ignoro el nivel que puedan tener los chicos de su edad formados en colegios de enseñanza, pero abrigo la esperanza de que él lo haya alcanzado sobradamente. Me complace comprobar día a día cómo crece física e intelectualmente, pero temo que tenga una personalidad algo especial, es demasiado solitario e introvertido, demasiado sensible. Ya desde la marcha de Balbina asomó a su carácter cierta necesidad de aislarse, pero la pérdida de Rosendo le dejó un halo esquivo.

Después de almorzar llegó el momento de abordar la conversación, pues me sugirió que jugásemos un rato al ajedrez, a los dos nos enseñó hace años don Julio. Mientras desplegaba las piezas sobre la mesa, le hablé:

—Ojosdeagua...

—¿Qué?

—Creo que ha llegado el momento de dar un paso más en tu formación.

—Todos los días damos un paso más —me ha contestado, distraído en ordenar las figuras sobre el tablero—. Para mí las negras.

—Deja eso un momento, quiero que hablemos.

Entonces ha tumbado las piezas que ya tenía en pie empujándolas con las dos manos, denotando cierta hostilidad, y ha enfocado su limpia mirada hacia mí.

—Tu tiempo aquí se acaba, no tardaremos mucho en tener que marcharnos de esta casa. No podemos depender siempre de la generosidad de don Julio y, por otro lado, tampoco tiene sentido que limites tu futuro a esta casa en ruinas.

—A mí no me importa.

—¿No deseas salir de esta isla?

—Algunas veces, pero tengo miedo; siempre has estado a mi lado. ¿Te vendrías conmigo?

—No lo sé, creo que en un principio tendrás que emprender tu propio camino sin compañía... Escucha, con el dinero que te dejó Rosendo y el que yo he ahorrado hay suficiente para el viaje y tu ingreso en un instituto de Alabama...

—¿Alabama? ¿Estados Unidos? Es demasiado lejos...

—No temas la distancia, piensa que podrás conocer muchachos y muchachas de tu edad con tus mismas inquietudes y aprenderás mucho más de lo que yo puedo enseñarte. Mi labor contigo ha terminado, ahora debes seguir tú solo. Por otro lado, es importante que aprendas inglés, que te familiarices con la lengua del país más poderoso del momento. Te irá bien, lo sé, estás sobradamente preparado.

—Si eso es lo que tengo que hacer, lo haré. ¿Jugamos una partida?

Así es él a sus doce años, un ser distante, consecuente y que comete muy pocos errores. Sé que la muerte de Rosendo le ha dejado una herida irreparable, con él se fueron las caricias y las palabras cariñosas, sentir que era la más valiosa razón de existir en otro ser humano desde el instante

que lo tuvo en brazos; yo nunca fui de trato afectivo y menos aún desde que se marchó Balbina. Rosendo era su madre. Le fallé durante largo tiempo, cuando sobrepuse mis sentimientos a los suyos; pero Rosendo jamás. Incluso se resistió a la muerte que tanto anhelaba hasta que estuvo seguro de que yo había reaccionado y volví a coger las riendas de mi vida. Le aterraba dejar a su niño sin protección, sin el futuro que tanto había soñado para él. Sí, así es el amor, sorprendente, caprichoso y magnánimo con lo que toca.

Lo importante es que Ojosdeagua lo ha entendido y asumido con aparente normalidad. El momento de que haga uso de la auténtica libertad se acerca.

Don Julio ha muerto... Escribo estas letras con la completa seguridad de que no volveré a encontrarme con el papel en mucho tiempo, pero no quería que esta página de mi vida quedase en el aire y el tiempo jugara con los recuerdos, he comprobado que lo que no se testifica en su momento se desdibuja con el paso de los años.

El señor Hidalgo murió el 28 de noviembre de 1882, hace una semana. Llevaba dos días fuera de casa y empecé a preocuparme, así que el veintinueve muy temprano cogí el viejo caballo y fui en su busca. No tardé mucho en encontrarlo, no más de dos horas. Por un recodo del camino asomaba parte de su carro, el caballo emitía relinchos ahogados, atrapado entre la carreta y la profusa vegetación.

Duele, duele ver en lo que queda la vida. En este instante siento que me ahogo en los porqués. El ser humano no puede contemplar un espectáculo más dantesco que el que dibujan los despojos de una vida. En todos los casos, la muerte es el debut de la derrota más absoluta. Nada de lo que pase por nuestras vidas debería dejar ese rastro tan desolador...

Es cierto que todo lo amable que albergó su corazón se marchó con doña Rosario y Balbina, pero no lo es menos que la esperanza es lo último que se pierde. Allí yacía la desesperanza.

A él también lo quise, el amor también me unió al señor Hidalgo desde el día que me encontrara en el puerto. Apenas recuerdo su imagen jovial, segura y cercana. De aquel día conservo la sensación de confianza, seguridad, certidumbre e ilusión que manaba de su mirada. Me fascinó su talante. Mi afecto por él nació de la admiración. Sigo escribiendo esta que podría ser mi última misiva al mundo con el pecho comprimido por tantas emociones...

Volví a casa despacio, montado en el viejo equino y arrastrando el último ser que vio con vida a don Julio.

No hizo falta verbalizar lo acontecido a mi llegada, la compañía de los dos caballos era bastante elocuente. La Luisa y Ojosdeagua, como si esperaran la triste noticia, estaban sentados en el porche.

—Era de esperar, era de esperar —repitió la Luisa como saludo—. Qué desgracia Santo Dios, qué desgracia para todos nosotros.

Ojosdeagua no despegó los labios, apenas se movió de su asiento hasta que proporcioné agua y alimento a los caballos y volví del establo. Pero la Luisa y sus lamentos me perseguían sin descanso.

—¿Qué va a ser de nosotros ahora, Bahati? ¿Dónde iremos? ¡Ay, qué desgracia!

—Hay que darle la noticia a doña Rosario.

—Y recoger nuestros bártulos, en cuanto se entere nos echará a patadas. Yo que tú me guardaría cuanto antes el dinero que escondes, en cuanto venga...

—¿Qué sabes tú del dinero que guardo? Vete a buscar a la señora.

—¡Ay, qué desgracia! —repetía encaminándose ya hacia la fábrica.

Antes de entrar en la casa Ojosdeagua me recibió con lágrimas.

—Todo se acabó, ¿verdad, Bahati?

—No, no se acabó, créeme que lo único que pone fin a una vida es la muerte, y nosotros estamos vivos. Recoge todo lo que te pertenezca, no creo que nos quede mucho tiempo aquí.

El primero en aparecer fue Ramírez, venía a caballo, con un talante triunfador que me dolió. No saludó, directamente lanzó su primera orden:

—Hay que desalojar el despacho del amo. El ataúd y el muerto —pronunció la palabra «muerto» con todo el desprecio que pudo—, estarán aquí en un par de horas. Cuando llegue la Luisa le dices que prepare un buen caldo. Me voy al puerto a dar la noticia—. Y se marchó; más altivo que nunca, erguido en su caballo como un conquistador. Nunca he sentido tanto desprecio hacia otro ser humano, ni siquiera a los verdugos del barco que me trajo a esta tierra.

Al día siguiente fue enterrado, pero antes de que se llevaran su cuerpo para darle sepultura en el cementerio del ingenio, un señor de los que formaban la comitiva del sepelio, se me acercó.

Por orden de la señora Rosario, yo estaba ayudando a la Luisa a sacar de la casa toda la ropa y muchos de los objetos personales de don Julio, que no interesaban ni a ella ni a Ramírez, para hacer una hoguera en cuanto terminara el entierro.

—Tú debes ser Bahati.

—Sí, soy yo —contesté.

—El señor Hidalgo era un buen amigo mío. Hace meses me dejó el encargo de que me ocupase de ¿Ojosdeagua? —se quedó esperando una respuesta.

—Sí, así se llama.

—Habrá que cambiarle el nombre y buscarle un buen apellido. Bien, prometí a Julio ocuparme de que el chico fuese a un instituto de Alabama. ¿Tienes su documentación?

—Sí, claro.

—Bien, ¿cómo quieres que le llamemos?

—Rosendo —dije casi temblando. Sabía que algún día se marcharía, pero en ese momento me pareció tan cruel sumar otra pérdida a mi vida...

—Rosendo y qué más...

—Rosendo Hidalgo, si es posible.

—Supongo que sí. Volveré en unos días, en cuanto tenga todo el papeleo listo y el pasaje. No creo que sea mucho problema, Julio me otorgó un poder notarial. Te aconsejo que tengas lo necesario para el viaje del chico preparado, cuanto antes, no creo que tarde en volver más de una semana. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Muchísimas gracias, señor...

—Avelino Castro —Me estrechó la mano en un gesto de respeto, de trato de igual a igual, y se marchó en el lujoso carro que le esperaba enganchado a dos caballos.

Ojosdeagua se marchó esta mañana al alba. Desde que murió don Julio nos han permitido vivir aquí gracias a que don Avelino se lo pidió como un favor en memoria de su esposo a doña Rosario.

Ayer tarde apareció con su chófer y su carro y comenzó la despedida. La Luisa no ha parado de llorar y lamentarse desde entonces. Creo que la pasada noche solo consiguió conciliar el sueño el señor Castro.

Esta mañana sufrí la pérdida del trozo de corazón que conservaba. Siento un dolor y una soledad tan desgarradores que juraría estar sangrando en mi interior.

Él se ha marchado callado, derramando sus grandes lagos en silencio. Todo estaba preparado desde hace días. La Luisa le había encargado a una mujer de la fábrica ropa y zapatos... Siento que me ahogo, que se me va la vida, pero quiero dejar este testimonio.

Antes de marcharse la Luisa le ha agarrado fuertemente y se lo ha comido a besos; ella es así de intensa para todo. Por primera vez, él se ha dejado hasta el final, mientras miraba sus pechos. Después se ha acercado a mí...

No puedo respirar... Mis lágrimas inundan el papel... Adoro a ese muchacho mucho más de lo que imaginaba. Sé que tengo que ser fuerte, lo sé. Después de que la Luisa recompusiera su traje se ha acercado a mí y ha dicho las tres únicas palabras desde anoche.

—Te quiero, Bahati.

—Y yo a ti, muchacho. Ven aquí.

Está más alto que yo, no me había dado cuenta hasta que lo he abrazado. Así, con ropa y zapatos nuevos, tan aseado y con la mirada más limpia que nunca... Es un buen mozo.

Siento que me falta el aliento, que me desgarró. Nuestra vida aquí ha concluido. Escribo estas últimas líneas en el porche, robando la poca luz que le queda al día. La Luisa ya ha preparado nuestras cosas, nos marchamos a un bohío, a un kilómetro de la plantación. Estamos esperando a uno de los trabajadores para que nos recoja en un carro, no podemos ir andando cargando con tanto peso y los caballos de la casa ya tienen nuevo dueño.

Sí, por primera vez desde que llegué a esta tierra como esclavo, y siendo más libre que nunca, voy a ser un jornalero más en la zafra... La Luisa y yo tendremos que trabajar en el ingenio como un matrimonio si queremos tener un techo para nosotros. No sé si seré capaz de aguantar mañana una jornada de catorce horas arrancando cañas, no estoy acostumbrado al trabajo duro. Pero tengo que hacerlo por él, por Ojosdeagua, por Rosendo Hidalgo. Me encanta su nuevo nombre. Los preparativos y el pasaje han costado gran parte del dinero que tenía guardado para él, temo que pronto se quedará sin nada y no sé si esto pueda ser motivo de que se interrumpa su educación, tengo que adaptarme a la plantación y conseguir dinero.

El señor Castro me dijo anoche que no debo preocuparme por nada, que mi protegido va recomendado, tanto en el viaje como durante su estancia en Alabama. Me contó que el señor Washington lo espera y que tiene planes para él. «Según me comentó Julio, es un muchacho preparado e inteligente, aprenderá el idioma y se adaptará pronto, estoy seguro», me dijo al ver mi estado de preocupación.

Ojosdeagua ha prometido escribirme. Ya estoy soñando con el día que reciba esa carta. Tengo que marcharme, la Luisa y el carro me esperan.

CAPÍTULO XVIII: Libre y esclavo

Los primeros días cortando cañas pensé que no sobreviviría. No nací con una complexión fuerte; aunque no me faltó la salud y mis piernas seguían siendo capaces de correr durante horas, mis huesos y músculos nunca fueron muy resistentes. Además, no estaba entrenado para un trabajo tan duro y de tantas horas. Caía desfallecido cada noche.

Nos ponían en hilera frente al corte que había quedado en la plantación el día anterior, ante un mar de cañas del doble de la altura de cualquier hombre. No me acostumbraba al machete, no había pasado una hora de trabajo cuando mi muñeca ya no soportaba su peso y mucho menos conseguía cortar una sola caña de un machetazo. Los jornaleros se mofaban continuamente de mí, mientras ellos se hacían paso entre el cañaveral, yo quedaba atrás, exhausto e impotente ante aquella pared de cañas impenetrable. El capataz de nuestra cuadrilla, Basilio, era un tipo sin escrúpulos; los colonos elegían muy bien a los encargados para conseguir que rindiéramos al máximo en el trabajo.

Desde la abolición de la esclavitud, los castigos físicos estaban prohibidos, además de dar mala fama a los dueños de los ingenios y perjudicarles cuando llegaba la época de contratación. Pero tenían otros métodos igual de eficaces, como cancelarnos el contrato o reducirnos el escaso salario alegando incumplimiento del trabajo.

Yo no tenía adónde ir, necesitaba ese trabajo más que cualquiera de los empleados en el ingenio, a mí no me esperaban en mi tierra, o eso pensaba; ni siquiera sabía si mi madre seguía viva. A los pocos días el capataz me dijo que el señor Ramírez, ahora era «señor», me mandaba a llamar, que me pasara por la fábrica a la hora del almuerzo. Así lo hice.

—Hombre, Bahati, te estaba esperando —me dijo directamente y con sorna en la misma entrada de la fábrica. Estaba sentado, almorzando con el resto de capataces—. Seré rápido. Me han dicho que no te adaptas al trabajo, que no haces más que estorbar en la plantación. Bahati, Bahati, Bahati... No vas a dejar de dar problemas. Tienes una semana para demostrar que eres capaz de manejar el machete, de lo contrario me lo pondrás muy fácil, no sé si me entiendes.

—Le entiendo, señor Ramírez.

—Irse a vivir con la Luisa... Hay que echarle valor siendo tan poco hombre. Te aconsejo que le pongas un cinturón de castidad, a ver si así te repones, estás hecho un asco —dijo uno de sus tres secuaces.

—Mándamela a mí unos días, verás que te la devuelvo más mansa. Ja, ja, ja... —Intervino otro.

—Una semana, ¿lo has entendido?

—Yo en tu lugar me vendaría esa muñeca a conciencia —apostilló el tercero mostrando algo de piedad.

—Sí, harías bien. El machete pesa mucho más que la pluma —terminó Ramírez.

Apenas conseguí mantenerme en pie el resto de la jornada, no había tenido tiempo de almorzar y los días anteriores me habían destrozado. Pero aguanté, con la vista nublada, los brazos casi dormidos del dolor y la muñeca hinchada hasta el doble de su tamaño.

Cuando llegué a casa la Luisa me procuró un buen guiso, me untó un ungüento mientras me masajeaba los músculos de todo el cuerpo y me vendó con destreza la muñeca.

—Tienes que aguantar, Bahati. Si pierdes este trabajo te quedarás sin nada.

—No sé si lo resistiré, no hallo las fuerzas para sostener el machete, lo mío es correr y escribir, Luisa.

No sé cómo ella podía soportar jornada tras jornada en la plantación, recogiendo las cañas que los hombres iban cortando y atando fajos. Cuando llegaba a casa todavía tenía fuerzas para cocinar, limpiar y lavar. Y cuando terminaba con las tareas del hogar me buscaba. La Luisa, la insaciable e incansable Luisa... He de reconocerlo, llegué a quererla, pero creo que nunca la amé, nunca sentí por ella nada parecido a lo que viví con mi amada Balbina. Mi relación con la Luisa era otro tipo de amor más interesado por parte y parte, más práctico, más buscado. Nos unió la soledad y la necesidad de protección... Eso, la necesidad. No es menos cierto que algo en nuestro interior respetaba y admiraba al otro.

A ella le sorprendían mis conocimientos, mi preparación intelectual teniendo en cuenta mi procedencia y el mundo tan hosco en el que nos desenvolvíamos; apreciaba mi manera de tratarla, con mucho más respeto que el resto de los hombres que hubo conocido, y mi firme intención de dedicar lo que me restaba de vida a ayudar a Ojosdeagua. Le gustaba que le leyera novelas románticas y que le explicara el significado de las palabras que no entendía. Cada noche me hacía leerle un rato, podía perdonarme que no satisficiera sus deseos carnales, eso era algo que encontraba con facilidad en otros bohíos, pero que la privara de esas pequeñas entregas nocturnas de sueños que hablaban de otras mujeres, de lugares lejanos y utópicos... La mayoría de las veces yo no aguantaba más de diez minutos leyendo, pero ella protestaba enérgicamente para apurar el último resquicio de energía que me quedara en el cuerpo. Era insaciable en todos los sentidos.

Yo admiraba en ella su fuerza, su capacidad de olvidar amores, sus ganas de vivir a pesar de todo. Tenía una nobleza innata, primitiva, que le hacía perdonar al instante cualquier agravio.

—Conseguiré que me quieras, que no puedas vivir sin mí —me decía a veces cuando la rechazaba.

—Ya te quiero y te necesito —le contestaba.

—Pero no como a la niña blanca, a ella le diste tu corazón. Desde entonces eres un medio hombre.

En realidad nunca le hablaba de mi dolor por la muerte de Balbina, pero ella lo sabía, creo que todos en el ingenio lo sabían.

Cuando ya pensaba que todo estaba perdido y que pronto me vería sin trabajo y sin rumbo, se abrió una puerta. Los trabajadores de la plantación a veces se veían obligados a rellenar documentos, hacer pedidos y contestar cartas, la mayoría eran analfabetos, no sé si todos, no había diferencia entre blancos, criollos y negros. Eran hombres y mujeres rudos, que habían crecido entre campos y animales. Un día uno de los capataces se acercó mientras almorzaba. Se llamaba Felipe.

—Eres un tipo con suerte —me dijo. Él no podía imaginar hasta qué punto siempre me ha perseguido la fortuna—, esta tarde voy a darte un trabajo más propio de tu enjuto cuerpo.

Levanté la vista y, antes de darle un bocado a mi banana, le contesté esperanzado.

—Usted dirá, don Felipe.

—Necesito que me escribas una carta. Te espero en media hora en mi bohío.

Su casa era más grande y robusta que los bohíos de los jornaleros, pero parecía una cueva infecta. Nada más cruzar el umbral comprendí que era una suerte vivir con la Luisa. Sobre una mesa,

entre todo tipo de artilugios y mugre, había dispuesto papel, tintero y pluma.

Escribí la carta de un hombre preocupado, que hacía semanas no sabía de su madre enferma. Don Felipe era aparentemente un hombre duro y frío, como requería su trabajo, pero como todo ser humano, añoraba a sus amores; en la carta también preguntaba a su madre por una tal Josefa, necesitaba saber si lo estaba esperando. Iba dirigida al norte de España.

Quedó bastante satisfecho, a partir de entonces me convertí en el pendolista del ingenio. Tenía encargos a diario y me pagaban por ello. Fue una suerte que entre las más de doscientas personas que vivían en la plantación yo fuese el único que tenía verdaderos conocimientos del lenguaje. La mayoría siquiera sabían escribir su nombre.

Pronto llegó a los oídos del colono mi buen hacer con las letras y los números y comprendió que era más valioso como secretario que como bracero, así que para disgusto de doña Rosario y Ramírez, me convirtió en su mano derecha, aunque él, al contrario del antiguo amo, sí contaba con los dos brazos. Un día me hizo llamar, me pasó a su despacho y me dijo:

—¿Ves lo que hay sobre la mesa?

—Sí, señor.

—Pues tienes dos días para contestar la correspondencia, archivar los documentos y rellenar los libros de cuentas. No me preguntes cómo, no tengo ni idea, hace meses que me quedé sin escribiente y no hay manera de contactar con él. Aquí tienes tu oportunidad de salir de la plantación y soltar el machete —Dicho esto cerró la puerta por fuera.

Montones de cartas sin abrir, libros de cuentas, notas a mano, facturas y documentos de todo tipo se mostraban sin lógica alguna sobre la mesa, una silla y una estantería. Creí que sería imposible poner un mínimo de orden en todo aquello, y menos en dos días. Pero pensé en mi difícil situación y en Ojosdeagua y decidí ponerme manos a la obra sin darme tiempo a compadecerme.

Fue imposible acabar con la cantidad de trabajo acumulada durante meses, además de que gran parte de los documentos requerían información que yo ignoraba y muchas de las cartas solo podía contestarlas con la ayuda y el consentimiento de don Braulio. Aun así, trabajé a destajo, ordenando, clasificando, poniendo libros de cuentas al día, abriendo cartas y reuniendo las que requerían una contestación urgente... Desde luego, no era el mismo despacho que encontré dos días antes. Tenía mil preguntas para don Braulio, y dudé en varias ocasiones de si sería lo más adecuado ir en su busca para consultarle antes de continuar, pero preferí centrarme en el orden y la clasificación y preguntar cuando fuese en mi busca. En las dos jornadas que estuve en su casa solo me lo crucé en una ocasión y no preguntó, ni siquiera recuerdo si llegó a saludarme.

Efectivamente, dos días más tarde, ya casi oscureciendo, apareció en el despacho. Se plantó unos segundos en el umbral de la puerta y paseó la mirada detenidamente por la estancia. Después me habló:

—No sé si detrás de todo esto hay un descalabro y si me arrepentiré de haberte abierto las puertas de mi despacho, pero me gusta lo que veo.

Cogí la libreta, muy consciente de que me estaba jugando el futuro y me acerqué a él tímidamente:

—Don Braulio, hay muchas cosas para las que necesito su ayuda, no tengo información suficiente como...

—Sí, sí, sí... Mañana, Bahati, mañana será otro día, me pasaré por aquí temprano antes de irme a la ciudad.

Y lo hizo. Poco a poco me convertí, no solo en su secretario, si no en su hombre de confianza. Todas las compras, ventas, contratos, misivas... todo llegaba directamente a mis manos, en pocas semanas la gestión del ingenio dejó de tener secretos para mí. Y a efectos administrativos todo estaba en orden, incluso sacaba tiempo para escribir las cartas de los jornaleros y leerles las que les llegaban. Esto me hizo el guardián de los secretos del colono y de gran parte de los empleados. Papalú tenía razón: el conocimiento es un arma poderosa, una gran ventaja en la supervivencia de cualquier ser humano. El mundo lo mueven los hijos de Atenea.

CAPÍTULO XIX: Noticias

Hacía cuarenta días que Ojosdeagua se había marchado y no sabía cómo le iba en Alabama. El señor Castro, que visitaba el ingenio un par de veces al mes para ocuparse de muchos de los contratos de los españoles, me dejó recado con uno de los mayores de que el muchacho había llegado a su destino sin problemas. Habían pasado dos semanas desde que llegara a Estados Unidos cuando el encargado me dio la noticia, aunque se la habían confiado días antes.

Pasaba con su caballo delante de mi bohío y se acordó del recado. Silbó y salí a la puerta.

—Siempre se me olvida, el señor Castro me dejó hace unos días un recado para ti: El muchacho llegó bien a su destino, ya está en ¿Alabama?

—Sí, Alabama.

—Pues eso, que llegó bien —dijo sin bajarse del caballo.

—¿No le comentó nada más?

—No, no recuerdo que me dijera nada más. A las buenas noches, pareja —concluyó con sorna al ver a la Luisa asomada a la ventana.

«Llegó bien...», aquellas dos palabras tenían para mí un gran significado. Hacía días que me impacientaba, que esperaba una carta de Ojosdeagua, una señal que me procurara descanso mental. Al menos sabía que el viaje concluyó con éxito, pero había pasado más de un mes desde entonces.

La carta llegó a los cuarenta días de su partida:

Querido Bahati, maestro:

Hace cinco días que llegué a Alabama. Por lo que me has contado, este segundo viaje de mi vida en barco no se ha parecido en nada al primero. Dormí y comí muy bien, y los compañeros de camarote han sido una buena compañía. Desde que sales de la isla sientes lo que significa ser libre, aunque todas las normas del buque están pensadas para que las estancias de blancos y negros queden bien delimitadas y no nos encontremos los unos con los otros en las zonas comunes.

Cambiaremos las cosas, Bahati, ya lo verás, sé que he venido a esta tierra a luchar por nuestros derechos, a demostrar que el ser humano reside en el cerebro y el corazón, no en la piel, y lo voy a conseguir. Lucharé con todas mis fuerzas, por ti, por Rosendo, por Balbina, por la Luisa, por la madre que nunca conocí..., porque es lo justo.

He encontrado mucha ayuda en el instituto. El señor Washington me recibió personalmente a mi llegada a Tuskegee, te gustaría conocerlo. No te imaginas la sorpresa que supuso para mí tenerlo frente a frente. ¡Él también tiene los ojos de agua! ¿No es increíble? Te encantaría conversar con él. Nació esclavo, como yo, y también está convencido de que la verdadera libertad del hombre negro empieza por el conocimiento, él también es un hijo de Atenea. Es un luchador, su instituto crece día a día.

Me hizo personalmente unas pruebas académicas, ayudado por un muchacho de Florida para que le tradujera mis escritos. Hay varios chicos en el centro que hablan español, pero debo aprender inglés cuanto antes. El señor Washington quedó impresionado cuando evaluó mis

conocimientos y me felicitó efusivamente.

El señor Washington, aquí él es el señor, está trabajando muy duro para ampliar el instituto y poder albergar a todos los chicos negros del sur. Recibe donaciones de blancos ricos y ha comprado unos terrenos para construir pabellones.

Me gusta vivir aquí, Bahati, y a ti también te gustaría, ahorra dinero para el viaje y vente a Alabama, este es tu lugar.

Te echo mucho de menos. Dale recuerdos a la Luisa y escribe pronto.

Rosendo Hidalgo Ojosdeagua.

No sé cuántas veces habré leído esta primera carta de Ojosdeagua. Si en aquel momento hubiese tenido medios, habría salido sin pensarlo a su encuentro. Parecía tan feliz con su nueva vida... Me sentí como un padre orgulloso, el esfuerzo de tantos años había merecido la pena. No es que Ojosdeagua fuera libre, es que se sentía libre en lo más profundo, al margen de su color, y parecía dispuesto a luchar por sus derechos y los de todos los hombres y mujeres de su raza. Lo mejor de todo es que parecía estar en el mejor lugar para su lucha y con la mejor compañía. La emoción me embargaba. La Luisa esperaba impaciente frente a mí:

—¿Qué? ¿Qué cuenta el muchacho?

Levanté los ojos de la carta, me enjuagué las lágrimas, suspiré y por fin le hablé:

—Está feliz, Luisa.

—¿Y?

—Está en el lugar que soñé para él.

—Anda, léeme la carta, a ver si me entero de una vez lo que cuenta nuestro niño.

Y se la leí, y ella también lloró de la emoción.

Recuerdo que aquella noche la Luisa y yo charlamos hasta la madrugada. Ella me decía que teníamos que trabajar duro y ahorrar dinero para marcharnos a Alabama; que allí podrían vernos como una familia, que tendríamos nuestra propia casa, lejos de las «malditas cañas» y de los «malditos amos». Soñaba con bonitos vestidos y con que también a ella le dijeran señora.

Yo la escuchaba con una sonrisa tierna en la penumbra y también soñaba, pero con una vida junto a Balbina. Una casa, hijos, un trabajo digno... sí, pero junto a ella. Por supuesto, nuestro hogar tenía un gran baño con una magnífica tina junto a la ventana, en la que haríamos el amor mientras hubiera sol.

Al día siguiente, en el despacho de don Braulio, escribí mi respuesta a Ojosdeagua y entregué la carta al mensajero junto a otras del colono. Cada tres o cuatro semanas recibía noticias de él, y yo siempre le respondía al día siguiente.

CAPÍTULO XX: Administrador del ingenio

Pasaban los meses y mi situación en el ingenio era cada vez más cómoda. Gozaba de bastante respeto entre los trabajadores y me convertí en un instrumento fundamental en la administración de la plantación y la fábrica. Don Braulio estaba más que satisfecho con mi labor; aunque no era hombre de halagos, me dijo en más de una ocasión que le parecía un milagro tener todas las cuentas y la documentación al día con un solo hombre contratado para este menester. Yo intentaba consultarle solo lo imprescindible, le molestaba enormemente que lo buscara. Hasta tal punto, que en más de una ocasión me instó a falsificar su firma.

En una de las ocasiones salí del despacho y pregunté por él a un trabajador que encontré arreglando el tejado. «Debe estar en la fábrica», me dijo. Y allá que me encaminé con dos cartas y un contrato a falta de su firma. Eran documentos que requerían ser enviados con urgencia. Lo encontré en la puerta de la azucarera, revisando un cargamento que salía para el puerto y que escoltaría personalmente.

—Buenos días, don Braulio.

—Buenos días —me contestó con cierto desagrado—. ¿Qué te trae por aquí?

—Verá, el mensajero vendrá a media mañana a por la correspondencia y estos documentos necesitan su firma.

—¿Para eso abandonas tu trabajo? No puede ser tan importante, este tipo de asuntos esperaban durante semanas cuando tú no estabas y el mundo seguía en pie —me hablaba cada vez más enojado mientras uno de los capataces aguardaba con impaciencia para seguir con la tarea que se traían entre manos.

—Son solo unas firmas...

—Unas firmas, unas firmas... Dime una cosa, con lo habilidoso que eres con la pluma, ¿todavía no has aprendido a firmar por mí?

—Señor, no creo que deba...

—¡Bah!, deja de molestarme para estas tonterías. Márchate, tengo cosas más importantes que hacer que garabatear papeles.

Lo cierto es que le resultaba un trabajo muy tedioso el solo hecho de firmar con su nombre, no tardé mucho en darme cuenta que era prácticamente analfabeto y que los asuntos administrativos no solo le molestaban porque no se le daban bien y porque era un hombre de acción, es que, además, era un incapaz para estas cuestiones, tal vez esto era la causa de su manifiesta animadversión a la burocracia, para él la palabra de un hombre era más que suficiente para cerrar un trato y el más mínimo atisbo que le hiciera sospechar un engaño era motivo para no hacer nunca más ningún tipo de acuerdo con el sospechoso. Así habían funcionado las cosas desde que recordaba y de esta manera su padre había levantado un imperio, con apretones de manos y una fina y natural intuición.

Pero lo cierto es que las cosas habían cambiado en pocos años y toda transacción requería un documento con su rúbrica.

Falsificar la firma de don Braulio me costó una hora de ensayo, era tan fácil como escribir su nombre y apellidos despacio y con inseguridad, como lo hubiese hecho un niño. Después un ocho abierto y alargado subrayando las tres palabras y listo.

Los capataces, tanto Ramírez, como Basilio y Felipe, veían con bastante recelo el poder que

el colono había otorgado al que no era más que un esclavo con un documento de libertad. Especialmente Ramírez me vigilaba de cerca, desconfiaba de todo y todos, fundamentalmente de mí. No perdía oportunidad para entrar en el despacho, siempre sin saludar, y pasearse por la estancia con aire altivo mientras cogía este o aquel documento para ojearlos con fingido interés. Solo pretendía amedrentarme, de más sabía yo que sus conocimientos no eran mucho más elevados que los de don Braulio. Yo lo dejaba hacer y aparentaba ignorarlo, pero sonreía para mí. Era un pobre diablo cuya desconfianza nacía de su espíritu traidor.

En una ocasión el colono sorprendió al viejo capataz en una de sus visitas al despacho:

—¿Qué haces aquí, Ramírez?

—He venido a hacerle un encargo a Bahati —mintió, y lo hacía muy bien.

—¿Crees que soy estúpido? Te prohíbo terminantemente la entrada a este despacho.

Esta orden del colono en mi presencia fue para él una ofensa imperdonable, ¡jante el negro que más había odiado desde que trabajara en el ingenio!, y dejó asomar algo de la ira contenida:

—No sé cómo puede fiarse más de un negro sarnoso que de uno de los hombres que más ha luchado por esta plantación.

—Pues yo te lo explico, Ramírez, yo te lo explico. Eres el único capataz que conozco que se ha adueñado de la casa y de la mujer de su colono, no te confiaría ni una caña de estas tierras, estás aquí porque me lo pidió doña Rosario, de no haber sido así te aseguro que serías el último hombre al que contrataría. Y este «negro sarnoso», como tú dices, me ha dado en un año más muestras de honestidad de las que tú podrías acumular en toda tu pobre vida. No me gustas, Ramírez, y no solo por tu merecida fama, es que no me gusta tu mirada. Cómo será la cosa que estoy buscando la manera de comprarle a doña Rosario lo poco que le pertenece en el ingenio para enviarte bien lejos de mis propiedades. Y ahora sal de mi despacho inmediatamente.

Sí, el nuevo colono era un hombre hosco, de mal carácter y escasa formación, además de haber heredado de sus antepasados cierto porte racista, pero por encima de todo había aprendido a valorar la lealtad y tenía una habilidad especial para distinguir a un ser humano fiel entre un millón.

Poco a poco me convertí en algo más que su secretario, fui su hombre de confianza. Hasta tal punto depositó sus quehaceres administrativos y personales en mí, que ya ni siquiera me dictaba las cartas que una vez al mes enviaba a un hermano que tenía en Castilla.

—Hace un mes que llegó carta de su hermano, ¿quiere que se la lea y le escribamos unas letras?

—No, estoy harto de leer y dictarte siempre lo mismo, me aburren estas formalidades inútiles, él está bien, yo también, pues andando. No tengo tiempo para perder en tonterías. Léela y escríbele tú...

—Pero...

—Bah, bah, bah... Ya sabes, lo de siempre: «Querido hermano: Espero que al recibo de esta te encuentres...» —iba relatando mientras se ponía el sombrero y salía del despacho camino de la fábrica.

Al igual que me ocurrió cuando comencé a trabajar para el señor Hidalgo, en poco tiempo la residencia de don Braulio se convirtió en la mía. Teresa, la cocinera, la única mujer que vivía en la casa, recibió la orden del señor de llevarme el almuerzo al despacho, cosa que agradeció

enormemente la fiel criolla. Estaba cansada de cocinar para nadie, su señor pasaba el día fuera y solía comer de la generosidad de los capataces, para él volver a casa y sentarse a comer era una pérdida de tiempo.

Eso sí, cada noche volvía al Bohío que compartía con la Luisa.

No tardó mucho don Braulio en encomendarme tareas de bancos en la ciudad. Mediante un poder notarial me convirtió en su tesorero y el administrador de sus bienes, a pesar de la manifiesta desaprobación de banqueros y directivos. Cada vez tenía más trabajo y responsabilidad, pero me pagaba como a un simple jornalero de la zafra. Era un tipo muy tacaño. El único regalo que me hizo mientras estuve a su servicio fue un carro de segunda mano y un caballo, claro, lo necesitaba para ir a la ciudad a hacerle sus gestiones de bancos, se llevaba muy mal con los guardianes del dinero y los prestamistas, decía que eran la peor especie que había dado nuestra raza.

Con el transcurso de los años me convertí en el alter ego del colono; se diría que fui la mitad de su identidad, esa parte que detestaba y prefería delegar en otro. Como dueño del ingenio, muchas de sus decisiones y movimientos debían quedar reflejados sobre el papel, pero lo cierto es que llegó un punto en el que no tenía ni idea de a quién escribía ni lo que firmaba, porque siquiera me permitía informarle.

«Don Braulio, hoy ha firmado...», intentaba informarle en alguna ocasión de algo que me parecía de especial relevancia. «Sí, sí, muy bien, Bahati, no me molestes con tus asuntos, no tengo tiempo para perder en cuestiones de papeles. Si tú lo has decidido, bien está».

Recuerdo aquella carta en la que su hermano le comunicaba la muerte de su esposa: No me dio tiempo de terminar la primera frase. «Vaya, así que doña Flora ha dejado por fin libre a mi hermano... ¿Le has dado el pésame?». «No, pensé que le gustaría enviarle unas palabras personalmente». «Bah, bah, bah... No siento la muerte de esa bruja, seguro que tú eres capaz de hacer que lo parezca». «De acuerdo. ¿Alguna otra cosa?». Siempre aprovechaba para recordarle si había algo importante que debiera saber, no era lo que se dice un hombre accesible. «Toma—se sacó un montón de papeles arrugados del bolsillo y me los puso en la mano—, mira a ver qué es todo esto».

Mi vida era trabajar y dormir. A veces envidiaba a los empleados de la fábrica, al menos ellos disponían de algo de tiempo para disfrutar en la ciudad los domingos, o cuando llegaban a casa al caer el sol. Algo de sus vidas les pertenecía. En cambio la mía no era más que una prolongación de la de don Braulio, solo que cada tres o cuatro semanas firmaba una carta con mi nombre, dirigida a mi querido Bahati, y dormía a diario con una mujer, aunque siempre sospeché que también la compartíamos, en una ocasión encontré su sombrero sobre una silla al llegar a casa y la Luisa respondió a mis preguntas con evasivas. La verdad es que no me importaba, nunca la sentí mía, ni ella me sintió suyo. Además, teniendo en cuenta las necesidades de una mujer como ella y lo poco que la correspondía era de esperar. No me lo dijo, pero por lo que sabía, y era mucho más de lo que él conocía de sí mismo, don Braulio nunca se había casado, seguramente tampoco tuvo tiempo en su juventud para estas «tonterías».

Reconozco que a veces me sentía agotado, el ingenio era una fábrica de azúcar y de problemas administrativos, demasiados para un solo hombre; pero por otro lado el trabajo me hacía olvidar, mi cabeza estaba demasiado ocupada para pensar en todo lo que había perdido, y me acostaba tan cansado que, apenas rememoraba a Balbina bajo el agua, me quedaba dormido, en

ocasiones con la Luisa encima intentando una vez más lo imposible.

La verdad es que don Braulio y yo éramos un buen equipo. A él le gustaba el cara a cara, moverse, ir de allá para acá, ver la mercancía, estrechar las manos de sus proveedores y acreedores, y yo prefería trabajar en soledad, moverme entre papeles, entre letras y números. De todas formas, a los negros no les estaba permitido hacer negocios, si teníamos algún talento, solo podía estar al servicio de un blanco. Aunque habíamos empezado a comprar pequeños terrenos para hacernos nuestras casas y plantar nuestros propios huertos, nuestra economía y condición no nos permitía mucho más.

Este era mi caso, ayudaba a don Braulio con mil ideas, conseguí disminuir sus deudas poco a poco hasta acabar con ellas y ampliar significativamente el capital, compré maquinaria en su nombre para aumentar la producción, contraté a buenos trabajadores..., en definitiva, mis iniciativas e inversiones triplicaron el rendimiento del ingenio y sentaron las bases para un futuro prometedor.

A pesar de mi bajo salario, conseguía ahorrarlo casi en su totalidad mes a mes. Comía en casa de don Braulio a diario, mis gastos eran mínimos y los del bohío los sufragábamos a medias entre la Luisa y yo.

Cuando estaba dispuesto a enviar parte de mis ahorros a Ojosdeagua, me llegó una carta en la que me comentaba que estaba trabajando en los terrenos del instituto y que con esto y las donaciones que recibía el señor Washington podían vivir sin problemas los estudiantes del recinto, de manera que no necesitaba que le enviara dinero. Me decía que prefería que lo ahorrara para poder pagarme el viaje y marcharme a Alabama. «Serás un buen profesor. Estoy seguro de que aquí podrías dar clase a los chicos, tienes más conocimientos que muchos de los maestros del instituto». Se notaba en sus letras que estaba entusiasmado, que era feliz.

Pero no estaba seguro de si marcharme con él a Alabama era una buena idea. Ojosdeagua estaba preparado para afrontar su destino, tal vez mi compañía lo entorpeciera, parecía tan satisfecho con su nueva vida...

CAPÍTULO XXI: El paso de los años

Me acostumbré a mi rutinaria vida, para mí los días transcurrían lentos, sin sobresaltos, encerrado catorce horas en el despacho de don Braulio, menos aquellos que tenía que ir de bancos, un vez al mes como mucho. Volvía al bohío para dormir y me levantaba al alba para encaminarme a la casa del colono. Siempre había trabajo, cartas por contestar, cuentas sin cuadrar y proveedores a los que atender. Don Braulio había tomado la mala costumbre de enviarme al despacho a todos aquellos vendedores, compradores y contratistas con los que no terminaba de entenderse, que eran la mayoría. Se quedaban atónitos cuando comprobaban que un enjuto bosquimano llevaba toda la administración de uno de los ingenios más productivos y eficaces de Cuba. Algunos manifestaron abiertamente su desaprobación a ser atendidos por un negro. Incluso los hubo que se sintieron humillados. Nada de esto me afectaba, en realidad mi color era la excusa para justificar la envidia ante un negocio tan productivo y eficaz. La mayoría de los clientes y proveedores tenía tratos con otras fábricas de Cuba y conocían la mala situación económica de las azucareras.

También se burlaban los jornaleros cuando venían al despacho a cobrar su salario. Tampoco me importaba nada. «No hay nada peor que un negro compinchado con su amo», «déjate de tanto número y súbenos el sueldo, negro», «¿A dónde hemos llegado?, un negro tras su mesa pagando a un blanco... No debimos dejar ni una cucaracha viva», y frases similares se repetían mes a mes entre los trabajadores, blancos y negros.

Los días en los que tenía poco trabajo, aprovechaba para escribir a Ojosdeagua, aunque aún no me hubiese llegado su respuesta a la última carta.

Y así pasaban mis años, entregados al negocio de un colono hurraño que envejecía rápido y que no tenía herederos a quienes dejar su imperio.

No hubo un solo día que no evocara con dolor el nombre de Balbina y su blanca piel bajo el agua iluminada por el sol; no hubo un solo instante en el que mi sordo dolor se aliviara. Nunca dejé de pensar en cómo escapó mi sueño, de qué alevosa manera lo hizo, y que probablemente, si no hubiese sucumbido a la tentación, mi amada niña blanca habría conservado la vida. Bueno, más que probablemente, con bastante seguridad. Creo que desde su traumática pérdida no volví a disfrutar plenamente ni un solo instante de la vida. Desde entonces la sensación de que no tenía derecho a nada era una constante cada mañana al levantarme, sentía que debía pagar mi «crimen». Si ella estaba fuera del mundo, yo también, era lo justo. Si es que de alguna manera se podía compensar tamaña injusticia de perder la vida antes de poder saborearla a causa de un insensato egoísta como yo. Recuerdo que hubo un tiempo en el que creí posible nuestro amor. Pensé que realmente lo conseguiríamos, soñé con un lugar apartado de esas pobres miradas incapaces de ver más allá del color. ¿Por qué no? Si Balbina y yo habíamos podido amarnos por encima de nuestra cultura, educación y raza, si habíamos vivido en primera persona esa felicidad plena siendo tan distintos aparentemente, ¿por qué no habrían de aceptarlo otros como meros espectadores? En aquellos días, y aún hoy, escapaba a mi entendimiento quién ganaba con tan absurdos prejuicios. Se me ocurre que si dejaran completamente libres a todas esas mentes esclavizadas al servicio de otras que no conocen la justicia, ¿cuánto más lejos habría llegado hoy día el ser humano? ¿Por qué el poder recae siempre en los impíos? Y sobre todo, ¿por qué someternos en masa a sus tiranías?

Por experiencia sé que todos esos muros que levantamos para marcar nuestro territorio como perros son ficticios, hasta tal punto lo son que se necesita un enorme y constante esfuerzo para mantenerlos en pie, a poco que los poderosos se descuidan caen como si fueran de arena. Yo crecí en la sabana, educado por mi madre y un blanco bueno y sabio venido de tierras lejanas. Me sorprendió su color, era el primer hombre blanco que veía, pero pasada la primera impresión formó parte de mis seres queridos sin problema, nunca sentí que era más que yo sino en conocimientos. Tal vez por eso empaticé enseguida con el doctor en el barco, con el señor Hidalgo y con don Braulio. Tal vez por eso pude enamorarme de la niña blanca y estremecerme de amor al acariciar su pálida piel. No es que la hubiese amado por encima de su color, no, la amé también por su color.

Cuántas veces he reflexionado sobre todo esto... Cada vez que uno de los jornaleros me insultaba haciendo alusión a mi color me hacía la misma pregunta: ¿por qué? ¿Quién gana con todo esto? Recuerdo que en ocasiones los jornaleros negros unían sus voces para proclamar libertad y sus cantos eran traídos por la brisa habanera hasta la ventana del despacho. Muchos se unieron a las continuas guerras y guerrillas que azotaron durante décadas la isla. Sí, sé que viví durante décadas en un polvorín, pero nunca me afectó, sufría mi propia tribulación. Vivir encerrado entre papeles en el despacho de don Braulio era para mí la mejor manera de aislarme de un mundo en una constante guerra que no me interesaba.

Ojosdeagua ya no me necesitaba, sus cartas estaban cargadas de optimismo y autosuficiencia, allí en Alabama era feliz y vislumbraba un horizonte prometedor. Me decía que sus profesores no paraban de sorprenderse por su capacidad intelectual y que no tardaría mucho en conseguir su título de profesor. También me contaba que tenía relaciones con una chica. Ojosdeagua enamorado... Parece que fue ayer cuando lo acurruqué por primera vez en mis brazos en aquella bodega infecta, llena de dolor y muerte. Cierro los ojos y todavía siento su lengüecilla buscando el jugo de la carne entre mis labios. Era tan pequeño y vulnerable...

Cada día pensaba en él, en cuánto daría por verlo aunque fuese solo una vez más. Pero sentía que nuestro camino juntos había concluido hacía años. Confieso que el día que lo vi partir para Alabama me dolieron las dudas; Rosendo, el señor Hidalgo y yo habíamos puesto mucho esfuerzo e ilusión en su formación, pero no sabríamos si había valido la pena hasta verlo caminar solo. Pronto comprobé que sí, que, como decía mi maestro, todo esfuerzo generoso tiene finalmente un sentido.

Ojosdeagua me comentaba en sus cartas que los negros tenían muchos muros que derribar, había fuertes enemigos blancos educados en la convicción de que nacer con la piel clara era realmente un privilegio y lo importante que era defenderlo a ultranza. «Realmente creen que su raza está dotada de aptitudes inalcanzables para nosotros. En cierto modo, el racismo, a causa de las leyes de segregación, es más virulento en Estados Unidos que en Cuba. La constitución nos considera iguales, es la ley, pero el pueblo está convencido de que somos nocivos para su sociedad y pone mucho esfuerzo y dinero en mantenernos fuera de su vida cotidiana. Escuelas, transportes, hoteles... Todos los servicios públicos están divididos en 'white' y 'colored', y nos exigen saber leer y escribir para votar. Esta es la lucha del señor Washington: hacer entender a nuestra raza la importancia de la educación para conseguir que se haga justicia».

Me sentía tan orgulloso de mi protegido... En febrero de 1901 me llegó esta carta que encerraba un cambio radical en las vidas de Ojosdeagua y la mía. Por entonces Ojosdeagua ya había cumplido los treinta y uno, era un hombre felizmente casado y tenía un hijo al que habían puesto de

nombre David.

Amado maestro, Bahati:

Esta carta contiene una esperada noticia y el cumplimiento de uno de mis mayores sueños. Aunque hace tiempo que mi labor en el instituto Tuskegee es impartir clases a los muchachos negros de Alabama, hoy he recibido una notificación de la dirección en la que se me anuncia que oficialmente pasaré a formar parte del profesorado esta primavera.

Mi nombramiento tendrá lugar en un acto honorífico a la labor del señor Washington en la Universidad de Harvard, Massachusetts. No creo necesario contarte lo mucho que esto significa para mí, y puedo imaginar lo que sentirás en este momento.

Sé que has decidido aferrarte para siempre a ese despacho desde el que me lees y me escribes, pero debes saber que nada me haría más feliz que verte entre los asistentes y poder darte ese abrazo agradecido que lleva esperando tantos años. Le he hablado tanto a Olivia de ti... El pequeño David ya escribe su nombre, sé que te sorprendería su inteligencia. No pierdo la esperanza de volver a verte.

Rosendo Hidalgo Ojosdeagua.

No tardé mucho en contestarle:

Querido Ojosdeagua:

No quepo en mí de gozo desde que ayer recibiera tu última carta. Estoy orgulloso de ti, lo que estás consiguiendo me hace pensar que tarde o temprano todos los esfuerzos y sufrimientos de un hombre tienen sentido. Puedo imaginar la alegría que reina en tu hogar estos días, lo felices que os sentiréis Olivia y tú, no me extraña que el pequeño David sea tan avisado.

Mi corazón estará en Harvard el día de tu nombramiento. Nunca fui hombre aventurero, a pesar de lo rápido que corría por la sabana cuando era niño; de no haber venido esclavo y a la fuerza a estas tierras, creo que seguiría corriendo en círculos por el poblado que me vio nacer. ¿Te imaginas a tu maestro haciendo un viaje tan largo sin conocer siquiera el idioma? No, mejor lo vivo desde este despacho, no sea que me despiste por el camino y la preocupación por mí desluzca tu discurso, que estoy seguro estará a la altura del mejor de los oradores.

Intento imaginarte todo un hombre, pero me vienen a la mente el día que naciste, tus primeros pasos, tus primeras palabras, tus ojos...

Mi corazón se llena de gozo al pensar en todo lo que estás consiguiendo y al percibir en tus cartas tanto entusiasmo por la vida.

No dejes de escribirme y contarme todos tus logros.

No te olvida:

Bahati.

CAPÍTULO XXII: El maestro Ojosdeagua

El 4 de marzo de 1901 estuve en la ciudad para hacer unas gestiones, recuerdo perfectamente ese día porque tengo aquí a mi lado el ejemplar del diario que encontré mientras esperaba a ser atendido en la gestoría. Lo hojeaba distraídamente, nunca me interesó especialmente la política ni las noticias de sociedad. Pero pasando hojas me topé con un titular que llamó mi atención: «*La universidad de Harvard en un acto honorífico distinguirá a tres profesores de color por su labor docente en el instituto Tuskegee el diez de mayo. Los galardonados serán Julius Johnston, Rosendo Hidalgo y James Adams*».

El corazón me dio un vuelco. Conocía la noticia, pero verla impresa en un diario cubano... Leer su nombre entre las palabras «Harvard» y «docente»... Salí de la gestoría con el periódico en la mano, sin hacer mi encargo; estaba conmovido, eufórico. El diez de mayo se realizaría uno de mis sueños desde que saliera de Angola. Desde que recordaba, no había hecho otra cosa, aparte de amar a Balbina, que luchar porque Ojosdeagua fuese reconocido por su valía intelectual independientemente de su color y procedencia. El momento había llegado, y no, yo no podía faltar.

Aproveché que estaba en la ciudad para informarme sobre el viaje. Incluso compré un mapa y un libreto que daba todo tipo de detalles sobre la travesía. Cuando volví me fui directo a la fábrica para hablar con don Braulio y contarle mis planes. Lo encontré almorzando con los capataces:

—Buenas tardes, don Braulio. ¿Tiene un momento?

—¿Algún problema en la gestoría?

—No, no se trata de eso. Quería hablarle...

—Luego me paso por el despacho, ve tranquilo.

—De acuerdo. Le agradecería que no lo olvidase, señor, es importante.

—Estaré allí en dos horas.

Y así fue. Entró sudoroso, con el sombrero en la mano. Yo estaba absorto en mis pensamientos, mirando por la ventana.

—Te veo muy desocupado, ¿no te estaré pagando por mirar el paisaje? —preguntó con ironía, después de tantos años no tenía ninguna duda sobre mi labor en el ingenio.

—Buenas tardes, don Braulio.

—Dime, qué es eso tan importante que no puede esperar —dijo sentándose frente a mí.

—Quiero hacer un viaje a Massachusetts en mayo. Bueno... es importante que esté allí el diez de mayo... Muy importante.

—¿Y eso? ¿Le ha pasado algo a tu muchacho?

—Ojosdeagua va a recibir una mención honorífica en Harvard en la que se reconoce su labor docente en el instituto Tuskegee y no puedo faltar.

—Bueno, supongo que el ingenio no se hundirá porque te ausentes unos días.

—Necesito que me ayude con la documentación y el pasaje...

—No hay problema, hablaré con Cabrera y lo arreglaré todo. Mañana tengo que pasar por su despacho y se lo comentaré. Ya te diré. Por cierto, déjame todo bien atado para que no tenga problemas hasta tu vuelta, ya sabes que esto de los papeles no es lo mío. ¿Cuántos días estarás fuera?

—No lo sé...

—Bah, no creo que tardes más de un par de semanas —dijo rascándose la frente, como haciendo cálculos, sumando burdamente lo que podría tardar en ir y venir de Massachusetts.

—¿Me informa entonces en cuanto hable con el señor Cabrera? —corté con una pregunta su afirmación de que mi viaje no duraría más de catorce días.

—Sí, hombre, sí, ya te diré. Voy a echarme un rato, creo que he comido demasiado —Él siempre comía demasiado, una sola vez al día, pero en cantidad y muy deprisa. No era de extrañar que el estómago estuviese mermando su salud.

Algo me decía que no era tan segura mi vuelta. No soy hombre de ir y venir, si voy, me quedo, siempre me encontré cómodo en mi destino y me ha dado pereza el regreso, incluso más que el viaje en sí, que es lo que peores recuerdos me ha dejado. Pero entonces era un simple presentimiento y no me pareció oportuno compartirlo con don Braulio, no fuese que decidiera suspender su ayuda.

Don Braulio cumplió su palabra, en unos días tenía mi documentación y pasaje, de ida y vuelta, claro.

Hasta mi partida, fueron días de mucho trabajo e inquietud. Debía dejar todas las gestiones y cuentas al día, todo anotado y debidamente organizado, y mi cabeza ya estaba de viaje, me inquietaba enormemente la travesía, la única que había hecho por mar me dejó un desagradable recuerdo.

Entre tanto, tuve oportunidad de escribir en dos ocasiones a Ojosdeagua, pero no hice alusión a mi viaje, no me pareció acertado turbarlo en unos días tan importantes para él. Además, quería darle una sorpresa; si conseguía finalmente llegar a mi destino, claro. Ahora que me detengo a pensarlo: no quería que se llevase una desagradable sorpresa. No confiaba en ser capaz de llegar a mi destino y si Ojosdeagua me esperaba y finalmente no me veía entre el público podría arruinarle el día más importante de su vida. Conocía la geografía del planeta como las paredes del despacho de don Braulio, pero sobre el papel.

Despedirme de la Luisa fue la tarea más complicada y trágica de los preparativos del viaje. Había puesto mucho cuidado para que no sospechara mi inminente partida temiéndome la escena, tenía escondida mi valija en un pequeño cobertizo ubicado en la parte trasera de nuestro bohío, cuanto más tarde se lo dijera, menos tiempo tendría para torturarme. Ella lo sabía, me conocía mejor que yo y sospechó que sería un adiós definitivo. Desde que le hablé sobre mi segura asistencia al nombramiento de Ojosdeagua en Massachusetts se desató un drama en nuestro bohío sin precedentes.

Atardecía, estábamos sentados a la mesa, cobijados bajo la luz de la lámpara. Ella remendaba una falda y yo leía un libro de mitología griega de los pocos que pude llevarme de la casa de don Julio. Pensé que era el momento, se la veía tranquila, en realidad se había agotado el tiempo.

—He decidido viajar a Massachusetts, creo que debo estar junto a Ojosdeagua en un día tan importante...

—Me voy contigo —me interrumpió y contestó sin dudar un instante.

—No es posible, es un viaje largo y muy caro.

—Tengo que ir para traerte o te quedarás allí.

—No tengo nada que hacer en Massachusetts, no sé si sabes que es un estado bastante alejado de Alabama, que es donde vive Ojosdeagua. Tengo pasaje de ida y vuelta. No te preocupes, solo voy para darle una sorpresa a nuestro muchacho. Además, ya es hora de que conozca por fin a su esposa y

su hijo.

—¿Cuándo te vas?

—Salgo mañana temprano para el puerto...

—¿Y no me has dicho nada hasta ahora? ¡Negro desagradecido, así me pagas todos estos años! —encolerizó.

—Deja de gritar, es solo un viaje. Volveré.

—¡No, no volverás, lo sé muy bien! Sé que en cuanto te codees con un puñado de señoritos de esos que saben de letras te olvidarás de todo esto, y tú también lo sabes. ¡Llévame contigo, Bahati! —dicho esto soltó la falda que estaba remendando y se tiró a mis pies implorándome una y otra vez que la llevara conmigo.

—Ya es tarde, salgo en unas horas, Luisa, no tiene sentido que me ruegues por algo que no está en mi mano. Suéltame, tengo que descansar, mañana será un día largo.

Pero no calló en toda la noche, no paró de llorar y rogarme que no me fuera, de prometerme que me sería fiel y que haría todo lo que yo quisiera por hacerme feliz. Yo le respondía una y otra vez que era un viaje con regreso incluido y solo me echaría de menos unos días; pero no me creyó. Nunca la había visto sufrir así.

Se empeñó en acompañarme hasta el puerto, y allí acentuó su dramático comportamiento, para mi vergüenza ante el resto de los pasajeros. Cuando por fin zarpó el barco me quedé mirándola desde la cubierta, viendo cómo se alejaba poco a poco, ella, sus llantos y lamentos. Yo también tuve el presentimiento de que no volvería a verla. La Luisa... la generosa Luisa... Era una gran mujer, ya lo creo.

CAPÍTULO XXIII: El último viaje

Salí de La Habana el cuatro de mayo, todo calculado, apuntado debidamente en mi libreta de viaje, si no había imprevistos, el día diez estaría a las nueve de la mañana con mi mejor traje, mi único traje, en el Sanders Theatre.

La travesía fue tranquila, compartí camarote de «colored» con tres señores más, hasta que me subí al Artemisa no tuve plena conciencia de que tal vez era el negro más negro que había salido de África. Uno de mis compañeros de travesía hablaba algo de español y me instruyó sobre cómo llegar a Harvard, no distaba mucho de mis apuntes.

El día nueve llegué al puerto de Boston. Nunca me sentí tan tenso y perdido. Estados Unidos era otra dimensión, como viajar al futuro. Todo era más grande, más moderno, más rápido, más... eficaz. Hombres y mujeres caminaban seguros por el muelle, con una misión clara, decididos, mientras yo miraba a mi alrededor junto a mi maleta entre el asombro y el pavor.

Conseguí llegar a la estación, compré mi billete en una ventanilla a un señor al que solo dije: «Harvard». Él contestó algo indescifrable para mí, le di un dólar y me devolvió unas monedas y mi billete hacia Harvard. Me subí en el vagón de «colored», esto era importante, y, una vez acomodado en mi asiento intenté disfrutar del impresionante paisaje que me ofrecía la ventana de mi derecha. En mis apuntes leía de vez en cuando el siguiente paso: «Una vez en el vagón, no dejes de fijarte en el nombre de cada estación en la que el tren haga una parada. Debes bajarte en Cambridge». Aun así, me atreví a preguntar a los señores que ocupaban mi banco y el de enfrente: «Perdonen, ¿alguien sabe español?». Y hubo suerte, siempre he tenido suerte, un joven me indicó que faltaban dos paradas, que muy cerca de la estación encontraría un motel donde descansar llamado «Harvard motel» y que la universidad estaba a cinco minutos a pie.

Atardeciendo llegué al «Harvard motel» y ocupé la única habitación que les quedaba; supuse que por causa del acontecimiento del día siguiente. El recepcionista era negro, pero no todos los hospedados lo eran; tal vez las cosas habían empezado a cambiar en aquel país tan contradictorio.

Me refresqué un poco y salí a dar un paseo por el lugar, para tener claro el camino que tendría que recorrer al día siguiente. La universidad de Harvard me impresionó. Sus edificios manaban cultura y sabiduría y por los alrededores transitaban cientos de estudiantes cargados con sus libros después de un día intenso de clases. En aquel momento me encontraba en el núcleo de la sabiduría humana. Me estremecí.

A mi llegada al motel me esperaba la mayor sorpresa de mi vida. Todavía tiemblo al recordar aquel momento. Cruzando el pequeño hall para alcanzar la escalera me encontré con una dama con sombrero floral sentada en la recepción, parecía esperar mientras observaba el anochecer a través de la ventana. No podía estar sufriendo una alucinación a causa del cansancio y la emoción del viaje, ¡era ella! Me agarré al mostrador y me quedé mirándola, paralizado. Creo recordar que un señor que pasó por mi lado, en este caso «white», soltó un impropio ante mi descaro haciendo alusión a mi color, lo que hizo reaccionar a la señora:

—¿Bahati? ¿Eres tú? — preguntó con la voz quebrada.

—Creo que sí, quiero decir...

Se puso en pie y dio unos pasos hacia mí.

—Sí, soy yo, Balbina. Es, asombroso... ¡Eres tú!

No articulaba palabra, creí desvanecerme ante el recepcionista, también perplejo.

—Pero... Este no es un buen lugar, te espero en la habitación diecisiete, hablaremos más tranquilos —acertó a decir al fin.

Entré a su habitación colapsado, no sabía si la mente me había puesto una trampa y había sido atrapado por una macabra ensoñación; recuerdo que de vuelta al motel me sentía especialmente cansado.

Me cogió una mano, temblorosa, y me guio hacia el interior, una habitación mucho más amplia y luminosa que la mía, para blancos, con una pequeña mesa y dos sillones dispuestos al pie de la cama. Nos sentamos y comenzó a hablar entre lágrimas y sollozos.

—Perdí a nuestro hijo, casi pierdo la vida en el parto, pero después de un mes en cama sobreviví. Entonces me enviaron a Boston para casarme con un rico viudo... No pude avisarte... Yo... imaginé que te habrían dicho que había muerto, creo que también engañaron a mi padre...

—¿Tienes idea de cuánto he sufrido desde que te creí muerta? ¿Puedes imaginarte siquiera lo que han supuesto para mí todos estos años, torturándome ante la idea de haber sido el culpable de tu muerte? Balbina... —le cogí las manos, pálidas, pequeñas y suaves, y me quedé mirando por unos instantes la agradable imagen bicolor, conmocionado, dejándome invadir por aquella inesperada felicidad—, no he dejado de amarte ni un instante.

—Yo tampoco. Cuando murió mi esposo...

—¿Eres viuda? —pregunté con gozo por lo obvio.

—Quise volver a buscarte, pero pensé que ya tendrías una familia, que mi presencia solo podría perturbarte.

—Mi vida y toda posibilidad de amar se fueron contigo, Balbina.

No dijimos nada más por unas horas, me llevó al baño, llenó la bañera, nos desnudamos y revivimos un sueño dolorosamente postergado durante dieciocho años.

Balbina estaba allí por el mismo motivo que yo, había leído en la prensa la noticia y, según me contó, supo enseguida que el tal Rosendo Hidalgo no podía ser otro que Ojosdeagua. Movié unos contactos y lo comprobó, alguien le dijo que el tal Rosendo era el hombre de color con los ojos más azules que se habían conocido.

Había tenido la oportunidad de hablar con él dos días antes y Ojosdeagua sabía de su estancia en Harvard y que asistiría a su discurso.

Pasé la noche en su habitación, poco nos importaba a nosotros aquello del «White-colored».

Amaneciendo, antes de marcharme a la mía, me preguntó:

—¿Qué tal estás?

—Bien, hacía dieciocho años que no me encontraba así.

—Escucha, te aconsejo que conserves la calma, todavía te espera en el día de hoy otra sorpresa.

—Lo sé.

—No me refiero a Ojosdeagua.

—No sé si podré soportar otra sorpresa como la de ayer, demasiadas emociones en poco tiempo.

—Vete, quiero llegar con tiempo de sobra. Te buscaré en la puerta del teatro.

Y allí estaba, rodeada de gente de todos los colores, ella blanca, radiante, hermosa y mía. Al llegar no dudó en besarme en la mejilla. Después me entregó una carpeta y me dijo:

—Aquí tienes el discurso de Ojosdeagua en español, me lo dio a mí, pero creo que tú lo necesitas más, así podrás seguir el contenido de sus palabras —Hice el intento de abrir la carpeta—. No, no leas nada aún.

Entonces volvió a quitarme la carpeta, sacó tres folios y me los entregó:

—Este es su discurso, el resto de los escritos prefiero que los leas cuando todo haya terminado.

Nos sentamos en la tercera fila, Balbina era una viuda con muy buenos contactos. El teatro estaba repleto. Supuse que la señora Hidalgo, la esposa de Ojosdeagua, y el pequeño David estarían en la sala, seguramente en la primera fila, pero no supe de ellos hasta terminado el acto.

Ojosdeagua me reconoció a los cinco segundos, nada más pisar el escenario. Visiblemente emocionado, comenzó su discurso mientras yo lo seguía en mis papeles.

«Me llamo Rosendo Hidalgo, pero yo soy Ojosdeagua. Así me puso mi primer maestro cuando nací en medio del océano al ver mis ojos. Soy hijo del doctor Robles, un médico español, blanco, que se embarcó en el buque negrero en el que vine al mundo para proteger a mi madre, negra, durante la travesía—tuve que leer dos veces las últimas palabras. Esa era la sorpresa que me esperaba ese día—. Ella murió y fue él quien me bajó en sus brazos del último barco cargado de esclavos que llegó a La Habana. Yo soy el último esclavo que llegó a tierras americanas. Mi maestro Bahati, un hombre negro, bosquimano, esclavo, me cuidó en la bodega del buque siendo un muchacho, y estuvo a mi lado y me enseñó todo lo que sabía hasta que llegué al instituto Tuskegee de Alabama. Él fue instruido en la sabana por Papalú, un misionero español, blanco. También soy hijo del señor Hidalgo, el colono que me compró, me cuidó y me devolvió la libertad. Él era un hombre blanco. Y También soy hijo de Rosendo, un hombre negro que dio la vida por mí en el ingenio cubano donde crecí. Él me alimentaba, me cuidaba cuando estaba enfermo y me dejó todo lo que tenía cuando murió para que yo pudiese hacer el largo viaje a los Estados Unidos.

Desde que nací, me han dado amor blanco y negro, me han otorgado cuidados blancos y negros, me han alimentado manos blancas y negras y he tenido maestros blancos y negros. Tal vez por eso para mí todas las pieles son grises. Es posible que en mi mente no haya lugar para distinguir el color del amor, de la cultura y de la sabiduría. Y es por eso que hoy estoy aquí, porque nunca distinguí valor alguno en el color de la piel. Papalú, el misionero blanco que comenzó mi historia allá en la sabana, le dijo una vez a mi maestro Bahati que todo el que busca el conocimiento y lo pone al servicio del entendimiento de los hombres alcanza la sabiduría, y que todo hombre sabio es hijo de Atenea, la diosa de la lucha y la inteligencia.

Hoy estoy aquí para rendir homenaje a Papalú, un hombre blanco, a Bahati Pasolargo, un hombre negro, al doctor Robles, un hombre blanco, a Rosendo, un hombre negro, y a don Julio Hidalgo, un hombre blanco. Todos ellos hijos de Atenea.

En mis papeles, su discurso terminó ahí, pero dijo algo más que después me transmitió Balbina. Entonces, emocionado como jamás en mi vida, lo miré y orgulloso terminé de escuchar:

Antes de entrar en esta sala, un señor blanco me ha salido al paso y, con ironía y desprecio, me ha dicho que adónde iba un negro con un traje de blanco. Desde aquí le contesto: este traje «de blanco», me lo he puesto en cinco minutos, pero todo lo que he aprendido, incluso el respeto a los

que no me respetan, ha costado años de generosidad a blancos y negros.

Gracias».

La sala se rompió en entusiastas aplausos, y yo de gozo.

La carpeta contenía mi diario de abordó en el Malabají. El doctor había seguido nuestros pasos desde que nos dejara en La Habana y antes de morir se lo entregó a Balbina, a la que encontró gracias a un conocido de su esposo.

La última hoja contenía un mensaje para mí:

Estimado Bahati, muchacho fuerte y generoso donde los haya:

Si estás leyendo esta nota, ya sabrás mi más oscuro secreto. Perdóname, y escribe, escribe tu historia y la de mi hijo, la de los últimos esclavos que pisaron tierras americanas. E incluye este diario para asombro del mundo.

Doctor Robles.

Agradecimientos

A mi Club de Lectores, por su incondicional ayuda y fidelidad, especialmente a los que se han convertido en amigos: Alberto Ladero Lorente, Alicia Boza Romero, Ana María Sánchez Rojo, Ángeles Jaime, Annie Montoya López, Anusky Álvarez, Carmen Mencar, Celia García Muñoz, Cita Franco Parrilla, Dolores Martínez Rodríguez, Eva Artisa, Eva Mruiz, Isa González Company, Jorge Alberto Estévez, Juan Manuel Fernández, Juani Usán Cosculluela, Lola Camarena, Lola Expósito, Maica López, Maite Jiménez, Margarita Corzo Taboada, Mari Carmen L, Mari He Ca, María José Boza Romero, Marina Collazo Casal, Mercedes Añoito Arcega, Mercedes Gallego, Mónica Barbón, Paqui Villar, Pepa Cid Prior, Pili Usán Cosculluela, Rafael R. Costa, Solete Curruca, Susana Palacios Vinagre y Verónica Herance Camacho. Ellos son todo el ánimo que necesito para no dejar nunca de escribir sueños.

A Ángeles Jaime, mi buena amiga, por alentarme sin cansancio, nunca se olvida de recordarme cuánto le gusta cómo escribo, sobre todo cuando me nota cansada.

A Cita Franco, fiel lectora y amiga que nunca falla, ya ni recuerdo desde cuándo está a mi lado prestándome su valiosa ayuda. En buena parte le debo ser escritora.

A mi adorable Eva Mruiz, mi confidente y colaboradora discreta desde que comencé a escribir esta historia, ella ha sido para mí el bastón que te impide caer cuando ya ni atisbas el sendero. Ella es la mano amiga que todo escritor quisiera tener a su lado.

A mi leal amigo Juan Manuel Fernández, por el constante apoyo que me brinda, nunca me ha fallado, siempre pensando en la manera de hacerme más fácil el camino.

A Julio Rodríguez, lector «cero» discreto y perspicaz, constantemente atento a mis textos y dispuesto a echarme una mano. Sus emails ya forman parte de mi historia literaria.

A Mari Carmen L, la creadora de la portada de este libro, tan desprendida y atenta a mi carrera. Sus hermosas imágenes se han convertido en la mejor promoción que hayan tenido mis obras.

A Margarita Corzo, mi lectora «templaria», mi buena y generosa amiga, defendiéndome allá donde va, apareciendo siempre justo en el momento que la necesito.

A Rafael R. Costa, maestro en las letras y gran compañero al que admiro, impagables los consejos y el tiempo que me ha regalado.

A mi familia, por respetar mis ausencias y creer en mí.